Un café con MAGDALENAS DE AMOR

MARTINA LEIVA



Un café con MAGDALENAS DE AMOR





MARTINA LEIVA

Primera edición.

Un café con magdalenas de amor

©Martina Leiva

©octubre, 2025

©Imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

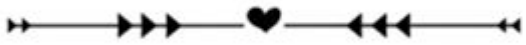
Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Epílogo

Capítulo 1



Olimpia

Mi nombre es Olimpia, como la de la mitología, aunque, en realidad, en mi vida lo único que hay de mitológico es que, a veces, se convierte en una Odisea e, igual que la famosa obra literaria, en muchas ocasiones parece que estoy en una tragedia griega. Pero será mejor que empiece a contaros todo desde el principio…

Conocí a Pablo, mi actual ex, cuando tenía quince años. Él contaba por aquel entonces con diecisiete, y era de la pandilla de mi hermano. Fue en una de las fiestas patronales de mi pueblo, una calurosa noche de verano. Mi hermano, para que me dejaran más tarde, les dijo a mis padres que él se haría cargo de mí. Ese año, todos los de su pandilla abandonarían el pueblo para ir a la universidad, cada uno a una distinta, y querían celebrar las fiestas a lo grande.

Mis amigas también se unieron al grupo, e hicimos una pandilla enorme, que no tenía nada mejor que hacer que divertirse, ir a la piscina y poco más. Él fue mi primer todo; mi primer beso, ese que nos dimos al amparo de la noche y con el abrigo de la discreción que nos brindaba la oscuridad de un callejón. Con él tuve mi primera experiencia sexual, dentro del coche de su padre en el garaje de su finca y, a pesar de todo, no puedo decir que fuera algo traumático, ni mucho menos.

—No te preocupes, Olimpia, que volveré todos los fines de semana. Podemos conseguir que esto funcione, te lo prometo —me decía, antes de subirse a aquel autobús que lo llevaría a conseguir su sueño laboral.

—No me falles, por favor —le contesté, dándole un beso antes de que subiera por fin.

Cumplió su palabra durante los dos años que transcurrieron antes de que yo también pudiera ir a la universidad. Mis padres lo veían como al yerno perfecto, pero cuan equivocados estaban. Tan solo faltó algunos fines de semana, pero ninguno que fuera una fecha importante para nosotros. Según él, tenía que estudiar para un examen importante, pero la realidad era otra muy distinta, aunque yo estaba ajena a ello.

Mi hermano iba a otra ciudad distinta a estudiar, pero algunas veces iba a visitarlo, ya que estaban cerca, pero tampoco nunca me dijo nada de su "otra vida", que consistía en acostarse con toda la que se le pusiera por delante e ir de fiesta en fiesta. Tenía una gran capacidad de memoria, por lo que no necesitaba de muchas horas de estudio para sacar las notas que estaba sacando, por eso nunca nadie sospechó nada.

Durante el año y medio que compartimos piso en la facultad, hubo algunos detalles que no me gustaron, pero no quise que lo nuestro se terminara por una tontería sin importancia.

Ese día estaba nerviosa, me tenía que haber bajado la regla hacía una semana, y todavía no lo había hecho. Por eso, me notaba un tanto más irascible de lo normal. No hice amigas en la facultad, mi vida consistía en ir de clase a mi casa, limpiar, preparar la comida y estudiar, que para eso mis padres se estaban sacrificando en pagarme unos estudios. La de Pablo era totalmente diferente, él no hacía nada en casa, se iba a la universidad, venía a comer cuando le placía, y se volvía a marchar, para estudiar en la biblioteca o con sus compañeros, o a jugar al pádel para desestresarse.

La duda me carcomía por dentro y no me dejaba estudiar tranquila, así que, me puse un abrigo y bajé a la farmacia a comprar una prueba de embarazo, que me hice nada más subir al piso y que me arrojó un positivo como una casa de grande.

Esperé en el sofá a que volviera a casa, lo llamé en infinidad de ocasiones, pero siempre se me desviaba la llamada al buzón de voz. No lo localizaba y tenía que contactar con él a la mayor brevedad posible, puesto que me estaba ahogando y necesitaba saber que pensaba él de todo esto.

No apareció en todo el día, lo hizo ya entrada la noche y con una peste a alcohol que tiraba para detrás. Ni siquiera me preguntó que hacía sentada en el sofá, si me encontraba mal o si necesitaba algo. Se metió en el dormitorio y se acostó. No se quitó ni la ropa que llevaba, no se duchó. Ahí es cuando tendría que haber salido corriendo, pero no lo hice, permanecí en el mismo sitio, como si fuera una estatua.

—¿Podemos hablar? —le dije, en el tono más neutro que pude encontrar.

—¿Tiene que ser ahora? Me duele mucho la cabeza. Si es por la hora en la que llegué anoche, se me fue de las manos, lo siento.

—No es por eso, pero ya que lo mencionas, lo que al menos podías haber hecho era llamarme o atender una de las múltiples llamadas que te hice —Le reproché, pero no era eso lo que quería hacer.

—¡Pues no me di cuenta! —me gritó.

—Mira, da igual, lo que tenemos que hablar es mucho más importante que unas horas más tarde o más temprano —le dije, a punto de llorar.

—¿Vas a contarme ya eso que me tienes que decir o tendré que adivinarlo? Mira Olimpia, no tengo todo el día, he quedado dentro de una

hora y tengo que ir al otro punto de la ciudad —me soltó, como si las necesidades que yo tuviera fueran insignificantes.

—Estoy embarazada, vamos a ser padres —le solté así, sin anestesia.

—¿Cómo? ¿No se suponía que tomabas pastillas anticonceptivas?

—Claro que las tomo, pero han fallado, chico. Ningún método anticonceptivo es infalible —le contesté, enfadada. Me estaba hablando como si la culpa hubiera sido solo mía, cuando en esa cama estábamos los dos.

—¿Qué vas a hacer? ¿Lo has pensado ya?

—¿Perdona? Será, qué vamos a hacer, porque este embarazo es tanto tuyo como mío — dije, sin poder contener mi rabia.

—Bueno, sí, ya sabes lo que quiero decir. ¿Vamos a tenerlo?

—No pienso abortar, desde ya te lo digo. Pienso que deberíamos ir al pueblo y contarles a nuestros padres lo que nos ha pasado — dije, esperando que me apoyara en esto.

—Ya te he dicho que he quedado, y esta semana la tengo muy liada. Tendremos que dejarlo para el fin de semana, si quieres que te acompañe, si no, siempre puedes ir yendo tú sola — contestó, como si yo fuera algo secundario.

—¿Cómo voy a ir sola? Mira, nunca te he pedido nada, pero me haces el favor de anular tu agenda social esta semana, mañana vamos al pueblo a contarlo — le exigí, se levantó y se fue, dejándome allí sola en la cocina.

Ese día no fui a la facultad, no me apetecía nada más que llorar. Ese momento, que se suponía que sería uno de los más bonitos de la vida de una

pareja consolidada como nosotros, para mí se había tornado en uno de los peores.

A media tarde escuché el sonido de la puerta, venía con un ramo de rosas y una disculpa, y tonta de mí, le creí. En el pueblo la noticia cayó como un jarro de agua fría. Mis padres entraron en cólera, y me dijeron que había sido una decepción como hija. Ahora, el dinero destinado a mis estudios sería el destinado para sacar a mi familia adelante. Tan solo continuaría estudiando Pablo, que para eso era el hombre de la casa mientras que mi misión había cambiado por completo, convirtiendo mi vida en la de una madre a tiempo completo.

Nos casamos ese mismo fin de semana, con un vestido prestado y un café con churros como toda celebración. Lo único que estrenamos fueron las alianzas, que fue un regalo de mi hermano, porque ni eso nos dieron opción a elegir.

Nuestros padres nos compraron el piso en el que vivíamos en la ciudad, y los míos, se encargaban de pasarnos una asignación mensual, que era la que anteriormente destinaban a mis estudios.

Pablo cambió un poco, tampoco mucho, la verdad, pero al menos no llegaba tarde por la noche y dejó algo de lado las fiestas. Ese día fue en el que nos dijeron que venían dos, eran mellizos, un niño y una niña. Lloré ese día, pero no de emoción, sino de miedo. ¿Cómo me las iba a apañar con dos bebés estando sola? Diréis que mi marido estaba conmigo, pero la realidad era muy distinta. Me pasaba el día sola, con la excusa de que tenía que terminar cuanto antes para traer el sustento a la familia, se marchaba por la mañana y volvía por la tarde, cansado y sin ganas de nada.

Llegó el momento del parto y, una vez más, tuve que pasar por eso sola, ya que él estaba en un examen, que duró todo el día, al parecer, porque entró por el hospital a las nueve de la noche. Se había ido a celebrar que le había salido de sobresaliente, y se le fue la hora, como siempre decía. Para

él, todo era más importante que nosotros, y me quedó claro en ese mismo instante.

Aprendí que solo estaba yo, y que mis hijos serían para siempre mi prioridad. Ya me daba igual que viniera o no viniera a comer o a cenar, que lo hiciera borracho o sereno, porque nos habíamos convertido en dos extraños.

En cuanto pude meter a los niños en una guardería, me puse a trabajar. Primero, limpiando casas en las que me llamaban por horas, luego, de cocinera para una familia, y al final, cuando los niños entraron en el colegio, y con la ayuda de las subvenciones gubernamentales, monté mi propio negocio, una cafetería.

Por aquel entonces, mi marido ya había terminado la carrera de ingeniería civil y trabajaba para una de las mejores constructoras del país, con un sueldo desorbitado que se gastaba en él y en sus fiestas, porque de los niños me seguía ocupando yo.

Esa noche, cuando llegó a casa, vi que tenía un chupetón en el cuello y una mancha de lápiz labial rojo en su camisa blanca. Me entró de todo por el cuerpo, porque, aunque podía intuir que me engañaba, eso ya me lo demostraba, y lo que es peor, demostraba que había vuelto a fracasar en la vida, no había sido capaz de mantener mi matrimonio, por mucho que lo había intentado. No me callé, lo enfrenté en cuanto salió de la ducha.

—¿Me puedes explicar esto? —le dije, mostrándole el cuello de la camisa.

—Yo… verás, Olimpia…—no sabía que decir, y eso me dolió más todavía, me tomaba por tonta, y en el fondo lo era.

—¡Déjate de titubeos y di la verdad por una vez en tu puta vida! — grité.

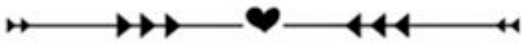
—Está bien. Llevo viéndome con una compañera de trabajo un tiempo, y estoy enamorado de ella. Mayte tiene todo lo que a ti te falta, es inteligente, divertida, elegante, y una triunfadora…

—Vete de mi casa. Coge todas tus cosas y márchate —le dije, saliendo de la habitación para irme al salón y dejarlo que cogiera todo.

Esas palabras se me quedaron grabadas para siempre. Ella era todo lo que yo podía haber sido si me hubiera plantado desde el primer momento, y no lo digo por mis hijos, que eran lo más valioso de mi vida, sino por mi relación con Pablo. Pude seguir estudiando mientras criaba a mis niños, pero no, me dejé guiar por las personas que debían haberme protegido pero que, sin embargo, me pusieron a los pies de los caballos.

Tampoco me apoyaron en mi divorcio, me echaban la culpa a mí. Según ellos: todos los hombres eran infieles por naturaleza, y por culpa de mi orgullo, iba a desestructurar mi familia. Mi madre me dijo que, si me hubiera dedicado a ser una buena esposa, complaciendo a mi marido, en vez de tener pajaritos en la cabeza montando un negocio, nada de esto habría sucedido.

Capítulo 2



Olimpia

—Atenea, Héctor, daros prisa, que no llego —les dije a mis hijos, que ya contaban con casi quince años y tenía que dejarlos en el instituto antes de ir a la cafetería.

—Mira que eres pesada, mamá. Te hemos dicho un montón de veces que podemos irnos solos —me dijo Atenea, que era más rebelde que Héctor.

—Y yo os he dicho que, mientras que no tengáis edad para conducir, os llevo yo en mi coche — contesté.

—Pues papá nos ha dicho que este año por Reyes, nos va a regalar una moto a cada uno, que para esa fecha ya podemos conducir una de cuarenta y nueve — contestó Héctor, que era un apasionado del motor.

—A ver si tiene lo que debe tener para hacerlo, porque, hasta entonces, no va a saber tu padre lo que es verme cabreada —les dije, apuntándoles con el dedo.

—Siempre tienes que ser tú la aguafiestas, mamá. No te entiendo, de verdad, es como si no quisieras que fuéramos felices. Mi padre y Mayte tienen razón.

—Me voy a reservar el comentario porque, al contrario que ellos, yo jamás os pondré en medio de nuestras disputas. Ahora, ya mismo os quiero callados y en el coche, que no tengo el chichi para farolillos —les dije, con una pena y una rabia que no sabía por dónde me iba a salir.

Con el tiempo, pude contratar a dos chicas para que me ayudaran, porque el negocio iba viento en popa, y se habían convertido en mis mejores amigas, Trini y Jessica. Trini tenía dos años más que yo, y era soltera, mientras que Jessica era dos más pequeña, y ella no tenía pareja, al menos nada serio, aunque de vez en cuando se pegaba una juerga con alguna amiguita. Sí, era lesbiana, y guapísima de hecho, pero decía que era muy joven para atarse a una sola mujer, que todavía no había sentido las flechas del amor.

Llegué a la cafetería y me metí en mi despacho, iba a llamar a Pablo y le iba a decir cuatro cositas bien dichas. Trini, que era la que había abierto esa mañana, me vio la cara y supo que necesitaba estar a solas antes de contarle nada.

—Dime Olimpia, ¿qué tripa se te ha roto ahora? Porque cada vez que me llamas es para reprocharme algo —me dijo, cuando me contestó a la llamada.

—¿Cómo se te ocurre decirles a los niños que les vas a regalar una moto? ¿Puedes ser más inconsciente, o ya has llegado al nivel máximo? — dije, en un tono que evidenciaba mi enfado.

—En primer lugar, ya no son unos niños, y han sido ellos los que me la han pedido. Que tú no puedas comprárselas no significa que yo no tenga que hacerlo —me dijo, haciéndome quedar por debajo, otra vez.

—¿Quién ha dicho que yo no pueda hacerlo? Mira Pablo, ya estoy harta de escuchar comentarios del tipo: “papá y Mayte tienen razón”, “papá dice que tendrías que buscarte un novio”, “si mamá no puede compraros algo, decídnoslo a nosotros, chicos, que nosotros lo haremos”. ¡Dejad de poner a

los niños en mi contra! He sido la única que ha luchado por sacarlos adelante, así que no me jodáis más.

—¿Me estás diciendo que yo no he hecho nada por mis hijos?

—Exactamente eso es lo que te estoy diciendo. Yo he pasado las malas noches cuando han estado enfermos, yo he sido la que he sacrificado toda mi vida por ellos.

—Mira, creo que esta conversación se nos está yendo de las manos. Te paso mil euros mensuales para su manutención, creo que eso es ocuparme de mis hijos. Si tienes alguna queja, ve al juzgado, aunque creo que ya los niños tienen edad de decidir con quien quieren vivir, ahí lo dejo…

—¿Me estás amenazando? —le pregunté, indignada.

—Te estoy advirtiendo, que no es lo mismo —me dijo, con un tono de superioridad que daba asco de escuchar.

—¡Vete a la mierda! —le grité, presa de la desesperación, y colgué el teléfono.

Me mantuve un rato más en mi despacho, hasta que logré relajarme y tranquilizarme un poco, porque era capaz de echarle el café por encima al primer cliente que me debatiera lo más mínimo.

—Hola, Trini. ¿Cómo está yendo todo? —le pregunté, cuando llegué a su altura.

—Hola corazón, como todos los días, hasta la bola. ¿Movidas con el sultán? —me preguntó, y es que ese era el apodo que le puso en cuanto que lo conoció.

—Ni que lo digas. Estoy hasta el mismo moño de que ponga a los niños en mi contra y, encima, ahora se atreve a amenazarme con que ellos ya pueden elegir con quién vivir, dándome a entender que prefieren irse con él y con esa tipa que se cree por encima de los demás —le conté, mientras me miraba asombrada.

— A ese tío le falta un cuarto de hora para ser gilipollas profundo. Habla con los niños, como bien dice, ya tienen una edad, que sepan por todo lo que has tenido que pasar para sacarlos adelante.

—¿Y qué miren mal a su padre? Sabes que no soy así. Además, pueden pensar que se lo estoy echando en cara, que los culpo de mi vida de mierda, cuando no es así, ellos son el motor de mi vida, no sabría vivir sin que estuvieran a mi lado.

—¿Prefieres que te culpen a ti? Olimpia, Pablo y su novia no dejan pasar la oportunidad de dejarte en mal lugar y les da igual como te sientas o no.

—Sé que tienes razón, pero no puedo ponerlos en medio de nosotros dos, mi ética me lo prohíbe.

En ese momento llegó también Jessica, que entraba a media mañana hasta el cierre a las siete de la tarde. Trabajábamos de siete de la mañana a siete de la tarde en horario ininterrumpido. La apertura se la turnaban entre las dos, mientras yo entraba a las nueve, cuando dejaba a los chicos en el instituto, hasta las tres, y luego entraba después a las cinco hasta las siete. El único rato en el que estaba una sola era a la apertura durante un par de horas, y de tres a cinco. Los días libres nos lo íbamos turnando, dos seguidos cada una, yo era la última que me los cogía, de ese modo, una cogía libre lunes y martes, otra miércoles y jueves, y otra viernes y sábado, el domingo no se abría, e íbamos rotando por semana, para que todas tuviéramos las mismas oportunidades.

—¿Problemas en el paraíso? Porque yo tengo la solución, para ustedes, claro, porque ya sabéis que yo tengo otros gustos, pero en la terraza hay un

morenazo que quita las penas del sentido —nos dijo, guiñándonos un ojo.

—Voy yo, que todavía no he servido ninguna mesa —les dije, y Trini se echó a reír.

—Que conveniente esa excusa, ¿no? Anda, ve, y si está tan bueno como dice esta, le dejas tu teléfono en el tique de la cuenta —me contestó, casi cuando estaba saliendo.

¡Madre del Amor Hermoso! Ese hombre no era ni medio normal, parecía que lo habían hecho por inteligencia artificial, porque no tenía nada feo, os lo juro. Podía medir un metro ochenta y cinco, más o menos, ojos color miel y un tono en la piel que podría decir que venía de pasar el puente en un yate y no levantar sospechas. Ojo, que, por su ropa, podría haberlo hecho fácilmente. Llevaba un traje de chaqueta que parecía que lo habían cosido en su cuerpo, de lo bien que le quedaba, y una barba de dos o tres días, que se veía de lo más cuidada.

—Buenos días, ¿qué le sirvo? —le pregunté, y juro que me temblaba hasta la voz.

—Buenos días, quisiera un café con leche, que no esté muy caliente, por favor, con doble de azúcar y algo dulce de comer —me dijo, con una sonrisa.

—Vamos, que diabético no eres, o tendría que ir llamando ya al cero sesenta y uno para que, cuando le dé la hiperglucemia, ya estén cerca —contesté, sin saber si le iba a sentar mal mi comentario —. Disculpe, estoy acostumbrada a la clientela habitual, que ya sabe de mis bromas.

—No te disculpes ni me llames de usted, por favor. De hecho, me encantan los comentarios sarcásticos e irónicos, no todo el mundo es capaz de hacerlos ni de entenderlos — dijo, sonriendo.

—Pues, si vienes a menudo, te acostumbrarás a ellos, porque es mi día a día. No puedo vivir sin reírme de todo, hasta de mí, fíjate.

—¿Eso es malo? Porque yo no lo veo así. La persona que es capaz de reírse hasta de sí mismo, demuestra lo inteligente que es.

—Bueno, voy poniendo la comanda, o terminarás tomándote el café para la merienda — dije, y esta vez no se reprimió, soltó una carcajada.

Entré de nuevo en la cafetería, y ya tenía allí a las dos cotillas pendiente de lo que me había dicho el muchacho en cuestión.

—¿Está tan bueno como dice Jessica? —Trini, como siempre, directa al grano.

—Todavía más, y simpático, que es otro punto a su favor — dije, mientras preparaba el café y cogía dos magdalenas caseras de las que hacíamos en el obrador.

No os he dicho que no teníamos bollería industrial, sino que todos nuestros pasteles y tartas estaban elaborados por nosotras, generalmente por mí, que era la que me quedaba al cierre, al menos una vez a la semana, para hornearlos y congelarlos, así no teníamos que hacerlos a diario.

Preparé la bandeja y salí a la terraza, donde ese hombre estaba mirando el móvil, hasta que me vio aparecer, entonces, lo guardó y me dedicó una sonrisa.

—Aquí tienes, espero que lo disfrutes — dije, dejando todo encima de su mesa.

—Si la magdalena está tan buena como aparenta, me tendré que llevar unas cuantas para el fin de semana — contestó.

—Los sábados también abrimos, por si no lo sabías — dije, y esta vez la que le guiñé el ojo fui yo, provocando una carcajada en él.

—Lo tendré en cuenta…

—Olimpia, me llamo Olimpia — dije, ya que no sabía cómo llamarme.

—Yo soy Max, encantado — dijo y se levantó para darme dos besos, dejando una estela de perfume a su paso.

Si sentado era un dios griego, ya de pie era de otro planeta, os lo prometo, aparte de guapo es que olía de bien como no os podéis imaginar.

—¿Le has dado dos besos al Adonis o he tenido una alucinación? —me preguntó Jessica, cuando vine de vuelta.

—Pues sí, por lo visto se va a hacer cliente habitual, siempre que le gusten las magdalenas y el café —Les dije.

Vi como me llamaba con la mano, y me acerqué para ver si necesitaba algo. Mientras que me acercaba a su mesa, vi cómo me estaba sonriendo.

—Por primera vez en mi vida, alguien me ha preparado el café justo como me gusta, ni frío ni caliente, con la cantidad justa de leche y el doble de azúcar que te he pedido. Eso sin contar con el sabor y la textura de las magdalenas, que se te deshacen en la boca. Mi más sincera enhorabuena, Olimpia, no me lo esperaba así, para nada — dijo, sacando un billete de veinte euros para pagar la cuenta.

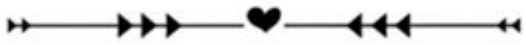
—Pues me alegro, y espero verte por aquí más a menudo — dije, volviéndome para cobrarle.

—Quédate con el cambio. Nos vemos mañana, que tengas un buen día.

—Muchísimas gracias por todo, e igualmente, te guardaré dos magdalenas hechas con mucho amor para mañana —le respondí, y se fue riendo y negando con la cabeza.

Al entrar, me di un golpe en la frente por lo que había dicho, pero ya no tenía remedio, ni la contestación ni yo, porque con la edad que ya me gasto, sería difícil cambiarme.

Capítulo 3



Max

Después de dar muchos tumbos por el mundo, por fin estaba de vuelta en casa, en mis orígenes, y me parecía mentira, porque ya tenía ganas de volver. Mis padres estaban incluidos en el lote, porque eran un apoyo fundamental en mi vida, al igual que Santi y Miriam, mis mejores amigos.

Soy analista financiero, y había estado trabajando como freelance durante mucho tiempo, hasta que me hicieron una oferta de uno de los mejores bancos del país, y no pude rechazarla.

Siempre quise volver a mi ciudad, y prueba de ello era que, con mis primeros ahorros, me compré mi casa a las afueras. Era un unifamiliar con jardín y piscina, en la que tenía pensado instalarme de inmediato. Justo ahora estaba terminando de hacer la mudanza, ya que me tenía que incorporar a mi puesto laboral al día siguiente, y mis cosas acababan de llegar a la ciudad.

—¡Cuidado! — dijo un chico que venía de correr. Se me había resbalado una de las cajas, que él cogió al vuelo.

—Lo siento, se me ha debido resbalar —le dije.

—Veo que necesitas ayuda, y los vecinos están para eso —me contestó, ayudándome a llevar el resto de las cajas.

—Te invitaría a una cerveza, pero como has comprobado, acabo de llegar y todavía no me ha dado tiempo de ir al súper —le indiqué, señalando todas las cajas que había por el suelo.

—No te preocupes, en otra ocasión. Además, voy con el tiempo justo para darme una ducha y llegar al trabajo — respondió, sonriente.

—Por cierto, soy Max — dije, tendiéndole la mano.

—Yo soy Pablo, el vecino de la casa de al lado. Vivo ahí junto a mi pareja, Mayte, encantado —me la estrechó.

—Anda, que bueno, tener vecinos jóvenes, acorde con mi edad. Podríamos hacer una barbacoa un fin de semana de estos.

—Cuando quieras. Una preguntita, ¿a qué te dedicas? Lo pregunto por si alguna vez necesitamos algo en la comunidad. Aquí todos sabemos en lo que trabajamos e intentamos ayudarnos cuando alguno tiene una necesidad.

—Pues soy analista financiero. Mañana mismo empiezo a trabajar en el Banco Ibérico, como director de operaciones a gran escala. ¿Y tú? Porque tienes pinta de ser abogado o algo parecido — respondí, riendo.

—Para nada, yo soy ingeniero civil, al igual que Mayte. Ambos trabajamos en una importante constructora —fue su respuesta, y lo vi orgulloso de su trabajo, la verdad.

Nos despedimos, quedando en vernos en los próximos días y organizar algo para que el resto de los vecinos me conocieran, y viceversa. Me dispuse a guardarlo todo y, la verdad, tardé menos de lo que tenía pensado. Por ello, me dio tiempo de ir al súper de la urbanización y hacer una compra

con la que llenar la nevera, que estaba que se caía un ratón y terminaba chocado.

Estaba un tanto nervioso por mi incorporación laboral, no conocía a ninguno de mis compañeros, aunque Santi y Miriam trabajaban allí, pero en otros departamentos.

Me levanté temprano, me di una ducha y me planté mi traje de chaqueta, el uniforme, como decía mi madre, a la que le encantaba verme vestido de sport. Preparé mi maletín, me tomé un café rápido, y me marché a la oficina.

Tengo que reconocer que la acogida fue muy buena, no encontré ningún tipo de rechazo, a pesar de que la persona que ocupaba mi puesto con anterioridad, y que se había jubilado, era muy querido por todos. También tenía en mi contra que, lejos de ascender a cualquiera del equipo, que llevaban muchos años trabajando allí, eligieron a una persona nueva, externa a todo.

Me encerré en mi despacho para revisar todo el trabajo que había ya realizado, y que encontré impecable. Me iba a gustar mucho trabajar con ellos, porque tenía la misma manera de hacer las cosas que yo, concienzudamente, sin dejar nada al azar, y eso era difícil de encontrar.

A las doce, mi estómago empezó a gruñir, y decidí que iba a ir a desayunar algo, que ya era hora.

—Chicos, ¿me podéis decir una cafetería que no esté muy lejos para ir a comer algo? —les pregunté a mis empleados. Yo era de la ciudad, pero como ya os he dicho, hacía muchísimo tiempo que no volvía, y no tenía ni idea de los locales de la zona.

—Si quieres el mejor café del mundo, servido con la amabilidad personificada, te recomiendo “El Templo de Olimpia” — dijo uno de ellos, con una sonrisa.

—¿Está muy lejos de aquí?

—Para nada. En cuanto salgas del edificio, cruzas la calle y lo verás, entre otras cosas por su terraza, tiene una excelente decoración — respondió otro de ellos.

—Pues enseguida vuelvo, que no he tomado más que un café a las siete de la mañana y tengo un hambre que me muero.

Salí del edificio y seguí las indicaciones que me habían dicho mis compañeros, y di con él. Efectivamente, la decoración de su terraza era impresionante, ya que seguía la estética que correspondía con su nombre, y el toldo estaba sujeto por una estructura que parecía un templo griego, y me gustó. Ahora solo faltaba que el café y el servicio estuvieran a la altura.

Me atendió una mujer que, además de preciosa, se veía inteligente, por sus comentarios irónicos, que me sacó más de una risa, para qué lo vamos a negar. Sobre todo, cuando le pedí doble de azúcar para el café y algún pastelito de los que había visto que tenían, y me soltó que diabético no era.

Las mujeres así me encantaban, y esta me estaba sorprendiendo sobremanera, por su forma de ser, por esos ojos verdes que quitaban el hipo y esas caderas que movía de manera tan sensual, pero a la vez, inconscientemente.

Si a todo eso le sumamos que yo era un tanto especial para el café, y ella me lo había servido de la manera justa en la que se lo había pedido, y esas magdalenas que me había servido, que se deshacían en la boca, todo el conjunto resultaba perfecto.

Esta tarde había quedado con mi madre para ir a su casa a visitarla, y era tan golosa como yo, así que, antes de ir, me pasaría por aquí para llevarle una cajita que tomar con el café.

—Chicos, gracias por la recomendación, no me podíais indicar un lugar mejor para desayunar. Creo que me voy a hacer asiduo de esa cafetería — les dije a mis compañeros antes de entrar en mi despacho.

—Ni que lo digas. Y la dueña, Olimpia, es un encanto, aparte de bonita a rabiar — contestó uno de ellos.

—¿Sabéis si tiene pareja? — pregunté, puesto que parecía conocerla bien.

—No se le conoce ninguna desde que se divorció. El cabrón de su ex le hace la vida imposible con los hijos, poniéndolos en su contra, aprovechando que tiene dinero — respondió, y la verdad, me sorprendí bastante.

—¿Te importaría venir a mi despacho un minuto? —dije, porque quería saberlo todo sobre ella, me había nacido un sentimiento de protección que no imaginaba que sentiría.

—Dime, jefe. ¿Qué quieres saber? La conozco desde que entré a trabajar aquí, que coincidió con los primeros meses de apertura de la cafetería.

—Cuéntame todo lo que sepas sobre ella. Tengo que reconocer que me ha impactado su historia, y no me gustaría hacer nada que la molestara, aunque sea inconscientemente —le pedí, y se sentó frente a mi escritorio.

—Verás, es madre de mellizos, tienen unos quince años, y los ha sacado adelante ella sola. Su ex, se dedicó a seguir estudiando, mientras que ella se sacrificó por el bien de la familia. Cuando alcanzó su meta, se lio con una compañera del trabajo, y la dejó en la estacada. Si ella dice que no a comprarle algo a los niños, él va y se lo compra. Siempre la menosprecia con todo, como empresaria, como madre, y hasta como mujer. En la separación, le dijo que la otra era todo lo que ella no era, inteligente, guapa y elegante, cuando es un amor de mujer.

—Me dejas helado. Tú…

—No jefe, yo no estoy interesado en ella, y no porque me falte reconocer que es una mujer increíble, a la que le tengo gran cariño y que se ha convertido en una amiga, sino porque estoy casado, llevo diez años con mi marido, que también la adora, soy gay.

—Gracias, no sabes cuánto has hecho por mí contándome esto. Espero que no se moleste contigo por haberlo hecho.

—Si se entera, me deja sin huevos, desde ya te lo digo. Prohibido decirle nada. Si de verdad te interesa, deja que sea ella la que te lo cuente —me contestó, y supe que tenía razón, no podía delatar lo que me había confiado en la intimidad de mi despacho.

Salió de allí y seguimos con nuestro trabajo. Tenía una reunión con un CEO de una empresa informática que quería ampliar su capital para adquirir un edificio nuevo, y teníamos que analizar a conciencia esa operación.

Cuando terminé eran casi las tres de la tarde, mi horario de salida, así que, me apresuré a salir de la oficina. Quería pasar por la cafetería antes de ir a casa a comer y cambiarme de ropa para ir a la de mi madre a tomar café.

—Buenas tardes —dije al entrar, buscándola por toda la cafetería, y la chica que estaba en ese momento lo notó, y soltó una sonrisa.

—Si buscas a la jefa, hasta las cinco no entra, pero si puedo ayudarte yo. Mi nombre es Jessica — contestó, sonriente.

—Hola Jessica, yo soy Max, encantado. Quería llevarme unas magdalenas como las que me sirvió Olimpia esta mañana, no sé si sabrás cuales son, por eso la buscaba — dije, intentando justificarme, pero no se lo creyó, aunque simuló que sí lo hacía.

—Sé cuáles son, las hay de varios sabores. ¿Te pongo una cajita con un surtido de ellas?

—Sí, por favor, y además ponme también alguno de esos croissants pequeñitos, me los repartes en dos cajas que contengan de las dos cosas, si eres tan amable — contesté, sonriendo.

—Ahora mismo, Max. La verdad es que la jefa tiene unas manos para la repostería que valen oro. No sé si te habrá dicho que aquí no vendemos bollería industrial, todo lo que está en nuestros expositores son obra de Olimpia.

—Creo recordar que algo me había dicho, pero lo que omitió fue que los elaboraba ella —me quedé gratamente sorprendido.

Pagué las dos cajitas y me fui a coger mi coche. Una sería para mis padres, para tomarla con el café, y la otra se la llevaría a Pablo, mi vecino, como agradecimiento por la ayuda de esta mañana.

Llegué a casa, me puse cómodo y calenté la comida, que dejé hecha el día anterior. Una fantástica lasaña de atún, uno de mis platos preferidos. A continuación, y antes de poner rumbo a casa de mis padres, llamé al timbre de mi vecino, ya que los había oído llegar.

—Hola vecina, supongo que tú eres Mayte. Yo soy Max, ¿está Pablo por ahí? —le pregunté, y vi como miraba la caja con asco.

—Sí, soy yo. Un momento que lo voy a avisar —me dijo, y se fue dentro a buscarlo, mientras que la escuchaba murmurar algo, que no supe que era hasta que vi a su marido llegar.

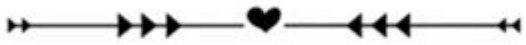
—Hola Max. ¿Qué te trae por aquí? —me preguntó, pero no era el mismo tipo simpático de esta mañana.

—Venía a agradecerte el gesto de esta mañana con unos pasteles de la mejor cafetería de toda la ciudad — dije, extendiéndole la caja.

—No te lo tomes a mal, pero no creo que la cafetería de mi exmujer sea la que mejores pasteles tiene — contestó, y no supe cómo reaccionar.

—Seguro que están tan amargos como ella. Que tediosa es esa mujer, por favor, no deja vivir tranquilo a nadie, ni siquiera a sus hijos. Le tengo dicho a Pablo que solicite la custodia de los dos, así se ahorrará el dinero de la manutención y llevará a sus hijos por buen camino —dijo ella, y no pude articular palabra, me di la vuelta y me marché por donde había venido.

Capítulo 4



Max

No podía contestarle nada a esa tipa, que me cayó como el culo, no se podía ser más malvada que ella y tener peor corazón. Parecía que toda la culpa la tenía Olimpia, cuando, según me había contado mi compañero, ella había sido la única que tuvo que parar su vida para ejercer el papel de madre. Con todo ello en la cabeza, me preguntaba qué papel habían jugado los padres de ella en todo este asunto, porque estoy seguro de que, si hubiesen sido mis padres, estarían de mi lado.

¿Cómo podía decir que le iba a quitar a sus hijos? ¿Era realmente tan mala madre como ellos insinuaban, o era toda una burda mentira de Mayte? Tengo que reconocer que el Pablo que estuvo el día anterior en mi casa nada tenía que ver con el que había visto a su lado, y eso me hizo sospechar que era una manipuladora de manual.

—Hola, Max. Ven y dale un beso a tu madre — dijo Manuela, mi madre, en cuanto escuchó las llaves en la puerta.

—Mamá, por favor, que todavía no he puesto un pie en el interior de la casa —le respondí, riendo.

—¿Eso son dulces? — preguntó mi padre, riendo, porque sabía lo golosos qué éramos los dos.

—Y de los mejores, ya los probarás. Bueno… si mi madre te deja alguno — dije, y soltamos una carcajada.

—Lo que no entiendo es como seguís manteniendo los dos la figura que tenéis. Yo me como tan solo uno, y mañana amanezco con la barriga como si estuviese embarazado.

—Es cuestión de genética, Carlos. Max y yo nos podemos permitir comer lo que queramos sin coger ni un solo gramo de más, tenemos esa suerte. Hay quien recibe en herencia muchos millones, y nosotros recibimos esto —le soltó mi madre, como quién no quiere la cosa.

La verdad era esa, tanto mi madre, como yo, podíamos comer lo que quisiéramos, siempre manteníamos la misma talla. Ella, a sus sesenta años, lucía como una de cincuenta. No fueron pocas las veces en que nos habían confundido con hermanos, y cuando le decíamos que éramos madre e hijo, se llevaban las manos a la cabeza.

Mi madre me conocía mejor que nadie y, en cuanto me miró a la cara, supo que algo me preocupaba, y no dudó en preguntarme.

—Dime qué te preocupa, Max. Dice el refrán que más sabe el diablo por viejo que por diablo — dijo, señalándome con el dedo.

—He conocido a una mujer, es preciosa por dentro y por fuera, pero arrastra algo que me tiene muy confundido —le conté.

—¿Por qué no le preguntas? Nadie mejor que ella te contará las cosas tal y como son. Lo demás, son todos habladurías —me aconsejó mi madre.

—No es tan sencillo. Es la dueña de la cafetería donde he comprado los dulces, y la conocí esta mañana. Todo lo que sé, es de boca de uno de mis

empleados, que la conoce desde hace muchos años. Además… su exmarido es mi vecino, y no sé, mamá, es todo demasiado complicado.

—Max, te conozco demasiado bien. Si esa mujer no hubiese tocado tu fibra más sensible, si no te hubiera impresionado, te aseguro que no estarías preocupado por ella — dijo, muy segura de sus palabras.

—Es verdad que me ha llamado la atención, por su belleza, pero, sobre todo, por su personalidad, que es arrolladora — contesté.

—Mira, te voy a proponer una cosa. Estos dulces los vamos a dejar aquí para que yo los deguste mañana, y ahora, tú y yo, nos vamos a ir hasta esa cafetería mientras damos un paseo y así la conozco.

No hubo manera de convencerla de que no fuera, y allí estaba yo, nervioso como un quinceañero, esperando a que su madre no meta la pata mientras que va a ver a la chica que le gusta.

Había una mesa libre en la terraza, y nos sentamos en ella, viendo como Olimpia servía a unos señores que estaban un poco más allá.

—¡Hombre, si está aquí el señor "un café con leche no demasiado caliente con doble de azúcar"! — dijo, con una sonrisa mientras que limpiaba la mesa antes de servirnos.

—Y dos magdalenas de amor, que no se te olvide. Pero preferiría que me llamaras Max — respondí, guiñándole un ojo.

—Bueno, vale, por hoy me dirigiré a ti de esa manera. Ahora en serio, ¿qué os pongo? —nos preguntó sin perder la sonrisa.

—A mí hijo, taquicárdico, a mí, un café con leche, pero nada especial, yo no soy tan pejiguera como Max —le dijo mi madre, y yo me quería morir.

—Taquicárdico se nos ha terminado, pero lo puedo sustituir por un croissant de pistacho que acabo de hacer y que está de muerte —le respondió ella, con mucho arte, provocando una carcajada en mi madre.

—¿Por qué no te pones un cafelito tú también y te sientas con nosotros? —le dijo mi madre, intentando que se tomara un descanso.

—Pues mire, sí, eso es lo que voy a hacer, ahora que no hay mucho jaleo. Enseguida vuelvo — contestó, hablándole a mi madre de usted.

—Ay, hija, pero tutéame, hazme el favor. Si al final vamos a terminar siendo familia —no sé si no la escuchó bien o no quiso escucharlo, porque tan solo esbozó una sonrisa.

Entró en la cafetería, donde la vimos hablar con su compañera mientras preparaba los cafés y cogía los croissants de dentro del expositor.

—Mamá, te has pasado con tus comentarios. Ahora va a pensar que soy un acosador o algo por el estilo — reproché a mi madre.

—Para nada, le estoy dando la suficiente confianza para se abra a nosotros. Te aseguro de que, antes de que terminemos el café, nos estará contando su versión de los hechos —me dijo ella, como si lo que estuviera diciendo fuera la verdad más absoluta.

—Ya estoy aquí. Mi compañera se hará cargo mientras me tomo un descansito, si a vosotros no os importa que me siente con ustedes, por supuesto —nos dijo, mientras iba dejando las cosas en la mesa y poniendo la bandeja en una que se había quedado libre unos minutos antes.

—Por supuesto que no, todo lo contrario. Mi nombre es Manuela, y soy su madre.

—Yo soy Olimpia, encantada — respondió ella, dándole dos besos de cortesía.

Estábamos empezando a tomarnos el café, que de nuevo lo había puesto a mi gusto, cuando escuchamos una pandilla de chavales que venían por la acera, y que se acercaban a la cafetería.

—Después dices que vienes muerta, y ya veo lo que trabajas. Si Mayte tiene razón, tienes esto como excusa para no pasar tiempo con nosotros — dijo una chica de unos quince años, que se mostraba de lo más rebelde y que deduje que era su hija.

—¿Qué pasa, no tiene derecho a merendar o a tomarse un café con unos amigos? ¿Acaso es una esclava? Yo no me fiaría mucho de la tal Mayte esa, que se ve que es una arpía de cuidado —le respondió mi madre, que la había calado desde el minuto uno.

—Por mí, que haga lo que le dé la gana. Yo estoy deseando que mi padre pida la custodia para irme a vivir con él… Además, mi hermano y yo venimos para que nos des dinero, que nos vamos al cine y mi padre no contesta al teléfono, seguro que está en una reunión importante —dijo, menospreciando de nuevo a su madre.

—O acostándose con la Mayte esa, que es más importante que contestar la llamada de su hija por si le ocurre algo —volvió a hablar mi madre.

—Atenea, haz el favor de entrar en la cafetería, ahora mismo voy —le dijo Olimpia a su hija, que la miraba con desprecio —. Vuelvo en un minuto.

Entró, fue a su despacho y le dio un billete de veinte euros, que la niña despreció. Desde la terraza escuchábamos decirle que con eso no tenía bastante, que luego querían ir a cenar al búrguer, que, si fuera su padre, seguro que le daba, mínimo cien euros… Vimos como un chico contestaba

una llamada en el móvil, y entraba en escena, saliendo de allí con su hermana, que llevaba una sonrisa diabólica.

—Siento su comportamiento, de verdad. No sé en qué me he equivocado con ellos… —dijo Olimpia, algo incómoda por la situación.

—No, querida, no te has equivocado con ellos, te equivocaste al escoger al padre — contestó mi madre.

—Ni que lo digas, Manuela. Me he partido el lomo para sacarlos adelante, renunciando a todo, desde mi juventud, porque me quedé embarazada con veinte años y, según mis padres, él era el que tenía que seguir estudiando porque para eso era el hombre de la casa. Aguanté de todo, desde desplantes, menosprecios y hasta cuernos, pero un día ya no pude más y lo enfrenté. Me reconoció que estaba enamorado de una compañera de trabajo y lo eché. Estoy segura de que, si no le hubiera dicho nada, todavía estaría en mi casa. Porque yo era la tonta que se lo consentía todo, y esa otra, te aseguro que no lo hace.

—Pero utiliza a los niños para hacerte daño, ¿me equivoco? — le pregunté, ahora que ella se había abierto con nosotros, era el momento ideal para despejar mis dudas.

—Siempre. Estoy ya hasta las narices de “mi padre dice” o “Mayte tiene razón”. Ellos los tienen un fin de semana de cada dos, eso cuando no han planeado un viaje o se les ha presentado un asunto de trabajo. Por pasarme mil euros al mes, que para él es calderilla, todo sea dicho, piensa que eso es ocuparse de sus hijos — contestó, visiblemente afectada.

—¿Has probado a qué los niños se vayan con él durante una temporada? —dijo mi madre, y ella puso cara de espanto.

—Me moriría de la pena. Si mis hijos eligieran a su padre por encima de mí, me derrumbaría de tal manera que no sabría salir adelante.

—Ya lo han hecho, pero desde la perspectiva de no conocer más que, como tú has dicho, lo que se cuece durante un fin de semana —le contesté, sabiendo que era muy duro con ella, pero tenía que abrir los ojos.

—Pensareis que soy patética por estar aquí contando todas mis penas…

—Pensamos que eres la mujer más fuerte que hemos conocido — dijo mi madre, y ella esbozó una sonrisa triste.

—¿Me dejas darte un consejo? — siguió mi madre, y ella asintió con la cabeza —Mañana, tú y yo, nos vamos a ir de compras, a la peluquería, vas a dejarte mimar, y vas a mandar a tus hijos a casa de su padre, con la excusa que te dé la gana, para centrarte este fin de semana en ti.

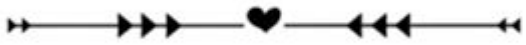
—Y yo, te recogeré a las nueve para invitarte a cenar, y no por lástima como estás pensando, sino porque me gustas tú, como mujer, y me gusta muchísimo tu compañía —le dije, mientras su rostro pasó de la compasión al asombro.

—Yo… mañana trabajo, y no sé si voy a poder…

—Déjate de excusas. Espera, que ahora mismo vuelvo —dijo mi madre, levantándose y dejándonos a solas.

—Olimpia, eres una mujer increíble, pero no reconoces el valor que tiene, y de eso me voy a encargar yo. También quiero decirte algo, antes de que lo descubras de la peor manera posible.

Capítulo 5



Olimpia

—No me vayas a decir que estás casado, que tu relación no funciona y que te piensas separar, porque por ahí sí que no paso —le contesté, abrumada por todo lo que había pasado y lo bien que me sentía en compañía de Max y de su madre, que me habían dado toda la confianza del mundo.

—No, mujer — respondió, riendo.

—¿Entonces? ¿Qué puede haber peor que eso? —le pregunté, porque me había dejado intrigada.

—Tener a tu exmarido como vecino. Y que conste que me enteré por casualidad. Ayer por la mañana, mientras bajaba las cajas de la furgoneta de la mudanza, se me resbaló una, y mi vecino, que venía de correr, me ayudó a que no se cayera. Hoy, al salir del trabajo, vine a comprar una cajita de dulces para agradecerle su ayuda…

—¿Qué tiene que ver eso con mi exmarido? —pregunté, porque no creo que fuese él quien le ayudara, la verdad.

—Esa persona que me ayudó era Pablo, tu exmarido. Como te iba diciendo, fui a entregarle los dulces, y me abrió la puerta una mujer muy desagradable y prepotente, que, en cuanto que vio la caja, puso cara de

asco. Mi vecino me dijo que no quería nada que viniera de su ex, que eras una amargada que lo único que estabas consiguiendo es que tus hijos no vivieran felices —me contó, dejándome a cuadros, pero se lo agradecí, otra persona se lo habría callado y alejado de mí.

—¡Será cabrón! Te juro por mis hijos, que son lo que más quiero en esta vida, que me dejo la piel, pero no puedo consentirlos en todo. Ahora mismo, cuando Atenea ha venido a pedirme dinero, me ha despreciado los veinte euros, ella no sabe lo que a mí me cuesta ganar ese dinero. Su padre ha llamado a Héctor, su hermano, y le ha dicho que les ha metido en la tarjeta doscientos euros para cada uno, por si ven algo que les guste. ¿Te parece eso normal? —le dije, con las lágrimas corriendo por mi rostro.

—No, lo normal es que te hubiera llamado y te hubiese preguntado cuánto dinero le habías dado tú, y darle la misma cantidad. Se piensa que, por darle más dinero, es mejor padre, y lo único que está haciendo es consentirlos. El día de mañana, cuando sean adultos, verán el sacrificio que has hecho por ellos, y lo valorarán.

—Pero, para eso, todavía queda mucho tiempo, y hay veces que la situación se vuelve insoportable. Si el otro día mi hijo me dijo que Mayte tenía razón, que lo que me hacía falta era un buen meneo en la cama.

—¿En serio? Cada vez me cae peor esa mujer. Haz lo que te ha dicho mi madre, es la única manera de que tus hijos vean y conozcan la verdad.

—No quiero que ellos sepan que su padre, jamás, ha estado a su lado. Al principio, era porque tenía que estudiar, luego porque tenía que trabajar… Si no estuvo ni en el día del parto, que se coló en el hospital a las diez de la noche, porque tenía un examen y cuando terminó se fue a celebrar que había aprobado.

—Ese tío no merece el título de padre, te lo aseguro. Pero ya tienen edad de entender, no son dos niños pequeños. Si no quieres decirles nada, demuéstrales el daño que te hacen con sus palabras, y la única manera de

hacerlo es decirles que se vayan con su padre, si tanto lo desean, que tú no te vas a interponer, a ver lo que les dice él.

Tenía razón porque se merecían un escarmiento, por mucho que me doliera, y eso iba a hacer. En cuanto me replicaran lo más mínimo, aparte de llamar a Pablo para decirle que se tenía que quedar con ellos este fin de semana, que yo tenía planes.

En ese momento, en el que Max me tenía cogida de las manos y no me había dado cuenta, llegó Manuela, con una sonrisa en la boca.

—Ya está solucionado. Jessica, que es una chica de lo más agradable, me ha dicho que ella está capacitada para llevar la cafetería sola un sábado, que es el día que menos afluencia de público hay, al no estar las oficinas ni los bancos abiertos —nos dijo, sonriendo.

—Es cierto, pero me daba un poco de reparo. Bueno, le pagaré las horas extras y listo —respondí, pero Manuela negó con la cabeza.

—Esa cuenta ya está saldada. Hemos llegado a un acuerdo y le he hecho un bizum. No me vayas a decir nada, que la idea ha sido mía, estaría bueno que te costara a ti el dinero. Ahora, solo tienes que darme tu número de teléfono. Vivo aquí cerca, tú me dices a qué hora te viene bien quedar, y donde — dijo esa mujer que se había presentado como un ángel de la guarda.

—Pues yo también vivo aquí al lado. Si te parece bien, nos vemos aquí a las nueve, desayunamos y ya nos vamos al centro comercial — contesté.

—Me parece perfecto — dijo, sonriente.

—Apuntad mi número de teléfono —les dije, y vi como Max sacaba su móvil.

—Te he dejado una llamada perdida. Cuando lo cojas, guárdalo como "Magdalenas de amor" —me dijo, y solté una carcajada.

—Me has leído el pensamiento.

—Bueno, será mejor que nos vayamos, te dejamos cerrar tranquila. No te quedes mucho tiempo más del necesario. Nos vemos mañana — dijo Max, que se levantó para dejarme un beso en la mejilla, muy cerquita de la comisura de los labios, que me removió por dentro.

Me sonrojé como si tuviera la edad de mis hijos, y me temblaban hasta las pestañas. Yo también me levanté, y recogí la bandeja para limpiar la terraza, no sin antes darle un abrazo a Manuela, que me había cautivado el corazón.

Puse rumbo a mi casa, en cuanto terminé de recoger todo, junto con Jessica, que me miraba sonriente.

—Jefa, no dejes pasar la oportunidad de ser feliz. Creo que este hombre merece la pena —me dijo Jessica, echándome el brazo por encima.

—No lo voy a hacer, te lo prometo. Voy a darme la oportunidad de conocerlo, si la cosa no fluye, al menos será un buen amigo.

—Ese quiere algo más que amistad, tan solo hay que fijarse en la manera en la que se ha despedido de ti.

—No quiero adelantar acontecimientos, Jessica. No hay más que mirarlo, él juega en otra liga.

—Y tú puedes ser el árbitro en todas las categorías —me respondió, cuando llegamos a mi portal.

Nos despedimos hasta el día siguiente, en el que yo me encargaría de abrir, para que ella no estuviera tantas horas, entrando Jessica a las nueve en

vez de a las siete menos cuarto como le tocaría.

Llegué, me di una ducha reconfortante, y me puse a hacer la cena. Sería tan solo para mí, ya que los niños iban a cenar en el búrguer con sus amigos. Me preparé una tortilla de patatas y una ensalada, y me senté en el salón a ver un capítulo de una serie que me había dicho Trini que le había gustado mucho.

Los niños tenían que estar en casa a las diez, y eran las diez y media y no habían llegado todavía. Empecé a ponerme nerviosa, y me levanté a buscar el móvil, para llamarlos. Me daba la llamada, pero no contestaban, y ya estaba presa de los nervios. A las once, escuché el ruido de las llaves en la puerta, y sus risas, y casi me vuelvo loca.

—¡¿Se puede saber por qué coño no me habéis cogido el teléfono?! —les grité en cuanto que entraron.

—No vayas a empezar ya con tus neuras, mamá. Si no lo hemos cogido es porque lo teníamos en silencio desde que entramos al cine. Además, papá nos dio permiso para llegar a las once, y todavía faltan dos minutos — dijo mi hija, y os juro que la cólera me salía por los poros de mi piel.

—Tu padre no es nadie para decidir a qué hora tenéis que volver. ¿Estáis en su casa? No, ¿verdad? Pues la hora la pongo yo, y nadie más.

—Ojalá y eso fuera cierto y pudiéramos vivir con él — dijo mi hija, y no me lo pensé.

—Preparad la maleta, que ahora mismo os llevo a su casa. Ya estoy cansada de desprecios y amenazas. Ojalá y algún día os deis cuenta de que la única que ha luchado por vosotros he sido yo —les dije, con un dolor en el pecho que me estaba partiendo en dos.

Ambos me miraron desconcertados, pero entraron en sus respectivos dormitorios para coger ropa. Al menos, este fin de semana lo iban a pasar allí, con su queridísimo padre.

No pronuncié ni una sola palabra, tan solo conduje hasta la casa de su padre, llamé al timbre y esperé a que abrieran la verja de la entrada.

—Hala, ya podéis iros con vuestro puñetero padre —les dije. No iba a dar mi brazo a torcer, por mucho que me estuviera desgarrando por dentro.

—¿Qué hacéis aquí? —dijo su padre, enfadado.

—Ellos quieren vivir contigo, y yo estoy cansada de competir con un fantasma con la cartera llena —le dije, y él me miró horrorizado.

—Atenea, Héctor, os podéis quedar aquí este fin de semana, pero el domingo por la noche tenéis que volver con vuestra madre. Yo no puedo hacerme cargo de ustedes. Desde que nacisteis, ha sido ella la que os ha cuidado, y yo no me veo capacitado para hacerlo ahora —les contestó, y vi la cara de desilusión de mis hijos.

—Mamá, ¿me puedo volver contigo? —me dijo Héctor. Me di la vuelta y lo miré.

—Vendré por vosotros el domingo por la tarde, yo también tengo planes este fin de semana, y por primera vez desde que me enteré de que estaba embarazada, me voy a poner por delante de todo y de todos —le contesté, a pesar de que me hubiera encantado llevármelo conmigo.

Me bajé del coche y les di un abrazo y un beso. Mi hijo me miró comprendiendo el dolor que me había causado, pero Atenea, mi hija, lo hizo con rabia y suficiencia. Esperaba que fuera capaz de ponerse en mi piel por una vez en su vida.

Iba a montarme en mi coche cuando escuché mi nombre, era Max que me estaba llamando.

—Olimpia, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Has tenido algún problema? —preguntó.

—El mismo de siempre, y le he hecho caso a tu madre. Los he traído, y su querido padre les ha dicho que se pueden quedar hasta el domingo por la noche… —le conté todo lo que había pasado y me invitó a entrar en su casa.

—Será mejor que me vaya, es demasiado tarde ya — dije, porque necesitaba estar a solas.

—Está bien, entiendo que tienes que digerir todo. Nos vemos mañana, preciosa, pasadlo bien por la mañana, porque por la noche serás toda mía — me dijo, dándome un beso en la mejilla.

—Gracias por entender mis necesidades.

—Siempre, Olimpia. No todos los hombres somos iguales, te lo aseguro.

—Lo sé. El único problema es que, los hombres que han pasado por mi vida, tanto de sangre como el elegido, están cortados por el mismo patrón.

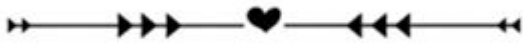
—Mañana me lo cuentas todo, ahora, ten cuidado en la carretera y descansa al llegar a casa.

—No lo creo, pero lo intentaré. Hasta mañana, Max —le dije, montándome en el coche y arrancando para poner rumbo a mi casa.

El camino fue el más largo y amargo de mi vida. Si mi madre me viera, me diría que era una mala madre, que la felicidad de los hijos estaba por delante de cualquier cosa, y era curioso que fuera ese su discurso, cuando a

mí me había puesto a los pies de los caballos, haciéndome la persona más infeliz del mundo.

Capítulo 6



Olimpia

Esa noche no pegué ojo y a las cinco de la madrugada, harta de dar vueltas de un lado para otro, me levanté de la cama. Me di una ducha para quitarme el peso que tenía encima, me vestí con unos vaqueros, un jersey, mis botas y mi chaquetón, y me fui a la cafetería.

Cuando me pasaba eso, lo único que me tranquilizaba era cocinar, así que aprovecharía para hacer varias hornadas de dulces y así tenerlos listo para toda la semana.

Abrí la reja de la cafetería, y la dejé a medio subir, cerré por dentro y encendí las luces de la cocina, así como los hornos, para que estuvieran calientes. Me sumergí en las recetas habituales, así como en otras dos que quise probar, en forma de tartas. A las siete de la mañana, cuando tocó abrir la cafetería, ya tenía listas dos bandejas de cada sabor de las magdalenas, otras dos de cada tipo de croissant, y dos tartas, una de zanahoria y otra de queso con arándanos.

Los primeros clientes aparecieron a eso de las ocho y media, ya que los sábados, al no abrir las oficinas ni las sucursales bancarias, los primeros desayunos eran para los trabajadores de los comercios de la zona.

—¿Se puede saber desde que hora llevas aquí para tener esa cara? —me dijo Jessica en cuanto me vio al entrar en la cafetería.

—Desde las cinco y media. No podía dormir, anoche tuve movida con mis hijos y con mi ex y, para dar vueltas en la cama nerviosa perdida, preferí aprovechar el tiempo haciendo algo de provecho. He preparado dulces para toda la semana — contesté, con una sonrisa triste.

—Anda, lávate la cara y siéntate a desayunar, que ya está ahí tu futura suegra —me dijo, señalando la mesa en la que se acababa de sentar Manuela.

—Mi futura suegra, dice. Como mucho, mi nueva amiga, mi consejera, porque nada más que tienes que mirar a Max y mirarme a mí, jugamos en ligas distintas —respondí, con cierto pesar.

—Él podrá jugar en la liga que quieras, pero no se te olvide que tú, puedes arbitrar el partido que quieras — dijo Jessica siguiendo el mismo símil que yo le había dado.

Salí hacia la terraza con una sonrisa en los labios, gracias a la loca de mi compañera. Manuela me miraba con cariño, con el mismo que me saludó.

—Dame un abrazo, Olimpia. Me ha contado Max que anoche seguiste mis consejos. Tan solo espero que te sirvan para bien — dijo Manuela, tomándome las manos.

—Eso espero yo también, Manuela. No es que me sienta la mejor madre del mundo, pero, al menos, sé que he hecho lo correcto. No podía seguir permitiendo que mis hijos se subieran a mis barbas.

—Si lo seguías permitiendo, podría darse el caso de que te absorbieran de tal manera que, con el paso de los años, no pudieras ni siquiera respirar sin que ellos te dieran el permiso adecuado. Sé que puedo parecer muy dura,

pero me dolió mucho la manera en la que te trataron el otro día —me dijo Manuela, mirándome a los ojos.

—No dudo que me quieren, porque soy su madre, pero no me valoran, y eso tiene que cambiar. Está claro que no puedo competir con la vida perfecta y millonaria que lleva su padre, pero tienen que aprender que la vida no todo es pedir y conseguir, que las cosas cuestan su esfuerzo.

—Eso mismo es a lo que me refería. Olimpia, tú vales mucho, a pesar de que no te lo creas. Algún día llegará el hombre que te valore de verdad, por lo que eres, no por lo que tienes, y ese día, tienes que disfrutarlo, sin remordimientos, porque te lo mereces todo.

Terminamos de desayunar entre risas y comentarios cómplices de su hijo, de lo que había luchado para llegar hasta donde estaba ahora, de sus sacrificios, ya que ellos eran una familia modesta, que tuvo que hacer muchos números para que Max pudiese terminar su carrera y hacer los másteres que necesitaba para acceder al mundo laboral.

—No te vayas a pensar que nosotros somos ricos, Olimpia. Seguimos viviendo en el mismo piso de siempre, conservamos las mismas amistades de toda la vida y compramos en las mismas tiendas del barrio. La casa en la que vive Max ha sido pagada con su trabajo, no se la hemos regalado nosotros —me contó, y supe lo que me quería decir.

—Mis padres tienen tierras y ganado en el pueblo. No se puede decir que sean de clase media, pero jamás me han ayudado en nada. Decidieron que el dinero de mis estudios serviría para llevar mi casa, cuando se podían permitir, perfectamente, mantener las dos cosas —me abrí un poco más, contándole eso que nunca le había contado a nadie.

—¿Ni siquiera a la hora de abrir el negocio? — preguntó, algo extrañada.

—¿Estás de broma? Eso mucho menos. Si hoy en día tengo este negocio fue porque, cuando pude meter a los niños en la guardería, empecé a

trabajar de todo lo que me salía en horario de mañana. De ese salario, apartaba la mitad en una cuenta que no sabía nadie, hasta que tuve el suficiente para embarcarme en esta aventura.

—Eres una luchadora, Olimpia, y deberías estar orgullosa de lo lejos que has llegado, aunque tu alrededor te haga pensar lo contrario.

Llegamos al salón de belleza donde ella se había encargado de coger cita. Teníamos una en peluquería, otra en manicura y pedicura, así como una en depilación, pero yo tenía hecha la depilación láser desde que nacieron los niños, porque con dos, no tenía tiempo ni de pasarme una cuchilla, y no iba a ir por la calle como la prima de Chewacca, el de la Guerra de las galaxias, así que la chica nos la cambió por un masaje completo.

Empezamos por ahí, ya que luego nos podíamos estropear el peinado. Juro por lo más sagrado que, si tarda diez minutos más, me pongo a roncar como un ornitorrinco, porque los ojos se me estaban cerrando.

—Veo que el masaje te ha relajado un poquito, Olimpia — dijo Manuela, riendo.

—¿Un poquito? Me ha faltado decirle, apaga la luz y cierra la puerta. Pon la alarma a las siete — contesté, y ella soltó una carcajada.

Tocaba el turno de la peluquería. Mi pelo era negro y rizado, solo que, como no tenía tiempo de domarlo, hacía mucho tiempo que decidí llevarlo recogido en una coleta o en un moño, pero quería volver a cuidarme, tomarme mi tiempo para mí, así que dejé a la peluquera que cortara como quisiera.

Cuando me miré al espejo, no me reconocía, os lo prometo. Me había hecho un corte un poco más corto de media espalda, saneando todo lo que tenía quemado y abierto. Lo había capeado, para que no se me viera mucho volumen, y me había aplicado un producto para marcar mis rizos, sin necesidad de secador, aunque ella lo usó para fijarlo un poco más. Por

primera vez en mucho tiempo, me vi guapa, me vi a mí, la Olimpia mujer, no la madre, no la ex, no la repostera, y me sentí bien.

Después les tocó el turno a las uñas, y me las hicieron en una delicada manicura francesa, con algunos adornos de brillantitos en dos o tres dedos entre las dos manos. Me encantaba como me las había dejado.

—Prométeme una cosa, Olimpia —me pidió Manuela, cuando salimos del salón de belleza.

—Lo que sea, porque no tendré vida para agradecerte todo esto que estás haciendo conmigo —le respondí.

—Esto mismo que estamos haciendo hoy, lo tenemos que hacer, al menos, una vez al mes. Quiero verte así, brillando, y no permitiendo que nada ni nadie apague tu luz —me pidió, con una mirada maternal.

—No lo dudes, yo también quiero verme así. Cuando me he mirado al espejo, ni siquiera me he reconocido, hacía tanto tiempo que no me veía así, que te prometo que me ha faltado poco para llorar de emoción — contesté con sinceridad.

Había empezado una nueva era para mí, la nueva Olimpia estaba a punto de resurgir, y no iba a consentir que nadie, fuera o no de mi propia sangre, me pisoteara para que cayera de nuevo.

Nos tocaba irnos de compras, pero esta vez sería yo la que pagaría, porque en el salón de belleza, Manuela no me dejó pagar nada, decía que eso era cortesía de su hijo.

Me paré en el primer escaparate, ya que vi un vestido de punto precioso, que pensaba probarme. Si mi madre me viera me diría que la madre era la última que necesitaba nada, que antes, debería mirar ropa para mis hijos, pero deseché esa idea de mi mente. Hoy sería yo la protagonista, por mucho

que me costara, aunque viera algo que les pudiese gustar. Si eso ocurría, volvería el lunes a por ello, pero no hoy.

—Me encanta este vestido, voy a probármelo —le dije a Manuela, que me miró orgullosa.

—Adelante, que yo he visto unos pantalones ahí que será la envidia de mis amigas — dijo, riendo.

Manuela, para la edad que tenía, aparentaba por lo menos diez años menos, y tenía un cuerpo espectacular. No conocía a su marido, pero debía estar muy orgulloso de ella, y no solo por el físico, sino también por su manera de ser.

Al final, salimos de allí cargadas, yo me llevé el vestido, que por supuesto, estrenaría esa misma noche, pero también un abrigo, dos pantalones de vestir, un vaquero y dos camisas de lo más femeninas. Ella, por su parte, también se compró los pantalones que vio, pero en varios colores, porque le quedaban espectaculares, y varios jerséis para combinarlos. Por suerte, no era una tienda de esas que tienen unos precios desorbitados, aunque tampoco era ninguna de esas low cost, que la calidad había que pagarla.

No me dejó pagar, esperó a que cogiera todo lo que me gustaba y, cuando le dije a la dependienta que pusiera todo en la misma cuenta, sacó la tarjeta, distrayéndome con un pañuelo que había visto en la otra punta de la tienda.

—Ahora, vamos a ir a por unas botas que combinar con el vestido o, mejor, un buen zapato de tacón y unas medias, que estarás más sexy — dijo, guiñándome un ojo.

—Me parece muy bien, pero esta vez no me vas a dar coba, pienso pagar lo que escojamos las dos — contesté, poniendo los brazos en jarras.

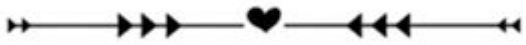
Así hicimos, ambas nos hicimos con unos zapatos de lo más elegantes, además de unas botas altas, también de tacón, porque no sabía con cuál de las dos cosas quedaría mejor el vestido. Y sí, esta vez fui yo la que la envié a mirar un bolso, que no me hacía falta porque ya tenía varios que podía combinar con lo que me había comprado, así que, tuve la oportunidad de pagar yo.

Llegué a mi casa sobre las cuatro, porque luego nos fuimos a comer. Me dijo que su marido tenía campeonato de dominó con sus amigos, y cuando eso ocurría, llegaba pasadas las cinco de la tarde, ya comido.

Como era temprano y me moría de cansancio, me eché un rato en el sofá, poniéndome la alarma a las siete y media, ya que había quedado con Max a las nueve, y tan solo me tenía que dar una ducha rápida y arreglarme, tenía tiempo de sobra.

La casa me resultaba vacía sin el bullicio de mis hijos, pero no pensaba echarme atrás. Quería que su padre se enfrentara a ellos y les dijera la verdad, que aprendieran a valorarme lo suficiente como madre, no que me vieran como a una rival, y lo iba a conseguir.

Capítulo 7



Olimpia

Me desperté cinco minutos antes de que sonara la alarma, completamente descansada y dispuesta a disfrutar de la velada con Max. No os voy a decir que no estaba nerviosa, porque sería absolutamente mentira.

La ducha fue algo más rápida de lo que acostumbraba, porque no quería que me tuviera que esperar, entre otras cosas porque en mi zona no había donde aparcar y Max venía a buscarme con el coche.

Me puse el vestido, y al final decidí ponérmelo con los zapatos de tacón, lo veía más elegante. Era de punto, de manga larga y escote en V, pero no demasiado pronunciado como para parecer vulgar, en color berenjena. El zapato era del mismo color, y me los puse con unas medias de liguero negras, de esas que tenían la costura detrás y que hacía una pierna de lo más estilizada, que no es que yo no la tuviera, pero que con ellas se veían muchísimo mejor. Cogí un abrigo de paño negro, con doble botonadura, y que quedaba entallada. Por suerte, no hacía mucho frío esa noche. Cogí un bolso de cuentas tipo marroquí, en los mismos tonos del vestido, que me trajo mi amiga Natalia de uno de sus múltiples viajes a Marruecos y que todavía tenía sin estrenar.

Estaba terminando de guardar mis cosas en el bolso, cuando recibí un mensaje de Max, estaba llegando y me avisaba, tal y como le indiqué que

hiciera.

—Estás preciosa, Olimpia — dijo, dándome un beso en la mejilla, muy cerquita de la boca y más de lo políticamente correcto.

—Gracias, tú también estás muy guapo, Max —le correspondí con otro beso de las mismas características, a pesar de mi vergüenza.

—He reservado mesa en un restaurante que me han aconsejado mis empleados. Espero que te guste, porque fueron ellos los que me recomendaron tu cafetería el primer día que llegué —me contó, arrancando el coche de nuevo.

—Seguro que me gusta porque no es el lugar, es la compañía — contesté, con una sonrisa.

—Esta mañana ha habido movida en casa de tu ex. Por lo visto, tu hija, le reprochaba que no se quisiera quedar con ellos, y su mujer le decía que ellos tenían una vida, que estaba bien que fueran de visita, como ahora, pero de vivir allí, ni mijita.

—Es una víbora, que lo único que quiere es hacerme daño, da igual que sea con los niños o con otra cosa. Estoy segura de que, en cuanto mis hijos se marchen de esa casa, mi ex llamará a su madre y esta, a la mía, y recibiré una llamada por su parte, tachándome de mala madre.

—Eso no es cierto, y como me coja a tu lado cuando la recibas, seré yo la que le ponga los puntos sobre las íes a esa mujer, por mucho que sea tu madre —me advirtió.

—En este punto de mi vida, como que ya me da igual lo que me diga. Son mis hijos, pero aparte de ser madre, también soy mujer. Cuando me miré en el espejo de la peluquería, no me reconocí, y eso me dio mucho miedo. ¿Cuándo me abandoné tanto? Eso fue lo primero que me pregunté, pero no

lograba encontrar el momento exacto —le dije, y él, me tomo la mano y la apretó.

—Yo me encargaré, si me lo permites, de dejarte claro todo lo que vales como mujer —me respondió, y aprovechó el semáforo en rojo para darme un beso en el torso de mi mano, que me estremeció.

Aparcó en el estacionamiento del restaurante, y me alegré de haberme puesto esos zapatos en lugar de las botas, porque el local era tremendamente elegante. Al llegar a la puerta, nos preguntaron por el nombre de la reserva, y nos llevaron hasta una mesa que estaba un tanto apartada y en la que podríamos hablar tranquilamente.

—Cuéntame algo de ti, Olimpia —me pidió.

—¿De mí? ¡Pero si lo único que te falta saber es el número de pie del médico que me trajo al mundo! — contesté, riendo.

—No, sé todo sobre tu relación con tus padres, con tus hijos, incluso con tu exmarido, pero no es a eso a lo que me refiero. Quiero saber de ti, de sus sueños, de tus inquietudes, de lo que esperas de la vida —dijo, y supe a lo que se refería.

—Tan solo espero poder seguir adelante con mi vida, llegar a la meta de lo que me he marcado, que es saber cuidar de mí misma, priorizarme, como debería de haber hecho siempre. Y si te refieres a cosas materiales, pues supongo que lo que todo el mundo sueña, poder vivir tranquila, sin deudas, tener una casita con jardín y encontrar al hombre que haga que se tambaleen mis cimientos —dije, desde la más absoluta sinceridad.

—Yo… quiero conocerte, Olimpia. Quiero saber hasta dónde pueden llegar estos sentimientos que han nacido por ti. Sí, sé que es muy pronto para hablar de sentimientos, pero es que, desde el primer momento que te vi, cuando me dijiste lo de la diabetes, supe que eras especial, y que te quería en mi vida.

Después de esas palabras, mi corazón dio un vuelco. No sabía que decir, no tenía ni idea de la manera en la que contarle que yo sentía lo mismo, y que, por primera vez en mucho tiempo, estaba tentada a dejarme llevar. Su cara me indicó que estaba pensando en todo lo contrario, y por eso tuve que aclarárselo.

—No pongas esa cara, porque mi falta de respuesta no va por donde tú te has pensado que iba. Si no te he dicho nada es porque no sé cómo hacerlo, no tengo ni la más remota idea sobre la manera de decirte que yo siento lo mismo y que, aunque parezca una locura, me quiero dejar llevar —le respondí, y me miró sonriente, con cierto alivio en su rostro.

—Te prometo que no te defraudaré. Quiero mostrarte todo lo bueno de la vida, a mi lado, como mi compañera, para que compruebes que no todos los hombres somos iguales —me prometió, mientras tomaba mi mano por encima de la mesa.

Vinieron a tomarnos nota y dejé que él que pidiera por mí, quería saber si era capaz de sorprenderme. Para empezar, pidió una tabla de ibéricos y una ensalada tropical, con trocitos de mango y naranja y una salsa rosa que estaba de vicio. Como plato principal, un revuelto de setas y un solomillo al punto en salsa de Pedro Ximénez, para compartir, y de postre, dos porciones de tarta, una de selva negra con cerezas y otra de queso con arándanos, como la que yo había cocinado esa misma mañana.

—¿Sabes que yo he cocinado una tarta de ese sabor esta mañana? Tienes que probarla el lunes en el desayuno, y así me dices cuál de las dos te parece que está más buena — dije, con una sonrisa.

—La tuya, seguro. ¿Sabes por qué?

—Pues no, la verdad, porque ni siquiera la has visto —contesté, riendo.

—No me hace falta verla para saberlo. Si la has cocinado tú, lleva un ingrediente extra, el amor que le pones a tu trabajo —me dejó muerta, porque, además, lo dijo totalmente convencido.

Empezamos a cenar y me fue contando que tenía dos amigos, sus mejores aliados y compañeros de batallas, que se llamaban Santi y Miriam. Me dijo que tenía que conocerlos, porque iba a congeniar con ellos a las mil maravillas, y tuve ganas de hacerlo, de ampliar mi círculo de amistades, que se resumían a Trini y Jessica, y ahora también a Manuela.

Me contó que su padre era administrativo en una consultoría, desde hacía muchísimos años, y que estaba deseando jubilarse. A pesar de que Max le ofreció que lo hiciera ya, que él corría con el importe restante hasta la edad de jubilación, no había querido hacerlo.

—Es un cabezón de cuidado, dice que el deber de un padre es cuidar de sus hijos, y no al contrario. No te puedes imaginar lo que me cuesta que acepte cualquier regalo que le hago. La última vez, fue un coche, porque el suyo ya estaba demasiado viejo, y casi tengo que devolverlo al concesionario, no veas como se puso —me contaba, haciéndome reír.

—Me encanta la relación que tienes con ellos. Yo, como mucho, habré cruzado dos o tres frases con mi padre en el último año, y eso con suerte. No sabes lo que me gustaría volver al pueblo en Navidad, por ejemplo, como hace mi hermano. Pero desde que me separé, y como los padres de Pablo son íntimos de los míos, me dicen que es mejor que no vaya, que los podría incomodar, ya que su hijo y su nuera pasan allí casi todas las fiestas. Cuando lo único que hacen es ir, comer el día de Navidad y dejar a los niños para irse de fiesta —le conté.

Por momentos veía como su rostro mudaba del asombro a la rabia, pasando por la tristeza. Al principio yo me había sentido igual, pero ya, como que me daba igual ocho que ochenta.

—¿Pasabas las Navidades sola? — preguntó, algo asombrado.

—Pues sí, para mí son unos días como otros cualquiera. El único día que no dejaba que los niños estuvieran fuera de casa era el de vísperas de Reyes, ni el de Reyes, evidentemente. Colocaba el árbol el día antes de que llegaran, porque ellos no tenían la culpa de lo que me pasaba. Con el consiguiente enfado de mis padres, por supuesto, que no entendían como podía quitarles a los niños ese día tan bonito, que también tenían derecho a pasarlo con sus cuatro abuelos y su padre.

—Me vas a perdonar la palabra, pero tu madre es una hija de puta de manual. ¿No le dolía que el resto de las fiestas estuvieras sola, sin ni siquiera tus hijos? Te lo digo yo que me he pasado fuera muchos años, pero esas fiestas, jamás las he pasado lejos de los míos, y si no podía venir yo, iban ellos.

—No te tengo que perdonar nada, Max. Es una realidad como un templo. Mi hermano también es igual. Prefirió anteponer a su amigo que, a su hermana, y lo justificaba en todo, cuando sabía que tenía más cuernos que la madre de Bambi.

—Mira, será mejor que cambiemos de tema, porque me estoy poniendo de una mala leche que no te puedes imaginar y esta noche es para nosotros.

—Sí, será lo mejor. ¿Sabes una cosa? Hace mil años que no salgo a bailar, y hoy me apetece mucho hacerlo contigo — dije, y vi como ponía una sonrisa de lo más pícara.

—Perfecto, primero vamos a bailar y luego lo hacemos en mi casa —me contestó, guiñándome un ojo.

—¡Serás…! — dije, y rompimos en una carcajada.

Salimos del restaurante y nos fuimos a una discoteca ochentera que habían abierto hacía poco, y que estaba haciendo las delicias de los mayores de treinta años. Nos sentamos en un reservado y pedimos dos copas, yo me

decanté por un vodka con zumo de piña, y él por un wiski doble con hielo. En ese momento empezó a sonar una canción melódica que me encantaba, y me tomó la mano para invitarme a bailar.

—¿Me concede este baile, señorita? — dijo, con mucho arte.

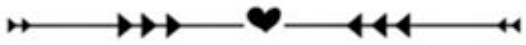
—Encantada, caballero —contesté, y acepté su mano.

Cuando me vi rodeada por sus brazos, con una mano en mi cintura y la otra a mitad de la espalda, supe que estaba perdida. Se trataba de la canción "No sé tú" de Luis Miguel, y su letra me estaba llegando al alma, porque exactamente era eso lo que sentía.

No sé tú
Pero yo te he comenzado a extrañar
En mi almohada no te dejo
De pensar
Con las gentes, mis amigos
En la calle
Sin testigos

Me miró a los ojos, y me besó, como si fuéramos dos adolescentes.

Capítulo 8



Max

No sé qué impulso me dio, pero no me pude reprimir, la miré a los ojos, en medio de esa canción que acabábamos de hacer nuestra, y la besé. No fue un beso rápido, ni un breve roce de labios, fue lento, tortuoso, nuestras lenguas se reconocían, como si hubiesen sido parte de una misma persona que se vieron obligadas a separarse. Terminó la canción, pero ni ella ni yo queríamos que se terminara aquel beso, parecía que luego no íbamos a saber seguir separados, pero tuvimos que hacerlo, o terminaríamos sin aire en los pulmones.

—Olimpia…— dije, sin separar mi frente de la suya.

—Max…— contestó ella, y no hicieron falta más palabras, ambos sabíamos lo que queríamos.

Nos tomamos la copa entre arrumacos y más besos, y cuando ya no quedaba nada de ninguna de las dos, le tomé la mano y me la llevé de allí. Ya vendríamos otro día para bailar hasta el amanecer, si hacía falta, pero ahora, ambos necesitábamos otra cosa.

En silencio llegamos hasta el coche, donde la apoyé en la puerta del copiloto, me pegué a ella y la besé de nuevo. Tenía que hacerle esa pregunta, no quería que se viera obligada, ni en el compromiso de hacer

algo que no sentía, tendríamos tiempo para ello, aunque cuando llegara a mi casa me tuviera que dar una ducha de agua helada para bajarme el calentón.

—¿Estás segura? —le pregunté, sin apartarme de ella.

—Más que nunca en mi vida — respondió.

Nos montamos en el coche y pusimos rumbo a mi casa. Tengo que reconocer que el camino se me hizo eterno, no veía el momento de no tener que estar pendiente de nada más que de ella. Pero, al fin, entramos por la verja de mi casa, pasadas las doce de la noche.

En el mismo recibidor, le quité el abrigo, dejándolo en el armario de la entrada, igual que el mío. No quería ir a saco, pero cada vez podía aguantar menos mis ganas, sobre todo por la forma en la que ella me miraba, una mezcla de miedo y deseo, de nervios y excitación, y ya no pude más.

La volví a besar, pero esta vez de manera urgente, pasional y aprisionando su cuerpo con el mío. Metí mis manos bajo su vestido, acariciando sus muslos, hasta llegar a su trasero, que me recibió sin nada que lo cubriera, y eso me excitó muchísimo.

—Vamos a la habitación, o te tomaré aquí mismo y no me gustaría que nuestra primera vez fuera de ese modo — dije, y ella tan solo asintió con la cabeza, mirándome fijamente a los ojos.

Las escaleras fueron testigo de más besos, de una urgencia y una pasión que no había sentido en mi vida, y me daba miedo esa reacción que estaba teniendo, por si me estaba creando demasiadas expectativas y luego me pegaba el batacazo.

Ya la tenía en mi dormitorio, y ya sí que, así se cayera el mundo, iba a hacer que esta mujer supiera lo que era que le hicieran tocar el cielo con las manos, aunque me fuera la vida en ello.

Sin preámbulos, la arrinconé contra la puerta, y devoré su boca. Cogí el bajo se su vestido, y lo saqué por su cabeza, ya que era de punto y no tenía ningún tipo de cierre. Cuando la tuve en ropa interior, casi me da un infarto. Lucía un conjunto de encaje en color negro, compuesto por un tanga y un sujetador de corpiño que le quedaba como a uno de los ángeles del desfile de la famosa firma de ropa interior. Si a eso le sumamos esas medias de liga hasta medio muslo, también en negras, el resultado era de lo más apetecible.

Mis manos fueron buscando su centro del placer, ese que encontré de lo más húmedo, y lo atrapé con mis dedos. Necesitaba verla correrse, era superior a mí, y no me hizo falta mucho, dos o tres pasadas de mis dedos, y se estremeció en mi mano, con una cara que era toda una tentación para mí.

Llevé sus manos hasta mi torso, sin dejar de besarla, para que fuera ella la que se encargara de desnudarme a mí, y no hicieron falta palabras. Los botones de mi camisa se fueron abriendo, lenta y tortuosamente. Una vez que la tuvo abierta por completo, la deslizó por mis hombros, dejando mi torso al aire.

Con una caricia, fue bajando por mi pecho, hasta llegar al botón del pantalón, porque la hebilla del cinturón ya me había encargado yo de abrirla, al ser un tanto complicada. Lo abrió y lo dejó caer a mis pies, donde yo me lo quité de dos patadas.

No me esperaba lo que hizo, y eso me excitó más aún de lo que ya estaba, porque se puso de rodillas, bajó mi bóxer y tomó mi miembro con su mano, acariciándolo arriba y abajo, haciéndome tocar las estrellas. Cuando su lengua entró en acción, ya eso fue otro cantar. Necesitaba que se quitara de ahí, o terminaría antes de empezar, pero, a la vez, no quería que lo hiciera, porque el placer era inmenso.

La levanté del suelo con todo el dolor de mi corazón, me deshice de su sujetador y de sus braguitas, y la dejé solo con las medias y los tacones, y fue la imagen más sexy del mundo.

Con mucho cuidado la dejé en la cama, y me situé encima de ella, para besarla. Fui dejando un reguero de besos desde su boca hasta su sexo, prestando especial atención a su pecho, que era redondo y turgente, a pesar de haber sufrido los estragos de un embarazo doble.

Sus gemidos y jadeos fueron la mejor banda sonora que podían escuchar mis oídos, y eso me fue encendiendo cada vez más. Abrí sus piernas, separé sus labios vaginales, que estaba completamente depilados, y di una primera pasada con mi lengua, soltó un grito de placer que me indicó que iba por buen camino.

La penetré con dos de mis dedos, mientras mi lengua se dedicaba a hinchar y endurecer su clítoris, haciendo círculos sobre él, hasta que noté como le estaba llegando el orgasmo, y aceleré mis movimientos, provocando que sus espasmos fueran aún mayores.

Le quité los zapatos y, de una manera tremendamente erótica, le quité cada una de sus medias, me puse un preservativo que saqué de la mesilla de noche, y la penetré, pero no de una manera brusca, sino lentamente, para que me sintiera en todo mi esplendor, y me quedé quieto en su interior.

—Muévete si no quieres que mañana encuentren tu cadáver —me dijo, y me hizo soltar una carcajada.

—¿Así? —le pregunté, moviéndome lentamente —¿O de esta otra forma? —Y aceleré mis movimientos.

—Como te dé la gana, pero hazlo — respondió, entre jadeos.

—Será mejor que tomes tú el mando —le dije, dándome la vuelta y dejándola a ella encima de mí, a horcajadas sobre mi miembro.

Empezó a cabalgar como si no hubiera un mañana, apoyándose en mi pecho, unas veces, y otras, estirando su cuerpo hacia detrás. Cuando vi que estaba a punto de correrme, la levanté, y la puse apoyada sobre sus codos y rodillas en la cama, y la penetré por detrás. De esa manera me sentía más y mejor, y así me lo hizo saber con sus gemidos, que, unidos a los míos, formaban una música celestial.

—No puedo más, Max — dijo, durante una de mis embestidas.

—Córrete, Olimpia, hazlo para mí y llévame contigo —le contesté, sin dejarle tregua, y bombeando fuertemente dentro de ella.

Y lo hizo, tal cual le había pedido. Alcanzamos el clímax los dos a la vez, y nunca en mi vida me había pasado. No sé de quien eran los gritos, si de ella o míos, pero el caso es que ambos caímos desmadejados en la cama, sin fuerzas y con la respiración entrecortada.

—Vamos a la ducha, porque esto no ha hecho más que empezar — dije, y me miró con una sonrisa.

—Ni que lo digas, tengo algo pendiente y no pienso parar hasta conseguirlo — contestó, guiñándome un ojo, y esas simples palabras fueron suficientes para ponerme de nuevo como una moto.

Abrí el grifo de la ducha para que se fuera calentando el agua, porque nosotros ya estábamos bastante calentitos. Nos metimos en ella, pero antes se recogió el pelo en un moño, no quería que sus rizos se volvieran indomables. El agua resbalando por sus pechos, fue todo lo que necesité para excitarme de nuevo. Eché jabón en mis manos, y me dediqué a lavar su cuerpo, haciendo hincapié en su sexo, ese que estaba mojado, y no precisamente por el agua que la estaba cubriendo.

No sé cómo ni cuándo, pero se invirtieron las tornas, y ahora era ella la que me estaba enjabonando a mí. Cuando llegó a mi sexo, se relamió, y se puso de rodillas, esta vez no la iba a quitar, ya tendríamos tiempo de hacerlo

de nuevo, pero quería ver hasta donde era capaz de llegar. Lamió mi miembro de la base a la punta.

El más intenso de los placeres me recorrió de arriba abajo, sobre todo cuando la introdujo en su boca y empezó a pasear su lengua por mi glande.

—Tócate —le pedí, entre gemidos, y ella me obedeció.

Sin dejar de mirarme a los ojos, bajo su mano hasta su sexo, y empezó a masajear su clítoris. Os puedo jurar que, en mi vida, había tenido delante una visión tan erótica y placentera.

—Dios mío, Olimpia, me voy a correr — dije, por si quería sacarla de su boca o parar, pero lejos de hacer eso, intensificó sus lamidas, haciendo que me derramara dentro de ella, en el interior de su boca.

La levanté del suelo, ahora era mi turno de degustarla, y lo hice. La senté en un poyete que tenía dentro de la ducha, le abrí sus piernas y me dispuse a devorar su sexo. Estaba tan caliente, tan mojada, que no me hizo falta mucho para que alcanzara el orgasmo.

Salimos de la ducha y nos envolvimos en una toalla esponjosa. Sin decirnos una sola palabra, pero expresando todo en una mirada, nos secamos el uno al otro, y nos metimos en la cama, tal y como estábamos, desnudos, porque la noche aún no había terminado.

Pasé un brazo por encima de su cuerpo, y la pegué a mí, dejando que su cabeza reposara sobre mi pecho. Mientras le acariciaba su espalda, ella hacía lo mismo con mi abdomen. Noté como respiraba profundamente, antes de escucharla hablar.

—Gracias, Max, por hacerme sentir de nuevo una mujer — dijo, y os juro que el alma se me cayó a los pies.

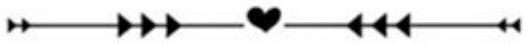
—No me tienes que dar las gracias, en todo caso, yo a ti, por dejarme entrar en tu vida, de la que no pretendo salir mientras que tú me lo permitas —le contesté, y se levantó para mirarme a los ojos.

—¿Estás seguro de eso? Mira que mi vida no es como la de cualquier persona de mi edad, que la mía es bastante más complicada. Tengo dos hijos adolescentes, que me dan muchos quebraderos de cabeza y…

—Y que yo te ayudaré a llevar por buen camino. No me apartes de tu lado, Olimpia, no ahora que sé lo que es tenerte, por favor — dije, suplicante, porque me había dado cuenta de que era una persona que merecía la pena.

—Si quieres permanecer en ella, no seré yo la que te diga que te vayas. Pero tan solo te voy a pedir una cosa, no quiero mentiras, no quiero engaños. Prefiero que me digas: Olimpia, se acabó, lo que sentía por ti ya no lo siento, o no me puedo enfrentar a tu vida, a enterarme que estás con otra mujer.

Capítulo 9



Olimpia

Si os digo que fue la mejor noche de mi vida, no estaría exagerando ni un ápice, más bien todo lo contrario, me quedaría demasiado corta. En mi vida me hubiera imaginado que Max fuera así como hombre, atento a todas mis necesidades, y extremadamente generoso en el plano sexual.

No os voy a decir que terminamos nuestro encuentro sexual con el episodio de la ducha, porque después de ese, hubo dos más, a cuál mejor. Me desperté y lo encontré a mi lado, mirándome embelesado, y me dio algo de vergüenza, porque no sabía si había estado a la altura de sus expectativas, pero no me quedé con la duda.

—Buenos días, princesa — dijo, sonriente.

—Buenos días, mi rey — contesté, de la misma manera.

—Wow, te he debido hacer disfrutar mucho esta noche para que me hayas nombrado rey — dijo, atrayéndome hacia él para besarme.

—Por esa regla de tres, entonces yo no he estado a la altura, porque me has dejado en princesa —dije, insegura, y aprovechando el comentario que él había hecho.

—Te he llamado princesa porque mi reina es mi madre, pero no dudes que, en la cama, eres y siempre serás una diosa, mi diosa —dijo muy serio, y volvió a besarme.

—Muy conveniente eso de mi diosa, teniendo en cuenta que me llamo Olimpia — dije, riendo, y se llevó las manos a la boca.

—Será mejor que nos levantemos a desayunar. Ahí, en el vestidor, mi madre ha dejado ropa para ti —me indicó, y esta vez la que se llevó las manos a la boca fui yo.

—¿Cómo que tu madre ha dejado ropa para mí?

—Vino ayer por la tarde, después de dejarte en tu casa volvió al centro comercial. Me dijo que la guardara en el vestidor, para el día en el que te quedaras, que presumiblemente sería esa noche y así no te vieras abocada a llevar la misma ropa con la que saliste. Tienes de todo, ponte con lo que más cómoda te sientas, hoy te quedas a comer y a pasar el día.

—¿Qué me quede a pasar el día? Pero…

—Manuela me dejó muy claro que hoy venían a comer, ella y mi padre, y no querrás verla cabreada, te lo aseguro — dijo, entrando en la ducha y cogiendo del vestidor un pantalón de algodón con una sudadera.

Entré en el vestidor, y había una parte para mí. Me daba vértigo lo rápido que estaban yendo las cosas, pero, por otro lado, sentía que ya había desperdiciado bastante el tiempo a lo largo de mi vida. Cogí una braguita y un sujetador de algodón blanco, así como unos leggins y una sudadera, junto a unos calcetines y unas deportivas, que no sabía si me las pondría, porque me encantaba andar descalza y este suelo estaba calentito.

Cuando él salió, fue mi turno, pero antes me atrajo hacia él y me dejó un beso en los labios. Yo continuaba desnuda, sin ninguna vergüenza de que

me viera, por muy raro que sonara, pero él ya se había vestido, y me aclaró el motivo.

—Si salgo con la toalla, vienen mis padres y todavía estaríamos en la cama. Te espero abajo preparando el desayuno — dijo, volviendo a besarme.

Cuando salí de la habitación, lo escuché hablando con alguien a quien reconocí en el momento, era Pablo, que venía a disculparse con él por la actitud de Mayte de los últimos días.

—Anoche te vi llegar muy bien acompañado, con una morena que quitaba el hipo. ¿Se ha marchado ya? Porque si no, te agradecería que me la presentaras, siempre y cuando no sea nada serio para ti —le dijo, y me dejó muerta.

—¿También le pones los cuernos a Mayte, Pablo? —le preguntó Max, como siguiéndole la broma.

—Para nada, nosotros tenemos una relación abierta desde el principio. A veces, compartimos y otras nos lo montamos por nuestra cuenta. Si te apetece unirte a nosotros, tan solo tienes que decírnoslo, aunque con el culo que tenía esa morena…

—Te agradecería que no hablaras así de ninguna mujer en mi presencia.

—Oh, al parecer te ha tocado fuerte la morena, a mí también me hubiera tocado, si no considerara que unirse a una sola mujer sería un desperdicio. Por eso no quiero que los niños vivan conmigo y permito que lo hagan con la amargada de su madre, porque de vez en cuando nos reunimos en mi casa.

—Su madre no es ninguna amargada, y te repito, no vuelvas a hablar así de ella en mi presencia, o no voy a ser capaz de quedarme quieto. Es más, si

fuera ella, no dejaría ni que los niños se acercaran a ti, con ese modo de vida que llevas.

—Ella no lo hará, siempre ha hecho lo que yo he querido, y si no está casada todavía conmigo es porque cometí el error de llevar carmín en la camisa, y le tuve que decir que me había enamorado de nuevo, cuando en realidad venía de una orgía en casa de uno de los socios de la constructora —si antes me quedé muerta, ahora me habían enterrado y todo. Su pareja era solo una pantomima, tanto por parte de él como por parte de ella.

—Lo mismo y ha cambiado. Tiene que haberlo hecho cuando te dejó anoche a los niños cuando ni siquiera te tocaban —le contestó Max, dándole donde más le dolía.

—Bueno, dejemos de hablar de la amargada de mi ex y dime ya quien es esa morena y donde puedo encontrarla —le cambió la conversación, y ahí aproveché mi oportunidad.

—La morena soy yo, y siento decirte que, ni, aunque estuvieras bañado en oro como los Óscar, te tocaba ni con un palo —le dije, y se quedó ojiplático.

—¿Olimpia? ¿Te has acostado con mi exmujer? Eso sí que no me lo esperaba de tu parte, Max. No después de contarte todo lo que te he contado de ella —le reprochó, como si estuviera enfadado.

—¿Le estás reprochando algo, Pablo? ¿O es a mí? —le pregunté, enfrentándome a él por primera vez en mi vida.

—Pues mira, ahora que lo dices, más bien a ti que a él, que has dejado a tus hijos tirados por follar con un tío que no conoces — dijo, y me salió una carcajada que él no esperaba.

—Perdona, pero no sabía que tú le pedías un historial a todas las que pasan por tu cama en esas orgías. Y no he dejado a mis hijos tirados, los he dejado con su fantástico padre, ese al que veneran, para que se den cuenta de cómo eres en realidad.

—Mira, estoy pensando una cosa. Olimpia, ve a por tus hijos, que pasen el día con nosotros, así nos conocemos mejor ellos y yo — dijo Max, guiñándome un ojo.

—Ahora mismo, mi amor. Enseguida vuelvo — dije, y vi como Pablo me miraba con la boca abierta.

Salí de la casa de Max, por el jardín trasero, que daba directamente al de la casa de Pablo y donde estaba escuchando a mis hijos hablar, con unas palabras que no me esperaba, la verdad.

—Atenea, no seas injusta, ya te has dado cuenta de que ha sido mamá la única que se ha preocupado de nosotros, y la hemos tratado como el culo — le decía mi hijo Héctor a su hermana.

—Pero nos tenía que haber dicho la verdad, no tapárnosla, ya no somos dos niños —le contestó ella, y tenía razón, así que me hice notar para que no siguieran hablando.

Cuando estuviéramos a solas en casa, les contaría toda la vida que había llevado con su padre, y que había ocultado para que no se sintieran rechazados por él. Ya había llegado el momento porque, tal y como había dicho mi hija, ya no eran dos niños.

—Atenea, Héctor… —los llamé, y ambos me miraron sorprendidos, ya que no me esperaban, y menos en casa del vecino.

—Mamá, ¿qué haces ahí? — preguntó Atenea, pero con una cara de ilusión que no le había visto nunca.

—Estás guapísima, mamá. ¿Qué te has hecho? — dijo Héctor, que siempre había sido muy observador.

—¿Os apetece pasar el día con nosotros? Si no queréis, y preferís pasarlo con vuestro padre y con Mayte, no tengo problema. Sois libres de elegir lo que queráis —les pregunté con una sonrisa.

—¿Estás de coña? Yo no me quedo aquí ni loco, me muero por volver a casa — dijo Héctor, que entraba a coger su mochila de la casa.

—Yo también me voy. Mamá, tenemos que hablar largo y tendido, pero ahora, lo que más me apetece es darte un abrazo. Cogemos nuestras cosas y volvemos enseguida — dijo Atenea.

—Os espero aquí, quiero presentaros a alguien muy importante para mí. Espero que lo admitáis en vuestra vida, porque…

—Porque te veo preciosa, mamá, y así era justo como quería verte.

Su hermano traía las dos mochilas, indicándole a ella que ya había recogido también sus cosas, y fui a recibirlos a la entrada, cuando escuchamos a esa mujer gritar desde la puerta de la casa.

—De eso nada, de aquí no os movéis, que vuestra madre lo que tiene es muy poca vergüenza. Claro, ahora querrás endosarnos a los niños el próximo fin de semana, también, alegando que es el que nos tocaba para jodernos de nuevo —dijo, completamente sofocada.

—No te preocupes, que mi madre no nos dejará ni un solo fin de semana más con vosotros, y no porque lo diga ella, sino porque los que no queremos volver somos nosotros —le contestó Héctor, dejándome un poco descolocada, la verdad.

—Por nosotros, no pisaremos más la puerta de esa casa, ya hemos tenido suficiente con estas dos noches —esta vez fue Atenea la que se dirigió a ella.

¿Qué había pasado? ¿Tendría algo que ver con sus prácticas sexuales? Estamos de acuerdo que, cada uno, en su casa y con su pareja, actuaba como el daba la gana, siempre que los dos estuvieran de acuerdo, pero deberían tener un poco de decoro si estaban los niños dentro.

—Perdona, Mayte, por mucho que tú seas la pareja de su padre, yo soy su madre, y me los llevo porque me da la gana, en primer lugar, y porque me lo han pedido ellos, en segundo lugar, pero no menos importante —le dije, dejándola callada.

Mis hijos entraron en casa de Max, cruzándose con su padre por el jardín de entrada, pero ninguno de los tres articuló palabra alguna. Por parte de mis hijos, yo no sabía por qué no habían mirado a su padre, pero su padre lo hacía por despecho, porque no se esperaba mi cambio después de tantos años.

—Atenea, Héctor, él es Max… —No supe como catalogarlo, pero él lo resolvió enseguida.

—Vuestra madre y yo nos estamos conociendo. Ahora mismo no sabría muy bien que etiqueta ponerle a lo nuestro, pero es lo más parecido a una novia que he tenido nunca. Encantado, chicos, sentiros como en vuestra propia casa —les contestó, y mi hijo se fundió en un abrazo con él.

—Gracias por devolverle a mi madre su brillo — dijo mi hijo, y entonces comprendí que ellos eran conscientes de mi carencia de vida.

—Sí, Max, te agradecemos haber traído a mi madre de vuelta. Mamá, no te alejes de este hombre, que te está haciendo mucho bien — dijo Atenea, que ya se había convertido en toda una mujer.

—A mí no tenéis que agradecerme nada, es ella la que me está haciendo ver la vida de otra manera. Por cierto, espero que no os moleste que vengan hoy también mis padres —les informó Max.

—Es tu casa, no tendría por qué molestarnos. Además, que si es la misma señora que estuvo el otro día en la cafetería, le debo una disculpa. Ahora me doy cuenta de que no es oro todo lo que reluce —le contestó mi hija, haciéndome sentir muy orgullosa.

Capítulo 10



Max

Cuando Olimpia se fue a buscar a sus hijos, su ex, Pablo, y yo, tuvimos unas palabritas que me hicieron darme cuenta de la clase de persona que era. Todo lo bien que me había caído el primer día, por momentos lo hacía peor.

—No te hagas muchas ilusiones, Max. Olimpia seguirá contigo hasta el momento en el que yo haga una llamadita de teléfono al pueblo — dijo, con aires de superioridad.

—El que no se tiene que hacer ilusiones eres tú, Pablo. Olimpia ya no es la misma persona, y creo que te lo ha demostrado con creces — contesté, sabiendo que estaría a su lado, pasara lo que pasase.

—¿Te crees que por haber ido a la peluquería y utilizar lencería sexy en su interior no está la misma Olimpia de siempre? No me hagas reír, por favor. En cuanto llame a su madre y le diga que la golfa de su hija ha dejado a sus hijos abandonados, por meterse en la cama de un tío que acaba de conocer, a mi querida suegra le faltará tiempo para venir hasta aquí a cantarle las cuarenta —dijo, con toda la falsedad del mundo.

—Inténtalo, desde ya te digo que no me voy a apartar de su lado por mucho que se ponga la cosa fea. Si es eso lo que pretendes, lo lamento por

ti, pero no lo vas a conseguir.

—Siempre consigo todo lo que me propongo — dijo, riendo.

—A ver quien gana de los dos. Y ahora, si eres tan amable, sal de mi casa —le dije, y lo invité a que saliera.

Se veía que era uno de esos que ni comen ni dejaban comer. No quería verla feliz, quería que siguiera hundida y en guerra con sus hijos. Tan solo le pedía al cielo que esos niños recapacitaran y vieran a su madre tal y como era, no como se la pintaban su padre y la amante de este.

Los vi llegar, entrando por la verja del jardín, sonriendo y con la complicidad suficiente como para que las cosas fueran cambiando. Su madre nos presentó, y vi un cambio de actitud muy positivo con respecto a la anterior vez que los vi. No sé qué era lo que había cambiado, pero sí que me gustaba lo que veía entre los tres.

Cuando Atenea me dijo que le tenía que pedir disculpas a mi madre, me terminó de ganar, no porque fuera mi madre, que lo hubiera hecho igual si lo hubiese dicho de cualquier otra persona. Lo que hizo que se ganara mi respeto fue la manera en la que dijo que se había dado cuenta de que se había equivocado.

—Ya estamos aquí, Max. Espero que hayas sido capaz de retener a Olimpia, o se me caería un mito contigo —dijo mi padre, nada más entrar, seguido por mi madre, que venía con una olla de comida.

—Mamá, podíamos haber pedido al restaurante de la urbanización —le dije, dándole un beso a los dos, y obviando las palabras de mi padre.

—Eso, a tu madre, y a mí que me parta un rayo protestó, y vi como Atenea y los niños reían.

—Pero bueno… ¿esto qué es? ¡Vaya sorpresa más agradable! —dijo mi madre en cuanto que los vio a todos en la cocina, que era donde nos habíamos quedado charlando.

—Hola Manuela. Hoy sí te puedo presentar bien a mis hijos. Ellos son, Atenea y Héctor —le dijo Olimpia.

—Encantada, chicos. Como habéis deducido ya, soy Manuela, la madre de Max, y él es Carlos, su padre —se presentó, y vi como todos se acercaban a darse dos besos.

—Max, es mucho más bonita de lo que me contó tu madre.

—Lo sé, soy un suertudo —le dije, dándole una palmada en el hombro, sonriente.

—Manuela, a mí me gustaría pedirle disculpas por lo del otro día. No era consciente de lo que sé ahora, aunque todavía me queda mucho por saber, pero lo esencial lo tengo claro. No fueron las formas de dirigirme a mi madre, ni de dirigirme a usted, por eso, le pido perdón —le dijo Atenea a mi madre, con toda la educación que su madre le había dado.

—Ay, corazón mío, no tienes que pedirme disculpas, ni hablarme de usted tampoco. Lo principal e importante es que te hayas dado cuenta de cómo es ella, y de que daría la vida si fuera necesario por vosotros — contestó mi madre, dándole un abrazo al verla casi con las lágrimas saltadas.

—Gracias, a todos, por hacer de mi madre una persona nueva — dijo Héctor, que también se veía un poquito sobrepasado.

—No hemos hecho de ella una persona nueva, Héctor, hemos sacado lo que ella guardaba en su interior — contesté.

—¿Qué os parece si echamos una partidita en la máquina esa del demonio? Os voy a machacar —dijo mi padre, refiriéndose a la videoconsola.

—¿Tienes consola, Max? —me preguntó Héctor, asombrado.

—Tiene, hijo, y de las mejores del mercado. Vamos, tú y yo iremos en el mismo equipo —le dijo mi padre al chaval, que lo miró entusiasmado.

—Venga, y yo iré contigo, Max. Vamos a hacer que muerdan el polvo —me dijo Atenea a mí, y me hizo la misma ilusión que a su hermano.

Nos marchamos al salón, mientras mi madre y Olimpia se quedaban en la cocina, hablando de sus cosas.

—Elegid un juego, pero que la partida no sea online, o perderá toda su emoción. Vamos a jugar dos contra dos —les dije, y lo tuvieron claro.

—El FIFA, vamos a jugar al fútbol, que soy un crac — dijo Atenea, y lo que menos me imaginaba era que fuera una experta con el balón.

Encendí la consola y la conecté a la televisión, mientras repartía los mandos. Por suerte, como casi siempre jugamos entre amigos cuando estábamos en mi casa, tenía mandos de sobra, así que pudimos jugar todos.

Las risas resonaban en toda la casa. Jamás me imaginé que me sentiría tan a gusto en una situación así, pero lo cierto era que me encantaba. Mi madre y mi chica seguían en la cocina, hasta que nos llamaron para que fuéramos poniendo la mesa.

—Abuelo, estos dos nos han hecho trampas. Después de comer, la revancha —le dijo Héctor a mi padre, que recibió esas palabras con orgullo, aunque se quedó un tanto cortado, porque le salió de forma natural.

—Y apostaremos cincuenta euros, nieto. Ni tu hermana ni el cenutrio de mi hijo van a poder con nosotros —le contestó, y noté la sonrisa en la boca de Héctor.

Ellos se llevaron los vasos, los cubiertos y las servilletas, mientras que mi madre, Olimpia y yo, los veíamos salir de la cocina.

—Parece que la cosa va bien, ¿no crees? —le dije a Olimpia, que me miraba con los ojos acuosos.

—Si me dicen esto hace dos semanas, habría jurado que sería imposible. Héctor es un chico un tanto reservado. Normalmente, la voz cantante la suele llevar siempre Atenea, y verlo llamar abuelo a tu padre, me ha encogido el corazón.

—Lo ha hecho porque le ha nacido, no hay que darle más vueltas —dijo mi madre, orgullosa.

—Por supuesto, pero quiero que entendáis que no es lo habitual en mi hijo. Ni siquiera a mi padre le ha dicho nunca abuelo, lo llamaba por su nombre, Antonio, al igual que al padre de Pablo.

—Pues entonces, es que se ha sentido querido por mi marido. Puede parecer un cascarrabias, pero en el fondo, le encantan los chavales de esta edad, dice que le dan demasiada ternura, porque sabe que lo tienen todo, pero no lo valoran.

—Es cierto que, en esta época, se tiende a sustituir el cariño por cosas materiales, como han hecho su padre y sus abuelos desde que nacieron. Se piensan que, por darles más cosas de las que necesitan son mejores para ellos y los quieren más, cuando realmente es todo lo contrario —nos explicaba Olimpia.

—¿Viene esa comida o no? Que tenemos pendiente la revancha y no me quiero marchar muy tarde —dijo mi padre desde el salón, donde ya se había sentado, con un chico a cada lado suyo.

Durante esa comida nos reímos muchísimo, porque Atenea era igual que su madre, una persona muy graciosa e irónica, la verdad. Nos contaba que, un día, en casa de sus abuelos, en el pueblo, vino una vecina, Lorenza se llamaba, que era la típica señora mayor de pueblo que lleva la vida, obra y milagros de todo el mundo, y que no paraba de preguntarle cosas.

—Ya me tenía tan harta, que le dije. Yo tengo una pregunta para usted, doña Lorenza. ¿Usted ya nació así de fea o la bautizaron con agua hirviendo? No veas la bronca que me echó mi abuela, pero es que ya me había cansado con tanta pregunta sobre mi madre y lo que hacía en la ciudad —nos dijo, y mi padre, el sorbo que le había dado a la copa de vino, le salió por la nariz, de la risa que le entró cuando la escuchó decir eso.

—¡Qué bueno! Esa me la apunto, porque en mi club de domino tenemos uno así de cotilla, verás cuando le suelte eso en la próxima quedada —dijo mi padre, y más nos reíamos.

—Tenéis para jugar la partida hasta que nos tomemos el café, que mañana hay instituto y trabajo, y tenemos mucho que preparar —les dijo Olimpia, y no los escuché protestar en ningún momento.

—Es como si se hubiesen llevado a unos niños y te hubieran devuelto otros —le dije, ayudándola a llevar todo a la cocina.

—Ni que lo digas, miedo me da pensar en lo que va a ocurrir si cambian de nuevo. Tan solo espero que me entiendan cuando hable con ellos luego — respondió, un tanto nerviosa.

—Hablando de eso. Tienes que estar preparada, porque Pablo me dijo esta mañana que iba a hacerle una llamada de teléfono a tu madre, y que le contaría una sarta de mentiras, como que habías dejado a tus hijos

abandonados para follar conmigo, esas fueron sus palabras textuales, y que se encargaría de que viniera a hacerte una visita para ponerte en tu sitio —le expliqué puesto que no quería que la cogiera de improviso.

—Me da igual, que venga ella o el alcalde. De momento, no la dejaré entrar en mi casa, y espero tener a mis hijos de mi lado. Que, si no es así, tampoco pasa nada. A lo mejor, si me ocurre hace unos meses, me habría hecho sentir culpable, pero en estos momentos, me siento fuerte y no pienso dar ni un pasito atrás.

—Esa es mi chica. Además, recuerda que yo estaré siempre a tu lado, no lo olvides nunca — contesté, dándole un beso en los labios, hasta que nos interrumpió mi madre.

—Me encanta veros así, pero las tres fieras que están en el salón reclaman a mi hijo, dicen que tienen un partido corto por delante y que no piensan perder.

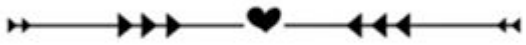
—Pues alguno tiene que hacerlo, así que, suerte, valor y al toro —me dijo Olimpia, como si tuviera que salir al ruedo, y solté una carcajada.

Me fui de camino al salón, donde ya tenían todo preparado. Mi padre no quiso ni tomarse el café, por lo que lo hicieron las dos en la cocina, hablando de sus cosas y compartiendo confidencias. Mi madre le estaba haciendo mucho bien a Olimpia, pero ella también se lo estaba haciendo a mi madre, a quién no veía tan feliz desde hacía mucho tiempo.

¿Resultado? Otra vez volvimos a ganar, y no porque yo metiera algún gol, que hasta mi padre marcó, sino porque Atenea era un genio con el balón, a pesar de que su hermano también tenía gran destreza.

—¿Qué os parece si la semana que viene hacemos aquí una barbacoa y jugamos un partido de verdad? —les dije a los chicos, que aplaudieron por la idea.

Capítulo 11



Olimpia

Me parecía mentira haber pasado ese día tan agradable con mis hijos y con la familia de Max. No pasaba una jornada así con ellos desde que eran muy pequeños, en el que los sábados nos íbamos al parque y pasábamos allí todo el día jugando.

Pero había llegado la hora de marcharnos. A pesar de que Max insistió en llevarnos, le dije que no, y pedimos un taxi.

—Chicos, un placer haber pasado un día así con vosotros, espero que haya muchos más —les dijo Max a mis hijos.

—La semana que viene, que tenemos que hacer la barbacoa, no te olvides — contestó mi hija, que se veía super a gusto a su lado.

—Por supuesto que no me olvido. Además, durante la semana espero poder pasar por vuestra casa alguna noche a cenar.

—Cuando quieras, sabes que las puertas de mi casa están abiertas — contesté yo, mientras me abrazaba.

—Eso sí, tráete ropa para poder ir al otro día al trabajo, no querrás ir con el mismo traje, ¿no? —le dijo Héctor, con todo el arte del mundo, antes de

guiñarme un ojo.

—Chico sabio, haré caso a tu consejo, no lo dudes. Y a ti, te veo mañana para desayunar —me anunció, dándome un beso en los labios y aguantando la puerta trasera del taxi en el que mis hijos ya se habían sentado.

—Café con magdalenas de amor, lo anoto — dije, y soltó una carcajada.

Una vez que estuvimos en el coche, lejos de todo y de todos, mi hija me cogió la mano, algo tenía que decirme, pero estaba segura que esperaría a que estuviéramos en casa, al cobijo de nuestro hogar.

—Mamá, me gusta Max, y sus padres. No me hacen sentir incómodo ni rígido, es como si fueran de mi familia de sangre, de la de verdad —me dijo Héctor, cogiéndome la otra mano.

—Héctor, mi amor, porque la familia sea de sangre no significa que sea buena para una persona. Tengo mucho que contaros, pero lo haré en cuanto estemos en casa —le respondí, y asintió con la cabeza.

Estábamos entrando por la puerta, cuando mi teléfono sonó. Pensé que era Max para saber si habíamos llegado, pero me equivoqué, era mi madre, que insistía una y otra vez. No contesté, primero estaban mis hijos, así que, corté la llamada y puse el móvil en silencio, ya la llamaría luego, cuando terminara esa conversación pendiente que tenía con mis hijos.

—Mamá, vamos a darnos una ducha, a ponernos cómodos y ahora hablamos, ¿te parece? — dijo mi hija, que de pronto parecía haber madurado quince años.

—Perfecto, yo haré lo mismo. La que llamaba antes era la abuela, pero no la voy a atender hasta que no haya hablado con vosotros. Atenea, seguro que ahora te llama a ti, te pido por favor que no contestes, o te pondrá la

cabeza como un bombo antes de que sepas la verdad —le pedí, y mi hija asintió.

—Voy a dejar el teléfono aquí, así no tendrás ninguna duda — contestó, dejando el móvil, en silencio, en la mesa del salón.

Nuestra casa tenía dos baños, uno dentro del dormitorio principal y otro fuera, en el pasillo, que era el de los niños. Nos fuimos cada uno para una parte, entré en la ducha y dejé que el agua cayera sobre mí. Esta vez sí dejé que se mojara mi pelo, puesto que me había traído el producto que me aplicó la peluquera, y que no necesitaba calor, podría dejar que se secara al aire libre. Me puse mi pijama y bajé al salón, donde le escribí a Max antes de que bajaran mis hijos.

Olimpia: *Gracias por este día, por acoger a mis hijos mejor que su padre. No tendré con qué pagarte.*

Max: *Claro que tendrás con qué pagarme. Son mil quinientos besos, que me puedes ir dando a plazos si te viene mejor.*

Olimpia: *Casi que prefiero pagarlo todo de una vez, no se me vaya a acumular las deudas y tenga que hacer horas extras.*

Max: *Mejor para mí. Horas extras, ummm. Ahora en serio, son estupendos, habla con ellos se lo merecen. Mañana nos vemos, que descanséis. Un beso.*

Olimpia: *Estoy esperando a que salgan de la ducha para hacerlo. Buenas noches, no vemos mañana, otro para ti.*

Dejé el móvil a un lado, puesto que mi madre seguía insistiendo. En el tiempo de ducharme y ponerme el pijama, tenía ya más de veinte llamadas perdidas. Al final, lo apagaría y no la llamaría, así aprendería a que cada persona necesita su tiempo, no tiene que ser todo como y cuando ella diga.

—Ya estamos aquí, mamá —dijo mi hijo, sentándose junto a mí en el sofá. Mi hija lo hizo en un puf, justo frente a nosotros.

—No sé ni por dónde empezar, pero os prometo que intentaré hacerlo lo mejor posible, de manera que lo entendáis a la perfección. Cuando me quedé embarazada de vosotros… —empecé a contarles todo, sin dejarme nada.

Dejé salir mis sentimientos, como intentaba sacarlos adelante sin ninguna ayuda, puesto que su padre no cambió jamás ni un pañal. Incluso les dije que en el momento del parto nadie estuvo a mi lado, que su padre apareció a las tantas de la noche.

—Mamá, gracias —me dijo Héctor, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—No me tenéis que dar las gracias, era mi obligación como madre. Pero sí quiero que os pongáis en mi lugar. Si vuestro padre os decía que yo no me arreglaba, la realidad era que no tenía tiempo ni de mirarme. Era yo la que tenía que labrarme un futuro, por vosotros más que por mí, y por eso me fui a trabajar de lo que me salía con vistas a montar mi propio negocio —les expliqué.

—Eres una guerrera, mamá. Cuando sea mayor, quiero ser como tú. Y también quiero que me perdones mis desplantes, pero tuviste que contárnoslo antes — dijo Atenea, que no podía parar de llorar.

—Lo sé, pero no quería que tuvierais el sentimiento de abandono que yo sentí. Quise protegeros, y al final, me eché yo misma tierra encima.

—Esa no fue la historia que nos contó mi abuela. Ella nos dijo que mi padre se había separado de ti porque tú tenías la culpa.

—También nos dijo que no le comprendías. Que los hombres tenían sus necesidades, y que la mayoría de las esposas no podían complacer, y que, por eso, lo mejor, era que lo buscaran fuera del matrimonio, para que este no se resintiera —me dijo mi hijo Héctor, y os juro que la rabia me corría por las venas.

—No hijo, eso no es cierto. No sé si soy la más adecuada para contaros esto, pero, aun así, lo voy a hacer. Tu padre tiene un problema con el sexo, ha sido un mujeriego durante toda la vida. Pero no me extraña nada, teniendo la educación que ha tenido. Te voy a poner un ejemplo, y quiero que me contestes con toda la sinceridad del mundo.

—Por supuesto, mamá. Así lo haré, no tengas ninguna duda.

—Pongamos que la situación es al revés. Tú te enamoras, y lo das todo por esa persona, pero luego, al cabo de los años, te enteras de que te ha sido infiel durante toda la vida. ¿Qué harías? —le planteé.

—La mandaría a la mierda en cuanto que me enterara de la primera infidelidad — dijo, sin pensar.

—Pues eso mismo hice yo, pero no a la primera, que le pasé muchísimas por vosotros, para que no crecierais con un padre ausente, hasta que me di cuenta de que estabais en esa situación desde que nacisteis. Él, de lo único que se ha preocupado siempre ha sido del tema material, que era con lo que quería suplir el cariño que no os estaba dando —le dije, y vi como Héctor miraba a su hermana.

—Cuéntaselo, Atenea, mamá tiene que saberlo — dijo, y vi como mi hija agachaba la cabeza.

—¿Qué ha pasado, Atenea? Si no me cuentas nada, no puedo ayudarte — dije, a ver si así se animaba.

—Cuando el viernes llegamos a casa de mi padre, en el salón estaban Mayte, muy ligerita de ropa, y otro hombre más. Mi padre nos dijo que subiéramos a nuestro cuarto inmediatamente, pero nos quedamos en la escalera, escuchando lo que decían. Ese hombre le preguntó a papá si yo tenía dieciocho años, y cuando mi padre le contestó que no, le dijo que, en cuanto que los cumpliera, me llevara a una de sus fiestas, que se lo compensaría en forma de ascenso —me contó mi hija, y la sangre me hirvió por dentro.

—¿Estás hablando en serio, Atenea? No es que no te crea, mi vida, es que me resulta muy fuerte. ¿Qué le contestó tu padre?

—Papá le dijo que, cuando llegara ese momento, ya hablarían, que, de momento, mi hermana tan solo tenía quince años — contestó Héctor, ya que Atenea no era capaz de articular palabra.

—Si me disculpáis un momento, voy a la cocina a servirme una infusión relajante antes de coger a vuestro padre por el cuello y quedarme viuda —les dije a los niños, intentando quitarle hierro al asunto —. Llamad a la pizzería e ir pidiendo la cena.

En ese mismo momento, mi teléfono volvió a sonar, era mi madre, y ahora sí que iba a contestar, pero para decirle que tanto ella, como mi padre y mi hermano, estaban muertos para mí.

—Menos mal que contestas. ¿Qué pasa, te he cogido ocupada restregándote con este tipo? —me dijo, tratándome como a una cualquiera.

—No, da la casualidad de que no soy como tu querido yerno. ¿Qué quieres? Rapidito, que no tengo toda la noche.

—No te da vergüenza abandonar a tus propios hijos para ir a retozar como una puta con el primer tío que se te cruza. Eres una deshonra para todos, menos mal que no te dejamos venir por el pueblo, porque si no…

—Punto número uno: a mis hijos no los dejé abandonados, los dejé con su padre, ese mismo que los despreció y casi los echa de su casa. Ese que, ante tus ojos es tan maravilloso, ha ofrecido a su propia hija a su jefe en cuanto que sea mayor de edad a cambio de un ascenso…

—¡Mentira! No sé cómo eres capaz de levantar esas calumnias contra el pobre Pablo — dijo, pero no la dejé seguir.

—No he terminado, y te vas a callar o colgaré la llamada inmediatamente. De nada te han servido tus argucias para poner a mis hijos en mi contra, porque ya saben toda la verdad, ellos mismos se han dado cuenta. El hombre con el que he estado no es el primero con el que me he cruzado, llevo diez años divorciada y no he salido nunca ni a tomarme una cerveza, y punto número dos: aquí y ahora termina nuestra relación, no me llames, no me escribas, como soy una deshora para la familia no te costará trabajo hacerlo. Todos estáis muertos para mí — dije, y colgué el teléfono, bloqueando su número y el de todos los demás al instante.

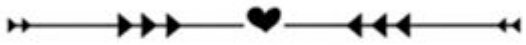
—Bien hecho, mamá. No consientas que nadie apague tu luz — dijo Atenea, acercándose para darme un abrazo, cuando fue su teléfono el que sonó.

—No te voy a decir lo que tienes o no que hacer, Atenea, ya tienes la edad y el criterio suficiente para saber lo que quieres —le dije, y ella asintió, atendiendo la llamada delante de mí.

—No abuela, mi madre no se ha inventado nada sobre mi padre, era yo la que estaba en la escalera con mi hermano, escuchando la conversación. Tampoco me ha metido pajaritos en la cabeza…

—¿Sabes qué, abuela? Ni mi hermana ni yo tenemos más familia que mi madre —le dijo Héctor, que le había quitado el móvil a su hermana, e hizo lo mismo que yo, colgó y la bloqueó.

Capítulo 12



Max

Estaba deseando que llegara la hora del desayuno para volver a ver a Olimpia, pero todavía me faltaban un par de horas para eso, puesto que acababa de entrar por la puerta del edificio.

—Buenos días, chicos —saludé con mucha alegría.

—Uy, uy, alguien ha tenido un buen fin de semana por aquí —me contestó Santi, que había venido a mi departamento para recoger una documentación.

—¿Tienes prisa, Santi? —le pregunté, y negó con la cabeza —Pues ven a mi despacho, que tengo algo que contarte.

—Vamos, amigo, que estoy deseoso de escucharte —dijo Santi, divertido.

Lo acompañé por el pasillo, con una sonrisa que era imposible quitarme de la cara, hasta que llegamos a mi despacho. Lo invité a entrar y cerré la puerta tras nosotros.

—Tú dirás, Max. ¿Qué es eso que te tiene tan contento? — preguntó mi amigo, expectante.

—He conocido a una mujer, y he sentido un flechazo. Es guapa, inteligente, simpática…

—Calla, calla, que al final te la quito. ¿No tendrá una amiga para mí?

—No te lo crees ni tú. Con respecto a lo de la amiga, pues la verdad es que no tengo ni idea, se lo podemos preguntar cuando salga a desayunar. ¿Vienes conmigo y así la conoces? —le pregunté, y le faltó tiempo para asentir.

—Por supuesto que sí, chaval. Además, le diré a Miriam que se venga con nosotros, con suerte encontramos a otra para ella, que está de un mal humor últimamente que no veas. Por lo visto, la chica que le gusta, la que conoció en el crucero, ha cambiado de número de teléfono o la ha bloqueado y no tiene manera de localizarla —me contó, y es que Miriam era bisexual, y su última conquista había sido una chica.

—Pues nada, déjame trabajar y nos vemos a las once en el vestíbulo —le dije, echándolo con disimulo de mi despacho.

—Ya me voy, tranquilo. Ten amigos para esto…

Solté una carcajada por la manera que tuvo de decírmelo y la forma de mirarme, y me puse a mirar los expedientes pendientes. Tan concentrado estaba que ni siquiera me di cuenta de la hora que era, hasta que me avisó la chica de recepción de que mis amigos estaban abajo, esperándome.

—Lo siento, pero se me fue el santo al cielo —les dije, en cuanto que los vi.

—¿Quién es esa misteriosa mujer? ¿No será la francesa con la que estuviste liado en Burdeos? —me preguntó Miriam, que sabía toda mi vida.

—Por Dios, no. Son como el agua y el aceite, no tienen nada que ver. Además, a ella le dejé claro que lo nuestro se terminaba en el momento en el que me marchaba. Ni siquiera he estado contestando a sus mensajes, y todavía no había conocido a Olimpia —le expliqué a mis amigos.

—Oh, Olimpia, tiene nombre de diosa — contestó ella.

—Es que lo es, en todos los sentidos.

—Espero que tenga una amiga para mí escondida en la recámara.

—Lo siento, pero si la hay, yo me la pedí primero —le contestó Santi, y soltamos una carcajada los tres.

Los fui llevando hasta la cafetería en cuestión, y en cuanto Miriam vio la terraza, se quedó maravillada.

—¿Desde cuándo está esto aquí y por qué yo no lo sabía? —preguntó, y es que, realmente, era digno de ver.

—Por lo visto, lleva aquí unos ocho años aproximadamente. Por qué no lo sabías, eso tendrías que responderlo tú misma.

—¡Madre mía, como está la morena de los rizos! —dijo Santi, y sonreí con orgullo.

—Lo siento, amigo, pero la morena de los rizos es mía, yo la vi primero —le contestó la otra, como si estuvieran en una competición, hasta que llegamos hasta donde estaba ella y los dejé a los dos callados.

—Hola, preciosa. ¿Está listo mi café y mi magdalena de amor? — dije, dándole un beso en los labios —Te he echado de menos —le susurré al oído.

—Hola, cariño. Por supuesto, y además hoy le vamos a añadir un croissant de pasión, ¿qué te parece? — contestó ella, y solté una carcajada.

—Perfecto, sobre todo si hace efecto a las ocho horas, que será cuando venga a recogerte para cerrar.

—Como veo que el impresentable este no nos presenta, lo voy a hacer yo. Mi nombre es Miriam, y él es Santi, los mejores amigos de tu chico — dijo mi amiga, con una sonrisa.

—Encantada, he oído hablar mucho de vosotros — contestó ella, dándole dos besos a cada uno e invitándolos a sentarse.

—Pues Max no nos ha dicho nada de ti hasta esta mañana, será que tenía miedo de que te pudiéramos arrastrar al lado oscuro — respondió Miriam, sacándonos una sonrisa.

—Será eso. En fin, ¿qué os pongo a vosotros? —les preguntó.

—No te voy a decir lo que me pones, porque corro el riesgo de que mi amigo me deje sin dientes. Con respecto al desayuno, un café con leche de almendras y algo de comer, lo que mejor te parezca.

—A mí también lo mismo, por favor.

—Ahora mismo os lo traigo, dadme un minuto —les dijo Olimpia, guiñándome un ojo.

—Tío, es preciosa, además de muy simpática, has tenido suerte, porque si llego a venir yo a desayunar aquí antes, me la habría ligado — dijo, Santi, para picarme.

—Sigue soñando, chaval — contesté, muy seguro de mí mismo.

Olimpia no se pudo sentar ni un minuto, pero verla trabajar, la manera en la que se movía, como si flotara en el aire, me tenía completamente embelesado.

—Le voy a preguntar de dónde son estos croissants, están de muerte — dijo Miriam, que había repetido tres veces, uno de cada sabor.

—De su cocina, los hace ella. Lo que me recuerda que me tenía que dar a probar una cosa que cocinó el sábado por la mañana…

—No seas cerdo, que seguro que ya se lo has probado todo — dijo Santi, que se lo llevaba todo al mismo terreno.

—Me refería a una porción de tarta, imbécil.

La llamé y me dijo con un gesto que venía enseguida. La verdad es que la terraza estaba a reventar de gente, no había parado un solo minuto desde que habíamos llegado. Tenía que hablar con los chicos porque quería regalarle algo a su madre, pero necesitaba su ayuda.

—Dime, Max — dijo, en cuanto llegó.

—¿Dónde está mi porción de tarta de queso con arándanos? —le pregunté, y soltó una carcajada.

—¿En serio? No creo que esté a la altura de la del otro día, pero ahora mismo os la traigo.

Encaminó sus pasos al interior de la cafetería y no tardó en volver con tres porciones de tarta, una para cada uno. Si yo era goloso, mis amigos no lo eran menos, y miraban los platos con autentica devoción.

—Recuérdame que me quede con quién me mire de la manera en la que tus amigos miran las porciones de tarta — dijo ella, riendo.

—Pues entonces, no busques más, te toca quedarte conmigo —le contesté, porque era exactamente la misma forma en la que yo la miraba a ella, como si me la quisiera comer.

Cogimos nuestras cucharas y probamos la tarta. Decía que no iba a estar a la altura, y era cierto, estaba muy por encima del que comimos el sábado.

—Olimpia, ¿puedes venir un segundo? —le dijo Miriam, que se estaba relamiendo los labios.

—Dime, Miriam. ¿Os ha gustado? —preguntó ella, indecisa.

—¿Gustarme? Chica, como tengas las mismas manos para todo, mi amigo tiene que estar loco de contento —le dijo ella, pensando que la iba a cortar.

—Uy, el sábado no se me quejó, pero eso es mejor que se lo preguntes a él — contestó, y soltamos una carcajada.

—Doy fe de ello, pero no voy a entrar en detalles —Le contesté yo, riendo.

—Bueno, seguro que no me has llamado para preguntar por la satisfacción sexual de tu amigo, que lo tienes al lado. ¿Qué querías? —le dijo Olimpia, señalándome con la cabeza.

—Es verdad, que se me va la cabeza. Te había llamado para preguntarte si te queda más tarta de esta —le dijo Miriam.

—Ahora mismo no, porque las últimas tres porciones os las he puesto a vosotros. Pero si quieres, te puedo hacer una de las porciones que me digas para antes de que te vayas a casa — contestó Olimpia, y vi los ojos de mi amiga brillar.

—¿Harías eso por mí?

—Por supuesto, es mi trabajo, Miriam —respondió con una sonrisa.

—Pues la más grande que puedas, por favor. Quiero sorprender a mis vecinos en la reunión de la comunidad. Esta vez toca en mi casa, y el anfitrión siempre pone el café y algo de comer —explicó ella, y todos irrumpimos en risas.

—No te preocupes, que hoy triunfas, Miriam. Por cierto, ¿a qué hora dices que es la reunión? —soltó Santi, con todo el arte del mundo.

—Vente, te lo vas a pasar pipa con mis vecinas, y encima, te comes otra porción de tarta gratis —la otra, encima, lo animaba.

—Bueno, me marcho a currar. Vente sobre las tres y te tendré lista la tarta, además con unas magdalenas y unos croissants de regalo.

—Te amo —le contestó la otra, y se marchó negando con la cabeza.

Terminamos de desayunar, y entré dentro para abonar el desayuno, ya Olimpia se había metido en la cocina a preparar la tarta, y en el mostrador se encontraban Jessica y Trini.

—Llamad a la jefa un segundito, anda —les dije, y me miraron sonriente.

—Ahora mismo, bombón —me dijo Trini, que se volvió al segundo. —Por cierto, a ver si me presentas a ese amigo tuyo que ha venido a desayunar hoy contigo.

—El sábado vamos a hacer una barbacoa en mi casa, e irán mis amigos, estáis las dos invitadas. Como nos veremos durante toda la semana, ya os concreto la hora y os paso ubicación, pero daros las dos por enteradas —les dije, en lo que iban a llamar a Olimpia.

—Aquí me tienes. ¿Qué se te ofrece? — preguntó, acercándose a mí.

—Si te dijera lo que se me ofrece ahora mismo, nos detenían a los dos por escándalo público. Venía a que me cobraras, a darte un beso y a decirte que vengo para comer con vosotros. Los niños ya lo saben, los recogeré yo a la salida del instituto antes de venir a por ti —le dije, de corrido, casi sin respirar.

—Vamos por partes. La cuenta ya está pagada, y no me discutas, porque será así siempre. Con respecto a ir a comer, me parece una idea fantástica, ya que no tenía comida hecha, y que mis hijos hayan accedido a que tú los recojas, me dejas helada —me dijo, sonriente.

La cogí por la cintura, la pegué a mí, y la besé, pero no esperaba que tuviésemos una visita tan inesperada como desagradable.

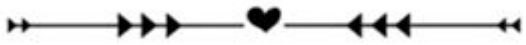
—Lo que yo decía, cada día te comportas más como una puta, que pena que seas mi hija —dijo una señora que acababa de entrar, y que supuse que era su madre.

—Señora, no la conozco de nada, pero como se vuelva a dirigir a su hija en esos términos, la voy a sacar de aquí a la fuerza — contesté.

—Pero… ¿cómo te atreves a hablarme de esa manera? Desde luego, que Dios los cría y ellos se juntan.

—En primer lugar, no hemos comido en la misma mesa para que me tutee, así que, si no le importa, se dirige a mí con la misma educación con la que yo lo he hecho con usted. Y tiene usted toda la razón, por eso, su adorado yerno está con la persona con la que convive, porque son los dos iguales.

Capítulo 13



Olimpia

—Max, ven un momentito dentro conmigo, por favor —le dije a mi chico porque, aunque agradecía su apoyo y defensa, este tema tenía que afrontarlo yo, y ponerle las cosas claras.

—No me pidas que me vaya, Olimpia —me dijo, en cuanto entramos en mi despacho.

—Déjame que lo afronte sola. En estos momentos, me siento fuerte, preparada para lo que pueda decir. Te prometo que no me voy a dejar avasallar —le dije, para intentar convencerlo.

—Está bien, pero nuestro plan sigue en pie, vendré a mediodía para comer contigo y con los niños, yo me encargo de recogerlos — contestó, dándome un beso en los labios.

Salí del despacho con él, y lo acompañé hasta la puerta, donde, esta vez fui yo quien lo besó. Me miró de esa manera en la que solo él sabía mirarme, con esa mezcla de amor y pasión, y le correspondí con una sonrisa.

—Entra a mi despacho —le dije a mi madre, cuando pasé por su lado.

—No me hables en ese tono —me reprochó.

—Te hablaré como me dé la gana, que para eso esta es mi casa y tú no eres nadie en mi vida.

—¿Cómo que no soy nadie en tu vida? ¡Soy tu madre! — dijo, muy exaltada en cuanto atravesó el umbral de mi despacho.

—¿Te atreves a llamarte así? Una madre es la que consuela y apoya a sus hijos, no la que los pone contra las cuerdas, como tú has hecho toda tu puta vida conmigo — dije, pero de una manera calmada y sosegada.

—Si no te hubieras abierto de piernas antes de tiempo, quizás tu situación fuera otra. No me eches la culpa a mí, échatela a ti misma o, en todo caso, a tus hijos.

—¿A mis hijos? ¿Pero cómo tienes la poca vergüenza de decir eso? Es que, de verdad, a veces pienso que te sientes atraída por mi exmarido. Pero eso tiene fácil solución, ve a una de las maravillosas orgías que organiza, con suerte, lo tienes un ratito para ti.

—¡Eres una desvergonzada! —me dijo, levantando la mano para darme una bofetada.

—Ni te atrevas a ponerme una mano encima, porque entonces será cuando te denuncie. Te dije que no quería volver a verte, ni mis hijos tampoco. Ellos ya saben toda la verdad, que fui yo sola la que los saqué adelante, porque ni dinero me daba su padre, y que vosotros lo encubristeis alegando que era lo normal. No voy a dejar que envenenes a mi hijo con tus tonterías machistas ni a mi hija en mi contra —le respondí, rabiosa.

—A tu hija solo le mostré como eras, y al niño, lo estaba enseñando a ser un hombre.

—¿Para ti ser un hombre es despreciar a las mujeres? Pues vaya manera de educar, si señor. Mira mamá, ya te he dicho todo lo que te tenía que decir, ahora sal de aquí y no vuelvas más.

—Por supuesto que me iré y no volveré, pero antes te voy a decir una cosita. El piso en el que vivís es nuestro, de tu padre y mío, así como de los padres de Pablo, y hemos decidido que lo vamos a alquilar o vender. Tienes quince días para salir de allí con tus hijos, aquí te dejo la notificación. Desde el mismo momento en el que traicionaste a tu familia con ese hombre, saliste de la nuestra, y como tal, de nuestro testamento, igualmente. Apáñatelas como puedas. Buenas tardes —me soltó, como si le diera igual. Bueno, en realidad, le daba igual lo que nos pasara, siempre le habíamos importado un comino.

Me quedé allí con el documento en la mano un buen rato, sin saber que hacer. Si tenía que buscar una casa, tendría que despedir a una de las chicas, no me podía permitir pagar ambas cosas, mucho menos al precio que estaban hoy en día los alquileres. Otra opción era rebajar las horas a la mitad, y yo trabajar el doble, pero entonces no sabía si ellas podrían subsistir con ese sueldo, porque yo tenía claro que debía trabajar para cubrir las horas de la chica en cuestión.

Cuando nos regalaron la casa por la boda, siempre pensé que la habían puesto a nuestro nombre, pero me equivoqué, puesto que, en el número de registro de la propiedad, ese que introduje en Internet para ver si lo que me decía era cierto, aparecían como propietarios los cuatro.

¿Se podía caer más bajo que ellos? Estaban dispuestos a dejar a sus nietos en la calle con tal de doblegarme, pero no lo iba a consentir. Si eso era lo que iban buscando, lo tenían claro, porque no permitiría que nadie me dirigiera la vida de nuevo, así desfalleciera en el intento.

Entré en un portal inmobiliario, aprovechando que la cosa estaba tranquila y que la cafetería estaba cubierta. Las primeras horas eran en las que más

jaleo había, ya luego la cosa bajaba bastante de ritmo, sin parar, pero a menos intensidad.

Encontré un piso, algo más pequeño que el nuestro, pero nos serviría, y que estaba bastante bien de precio. Si las condiciones eran las que se indicaban, podría permitirme pagarlo y seguir con las chicas, así que no perdí el tiempo y llamé por si podía acercarme a verlo, ya que se encontraba cerca.

—Buenas tardes, llamaba por el piso que tenéis anunciado en la web, el de la calle Montemayor. ¿Sigue disponible? — pregunté, cruzando los dedos.

—Buenas tardes, sí, sigue disponible, es que, en realidad lo acabamos de poner en alquiler, antes estaba en venta, que también tiene la opción. Si le parece, podríamos enseñárselo en un par de horas, entre las tres y las cinco, a la hora que a usted le venga bien —me respondió una chica muy amable.

—Sobre las cinco me vendría genial, gracias.

—Perfecto, pues mi nombre es Melisa, la estaré esperando allí. Necesito su nombre y su número de teléfono.

—Yo soy Olimpia Gil, y mi número es el… —le dicte uno a uno mi número, y la chica lo guardó.

—En cuanto que salga para allá, le enviaré un mensaje y nos vemos en el domicilio — contestó, antes de colgar la llamada.

Salí del despacho un poco más animada, y mis compañeras me lo notaron en la cara. Las miré con una sonrisa triste, y me derrumbé, esta vez en los brazos de Trini.

—Lo hemos oído todo, no hace falta que nos cuentes nada —me dijo, mientras que me abrazaba.

—Hemos llamado a Max, que ha ido a recoger a los niños al instituto y viene de camino. No quería que se quedaran allí plantados —Me habló Jessica.

—No vengas esta tarde, quédate arreglando lo que tengas que arreglar, nosotras nos apañaremos, no te preocupes —me decía Trini, que ya lo había acordado con Jessica.

—Chicas, no sé si os tendré que rebajar el sueldo y las horas, todo depende de lo que pueda solucionar de la casa —me sinceré con ellas.

—No pienses en eso ahora, ya lo hablaremos cuando llegue el momento. Lo más importante es que os guste la casa y puedas pagarla, para todo lo demás, encontraremos una solución — contestó Trini, mientras Jessica asentía con la cabeza.

Cogí una botella de agua, ya que se me había quedado la boca seca. En cuanto me la bebí, y sabiendo que mis hijos estarían al llegar, entré al baño para lavarme la cara y echarme colirio en los ojos, puesto que los tenía enrojecidos.

Al salir, iba a entrar en el despacho para coger el bolso, cuando los vi entrar a los tres, como si huyeran de una enorme tormenta, pues venían corriendo.

—Dime que esa hija de puta no te ha hecho nada, mamá —me dijo mi hija, nada más verme.

—Daño, pero no físico y no a mí, a ustedes. Al parecer, el piso en el que vivimos es de vuestros cuatro abuelos, y tenemos quince días para

abandonarlo —les conté, ya que me prometí a mí misma que no les ocultaría nada más en la vida.

—¿Perdona? —dijo mi hijo, más para él que para mí.

—Tal cual. Es su manera de intentar controlarme. Os prometo que no os faltará un techo sobre vuestras cabezas, al igual que un plato de comida, pero no ese, no ahí. Como comprenderéis, no puedo permitir que me manipulen de esa manera. Vuestros abuelos, todo lo que haga vuestro padre está bien hecho, pero yo tengo que vivir sola y amargada porque he sido la responsable de romper mi familia por no ser sumisa y aguantar —les dije, intentando que me comprendieran.

—Nosotros no lo vamos a permitir, mamá. Nos pondremos a buscar como locos un piso, en Internet hay un montón de webs de alquileres de pisos —contestó mi hija, puesto que Héctor todavía estaba un poco en shock.

—Es lo primero que he hecho. He concertado una cita esta tarde a las cinco para ver uno que está cerca de aquí, el alquiler no es muy alto, pero también está la opción de la compra. Si nos gusta, daremos una señal y haré números, para ver lo que me sale más rentable —les expliqué.

Max todavía no había abierto la boca, y eso me preocupó bastante, la verdad. No sabía si, tras ese episodio, me veía como una perdedora, o si, simplemente, había llegado a la conclusión de que no merecía la pena seguir en una relación con una persona que llevaba arrastrando tantos problemas a sus espaldas.

—¿Max? —dije, a ver si me sacaba de la duda.

—Perdona, Olimpia, pero todavía estaba sumido en el pensamiento de como una abuela puede ser tan cruel. No hay problema con el préstamo, mi banco te lo dará y podrás comprar la casa. Os diría que os vinierais a la mía, pero entiendo que es demasiado pronto y querrás tener una estabilidad antes — dijo, y me tranquilizó.

—Aunque quisiera, no podría irme a tu casa a vivir. No con esas víboras que tienes como vecinos, que nos harían la vida imposible.

—Pues nada, en cuanto llevemos un tiempo prudencial, vendemos mi casa y nos buscamos otra de las mismas características en otra zona — contestó Max, con una sonrisa, pero mi hija lo debatió.

—¿Por qué siempre tiene que ser mi madre la que ceda? No digo de irnos a vivir a casa de Max en estos momentos, que entiendo que estáis empezando y sería un cambio muy brusco. Pero, si lo hacemos algún día, que además espero no sea muy lejano, no vamos a cambiar nada. Ya está bien de demostrarle miedo, mamá.

—No es miedo, hija, es buscar la tranquilidad —la interrumpí.

—No, mamá, es miedo. Tienes pavor a lo que te pueda decir mi padre, a que te menosprecie de nuevo, y no pienso permitirlo. Eres la mujer más valiente que conozco, nos has sacado adelante tú sola, y ya está bien de dejar que te gobiernen la vida —me respondió, con una madurez que no tenía hace tan solo unas semanas.

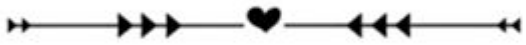
—Tu hija tiene razón, Olimpia. Eres valiente y decidida, no permitas que te pisoteen más — contestó Max.

—Está bien, cuando llegue el momento se verá. Ahora, vamos a comer o no nos dará tiempo de ir a ver el piso, y por las características que tiene, no creo que esté disponible durante mucho tiempo en el mercado por ese precio —les dije, dándoles un abrazo a los tres a la vez.

Salimos de la cafetería, pero no sin antes hablar con Trini. Ella sería la encargada del cierre, ya que Jessica había abierto esa mañana. Pedirían la comida en la cafetería y la pasarían por la caja. Al día siguiente, ambas entrarían más tarde y sería yo quien abriera y cerrara.

Como el piso que íbamos a ver estaba a dos calles de la cafetería, y Max tenía el coche bien aparcado, decidimos comer por la zona, para no arriesgarnos a encontrar un atasco y llegar tarde a la cita con la chica de la inmobiliaria.

Capítulo 14



Olimpia

La chica de la inmobiliaria me avisó que ya venía de camino, que tardaría como unos quince minutos, por eso, nosotros también pusimos rumbo a la dirección indicada.

Para empezar, el bloque estaba bien, no era como el nuestro, por supuesto, que era de nueva construcción, pero no se encontraba en mal estado. Tenía ascensor y parecía que lo hubieran reformado por dentro.

—Esto antes era un edificio de oficinas, lo recuerdo — dijo Max al entrar.

—Entonces, se supone que los pisos estarán reformados, ¿no? —pregunté, totalmente ignorante.

—Claro, mamá, no nos van a poner una cama en el archivo —respondió mi hija, y me tuve que reír por su salida.

—Eres de lo que no hay, Atenea, de verdad —contesté, sin parar de reír.

En ese momento llegó la chica de la inmobiliaria, que resultó ser la hija de unos vecinos de Manuela y Carlos, los padres de Max.

—¿Max? ¡Cuánto tiempo, por favor! —le dijo ella, mostrando bastante alegría por verlo.

—¿Melisa? ¡Chica, cuánto has crecido! La última vez que te vi todavía llevabas coletas —respondió él, muy simpático.

—Max, por favor, no avergüences a la chica —le dije, riendo.

—Uy, para nada. Es cierto. Cuando Max estuvo la última vez por aquí, yo tendría unos diez o doce años, más o menos, y ahora tengo veinticinco, fíjate si lleva razón —contestó ella, con mucho desparpajo.

Subimos al piso mientras nos iba contando lo mismo que Max. Anteriormente había sido un edificio de oficinas, pero su actual propietario, decidió convertirlo en viviendas, y así darle mejor uso y sacarle más rentabilidad, ya que las oficinas fueron desapareciendo poco a poco.

—Ya sabes, ahora se buscan locales más pequeños. Con eso de que hay menos trabajo, pues no necesitan tanto espacio —nos explicó.

—El piso tiene tres habitaciones, un baño, salón con cocina integrada y una terraza. Es el ático, y la verdad, está muy bien de precio —le expliqué a Max y a mis hijos.

—Melisa, ¿cuál es su precio de venta? —preguntó Max.

—Ella me había hablado de alquiler, ¿verdad? A ver si me voy a confundir y te voy a enseñar el que no es —dijo la chica un tanto confundida.

—Sí, sí, era en alquiler, pero quiero sopesar también la opción a compra, a ver que me sale más barato —contesté y ella suspiró de tranquilidad.

—Bien, su precio de alquiler es de seiscientos cuarenta euros al mes, con el recibo de la comunidad incluido, y el de venta está en ciento noventa mil euros —nos dijo, y vi como Max sacaba su teléfono y hacía una llamada.

—Santi, calcúlame una hipoteca de ciento noventa mil euros a cuarenta años, como si fuera para ti, ya me entiendes —le dijo a su amigo, que trabajaba con él en el banco.

Lo dejamos hablando y fuimos mirando todas las estancias. Era algo más pequeño que el nuestro, sobre todo el dormitorio principal, que no tenía ni baño ni vestidor, pero, aun así, me pareció precioso.

—Mamá, me encanta esta terraza. Ven, mira — dijo Atenea, accediendo a ella desde el salón.

—Esto no es una terraza al uso, es más bien como un patio para nosotros solos —respondí, porque a mí también me había cautivado.

—Ya nos imagino ahí, con varias hamacas para tomar el sol en los días de invierno, nuestra mesita para disfrutar de las noches de verano…

—Y, en ese rincón de ahí, podemos proyectar películas sobre una sábana —interrumpió Héctor a su hermana, dando más ideas.

—Me encantan las ideas que estáis dando. ¿Estáis conformes, entonces, de que nos vengamos a vivir aquí? —les pregunté, ya que necesitaba su confirmación. No solo era cosa mía, era el lugar donde viviríamos los tres, y teníamos que estar de acuerdo.

—Por supuesto, mamá —dijeron los dos a la vez, abrazándome.

—Pues no se hable más, nos lo quedamos. Te daré la señal y, si me das unos días que pueda pensar si en alquiler o en compra, te lo agradecería —le dije a la chica que me miraba sonriente.

—Olimpia, ya tenemos los datos de la hipoteca. Desde mi banco, con el menor tipo de interés que se puede aplicar, y con una hipoteca fija, pagarías trescientos noventa euros. Hemos subido un poco la cantidad para que tengas para los gastos que vayan surgiendo —me explicó Max, tomándome por la cintura.

—Pues nada, no necesito esos días para pensarlo, tan solo los que tarde en formalizar el préstamo hipotecario —le dije a Melisa, que me miraba sonriente.

—Tenemos cita en notaría mañana por la mañana, a las nueve menos cuarto. Melisa, ¿podrá estar listo el contrato de compra – venta para mañana sobre las once? —le preguntó Max.

—Por supuesto, tan solo me tendrás que dejar una señal para fijar la reserva. No es cosa mía, es la política de la empresa —nos dijo ella, con algo de apuro.

—No te preocupes, mujer, dime la cantidad y te hago la transferencia ahora mismo —contesté, sabiendo que la cosa era así.

Me dijo el importe a transferir y, automáticamente, lo hice, enviando también el justificante al correo indicado, obteniendo el documento de reserva con sus datos y los míos, así como los del propietario y la inmobiliaria.

—Bueno, chicos, ya tenemos casa nueva. Ahora toca ir a casa y recoger todo lo que podamos. A ver si puedo escaparme de la cafetería estos días prontito, y a finales de semana podemos estar ya instalados aquí —les dije a los tres, pero en especial a mis hijos.

—Nosotros te ayudaremos. Saldremos del instituto y, en cuanto terminemos de comer, nos pondremos manos a la obra — dijo mi hijo, sonriente.

—Yo también os puedo echar un cable. Yo me encargo de ir a recogeros con el coche, compramos algo de comida para llevar, y nos vamos para la casa nueva. Seis manos trabajan más rápido que cuatro —nos indicó Max.

—Mamá, no te lo decimos mucho, pero te queremos y estamos muy orgullosos de ti — dijo Atenea, y se me saltaron las lágrimas.

—Al final, me hacéis llorar, ya veréis. Vamos a la cafetería a por unos dulces y así se lo contamos a las chicas —les dije, y todos aceptaron.

Trini y Jessica se pusieron muy contentas al enterarse de que ya teníamos casa, y que no sería en alquiler, gracias a que Max nos había conseguido unas condiciones en el préstamo hipotecario que eran inmejorables. Las dos me miraron, se habían puesto de acuerdo, y hablaron conmigo.

—Olimpia, hay dulces horneados para toda la semana, y nosotros podemos organizarnos como hoy. Tómate la semana libre para hacer la mudanza, porque, en un solo día no vas a poder llevar todo y organizarte. Además, queremos ir a la barbacoa del sábado, y si tienes que mudarte, se va a suspender — dijo Trini, guiñándole un ojo a Max.

—No te preocupes, Trini, que no vas a faltar a la barbacoa, ni Santi tampoco —le contestó, guiñándole un ojo.

—¿Cómo que Santi tampoco? ¿Qué me he perdido? —les pregunté, alternando la mirada de uno al otro.

—Uy, ya te contaré, amiga. El compañero de tu chico está para mojar pan, y le he dicho que me lo presente, un espécimen así no se encuentra tan fácilmente —me contestó, y todos nos reímos.

Quedamos en vernos el sábado, pero si había alguna urgencia o necesidad, me llamarían. Aproveché para llevarme todas las cajas que había en el

almacén, que me serían de gran utilidad, y de paso, limpiaba la zona de cartones.

Llegamos a casa y nos pusimos manos a la obra, pero en plan cómodos. Como la intención de Max era quedarse ese día a dormir con nosotros, llevaba una mochila con su pijama y ropa de estar por casa, así como otra camisa perfectamente planchada, ya que el traje lo solía utilizar durante varios días, porque no era algo que se pudiera lavar a diario.

Entre todos, en un par de horas o tres, habíamos recogido la gran mayoría de las cosas, pero eran cerca de las diez de la noche y estábamos agotados.

—Propongo una ducha y pedir pizza, yo invito —dijo Max, cuando cerramos la última caja que habíamos llenado.

—Y yo, secundo la moción — contestó Héctor, con mucho arte.

—Pues no se diga más, os dejamos a vosotros que os duchéis en el baño de tu habitación, mientras que nosotros lo hacemos en el de fuera. Ve pidiendo las pizzas, Max, para que no lleguen demasiado tarde —le indicó Atenea, que tampoco se quedaba atrás.

—A sus órdenes, mi comandante —hizo el gesto de cuadrarse ante ella, por el tono en el que lo dijo, mientras íbamos camino del baño.

—Una ducha ligerita, que la pizza no tarda más de media hora —le advertí, señalándolo con el dedo.

—En media hora me da tiempo de hacerte ver medio firmamento — contestó, guiñándome un ojo.

Y, efectivamente, en cuanto que entramos en la ducha, con la seguridad de que mis hijos no podían escucharnos, ya que la puerta de mi habitación estaba cerrada, así como la de mi baño, dimos rienda suelta a la pasión.

No nos hicieron falta demasiados preliminares, nos teníamos demasiadas ganas el uno al otro y, en cuanto que empezamos a besarnos y deshacernos de la ropa para meternos en la ducha, ya estábamos los dos más que preparados.

Mientras que el agua caliente nos iba cayendo por nuestros cuerpos, Max me acorraló contra la pared, levantándome por las nalgas y obligándome, así, a rodear su cintura con mis piernas, quedando su miembro a la altura justa de la entrada de mi vagina. Apoyada con la espalda en las baldosas de la ducha, y sin dejar de devorarnos la boca, me penetró, de un fuerte empellón.

—Mierda, me he dejado los condones en la mochila — dijo, intentando salir de mi interior, pero no se lo permití.

—Tengo un DIU, desde que nacieron los niños, no quería arriesgarme más —le indiqué, y me miró preso del deseo más puro.

—Cada vez eres más perfecta —me respondió, y volvió a devorar mi boca —se siente tan bien estar dentro de ti, tan suave, tan caliente, que no sé si podré aguantar mucho más.

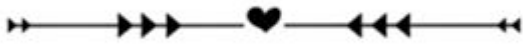
Sus embestidas fueron rápidas, fuertes, y estuvieron acompañadas del vaivén de mis caderas, que iban al encuentro de su miembro cada vez que salía de mi interior. Ninguno de los dos aguantó mucho más tiempo, y nos corrimos al unísono, ahogando los gemidos en la boca del otro. Yo, incluso llegué a morderle un hombro, y eso lo puso como una moto.

Después de alcanzar el clímax casi a la vez, nos dimos esa ducha tan merecida, enjabonándonos el uno al otro con mucho mimo y cariño. Jamás me había sentido así con Pablo, que se limitaba a follar, hablando mal y pronto, sin importarle mis sentimientos. De todo eso me daba cuenta ahora, cuando estaba experimentando lo que era hacer el amor con un hombre que te quería, pero que, por encima de todo, te respetaba.

Nos secamos entre risas. Como sabía que al día siguiente tendría que ducharme de nuevo antes de ir a la notaría, me recogí el pelo en un moño, sin aplicarme el producto para los rizos. Me puse un pijama gordito que me encantaba, pero sin ropa interior debajo, porque estaba segura de que los niños se irían a dormir nada más terminar de cenar, y la cosa se pondría calentita de nuevo entre Max y yo.

Cuando salimos, la pizza acababa de llegar, y la estaban recogiendo los chicos. Max las había dejado pagadas a través de la aplicación, por lo que tan solo tuvieron que meterlas dentro. La mesa de la cocina ya estaba puesta con cuatro servicios, y nos sentamos a comer.

Capítulo 15



Max

Cenamos todos juntos, como si fuéramos una familia, y me sentí de lo mejor. Llamé a mi madre, que habló con Olimpia y con los niños, para luego ponerse mi padre, que tuvo una conversación con Héctor, con el que había hecho muy buenas migas.

—Mamá, no puedo con mi cuerpo, creo que me voy a ir a la cama —dijo Atenea, a la que se le estaban cerrando los ojos mientras se terminaba el postre.

—Y yo, hermana. Parece que hubiéramos estado haciendo una mudanza —le contestó su hermano, y nos sacó una carcajada a todos.

—Anda, iros a la cama, que mañana tenéis instituto y no me gustaría que me llamaran vuestros tutores porque estuvierais dormidos encima de la mesa —les contestó Olimpia.

—Lo bueno de todo esto es que, a partir de la semana que viene, nos podremos levantar media hora antes, porque estaremos a cinco minutos del centro, y andando —Dijo Héctor, cuando luego, el fin de semana, era el primero que se levantaba.

—Tengo unas ganas de que llegue el sábado… —dijo Atenea, sonriendo.

—¿Para qué, si puede saberse? —preguntó Olimpia, aunque los dos nos miramos, sabiendo por donde iban los tiros.

—¿Para qué va a ser, mamá? Para darle a mi padre en toda la cara con nuestra felicidad. Te aseguro que, en cuanto que vea que nosotros estamos incluidos en tus planes con Max, le va a faltar tiempo para contárselo a mi abuela. Le dirá que nos hemos ido a vivir allí, y cuando te lo reproche… zasca, en toda la boca. Que has comprado tu propia casa y no te ha hecho falta nadie —le soltó, con una sonrisa maquiavélica, mientras se frotaba las manos.

—No seas mala, anda. Venga, dame un beso y ve a la cama. Max y yo nos vamos a quedar en el salón viendo una película — dijo su madre, y me extrañó, la verdad, porque ella tenía que estar igual de cansada que su hija, pero no dije nada.

Recogimos la cocina entre risas y gestos de complicidad. ¡Qué fácil era la vida a su lado! Os prometo que, si hubiésemos llevado un par de meses más, la hubiera animado a que se vinieran a vivir conmigo, pero entendía que era muy precipitado, tenía dos hijos y no se podía arriesgar a que, si salía algo mal, pudiera verse en la calle con ellos.

—¿Qué película quieres ver? —le pregunté, cuando nos sentamos en el sofá.

—En realidad, no quiero ver ninguna, te quiero ver a ti —me dijo, sentándose a horcajadas en mi regazo.

—Ese argumento me encanta — dije, y me lancé a su boca.

Metí las manos por debajo de la blusa de su pijama, y me encontré con que no llevaba sujetador, y eso me animó a seguir. Pero la sorpresa me la llevé cuando hice el mismo recorrido en sentido descendente, ya que tampoco llevaba puesta braguitas. Al sentir que mi mano tocaba

directamente su sexo, el mío comenzó a tomar forma y dureza, a pesar del cansancio.

En cuestión de segundos, ambos estábamos desnudos, calientes y jadeantes. Me introduje en su vagina, o más bien, fue ella la que tomó mi miembro con sus manos y la llevó hasta su entrada, y se dejó caer, girando sus caderas a un ritmo que me estaba matando, pero que no tenía pensado acelerar.

Vi como se estaba formado su orgasmo, y no dudé en "ayudarla" a que llegara, haciendo círculos con mis dedos sobre su clítoris. Callé sus gemidos con mi boca, porque de otra manera, los niños terminarían despertándose. Invertí los papeles, quedando ella debajo de mi cuerpo en esta ocasión. Menos mal que el sofá tenía bastante amplitud, o hubiéramos terminado los dos en el suelo, con un buen golpe.

Mis embestidas eran cada vez más profundas, y sentirla sin ninguna barrera era la cosa más maravillosa que había sentido en mi vida. Noté que le estaba volviendo a pasar y, mirándola a los ojos, bombeé más fuerte, más profundo, haciendo que me llevara con ella y derramándome en su interior.

—Joder, Olimpia, cada vez que lo hacemos es mejor que la anterior — dije, dándole un beso en los labios.

—Ni que lo digas, chico. Contigo tengo los orgasmos a pares, con mi ex, había veces que hasta tenía que fingirlos. Sé que las comparaciones son odiosas, pero no he sabido lo que era el buen sexo hasta que lo tuve contigo — contestó, con una sonrisa.

—Es bueno saberlo, porque no permitiré que eso ocurra nunca. Hasta que no me asegure de que te corres una vez, no intentaré hacerlo yo — contesté, y soltamos una carcajada.

Así, desnudos, nos fuimos hasta su habitación, donde nos volvimos a dar otra ducha rápida antes de meternos en la cama. La verdad es que

estábamos destrozados, tanto física como mentalmente, y en cuanto nos metimos bajo las sábanas limpias y el nórdico, caímos fritos como si fuésemos bebés.

—No, por favor, cinco minutos más —dijo, cuando sonó el despertador, y yo solté una carcajada.

—Anda, sigue durmiendo, te vuelvo a poner la alarma en una hora, y te llamaré para asegurarme de que estás despierta, o llegaremos tarde a la notaría. Yo llevo a los niños al instituto con el coche y luego vuelvo a por ti — dije, y me miró en duermevela, tanto que no notó ni el beso que le había dado en los labios.

Me levanté, me vestí, ya que me había duchado la noche anterior, y me lavé los dientes. Estaba saliendo de la habitación, cuando al mismo tiempo, salían Atenea y Héctor, con su uniforme y sus mochilas en la mano.

—Venga, os acerco con mi coche —les dije, señalándole la cocina por si querían desayunar algo.

—Tan temprano, no podemos tomar nada. Nos entra una fatiguita… Ya nos compraremos algo en la cafetería del colegio — contestó Héctor.

—Está bien, tomad veinte euros, que vuestra madre sigue durmiendo — les dije, sacando mi cartera y dándoles el billete.

—Gracias, Max, pero no hace falta. Todavía tenemos en la tarjeta algo de lo que nos dio mi padre la semana pasada —me dijo Atenea.

—Atenea, después de lo de la abuela, yo no apostaría porque ese dinero siguiera allí. Papá es capaz de haber dado de baja hasta la cuenta, fíjate lo que te digo —argumentó Héctor.

—Pero como yo soy más lista que él, lo quité de esa cuenta. Mamá nos tiene una tarjeta de prepago para los dos, ¿recuerdas? —le dijo, y su hermano asintió con la cabeza —Pues, lo primero que hice el otro día, cuando pasó todo, fue hacer un ingreso en esa tarjeta de prepago con el dinero que nos sobró. Si ha cancelado la cuenta, lo único que se ha llevado de vuelta han sido diez céntimos que dejé.

—Pues sí que eres lista… —murmuré, ella me miró y soltó una carcajada.

Salimos de la casa directos al coche. Durante el trayecto, me preguntaron si hoy también los recogería yo, o por el contrario lo haría su madre.

—No te puedo decir, Atenea. Todo depende de lo que tardemos en notaría y de si yo tengo alguna firma más pendiente. De todos modos, vuestra madre me dijo que quería terminar de recoger lo que faltaba para dejarle las llaves a vuestra abuela mañana mismo.

—Bueno, supongo que nos llamareis con lo que sea, por si tenemos que volvernos en el bus. Porque, como perdamos el de las tres menos veinte, ya no pasa otro hasta las tres y cuarto, y estar casi cuarenta y cinco minutos esperando en la parada es un poquito coñazo — dijo Héctor antes de bajarse del coche.

Pasé por la oficina para coger el expediente de Olimpia, ya Santi se había ocupado de montar el préstamo hipotecario, ya que ella era clienta del banco y teníamos todos sus datos.

—Jefe, ¿vuelve a salir? —me preguntó mi secretaria.

—Sí, tengo la firma de una hipoteca. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque ayer, justo un minuto después de que usted se marchara, vino un tal Pablo Salgado para hablar con usted, y le dije que podría encontrarlo aquí durante la mañana.

—Pues si viene, le dices que he salido a visitar a un cliente, y que no sé si volveré. Que te deje su tarjeta y ya le llamaré en cuanto tenga un minuto.

Ese nombre me sonaba, pero ahora mismo no lo ubicaba en ninguna parte. Seguro que, en cuanto lo viera, o hablara con él, tendría claro de qué le conocía.

Llamé a Olimpia por teléfono, para decirle que estaba de camino, pero no me contestó la llamada. Lo intenté varias veces más, pero sin éxito, y empecé a preocuparme. Ella no era de las que se quedaban dormidas cuando sonaba la alarma, y mucho menos sabiendo que nos esperaban en notaría. Lo mismo estaba en la ducha y no había podido contestar, que yo también era de los que se ponían melodramáticos a la primera, pero me resultaba extraño, para que lo voy a negar.

La calle estaba cortada, vi varios camiones de bomberos, y me puse en lo peor. Dejé el coche de cualquier manera, y corrí hasta allí, viendo como ella estaba llorando junto a uno de los policías.

—No me ha dado tiempo a nada, tan solo a salir corriendo —le contaba a uno de los policías.

—¡Olimpia! Dime que estás bien —le pregunté, nada más verla.

—Lo hemos perdido todo, Max. Absolutamente todo.

—¿Qué ha sucedido?

—Había terminado de vestirme, justo cuando cogí el bolso para salir, empecé a oler a quemado. Tuve el tiempo justo de salir de casa antes de que todo ardiera —me contó, antes de que el policía que estaba con ella terminara de aclararme todo.

—¿Es usted familiar? —me preguntó, y yo asentí.

—Soy su pareja, pero no vivimos juntos todavía —le conté.

—Bien, el incendio ha sido intencionado. Alguien ha vertido algún tipo de combustible por debajo de la puerta y ha prendido fuego. Si tarda un minuto más en darse cuenta, hubiera sido demasiado tarde para ella. Por suerte, las únicas pérdidas son materiales —me contó.

—Gracias, agente. Yo me ocupo de ella —le dije.

—¿Qué voy a hacer ahora? Todo estaba allí, no me ha dado tiempo a coger ni siquiera el móvil. No tengo dinero para reponerlo todo, Max, voy a tener que vender la cafetería para salir adelante y buscarme otro trabajo —dijo, llorando.

—No, recuerda que metimos dinero de más en la hipoteca por lo mismo, para imprevistos. Con ese dinero podrás reponer todos los muebles y enseres de la casa, y yo me ocuparé de la ropa y demás —le dije, ya que tenía suficiente dinero ahorrado como para vivir dos vidas.

—No puedo permitirlo. Max, eres demasiado bueno, y yo demasiado complicada. Será mejor que…

—Ni se te ocurra terminar esa frase. Me iré el día que me digas que no me quieres, que no estás enamorada de mí, pero antes, por mucho que lo intentes, no lo haré. Así que, deja de decir tonterías, límpiate esas lágrimas y vamos a la notaría. Hoy, más que nunca, tenemos que firmar esa hipoteca —le contesté, pues sabía lo que pretendía.

Llegamos hasta el coche, y nos montamos, en silencio. Cogí su mano y la apreté fuerte, para que supiera que podía contar conmigo, y le hice la pregunta que deseaba hacerle desde que el policía me dijo que el incendio había sido intencionado.

—¿Tienes alguna idea de quién ha podido hacer eso? —pregunté, temeroso.

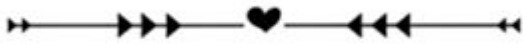
—¿Estás de coña? Por supuesto que sé quién lo ha hecho, y así se lo he dicho a la policía.

—No me digas que ha sido tu madre, porque entonces sí que ya no respondo — dije, mordiéndome la lengua para no soltar todo lo que pensaba.

—Directamente ella, no, pero estoy completamente segura de que ha sido mi hermano, después de que ella le contara todo lo que pasó ayer en la cafetería. Y le doy gracias al cielo de que ha sido la casa y no mi negocio, porque entonces sí que me hubiera muerto.

La miré, con lágrimas en los ojos, porque en mi cabeza no cabía la posibilidad de que alguien de tu misma sangre pudiera hacer una cosa así.

Capítulo 16



Max

Lo primero que hicimos, después de ir a comisaría a poner una denuncia, fue acudir a la notaría. En ella firmamos el préstamo hipotecario que la convertiría en propietaria de su nueva casa.

Con la chequera en la mano, acudimos a la inmobiliaria, donde ya nos estaba esperando el dueño del piso, que resultó ser un cliente de mi banco y que, después de saber lo que le había ocurrido a Olimpia, sin entrar en detalles, por supuesto, le hizo una rebaja sustancial en el importe de la vivienda, que le daría para amueblar parte del ático.

—Ha sido un placer, señorita Gil — dijo el señor Alvarado.

—Por favor, llámeme, Olimpia. El placer es mío. Por lo menos, ahora tendré un techo bajo el que guarecerme con mis hijos, además de que el ático es precioso — dijo mi chica, que empezaba a mostrar una sonrisa.

—Antonio, muchísimas gracias por todo. Ha sido un detalle muy bonito el que has tenido con Olimpia —le agradecí, pero el hizo un gesto con la mano, quitándole importancia.

Con las llaves en la mano, fuimos al ático para tomar medidas de las habitaciones, para ir a por los muebles. Por suerte, la cocina estaba

completamente amueblada y con los electrodomésticos sin estrenar, como todo en la casa. Si lo apurábamos bien, con la rebaja que le había hecho Antonio en el importe de la venta tendría para todos, dejando el dinero con el que habíamos incrementado el préstamo para el resto de los útiles necesarios.

—Creo que deberíamos ir a por los niños, si se enteran de lo sucedido por alguien del instituto, podrían preocuparse —le dije a Olimpia.

—Joder, los niños… me había olvidado de ellos. Así de patética y mala madre soy —me contestó, a punto de llorar.

—¿Qué estás diciendo? Es normal que te hayas pasado eso, el susto ha sido morrocotudo. Así que, no digas tonterías, y vamos a ir a buscarlos.

Salimos de la casa y fuimos hasta donde tenía aparcado el coche. Tenía la sensación de que nos estaban siguiendo, pero no quise añadir una preocupación más a todas las que ya tenía Olimpia encima.

—Buenos días, soy Olimpia Gil, la madre de Atenea y Héctor Salgado, venía a recogerlos — dijo a la chica de la conserjería.

—Un segundito, ahora mismo los llamo. Pero antes, tendrá que rellenar este formulario. Ya sabe que los niños no pueden salir del centro sin una causa justificada —le respondió ella.

—Por supuesto, pero que alguien queme tu casa es algo más que justificado, pienso yo. Me gustaría que bajara también su tutora, tendría que comentarle algunos asuntos —le contestó Olimpia en tono irónico.

—Ahora mismo, y disculpe las molestias.

Estuvimos como diez minutos esperando, hasta que bajaran los tres. Cuando Atenea vio la cara de su madre, supo que algo había sucedido.

—Mamá, ¿qué ha pasado? ¿Por qué estáis aquí? —le preguntó.

—En primer lugar, tranquilos los dos. Si estoy aquí es porque alguien ha quemado nuestra casa, la antigua, pero por suerte, me dio tiempo a salir. Max pensó que, si os enterabais por otra persona, os ibais a preocupar —les explicó.

—¿Se ha quemado algo importante? —preguntó Héctor, preocupado.

—Todo, Héctor, se ha quemado todo. Tendremos que empezar de cero, en todos los sentidos — contestó ella.

—Vamos nosotros fuera, que mamá tiene que hablar con vuestra tutora. Olimpia, estaremos en la cafetería desayunando, que esta mañana no han tomado nada —le indiqué a mi chica.

—Perfecto, ahora os doy el encuentro.

Salimos del instituto, y me dispuse a tranquilizarlos, pues estaban de lo más nerviosos, cuando vi que se frenaron en seco.

—¿Qué os ocurre, chicos? —me volví a preguntarles.

—¿Se puede saber que hacéis vosotros aquí? —le preguntó Héctor a su padre y a otro hombre que venía con él.

—Para empezar, impedir que os vayáis con él a ninguna parte —le dijo Pablo, en el mismo tono en el que le había hablado su hijo.

—Pablo, no quiero discutir contigo, mucho menos delante de los niños. Pero no vienen conmigo, van con su madre, que está dentro hablando con la tutora…

—¿Qué más va a hacer la zorra de mi hermana? Ahora también se ha vuelto tortillera y piensa tirarse a la profesora, porque ya es lo último que le faltaba —dijo ese hombre, que ahora sabía que era el hermano de Olimpia, el que se suponía que había quemado la casa.

—Como vuelvas a hablar así de ella, te tragas los dientes. No sé, como siendo de tu propia sangre, has sido capaz de hacer lo que has hecho —le dije, conteniéndome de no darle un puñetazo.

—¿Qué se supone que he hecho? ¿Darle un poquito de calor a la casa? —me contestó, con una sonrisa cínica.

—¿Has sido tú el que has quemado todas nuestras cosas? —le preguntó Héctor, completamente incrédulo, puesto que Atenea se había situado detrás de mí, a modo de protección.

—Ahí no había nada vuestro. Todo era de vuestro padre, que es el que ha pagado las cosas. Si vuestra madre no fuera tan puta, viviríais en un hogar como Dios manda —le contestó su tío.

—Como si nuestra madre no trabajara como una jabata para sacarnos adelante… ¿Un hogar como Dios manda? ¿Ese en el que una mujer tiene que aguantar los cuernos de su marido? Vamos, hombre no me digas tonterías —le dijo Atenea, que salió de su escondite.

—Así tiene que ser una mujer, de su casa, de sus hijos, y aguantando todo lo que el marido quiera. Porque cuando se casaron, se prometieron que sería hasta que la muerte los separase —le dijo Pablo, mirándola con desprecio.

—También le juraste fidelidad, y es la prima chica de la madre de Bambi. Un hombre no hace eso, un marido respeta a su mujer, al igual que ella también lo hace —le contestó Héctor.

—Lo que me salga de los huevos, es un hombre. Todo menos vosotros dos, porque este… poca pinta tiene de serlo y tú… tú dejaste de serlo en el momento en el que sacaste la cara por tu madre —les dijo su tío, con desprecio.

—Sea como sea, los niños se vienen con nosotros —dijo Pablo, jalando del brazo de Héctor, justo cuando su madre bajaba las escaleras del instituto.

—Suelta a mi hijo inmediatamente, si no quieres que te ponga una denuncia por maltrato y pederastia —le dijo Olimpia, saltando sobre sus hijos como la leona que era.

—Los niños se vienen conmigo, no voy a permitir que os vayáis a vivir con el mequetrefe este. Bueno, tú puedes hacer lo que quieras, pero mis hijos, no —le argumentó Pablo, ante la mirada heladora de su cuñado.

—Los niños no se van a ir a ninguna parte que no sea conmigo. No te preocupes, que, si habéis hecho lo de la casa para quitarme a mis hijos, no lo vais a conseguir. Precisamente vengo de firmar la compra de una nueva —les dijo Olimpia, dejándolos un tanto desconcertados.

—Yo no he hecho nada, ha sido cosa de tu madre y de tu hermano. Pero sí te digo que te pienso quitar los niños, y enviarlos al pueblo, donde tendrán una educación como se merecen, a la vieja usanza, y mi madre se encargará de ellos — contestó su ex.

—Sigue soñando, chaval —le contestó Atenea a su padre, que le cruzó la cara de una bofetada.

Lo cogí por la pechera y lo acorralé contra la pared, mientras Olimpia llamaba a la policía, que por suerte tenía la comisaría a la vuelta de la esquina, y llegaron en menos de un minuto.

Ella le contó todo lo que había pasado. Sin darme cuenta, Héctor, que era corpulento como su padre, tenía tirado en el suelo a su tío, que fue a hacer lo mismo con su madre cuando esta insultó a su exmarido. Añadió que tenía la grabación de todo, puesto que, nada más salir del instituto, antes de bajar las escaleras, puso su móvil a grabar, con lo que tenía pruebas fehacientes de lo que habían hecho.

Se los llevaron a los dos detenidos y, como medidas cautelares, el juez le puso una orden de alejamiento a Alberto, el hermano de Olimpia. Pablo pudo demostrar que no había tenido nada que ver, al igual que sus padres, por los mensajes que llevaba su excuñado en el móvil, en el que le decía a su madre que el plan había salido a la perfección, que pronto tendría a sus nietos de nuevo en el pueblo.

Entre unas cosas y otras, cuando terminamos de declarar y demás, eran casi las cuatro de la tarde. Si queríamos pasar la noche en el ático, tendríamos que correr mucho.

—Se lo he dicho a vuestra tutora, y ahora también os lo digo a vosotros. Tan solo podréis salir del instituto si vengo yo o Max a por ustedes. Las demás personas quedan desautorizadas, hasta vuestro padre —les dijo Olimpia a los niños.

—¿Cómo sabias que iba a suceder algo así? — pregunté, con mucha curiosidad.

—Pues porque llevo viendo a mi hermano seguirnos desde que salimos de la casa durante el incendio. No quise decirte nada para no preocuparte, pero pensé que nos estaría vigilando para así poder ir a por los niños —me explicó.

—Yo también tenía esa sensación, pero tampoco dije nada. No sabía quién era la persona que nos vigilaba, porque, evidentemente, no lo conocía. Pero sí que me había dado cuenta de que teníamos un coche pisándonos los talones —contesté yo.

Nos fuimos a comer a una hamburguesería, porque, aunque ninguno teníamos suficiente apetito, no podíamos estar todo el día sin ingerir alimentos. Los niños se veían algo más tranquilos, pero seguían preocupados por todo.

—Venga, arriba esos ánimos, que, en primer lugar, iremos a por los muebles, a ver si es posible que los tengamos, si no hoy, porque sería prácticamente imposible, al menos mañana por la mañana. Y después, nos daremos una vueltecita por el centro comercial, ya que no tenemos ni unas meras bragas que ponernos —les dijo su madre, intentando levantarle el ánimo.

—Pues yo estaría monísimo con unas bragas, mamá. Al menos, asegúrate que no sean de las de Hello Kitty, por favor —dijo Héctor y no tuvimos más remedio que reír a carcajadas.

—Calzoncillos de Spiderman, hermano —le contestó Atenea entre risas.

—¿No crees que soy un poco mayor para eso? —preguntó su hermano, siguiendo la broma.

—Eh, nunca se es demasiado mayor para los superhéroes, y te lo dijo yo que ahora mismo llevo unos de Superman —les dije, enseñando el filito a través de los pantalones, y consiguiendo que las risas sonaran de nuevo.

Pagué la comida y nos fuimos al polígono industrial, donde estaban las tiendas de muebles más económicas.

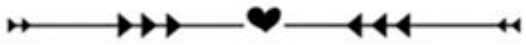
Olimpia eligió un dormitorio en color crema, que constaba de un cabecero de hierro forjado, de lo más elegante, dos mesillas de noche, canapé y colchón, porque en todas las habitaciones el armario venía empotrado. Héctor se decantó por uno de madera de cerezo, con cabecero, mesilla de noche, dos estanterías y un escritorio. Atenea cogió el mismo modelo, pero en blanco.

Para el salón, eligieron un sofá de chaisselong en color gris oscuro, con un mueble modular blanco, una mesa de café y una de comedor, cuadradas, todo en el mismo color. También tenía una estantería bastante amplia, donde dejarían los libros que les gustaban leer a todos.

Llegó el momento de elegir lo de la terraza, y ahí fui yo el encargado de pagarlo y elegirlo, ya que, mientras que ellos miraban el salón, yo vi una zona dedicada a exteriores. Escogí una mesa de cristal con las patas en aluminio, así como las cuatro sillas. También dos hamacas dobles, que les servirían para tomar el sol, una mesa de ping pong y una barbacoa de exteriores. Lo verían todo cuando llegara a la casa, porque no les iba a decir nada.

Nos aseguraron que los tendríamos en el ático al día siguiente a las nueve de la mañana, con los montadores para que terminaran el trabajo y pudiéramos tenerlo todo listo a lo largo del día.

Capítulo 17



Olimpia

—Ahora nos toca la ropa —les dijo Max, y vi la ilusión en su rostro.

—Chicos, tenemos quinientos euros cada uno para la ropa, porque el resto es para sábanas, toallas y demás, que tampoco tenemos nada. He pensado que, en vez de cortinas, pondremos estores, que nos saldrán más barato. Para el único sitio en el que pienso comprar cortinas es para el salón —le informé, puesto que el presupuesto era el que era, y no podíamos hacer nada más.

—Mamá, también tenemos que comprar los libros y demás enseres del instituto que se han quemado al estar en casa —me dijo mi hijo Héctor.

—Lo sé, y un móvil para mí, que también se ha quemado, no me ha dado tiempo a cogerlo —le respondí.

—¿Habéis avisado a Trini y a Jessica? Si se han enterado y te han llamado, estarán asustadas —me preguntó Atenea.

—No se me ha pasado ni por la cabeza, la verdad —le dije a mi hija, pero vi como Max sonreía.

—En cuanto que te llamaron a ti y no te localizaban, lo hicieron a mi teléfono. Están enteradas de todo, y tranquilas porque les he asegurado que no te ha ocurrido nada. Fue mientras que estuvimos en la inmobiliaria, no me mires con esa cara, se me pasó contártelo —me dijo, sonriente.

—Menos mal que te tenemos a ti, Max, que estás en todo. Gracias —le dije, dándole un beso en los labios.

—Vamos a hacer una cosa, mientras que vosotras dos estáis mirando la ropa femenina en esa tienda, Héctor y yo vamos a ir a la tienda de móviles de ahí al lado, y así vamos mirando y adelantando algo de tiempo. Nos vemos aquí en cuanto terminemos, y ya vamos por la ropa de él. ¿Te parece bien? —me dijo Max, echándole el brazo a mi hijo por encima de los hombros.

—Perfecto, pero no vayas a comprar nada hasta que yo no vea el precio, que no está el horno para bollos con todo lo que tenemos que comprar —le advertí, aunque por su sonrisa, sabía que haría lo que le diera la gana.

Entré con mi hija en la tienda, y empezamos por la ropa interior. Teníamos suerte de que, en cuestión de ropa, ambas teníamos la misma talla, y tampoco nos llevábamos tantos años, así que, podríamos comprar prendas que pudiéramos usar las dos, y así tener un vestuario un poco más amplio.

Al final, los mil euros nos dieron para mucho, porque decidimos comprar la ropa que estaba de rebajas, al ser de la temporada anterior, pero, como decía Atenea, nosotras no íbamos a ir con el catálogo en la mano. Compramos ropa deportiva, pijamas, vaqueros, chaquetones, vamos, lo que viene siendo un fondo de armario al completo.

Al salir, vimos a Max y Héctor cargados de bolsas y riendo, hasta que mi hijo me vio y se le cambió la cara un poco. El importe que tenía que haber dejado mi chico en la tienda tendría que ser de aúpa, a juzgar por la cara de mi hijo y la cantidad de bolsas que llevaban.

—¿No te dije que no compraras nada? ¿Qué es todo esto? —le dije, intentado parecer enfadada, pero no lo conseguí.

—Digamos que estos son los regalos de Reyes, que vienen con retraso —me contestó él, consiguiendo una carcajada por parte de mis hijos.

—No tienes remedio. Tan solo le pido al cielo que hayas comprado lo imprescindible y que sea de gama baja —le advertí, con el dedo índice dándole en el pecho.

—He comprado solo lo que os hacía falta, pero de gama baja no me gusta comprar nada, que luego hay que gastar el doble de dinero. Tan solo te diré que no es de la marca de la manzanita, porque Héctor tenía razón, hay marcas mejores y más baratas —me contestó, y algo de alivio sentí.

—Anda, vamos por tu ropa, que luego tendremos que ir a la ropa de hogar —le dije a mi hijo, negando con la cabeza.

Mi hijo también optó por hacer lo mismo que nosotras, y eligió prendas de calidad, de otras temporadas, que le llevó a llevarse el doble de ropa que si las hubiera elegido del catálogo de este año.

—Mamá, no hemos comprado zapatos, y te recuerdo que mis zapatillas me quedan pequeñas — dijo mi hijo, subiendo el pie, y es que, esa misma mañana lo habíamos estado hablando, y le prometí que iríamos por unas nuevas esta misma tarde.

—Yo tampoco tengo, mamá, que estos son los zapatos del uniforme —dijo mi hija, y empecé a agobiarme un poco.

—Vale, vale, los cien euros que había dejado para el móvil, como ya lo ha comprado Max, os compraré unas zapatillas a cada uno —les dije, y Max me miró como si hubiera dicho que había un extraterrestre en el probado.

—Olimpia, ¿qué teléfono pensabas comprarte con cien euros? ¿Dos yogures y una cuerda? —me preguntó, y mis hijos soltaron una carcajada.

—El más barato que hubiera, para lo que yo lo quiero, es perfectamente factible —respondí, pero entre risas, porque lo había dicho de una manera…

—Anda chicos, las zapatillas os las regalo yo, y una botas de salir, porque vuestra madre es capaz de compraros dos de esas que salen en Instagram y que son hechas de crochet —dijo, negando con la cabeza.

No es fuera una persona tacaña, ni mucho menos, pero no podía gastar más de lo que tenía, porque luego vendrían las facturas y demás, y quería dejar en la cuenta el importe de la primera letra de la hipoteca, así como del teléfono, el agua, la luz y el gas, para no verme agobiada el primer mes.

En ese momento, el teléfono de Max sonó, era Manuela que se había enterado por las noticias locales y quería saber cómo nos encontrábamos.

—Mamá, están todos bien, la única pérdida ha sido material, y estamos en el centro comercial para reponer todo, ya que se han quedado sin absolutamente nada —le dijo Max a su madre.

—Dile que de la ropa de hogar me encargo yo. Ahora mismo tu padre y yo salimos a la tienda de María, pásame la dirección nueva que en un par de horas estaremos allí — respondió su madre.

—Al final, me va a sobrar hasta dinero, ya verás —dije, negando con la cabeza.

Max no solo compró las zapatillas para los niños, también para mí, y unos zapatos y varias cosas más que les gustaron a mis hijos.

—Yo tengo ropa y calzado en tu casa. Recuerda que tu madre lo dejó allí para mí. Puedo tirar con eso hasta que vuelva el verano —le dije, pues no paraba de coger cosas.

—No te lo crees ni tú. Esa ropa y ese calzado es para mi casa, al igual que he comprado varias cosas para los chicos, que están en el coche. No quiero que vayáis cargando con bolsas de aquí para allá o que, como hoy, que dormiremos allí, no tengan nada que ponerse —me respondió, cogiéndome por la cintura y dándome un beso en los labios.

Pusimos rumbo al ático, antes de ir a la casa de Max, para dejar todas las bolsas y demás cosas que habíamos comprado. Al aparcar, nos encontramos a sus padres allí, cargados de bolsas también.

—Olimpia, tan solo me han faltado las cortinas, pero como eso es algo muy personal, Carlos te ha enviado un bizum de quinientos euros para que las elijáis a vuestro gusto —me dijo, y me llevé las manos a la cabeza.

—¿Estáis locos? Con esa cantidad tengo para las cortinas de una mansión. Además, no teníais que haberos molestado, con lo que tu hijo ha hecho por nosotros, es más que suficiente, te lo aseguro —le dije, porque me entraron hasta ganas de llorar con ese gesto tan bonito.

—Nada, nada, lo hemos hecho de corazón, y porque te lo mereces. Además, no quiero que a mis nietos les falte absolutamente de nada —me contestó Carlos, quien ya tenía colgado del brazo a Héctor.

—Vamos a subir todo esto, lo dejamos en el salón, y nos marchamos a cenar. Ya mañana, cuando tengamos todos los muebles, os enseño la casa en condiciones —les dije a los dos, que prefirieron quedarse en el restaurante que había frente a mi edificio con los niños.

—¿Estás bien? Te noto demasiado pensativa —me preguntó Max, mirándome a los ojos.

—Estoy abrumada, tanto por lo bueno como por lo malo. En vosotros he encontrado a una familia de verdad, que se desvive por mí y por mis hijos, mientras que la mía, la de sangre, tan solo se dedica a hacernos daño —le confesé.

—Olvídate de ellos. Mientras me permitas estar a tu lado, nada os volverá a pasar, os lo prometo —me respondió él, dándome un beso en los labios.

Llegamos al ático, y al entrar, noté la sensación de estar en casa, a salvo, y no pude reprimir las lágrimas. Lo que estaba sintiendo no me ocurrió en la otra casa, a pesar de todo el tiempo que llevaba viviendo allí y de las experiencias que había tenido entre esas cuatro paredes. Allí, me sentía aprisionada, me faltaba el aire, mientras que aquí, era libre, y así me encontraba, liberada.

Me limpié las lágrimas, ahora con una sonrisa, y me di cuenta de que Max me observaba desde el otro lado del salón, con una mezcla de orgullo y preocupación, así que no me lo pensé. Solté las bolsas en el suelo, y me acerqué a él, le rodeé el cuello con mis brazos, y lo besé, como llevaba todo el día con ganas de hacerlo.

—Te quiero —le dije, y me salió del alma.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, yo también te quiero —me respondió, y volvió a besarme.

—Porque nos esperan los niños y tu padre abajo, que si no…

—No te preocupes por eso, que tendremos toda la noche para dar rienda suelta a nuestra pasión — contestó él, que se veía de lo más excitado.

Cerramos de nuevo la puerta y bajamos hasta el restaurante, donde los vimos a los cuatro de lo más cómplices, riendo con ganas.

—Mamá, le estaba contando a la abuela Manuela la cara que has puesto cuando nos has visto a Max y a mí con las bolsas de la tienda de telefonía —me dijo mi hijo Héctor.

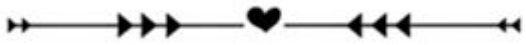
—Y eso que todavía no he visto lo que hay dentro, que cuando lo haga, me puedo hasta desmayar —le contesté, con una sonrisa.

—Son solo unos detallitos, no quiero que los niños se queden atrás en el colegio por un problema económico, sobre todo cuando tengo el dinero suficiente para que eso no ocurra — contestó Max, apretando su mano en mi cintura.

—Es curioso. Mi padre en ningún momento nos ha preguntado si necesitábamos algo, mientras que tú… a ti te ha faltado tiempo para ponernos todo en las manos —dijo mi hija Atenea, a la que no le faltaba la razón.

—No todo el mundo es igual, hija. Los hay que, a pesar de que su sangre corra por tus venas, no sienten el deseo de protegerte, mientras que, a otros, les da igual que no la lleves —le respondí, dándole un beso a Max en los labios, a modo de agradecimiento.

Capítulo 18



Max

Llegamos a mi casa a eso de las diez de la noche. Olimpia había avisado en el instituto de que los niños no irían en todo lo que quedaba de semana, ya que necesitábamos que estuvieran con nosotros para que la casa estuviera lista en esos días.

—Creo que ha llegado el momento de que le demos a tu madre el teléfono nuevo —le dije a Héctor, guiñándole un ojo.

—Ahora mismo voy por las bolsas —me respondió, mientras su madre y su hermana nos miraban extrañados.

Tan solo él y yo éramos los que conocíamos las sorpresas que teníamos, pero él también se la llevaría, puesto que, sin que se diera cuenta, había comprado lo mismo para él, que pensaba que lo de su hermana sería compartido para los dos.

Llegó con dos bolsas, pero yo fui al coche y traje la tercera, la que era para Héctor. Contra todo pronóstico, puesto que la primera vez que los conocí me parecieron unos consentidos y maleducados, me di cuenta de que ambos, pero sobre todo el chico, tenían un corazón de oro, y no eran nada interesados. Todo lo que hacían y la manera que tenían de tratar a su madre era fruto de cada uno de los comentarios despectivos que escuchaban a sus

abuelos sobre ella. Sumado a que Olimpia nunca les había contado la verdad, la hacían parecer la mala del cuento.

—Tomad —les dijo Héctor, entregándole una bolsa a cada una, pero cuando iba a decirle a su hermana que era para los dos, fui yo el que le puse una bolsa igual a él por delante.

—Y esto es para ti. No me parecía justo que tuvieras que compartirlo con tu hermana —le dije, y vi cómo se emocionaba.

—Gracias, Max, pero no hacía falta, estamos acostumbrados a compartirlo todo, hasta el vientre de mi madre compartimos antes de nacer, fíjate. Es mucho dinero, te prometo que te lo devolveré en forma de trabajo, cortaré el césped, y cosas así —me contestó, y no pude más que abrazarlo.

—No me tienes que devolver nada. Como le dije a tu madre, considéralos un regalo de Reyes atrasado —le dije, dándole un beso en la cabeza.

No le había comprado nada que no necesitaran, tanto para el instituto como para estar conectados, ya que, cuando se iban con su padre, Olimpia no tenía manera de contactar con ellos. Durante la semana, el teléfono permanecía en casa, por eso se había quemado, al igual que la Tablet y el portátil, tan solo lo cogían cuando tenían que salir y su madre estaba trabajando, por si tenían alguna emergencia o algo parecido.

En cada bolsa iba lo mismo, pero lo de su madre era de alta gama. Les había comprado un móvil de última generación, una Tablet y un ordenador portátil. Uno para cada uno, aunque, como ya he dicho antes, con el de su madre me esmeré un poco más.

Todo lo de Atenea era de color rosa, lo de Héctor azul noche y lo de Olimpia en plateado. Cuando lo vieron, mientras que mi chica no sabía ni que decir, Atenea saltaba por toda la habitación y el chico, él me miraba con agradecimiento, pero también con pena.

—Que un extraño haya sido el que se preocupe de abastecernos de todo, y que mi padre no haya ni preguntado, lo dice todo —me dijo, dándome un nuevo abrazo.

—No soy un extraño, Héctor, soy el novio o la pareja de vuestra madre, como queráis llamarlo. Pero sé a lo que te refieres. Tenía que hacerlo, era mi obligación moral, a pesar de no tener ningún vínculo de sangre. También tenéis algo más, pero eso quiero que lo dejéis aquí, por si algún día lo necesitáis —les dije, entregándoles dos bolsas más a cada uno.

—¿Más ropa? Al final voy a tener para ponerme un conjunto diario y no repetir en varios meses. Gracias Max, eres un amor —me dijo Atenea, formando un corazón con sus manos.

—Ya habéis oído lo que ha dicho, esto se queda aquí. Así, los días que durmamos en esta casa, no tendréis que ir mochila arriba, mochila abajo. Yo también tengo algo de ropa en su armario —les dijo su madre, de lo más emocionada.

Nos pusimos a configurar todo, en especial los móviles. Su madre había ido por la mañana a que le hicieran duplicados de las tarjetas sim, con vistas de comprar teléfonos nuevos. Pero, como sabía que Héctor no tenía ninguna, le saqué una que me salía gratis con mi contrato.

Eran casi las doce de la noche cuando nos fuimos a la cama, con todo listo y configurado. Los chicos se llevaron las Tablet para ver una película, aunque sabíamos que no tardarían mucho en caer rendidos.

—No tenías que haber gastado tanto dinero, Max. Poco a poco, yo se lo hubiera repuesto, un mes una cosa, y al mes siguiente otra, y así —me dijo, sin saber que más decir.

—Pues esto no es nada. Mañana, con los muebles, también os llevan una televisión, además de unas cuantas cositas más para la terraza —le dije, como quien no quiere la cosa.

—¿Cómo?

—Comiendo —le dije en plan guasa.

—Eso no era necesario, Max. Podíamos vivir perfectamente sin una televisión, y sin aquello que sea que hayas comprado para la terraza.

—Si, hombre. Me voy a quedar yo sin ver los partidos de fútbol de la jornada con Héctor porque tú quieras —le dije, entre risas.

—Ah, claro, si es por eso, vale. En serio, no tenías por qué hacerlo, pero de verdad que te lo agradezco de todo corazón —me contestó, y entonces, la besé.

Lo que en un principio fue un beso dulce, poco a poco, se fue transformando en algo más pasional, que nos fue encendiendo más y más, hasta que ya no pudimos más.

Con la tranquilidad de que los niños habían subido a su cuarto y de que nos encontrábamos a solas, dejamos que la pasión se hiciera presente, despojándonos de nuestra ropa sin temor y con premura.

Cuando la tuve desnuda, delante de mí, la recosté en la alfombra, delante de la chimenea, y la observé como quien observa un cuadro en un museo, era perfecta, y quise que lo supiera, pero no con palabras, sino con actos, con hechos que le dejaran claro lo mucho que me hacía sentir.

Sin apartar mi vista de la suya, fui besando sus pechos, en los que me entretuve un buen rato, para luego, bajar hasta su vientre. A la altura de su ombligo mi lengua ya tenía el sabor de su piel impregnado, y mis oídos el sonido de sus gemidos, pero la cosa no había hecho nada más que empezar.

Besé su monte de Venus, para, a continuación, abrir sus piernas y recrearme en su sexo. Lamí, mordisqueé e hice círculos con mi lengua en su clítoris, parando cada vez que me daba cuenta de que estaba a punto de alcanzar el orgasmo, para empezar de nuevo segundos después. No es que quisiera torturarla, ni mucho menos, pero quería que, cuando por fin se corriera, fuera épico, y lo conseguí. Tuvo que acallar su grito con un cojín del sofá, mientras que su cuerpo convulsionaba de placer, quedándose laxo durante unos minutos.

—Ha sido el orgasmo más brutal que he sentido en mi vida —me dijo, a media voz, porque no le salían ni las palabras.

—El primero de muchos, no lo olvides —le contesté.

Me situé entre sus piernas, dispuesto a penetrarla, pero no me lo permitió, ya que, con sus piernas, invirtió las posiciones, y sabía lo que venía a continuación. Cogió mi miembro y, luego de humedecerse los labios, lo lamió de abajo arriba, pero cuando llegó a mi glande, en el que había una gota de líquido preseminal, lo puso en su boca y succionó, haciendo que se me pusieran los vellos de punta.

—Si sigues así, voy a terminar corriéndome en tu boca sin poder evitarlo —le dije, y la vi sonreír.

—¿Y si es eso lo que busco? —me contestó, para volver a metérsela en la boca.

—Si es eso lo que buscas, y aunque me encanta ver como te vuelves loca con ella en tu boca, tengo una idea mejor —le respondí, para coger sus piernas y ponerlas a la inversa de mi dirección.

De esa manera, su sexo quedó a la altura de mi boca, y volvía a lamerlo, pero esta vez me ayudé de mis dedos, con los que la penetré. Si os digo que nunca había practicado esta postura os estaría mintiendo, pero sí os diré que, con ella, todo me resultaba más sexy, más erótico, más intenso.

Quería hacerle el amor, pero teníamos tiempo para ello, así que, cuando vi que ella estaba a punto de correrse de nuevo, me dejé ir en el interior de su boca, notando como su lengua arrastraba cualquier vestigio de semen que saliera de mi glande, al igual que yo hice con sus fluidos.

Nos dejamos caer en la alfombra, éramos como el ying y el yang, completamente distintos, pero complementarios el uno al otro. Nosotros ni nos habíamos duchado ni nos habíamos cambiado de ropa todavía, por lo que, me levanté, pero no dejé que ella lo hiciera, la cogí en brazos y la llevé hasta el baño de mi dormitorio. Mientras que la bañera se llenaba, porque no quería que se diera una ducha, sino un baño relajante, bajé al salón a recoger toda la ropa que habíamos dejado regada en él, para llevarla al cesto de la ropa sucia.

Cuando subí, me la encontré dentro, con música relajante puesta y los ojos cerrados. Esa imagen la encontré erótica de cojones, porque, al escucharme entrar en el baño, su mano empezó a acariciarse de arriba abajo, empezando por sus pechos, y terminando por meter las manos entre sus piernas.

—Esa zona, mientras que yo esté aquí y no te lo diga, está prohibida —le dije susurrando en su oído.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer —me contestó, mirándome a los ojos.

Me volví loco con esas palabras, la separé de la pared de la bañera, sentándome justo detrás, para que pudiera notar al final de mi espalda mi excitación, ya que mi miembro estaba ya listo para otra ronda. Retiré su mano de donde la tenía, y la sustituí por la mía, penetrándola con dos dedos mientras que, con el pulgar, estimulaba su botón del placer, hasta que se corrió de nuevo, con un gemido que me puso más duro aun, si es que eso era posible a estas alturas de la noche.

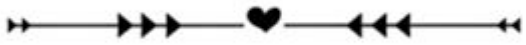
En el momento en el que se recompuso un poco, y conmigo sentado, se dio la vuelta, colocándose a horcajadas encima de mi miembro, y con sus pechos a la altura de mi boca. Se rozaba con él sobre el clítoris, y esa cara de placer se me quedó grabada en la retina. Cuando ya no pude más, la cogí de las caderas para levantarlas, y ella supo lo que quería, así que, con mi miembro listo a la entrada de su vagina, se penetró con ella.

A pesar de que estaba en una posición que hiciera suponer que el ritmo lo llevaría ella, no la dejé. La velocidad la marcaba yo, subiéndola y bajándola a mi gusto, mientras que ella gemía y jadeaba como las locas, disfrutando de todo lo que le estaba dando, y con sus pechos en mi boca, succionando de ellos.

No aguantamos mucho más, ni ella ni yo, corriéndonos casi al unísono, ya que ella se adelantó por unos segundos. Nos quedamos en la misma posición, aún sin salir de su interior, mirándonos a los ojos, hasta que nos besamos de la manera más pasional del mundo.

A continuación, nos duchamos y, ahora sí, nos fuimos a la cama, ya que ambos estábamos destrozados, y al día siguiente nos tocaba estar temprano en el ático para esperar a los muebles.

Capítulo 19



Olimpia

La noche había sido para tirar cohetes, una de las más placenteras de mi vida y, a pesar de todo lo que llevaba arrastrando, conseguí dormir casi del tirón. Estaba sonando la alarma del teléfono, esa que habíamos puesto para no quedarnos dormidos y llegar a tiempo a recibir los muebles. Héctor y Atenea venían con nosotros.

Fui a apagar el móvil para levantarme, cuando vi a Max salir de la ducha con una toalla envuelta en la cintura. Él también había hablado con su jefe y, como llevaba el trabajo bastante adelantado, le concedieron la semana para la mudanza que no se tomó en su momento.

—No me has esperado para ducharme, eso no se hace —le dije, apuntándolo con el dedo.

—Si te llego a esperar, tienen que traer los muebles por la tarde, y no te iba a dar tiempo de instalarte — contestó, muy serio.

—Entiendo que tengas ganas de perdernos de vista, pero deberías haber sido un poquito más sutil — dije, en broma, pero él se lo tomó muy en serio.

—Mira, Olimpia, que te quede clara una cosa. Si no quisieras que estuvierais aquí, no existiría sutileza en el mundo, os hubiera dicho que os marcharais de inmediato. Ya te he dicho que no todos somos iguales que tu exmarido — contestó, de muy mala forma.

—Era una broma, pero no te preocupes que no te la volveré a hacer — dije, enfadada.

—Eso espero —me contestó, y salió de la habitación.

Me di una ducha rápida, pensando que era lo que le podía haber pasado, si había hecho algo que le pudiera haber molestado o si ya se estaba empezando a cansar de esta relación. Al salir de la ducha, me vestí rápido, me recogí el pelo en una coleta alta, y bajé a la cocina, donde ya estaba él con los niños.

—Os dejo en el ático y vuelvo más tarde, tengo un asunto que resolver de manera urgente —me dijo, y asentí con la cabeza.

—Perfecto, gracias. Si no te coge de camino, podemos pedir un taxi —le contesté.

—Pues casi que os lo agradecería, porque lo que tengo que hacer es por esta zona, así no tendría que volver —me contestó, como avergonzado, y supe que algo había sucedido, pero no le iba a preguntar. Si me lo quería contar, bien, si no, me estaba demostrando que no solo yo desconfiaba de las personas.

—Venga chicos, que ya está el taxi pedido, recoged todas las cosas —les dije a mis hijos. Me puse el chaquetón y me fui a la puerta a esperarlos.

No vino, no me dijo absolutamente nada, ni siquiera adiós, y empecé a pensar que, lo que acabábamos de construir, se estaba cayendo como si el material fuera defectuoso, y así me sentí, como un ladrillo de baja calidad.

—Mamá, ¿qué ha pasado entre Max y tú, habéis discutido? —me preguntó Atenea, entrando en el taxi.

—Si te digo la verdad, no lo sé. Le he hecho un comentario en plan de broma y, al parecer, no le ha sentado bien. O es que tiene algo en su cabeza que no ha querido compartir conmigo. Sea como sea, le pedí disculpas y no pienso hacer nada más. No veo justo que se ponga así conmigo por una simple broma —le contesté a mi hija, que asentía con la cabeza.

—Tienes razón, mamá. Adoro a Max y a sus padres, pero eso no significa que pueda tratarte de esa manera. Si ve que no ha actuado bien, verás como te pide disculpas —me dijo mi hijo, que se había convertido en un hombrecito en pocos días.

Llegamos hasta la puerta de nuestro edificio, pagamos el taxi y bajamos de él, dispuestos a llegar a casa. En cuanto entramos y vi las bolsas ahí tiradas en el salón, recordé el beso del día anterior, y eso me llevó a pensar en la noche que habíamos pasado, y como, al despertar, todo había cambiado radicalmente.

Sumida en mis pensamientos estaba, cuando llamaron al telefonillo, eran los de la tienda de muebles con los montadores, que me dijeron que empezaban a subir tablones y demás.

Los chicos empezaron a montar los dormitorios, así, mientras que ellos terminaban el salón y la terraza, mis hijos podrían ir guardando la ropa y ordenando todo. Era la hora de comer y ni Max había dado señales de vida ni yo hice por llamarlo, cuando vi que me entraba un mensaje en el móvil.

Max: *Se me ha complicado la mañana, no podré ir todavía, te aviso si no me da tiempo de llegar para la cena.*

Así de frío era el mensaje que me había enviado, sin un te quiero, sin una explicación de por qué me había dejado sola con todo, absolutamente nada,

y empecé a pensar que, mucho que había criticado a Pablo, y se estaba comportando de la misma manera. No dudé, le contesté en el mismo tono en el que él lo había hecho.

Olimpia: *No importa, estoy acostumbrada a hacer todo sola en esta vida. Haz lo que te parezca mejor.*

Me dejó en visto, ni siquiera un ok. Respiré hondo y le dije a los niños que bajáramos a comer al restaurante, porque todavía no había tenido tiempo de pasar por el súper. Los montadores también habían salido a su hora de la comida, así que estábamos los tres solos.

—Mamá, no me puedo quitar de la cabeza la manera de actuar de Max — dijo mi hija Atenea, mientras esperábamos a que nos sirvieran la comanda.

—Yo tampoco, hija. Al parecer, todo hombre que entra en mi radar se piensa que con el dinero está todo solucionado, cuando eso no es así — respondí, cabizbaja.

—Yo he visto como ese hombre te mira, mamá, y no es como lo ha hecho nunca papá, ni en las fotos en las que erais dos niños te miraba de esa forma —esta vez era Héctor el que había hablado.

—No te puedo decir, Héctor. El caso es que se ha vuelto frío de repente, y me ha costado mucho salir del pozo en el que estaba, liberarme de las cadenas que tenía, como para caer en él de nuevo. Si viene y me quiere contar el motivo por el que está así, mis oídos estarán dispuestos a escucharlo. En caso contrario, no puedo hacer nada más — contesté, en el momento en el que nos trajeron la comida.

Terminamos de comer, pagué la cuenta y volvimos a casa. Mientras que los montadores no subían, yo entré en mi habitación y empecé a guardar toda la ropa y todas mis cosas, para ir adelantando. Cuando terminaran de montar los muebles, me acercaría al supermercado de la esquina para hacer una compra grande y que la trajeran al día siguiente, de camino me traería

los ingredientes necesarios para preparar la cena, que ya estaba un poco cansada de comida de bares y restaurantes.

Las siete de la tarde fue la hora en la que terminaron de montar todos los muebles. La terraza había quedado de lo más ideal, con esa mesa y esas sillas, así como con las hamacas y la barbacoa. En verano, estaba segura de que la disfrutaríamos mucho. No nos habíamos fijado que el edificio tenía piscina comunitaria, con lo que, poco nos iban a sacar a nosotros de ahí, la verdad.

—Chicos, me acerco al súper a comprar. ¿Venís conmigo u os quedáis en casa? —les pregunté a los dos.

—Preferimos quedarnos, mamá, y así terminamos el cuarto, que ya casi lo tengo listo. Tan solo me falta hacer la cama y terminar de guardar la ropa interior — contestó Atenea, en su nombre y en el de su hermano, y asentí con la cabeza.

—Está bien, si necesitáis algo me llamáis, pero no tardo nada.

Salí de mi casa con una sensación extraña. ¿Sabes ese hormigueo que te entra en el estómago cuando sabes que está a punto de sucederte algo? Pues así me sentía yo en ese momento.

Me dispuse a hacer la compra, asegurándome antes de que me la llevaran al día siguiente por la mañana, puesto que era viernes y, si no la traían, ya no la recibiría hasta el lunes, y me dijeron que no había ningún problema con ello. Llené dos carros y me fui a la caja para pagarlos, estaba en ello cuando noté que mi teléfono vibraba, me había entrado un mensaje, pero no lo abrí. Seguramente sería Max poniendo otra excusa tonta para no venir, así que lo abriría en mi casa.

Me llevé patatas para freír y filetes, así como una docena de huevos para hacer la cena, también leche, cereales, capsulas de café y un bote de cacao,

para que pudiéramos desayunar, añadí también una pieza de pan a rodajas para que pudiéramos hacer tostadas, mantequilla y mermelada.

Estaba entrando por las puertas de mi casa cuando noté el móvil que vibraba de nuevo. Dejé las cosas en la encimera de la cocina y saqué el teléfono del bolso, tenía dos mensajes, uno de un número desconocido que venía con un archivo adjunto que parecía una foto, el otro era de Max.

Abrí el de la foto por si acaso eran los del seguro o algo, que quedaron en avisarme en cuanto estuvieran tasadas todas las cosas que perdimos en el incendio, y de las que, en gran medida, no había podido aportar facturas.

Me quedé paralizada. No era del seguro, era una foto de Max con una rubia de larga cabellera dándose un beso en la puerta de su casa, y llevaba la misma ropa de cuando yo me fui. El otro si era de él, diciéndome que no podría venir a cenar. Ni siquiera le contesté, que se fuera al infierno. Mucho decir que no era igual que Pablo y era peor, porque por lo menos a mi ex, se le veía venir de frente, mientras que él parecía un ángel que cuidaba de todos, cuando en realidad era un cabrón de marca registrada.

—¿Te ocurre algo, mamá? —me preguntaron mis hijos, y asentí con la cabeza, tendiéndoles el móvil.

—¿Y si se trata de inteligencia artificial? Ahora, con eso, te recrean la imagen que quieras, yo que tú, antes de ponerme así, me aseguraría — dijo Atenea, y tenía razón.

—Pues tienes razón, ahora mismo voy a ir a su casa a ver si es cierto. Me ha enviado un mensaje para decirme que no puede venir.

—Te acompañamos —me dijeron los dos a la vez.

Cogí las llaves del coche, que tenía aparcado en el garaje, y mi bolso, cerramos de nuevo la casa y nos pusimos en camino. Se tardaban unos

veinte minutos de mi casa a la suya, pero a mí me parecieron veinte horas. ¡Qué largo se me estaba haciendo el camino!

Le dije a mis hijos que me esperaran en el coche, que aparqué en la misma puerta, pero se negaron, me dijeron que irían conmigo, por si necesitaba ayuda para partirle la cara, y me sacaron una carcajada con su comentario.

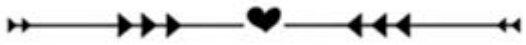
Abrí la cancela y entré, hasta situarme en el porche delantero. Había luces encendidas, por lo que estaba en casa. Llamé insistentemente, hasta que me abrió la puerta. Venía con una toalla en la cintura y con el pelo mojado, como si se acabara de duchar.

—Olimpia, ¿qué haces aquí? No te esperaba y… —no le dio tiempo a terminar la frase, cuando vi a la rubia bajar la escalera con un albornoz puesto.

—¿Ocurre algo, mon cherie? —le preguntó, y a mí me rompió el alma.

—Ya veo que es cierto, gracias por tu sinceridad y por el dinero empleado en mi familia, pero no te preocupes, que en cuanto el seguro me pague, te ingresaré todo, así tendré menos que agradecerte —le dije, y lo vi como se llevaba las manos a la cabeza, como si estuviera desesperado.

Capítulo 20



Max

Me despertó el sonido del teléfono, me acababa de entrar un mensaje, y era ella otra vez, que parecía no darse por enterada que no quería tener nada con ella, que estaba con otra persona. Era Giselle, la chica con la que mantuve una especie de relación durante el tiempo que estuve trabajando en Burdeos, y con la que corté en cuanto me dijeron que tenía el trabajo en España, en mi ciudad.

Giselle: *Mon cherie, acabo de aterrizar en tu ciudad, en un rato me tienes por tu casa.*

Max: *Estoy ocupado, tengo cosas que hacer. Además, te dije que lo nuestro se había terminado.*

Giselle: *Tengo que contarte algo, una cosa que nos incumbe a los dos, y que nos hará estar juntos toda la vida, lo quieras o no.*

—¡Me cago en la puta! —exclamé en el interior del baño, que fue donde me encerré para leer el mensaje.

Me metí en la ducha, con un cabreo monumental, porque esperaba que no fuera eso que me estaba imaginando, ya que, si era así, iba a intentar que

entendiera que eso tan solo nos unía en una faceta de nuestra vida, no teníamos porqué seguir juntos.

Salí del baño y, al entrar en la habitación, me di de frente con Olimpia, que me reclamó que no la había esperado para ducharme. Intenté que no se me notara el cabreo que llevaba, pero, después de un comentario que hizo, dejé que la rabia hablara por mí. La había cagado, y a lo grande, pero en este momento tenía algo en mi mente que me impedía pedir disculpas ni nada parecido.

—Os dejo en el ático y vuelvo más tarde, tengo un asunto que resolver de manera urgente —le dije a Olimpia en el momento en el que la vi entrar en la cocina, donde yo estaba con los niños.

—Perfecto, gracias. Si no te coge de camino, podemos pedir un taxi —me contestó, visiblemente enfadada.

—Pues casi que os lo agradecería, porque lo que tengo que hacer es por esta zona, así no tendría que volver —fue mi respuesta porque, cuanto antes se marcharan, menos posibilidades había de que se encontrara con Giselle y hubiera un malentendido.

Se lo iba a contar, pero no en este momento, lo haría cuando la enviara de nuevo a su país, cuando ya no estuviera en mi radar, porque sabía que no se quedaría, a ella le tiraban mucho sus raíces.

Los vi marcharse, y no tuve el valor de salir a decirle adiós, a darles un beso, y eso me corroía el alma. Llamadme cobarde, porque tendríais razón en hacerlo, pero no tenía el valor de ponerme delante de ella sin que supiera que me pasaba algo, y me daba pavor perderla por una tontería. Despacharía a Giselle rápidamente y volvería al ático para ayudarla con todo. Ahí sería cuando le explicaría todo.

No habían pasado ni quince minutos desde que Olimpia y los niños se marcharon cuando, de repente, llamaron a la puerta. Era ella, y se lanzó a

mis brazos, dándome un beso en los labios, hasta que pude reaccionar, y la cogí de la cintura para apartarla.

—¡Mon cherie! ¡Qué ganas tenía de verte! —me dijo, en cuanto que logré separarla.

—Giselle, te he dicho que lo nuestro se ha terminado, y ahora, más que nunca, que estoy conociendo a alguien —le dije, pero ella soltó una carcajada.

—Max, no seas ingenuo, esa mujer no es para ti. La he visto salir de tu casa con dos adolescentes. Lástima que no hubiera tardado un poco más o yo un poco menos en lo que estaba haciendo… hubiera sido la leche ver su cara con mi saludo —me dijo, y empezó a reírse.

—No me hace ninguna gracia, que te quede claro. Estoy enamorado de Olimpia, y les tengo mucho cariño a sus hijos. Dime lo que has venido a decirme y te marchas, que tengo mucho que hacer —le dije, sin preámbulos.

—Me estoy muriendo… Tengo una enfermedad terminal, y quiero pasar los dos meses que me queda de vida en España, con el buen tiempo, y disfrutando de ti. ¿Serás capaz de negarle eso a una moribunda? —me contestó, y me dejó helado.

—Pasa, hablemos dentro mejor —me aparté de la puerta para que entrara.

No lograba reaccionar, mi vida se había ido a la mierda en cuestión de segundos, porque la pena me comía, mientras que ella parecía que lo tenía de lo más asumido. ¿Cómo se iba a morir? Era algo que no me cabía en la cabeza.

—No pienses más, por favor. Yo no lo hago, y soy la que se va a quedar sin vida en pocas semanas. Si el problema es esa mujer, habla con ella,

cuéntaselo si quieres, pero no me pienso mover de aquí. Cuando lo haga, será porque salga con los pies por delante —me dijo, sin ningún ápice de temor o de pena, mientras yo tenía un nudo en el pecho que no podía con él.

—Como si fuera tan fácil… "Olimpia, mira, vamos a dejar lo nuestro por un par de meses, porque mi ex se está muriendo y quiere que me acueste con ella" ¿Estás loca o qué te pasa? —le dije, con toda la ironía del mundo.

—No creo que sea tan cerrada. A ti siempre te ha gustado que juguemos en grupo, y seguro que por aquí hay algún local en el que podamos entretenernos algún día.

—Eso fue antes de que me enamorara y, te recuerdo, que tú tampoco pusiste objeción alguna cuando te lo propuse —le dije, y me vino a la cabeza lo que Olimpia le dijo a Pablo sobre su vida sexual.

—Oh, Max se nos ha enamorado y ahora llego yo para joderlo todo. Pues lo siento, chico, pero pienso vivir estos meses como si fueran los últimos. Uf, es que van a ser los últimos. Ja, ja, ja —se reía y yo no entendía nada.

Le envié a Olimpia un mensaje, pero me di cuenta de que no le había sentado bien por su forma de contestar. Lo releí, y sí, había sido demasiado frío, pero ya no podía echarme atrás. Se lo contaría todo durante la cena, porque esperaba que Giselle entrara en razón y se marchara.

—No puedo darte lo que quieres, Giselle. Si no tuviera pareja y no estuviera en juego mis sentimientos, no tendría ningún problema en acceder a tus peticiones, pero estando Olimpia de por medio, me niego en rotundo —le dije, esperando a que lo entendiera.

—Mira Max, tienes dos opciones, o la convences para que entre al juego con nosotros, o le dices adiós con las dos manos durante el tiempo que me quede de vida. Tengo unos vídeos un tanto comprometedores que, estoy segura, no le gustarían a la cúpula de tu banco, que son tan conservadores.

Eso sin contar con que se los haga llegar también a tu chica, a la que tengo entendido que no le gusta nada ese tipo de prácticas.

—¿Me estás chantajeando?

—Llámalo como quieras, me da igual. Lo único cierto es que, por las buenas o por las malas, vas a acceder a mi petición —me respondió, guiñándome un ojo.

Según me contó, había ido al médico por un dolor intestinal y cuando le dieron los resultados, era una enfermedad mortal, una de esas raras que se pueden desarrollar o no, y que tenía una esperanza de vida muy corta.

Lo cierto es que me encontraba entre la espada y la pared. No quería de ninguna de las maneras que esos vídeos llegaran hasta los gordos del banco, porque supondría mi despido inmediato, pero tampoco quería ceder a los caprichos de Giselle.

De esa faceta de mi vida no sabía nadie nada, ni siquiera mis mejores amigos, Santi y Miriam. Se dio mientras trabajaba en Zúrich, uno de mis compañeros me presentó a dos chicas, que resultaron ser miembros de un selecto club de sexo liberal, y al que me llevaron esa misma noche. Mientras que no tuve pareja o, cuando la tuve, pero también le gustaba lo mismo que a mí, me pareció una manera de disfrutar sin hacerle daño a nadie. Pero ahora, y con Olimpia en mi vida, me resultaba impensable meter a alguien más en la relación. Tan solo de pensar que hubiera otra persona tocando su cuerpo, disfrutando de lo que consideraba mío, me daban arcadas.

Estuve todo el día intentando convencerla de que cambiara de opinión, pero no hubo manera. Cuando me di cuenta, era casi la hora de cenar, así que le envié un mensaje a Olimpia para decirle que no iría, me sentía el ser más ruin del mundo.

Max: *Lo siento, Olimpia, pero pensé que terminaría antes y no puedo ir a cenar. Nos vemos mañana en la cafetería.*

No me contestó, nada de nada, y eso me hizo entender que sería más difícil de lo que pensaba. Me fui a la cocina y me serví una copa de vino tinto, y me puse a mirar por la ventana. No me di cuenta que Giselle llegaba con un cuenco con harina para hacer no sé qué, de cenar, y tropecé con ella, llenándonos los dos de ese mejunje que se formó casi al instante, ya que las dos cosas salieron volando.

—Será mejor que nos demos una ducha después de recoger este desastre —le dije, yendo por la escoba y el recogedor, así como el cubo con la fregona.

—¿Lo haremos juntos, como siempre? —me dijo ella, abriéndose los botones de su camisa.

—No, tú en el baño del pasillo y yo en el de mi habitación —le contesté, algo nervioso.

Giselle era una mujer espectacular, capaz de levantar los más bajos instintos de cualquiera, pero yo solo pensaba en Olimpia, aunque mi pene iba por libre. No la traicionaría, por mucho que Giselle me pusiera sexualmente, mi corazón le pertenecía a ella, a nadie más.

Salí de la cocina, directamente a la ducha de mi habitación. Me estaba enrollando una toalla en la cintura cuando sentí que llamaban a la puerta, y salí así mismo, pensando que sería el cabrón de Pablo para reprocharme algo más, pero me quedé de piedra al ver quienes se encontraban al otro lado de la puerta.

—Olimpia, ¿qué haces aquí? No te esperaba y… —no me dio tiempo a terminar la frase, cuando la escuché desde la escalera, y me quise morir.

—¿Ocurre algo, mon cherie? —me preguntó, con toda la maldad del mundo y pude escuchar como se rompía el corazón de Olimpia.

—Ya veo que es cierto, gracias por tu sinceridad y por el dinero empleado en mi familia, pero no te preocupes, que en cuanto el seguro me pague, te lo ingresaré todo, así tendré menos que agradecerte —me contestó, y me llevé las manos a la cabeza. Esto no podía estar pasando.

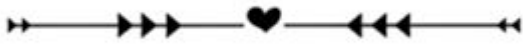
—A mí no me tienes que devolver nada, lo que he hecho ha sido de corazón. Y, esto, no es lo que parece, te lo prometo —le dije, intentando que me comprendiera, que se pusiera en mi lugar, pero las palabras de Héctor me hicieron volver a la tierra.

—¿Qué no es lo que parece, pedazo de cabrón? Y entonces, ¿esto qué es? —me dijo el chico, mostrándome una foto de la llegada de Giselle en la que se nos veía a los dos besándonos.

—Héctor, te prometo que entre ella y yo no ha pasado nada, de verdad —le dije, puesto que su madre y su hermana ya no estaban allí.

—Deberías de aprender de tu padre, que él sí que es una persona en la que confiar. Has estado despotricando de mi padre, cuando tú eres igual o peor que él. No te quiero cerca de nosotros, mucho menos de mi madre —me dijo, y se me rompió el alma.

Capítulo 21



Max

Lo vi marcharse, y me quedé ahí, inmóvil, mientras escuchaba la risa de Giselle desde la escalera.

—Mira, tendrás que ver el lado bueno, ahora ya no hay nada ni nadie que pueda impedir que disfrutemos juntos. Ven al baño, que ya he visto como tu polla se alegraba de verme —me dijo, de una forma tan soez que me revolvió el estómago.

—Vístete y sal de mi casa ahora mismo. Te doy diez minutos, o te pongo en la calle tal y como estés —le dije.

—Si lo haces, te aseguro de que ese vídeo va a llegar muy lejos —me amenazó de nuevo.

—Como si lo quieres poner en las marquesinas de los autobuses. Es mi vida privada, y la que más tienes que perder eres tú, que vivirás tus últimos meses en la cárcel. Mira el lado positivo, será otra experiencia que no hayas vivido —le contesté, pasando por su lado y apartándola de un manotazo.

Me encerré en mi habitación, dando vueltas como un león enjaulado. ¿Cómo se había ido mi vida a la mierda en tan solo unas horas? Si me lo llegan a decir ayer por la noche, cuando estábamos todos en ese salón,

abriendo los paquetes, le hubiera dicho a quién fuera que estaba completamente loco.

Desde la ventana de mi habitación, la vi marcharse, y no bajé ni a decirle adiós. Si no lo había hecho con Olimpia por la mañana, no haría con ella en estos momentos.

—Maldigo la hora en la que te cruzaste en mi camino, Giselle. Ojalá y nunca lo hubieras hecho —dije el alto, pero para mí, puesto que no había nadie más en la habitación ni en la casa.

Conseguir que Olimpia me escuchara iba a ser harto complicado, más bien imposible, sobre todo, teniendo en cuenta todo lo que me había dicho Héctor en la puerta antes de irse.

No podía intentarlo por la mañana, puesto que era la barbacoa que habíamos organizado, y en la que no estarían ninguno de los tres. Me puse a recordar la ilusión que tenía Atenea de venir, y la alegría que le entró a Trini cuando le dije que estaba invitada, porque, al ser festivo, la cafetería permanecería cerrada.

La pena se hizo dueña de mi pecho, apretándolo con fuerza, como diciendo: “no te mereces nada bueno, cabrón”, y no pude reprimir las lágrimas. Lloré, como hacía mil años que no lo hacía, hasta casi caer rendido. Ni siquiera me había vestido, tan solo me quité la toalla, que se había secado en mi cuerpo, aparté la sábana y el edredón, y me metí dentro, a oscuras, como sentía mi vida en esos momentos.

Eran las doce de la mañana cuando escuché a mi madre por las escaleras, hablando con mi padre y extrañada de que yo no estuviera preparando todo. Me quedé dormido con las primeras claras del día, pero solo fueron algunas cabezadas cuando me rendía el cansancio, pero permanecía metido en la cama, sin ninguna gana de levantarme y enfrentarme al mundo, pero sabía que tenía que hacerlo.

—¿Estás enfermo, hijo? —me preguntó mi padre, y negué con la cabeza.

—¿Dónde están Olimpia y los chicos? — preguntó mi madre, extrañada, y no pude ni supe contestar.

¿Cómo le decía a mi madre que, por culpa de mi pasado, los había perdido? Mi padre miró a mi madre y le indicó que nos dejara solos, y ella lo hizo sin rechistar. Carlos, mi padre, era una de las personas más sabias y justas que conocía, y sabía que me daría el mejor consejo, por eso me senté en la cama, dispuesto a explicarle todo.

—Papá, soy un imbécil… —Mi padre escuchó todo el relato sin decir absolutamente nada, ni siquiera pestañeaba, hasta que terminé.

—Mira, Max, todo el mundo tiene un pasado y, al igual que tú no le has reprochado a ella que estuviera casada y con dos hijos, ella tampoco tiene derecho a juzgarte por tu manera de vivir la sexualidad antes de conocerte. ¿Has hecho mal ocultándole las cosas? Pues sí, no te lo voy a negar. Ahora, te toca apechugar como un hombre, no quedarte en la cama, como un niño —me dijo, y entendí lo que me quería decir.

—¿Cómo hago que me escuche, papá? Si hasta Héctor me dijo que no me quería ver cerca de ninguno de ellos.

—La reacción de ese chico es muy loable, intenta proteger el corazón de su madre, que ya ha sufrido bastante. Él también está decepcionado, no creas que no, porque puso su confianza en ti, te vio como la figura de ese padre que lleva ausente toda la vida, y pensó que, contigo, podría vivir y conocer lo que con él no había hecho, y lo has traicionado.

—Y encima, hoy es la barbacoa, que no tengo ninguna gana de nada. Si por mí fuera, me metía en la cama hasta el lunes por la mañana para ir a trabajar.

—Esa es otra cosa que deberías dejar claro en tu trabajo. Es tu vida privada, así que, envía un correo a toda la junta directiva, y explícales el chantaje al que te has visto sometido, dejando constancia de que, si ese video ve la luz o se toma algún tipo de medida en tu contra, lo llevarás a los tribunales —me aconsejó mi padre, y me levanté. Era hora de coger al toro por los cuernos.

Mi padre abandonó la habitación, así que, una vez solo, me metí en la ducha, me vestí con un chándal cómodo y unas zapatillas deportivas, y bajé al despacho, donde tenía el portátil, para escribir el correo que tenía pensado enviar y hacerlo.

De: Maxexpósito@bancohtmi.com
Para: Direcciongeneral@bancohtmi.com
Asunto: Posible chantaje.
Muy señores míos:
Les remito este correo para adelantarme a posibles acontecimientos. En mi vida privada, y mientras que me encontraba fuera del país, alguien tuvo la desfachatez de grabar un video de una de mis prácticas sexuales. Esa persona intenta chantajearme con publicarlo y enviarlo a la dirección general del banco en el que trabajo, vulnerando así mi derecho a la intimidad.
Si ese video llega a ver la luz y se toman medidas que vayan en contra de mí, tanto personal como laboralmente, me veré obligado a dejar en manos de mis abogados cuantas acciones legales procedan.
Sin otro particular, les saluda atentamente.
Max Expósito, responsable de grandes cuentas e inversiones.

Le di a enviar, sin pensarlo, no quería que, por culpa de ocultar las cosas, cuando viniera a darme cuenta, hubiera perdido también el trabajo. Pero ahora me quedaba lo peor, lidiar con mis amigos en la barbacoa y hacer que Trini y Jessica se pusieran de mi parte y me ayudaran a convencer a Olimpia de que me escuchara. Si lo hacía y me rechazaba, ya sería otro cantar, pero por lo menos tendría el derecho a hacerlo.

Fueron llegando todos, los primeros, Santi y Miriam, que ya estaban charlando con mi madre cuando yo salí del despacho. Me extrañó que no hubieran llegado las compañeras de Olimpia, pero me di cuenta de que no sabía si lo harían, lo mismo y ella les había contado todo, pero no, allí estaban las dos, sonrientes entrando por la verja de mi casa.

—¿Dónde está la jefa? — preguntó Trini, nada más llegar.

—No va a venir. Ayer… digamos que tuvimos un encontronazo y nos peleamos —le dije, y mi madre me miró como si tuviera tres cabezas.

—¿Por qué nadie me ha dicho nada? ¿Es qué soy el último mono de mi casa? Ya la puedes estar llamando ahora mismo o, mejor, ve a buscarla y pídele perdón de rodillas, si hace falta. Ahora entiendo todo, por eso estabas en la cama y tenías esa cara cuando hemos llegado.

—No seas tan dura, mujer, que seguro que lo arreglan —le dijo Trini a mi madre, que estaba que se subía por las paredes.

—Ve a su casa, nosotros nos encargamos de todo mientras —me dijo mi padre, lanzándome las llaves de su coche, que estaba en la calle.

Las cacé al vuelo, y me dispuse a ir hasta su casa a buscarla, cuando vi algo que me resultó muy extraño. Giselle saliendo de la casa de Pablo, y comiéndole la boca a los dos, tanto a él como a ella, y entonces lo entendí todo. Por suerte, me dio tiempo a sacar el móvil y grabar la escena. Eso me serviría un poco de coartada, por decirlo de alguna manera, pero siempre y cuando ella quisiera escucharme.

Había que ser muy cabrón y muy ruin para hacer eso. Estaba claro que Pablo me había sacado ventaja, porque sabía quién era ella y que estaba obsesionada conmigo. Después de ver eso, ya no me resultaba tan conmovedora su historia, porque estaba completamente seguro de que sería falsa.

—¡Hija de puta! —exclamé, dándole un porrazo al volante.

Ahora, más que nunca, tenía que conseguir llegar a ella. Aparqué cerca de su casa, y aproveché que salía uno de los vecinos con los que coincidimos cuando vinimos a tomar las medidas de la casa, para entrar.

—Buenas tardes —le dije, sonriente.

—Si viene a buscar a la chica y a sus hijos, llega tarde. Han salido esta mañana temprano, parecía que iban de viaje o algo por el estilo —me dijo, y me quedé petrificado.

—Gracias. Me quedé dormido y deben haberse ido ya para el lugar en el que pasaríamos el fin de semana. ¿Sabe decirme si iban en el coche? —le pregunté, disimulando.

—Sí, metieron la maleta en el coche y salieron sobre las nueve, más o menos. Lo sé porque yo siempre bajo a esa hora por el pan, antes de que mi hijo se despierte y no me deje salir con el frío —me indicó el pobre hombre.

—Pues voy a ver si la localizo al teléfono, gracias de nuevo.

¿A dónde se había marchado? Iba a terminar volviéndome loco, entre unos y otros con sus movidas, y yo en medio. Intenté llamarla, pero me había bloqueado por todas partes, yo creo que lo intentó hasta en el telefonillo, pero no sé si por ahí pudo hacerlo.

En medio de mi desesperación, recordé que el teléfono de Héctor estaba en mi contrato, y que el dispositivo tenía un localizador, al igual que el de su hermana. Se me ocurrió ponerlo por si alguna vez a su padre le daba por llevárselos del instituto o de cualquier otra parte, y no me lo pensé dos veces, llamé a la compañía.

—Buenas tardes, mi nombre es Max Expósito, y le llamaba por un problema que tengo con una de las líneas —le dije a la chica que me había cogido la llamada en atención al cliente.

Me inventé la milonga de que había perdido el teléfono, lo dejé en alguna parte y ahora no lo recordaba, y le pedí si me podía decir la localización del mismo.

—Un segundito que accedo a la aplicación y ahora mismo le digo —me respondió.

Por suerte, guardé el tique de la compra en mi cartera, a modo de garantía, y en él venía el número de serie de cada terminal y con la línea a la que iba asociada, y en este caso solo iba asociada a una, porque los otros dos eran libres. Así que, cuando la chica me pidió el IMEI del terminal, no tuve ninguna duda y se lo di.

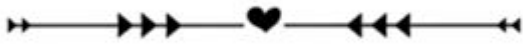
—¿Señor Expósito?

—Sí, dígame.

—Le envío la ubicación en tiempo real a su correo electrónico y espero que pueda encontrarlo. Si no es así, le rogaría que nos llamara de nuevo para bloquear, tanto la tarjeta Sim como el propio terminal. Espero haberle sido de ayuda, que pase usted un buen día —me dijo la chica, con esa retahíla que todos se sabían de memoria.

Comprobé mi correo, y ahí estaban, no muy lejos de nuestra ciudad, así que, avisaría a mis padres y pondría rumbo al lugar donde estaban.

Capítulo 22



Olimpia

Salí de allí casi sin poder hablar, arranqué el coche y llegué a mi casa en piloto automático, y no me di cuenta de que había llegado hasta que aparqué en mi plaza de garaje y me quedé sujeta al volante.

—Mamá, ¿salimos o nos vamos a quedar a dormir aquí? — dijo mi hija Atenea.

—¿Perdón? —respondí sin escuchar lo que me había dicho.

—Te decía que si nos vamos a casa o voy acomodándome en el asiento —contestó Héctor, señalándome el ascensor.

—Lo siento, por un momento me he ido. Vamos, que ya es muy tarde y todavía no hemos cenado —les dije, simulando una sonrisa que no tenía.

—Mamá, deja de hacerte la fuerte, por favor. No somos niños, y nos hemos dado cuenta de que lo que te ha hecho Max ha sido una putada —me abrazó mi hija Atenea por la espalda, al bajarnos del coche.

—No puedo caer de nuevo en el pozo en el que me sumergí por vuestro padre. Ahora os tengo a vosotros, y vuestro apoyo me hará mucho bien —les dije, cogiendo a mi hijo con el otro brazo.

—Tengo una idea. ¿Y si nos cogemos una casita en la sierra y nos vamos el fin de semana? Total, hoy es festivo y el lunes también, así que la cafetería no abre, y así nos despejamos un poquito —nos propuso Héctor, y lo consideramos una fantástica oportunidad.

—Sensacional esa propuesta, hermano. Ahora, cuando subamos, me pongo a mirar por Internet. No tiene que ser muy lejos, para aprovechar bien el tiempo.

Mirar sus sonrisas me tranquilizaba, pero el daño que me había hecho Max todavía dolía, y lo haría durante mucho más tiempo.

Si a mí me había afectado, nos os puedo contar lo que lo hizo a mi hijo Héctor, que se quedó a cuadros cuando vio a esa mujer bajar las escaleras, sin contar con la manera en la que le habló, con una complicidad que era inequívoca de dos personas que habían compartido muchas cosas, sobre todo, íntimas.

Me dispuse a freír las patatas, así como a empanar los filetes, que freiría luego, y eso es lo que íbamos a cenar. No tenía ningún apetito, pero no podía acostarme sin cenar, o al final, la que terminaría cayendo enferma iba a ser yo, y no me lo podía permitir, de ninguna de las maneras.

—Atenea, echa un vistazo a los filetes mientras me doy una ducha rápida, por favor —le dije a mi hija, porque mientras que ellos se habían ido duchando, yo había ido preparando la cena.

—Claro, mamá. Ve tranquila, yo me encargo — contestó ella, dejándome un beso en la mejilla cuando pasé por su lado.

Correspondí a su beso y me fui hasta mi habitación, donde cogí mi ropa interior y un pijama calentito. No sé si era que las temperaturas habían bajado o que mi cuerpo, después todo lo que había sucedido, se había destemplado, el caso es que estaba casi tiritando.

La ducha calentita me vino de lujo, porque en ella, no solo dejé salir el cansancio acumulado, sino que también dejé salir mis lágrimas, mi rabia y mi dolor, saliendo de ella con fuerzas renovadas, aunque no sabía lo que me iba a durar.

—Ya estoy aquí, chicos —les dije, al llegar a la cocina, donde ya ellos habían puesto la mesa.

—A lo justo para comer. No sabes tú nada, mamaíta — dijo Héctor, con una sonrisa que tampoco sentía.

—¿Habéis mirado ya algún alojamiento? —les pregunté, ya que los había visto trastear con el móvil.

—Pues sí, hemos visto uno, a unos cuarenta y cinco minutos de aquí y que está muy bien. Son cabañas independientes, con chimenea, y podemos pasar un fin de semana muy bueno — contestó Atenea.

—Además, si no llueve, podemos hacer senderismo por la zona, que hay unas rutas preciosas, y luego, jugar a algo, he visto que tienen multitud de juegos de mesa —añadió Héctor.

—Entonces, no hay nada más que hablar. Si a ustedes os parece bien, a mí me parece genial. Ahora, en cuanto terminemos de cenar, haremos la reserva —les dije, brindándoles una sonrisa.

—He pensado que, para salir directamente, podemos preparar las mochilas ahora y así, mañana nos podemos ir tempranito —nos propuso Atenea, y asentimos con la cabeza.

Cenamos entre propuestas y planes para el fin de semana, pero lo único que yo quería era salir de aquí, irme lejos de la ciudad unos días, y aclarar mis ideas. Mañana sería la barbacoa que organizó Max, a la que asistirían

sus amigos y los míos, además de sus padres. Me preguntaba que excusa daría para justificar nuestra ausencia, pero me podía esperar cualquier cosa.

Recogimos la mesa, lavamos los platos, porque no íbamos a poner el lavavajillas para eso nada más, y nos sentamos en el salón con una leche con cacao calentita, que era nuestro indispensables en noches como esa.

Desde el móvil de Atenea hicimos la reserva de la cabaña, desde el sábado a las diez hasta el lunes a las cinco de la tarde, para no llegar muy tarde a casa que al otro día teníamos rutina, de nuevo. Fue un desembolso considerable, pero me dio igual, ya recortaría de otra parte, porque el dinero de Manuela se lo pensaba devolver, a eso no le había tocado.

Nos fuimos a la cama, pero esa noche, dormimos los tres juntos, en mi cama, que era de un metro con cincuenta, como cuando eran pequeños. Me dejaron en el centro, y se pusieron uno a cada lado mío, abrazados a mi cintura, y me sentí completa. Sin ellos, mi vida no sería lo mismo. Quizás hubiera podido estudiar y terminar mi carrera universitaria, pero no me hubiera servido de nada, porque, a pesar del trabajo y el esfuerzo que he tenido que hacer para sacarlos adelante, con ese abrazo y con sus besos, tenía claro que merecía la pena cualquier sufrimiento.

Me quedé dormida de inmediato, y me desperté en cuanto los primeros rayos de sol entraron por la ventana.

—Venga chicos, que nos vamos de viaje —les dije, despertándolos a los dos.

—Joroba, mamá, ya podías ser un poquito menos brusca — dijo Atenea, que siempre había tenido muy mal despertar.

—Voy preparando el desayuno, pero no remoloneéis mucho en la cama, que se nos viene el tiempo encima —les dije, saliendo de la cama.

Entré al baño, me lavé los dientes, y fui a la cocina, donde preparé café, calenté leche y puse pan a tostar. Entre tanto, volví a mi cuarto, ya ellos estaban levantados y habían hecho la cama. Me puse unos leggins, una sudadera y mis zapatillas deportivas, dejé sobre el sofá del salón mi chaquetón de plumas y mi mochila, y volví a la cocina a desayunar.

El trayecto se nos hizo demasiado corto, porque fuimos haciendo planes para hacer desde que llegamos, además de hablar de otros temas, cualquiera que no supusiera nombrar a Max, eso lo teníamos claro los tres.

—Héctor, he pensado que, cuando vuelva el martes al trabajo, en una escapadita, iré a sacarte un número de teléfono para ti, así no tendrás que usar el que tienes —le dije a mi hijo, mientras aparcaba el coche.

—Buena idea, mamá. Cuanto menos tengamos que agradecerle, mejor —contestó él, como enfadado.

No teníamos que pasar por recepción, ya que la página web desde la que se hacía la reserva te asignaba directamente el número de cabaña y, cuando se realizaba el pago, te enviaban el código de acceso para abrir la puerta. Durante toda la estancia sería el mismo, así no tendríamos que ir con llaves de aquí para allá.

Al abrir la puerta, me quedé maravillada, era preciosa. La chimenea era de gas, y ya estaba encendida cuando llegamos, por lo que la temperatura en su interior era de lo más agradable. Tenía dos dormitorios, salón, baño y cuarto de aseo, además de una pequeña cocina completamente equipada.

Era entera de madera, en color cerezo, y el mobiliario se veía bastante nuevo, así que deduje que no llevarían mucho tiempo abiertos de cara al público. En el salón, había un sofá de tres plazas, justo delante de la chimenea, sobre la que colgaba un televisor de cuarenta pulgadas. A su izquierda, había una mesa redonda, que sería donde comeríamos, porque la cocina carecía de ese espacio. Detrás de la mesa, una cristalera que daba a

la parte trasera, donde también había un sofá de exterior y una mesa, algo más pequeña que la de interior, y que formaban una especie de porche.

Los dormitorios eran sencillos, pero muy acogedores, el principal con una cama de matrimonio, dos mesillas de noche y un armario empotrado. El otro, tenía una litera, una pequeña mesa con una silla, a modo de escritorio, y un armario que ocupaba la pared lateral.

—Me encanta el sitio, es súper bonito —dijo Atenea, sonriente.

—A mí también. En verano se tiene que estar muy bien, porque el río está cerca, además de contar con piscina comunitaria —le contesté, igual de sonriente que ella, aunque por dentro llevaba la penitencia.

—Si tenemos la posibilidad, deberíamos pasar aquí, al menos, una semana, mamá. No te he visto coger vacaciones en la vida, y tú también tienes que descansar, que no eres un robot —me dijo Héctor, con toda la razón del mundo.

—De momento, vamos a dejar todo esto aquí, y vayamos a dar un paseo, que está la mañana muy buena para hacerlo. Cuando volvamos, pasamos por el restaurante y nos traemos algo también para la cena.

Salimos de allí felices, y nos dispusimos a conocer la zona. Héctor había trazado un mapa con las mejores rutas de senderismo, y empezamos por la que más nos atrajo, a pesar de que era la más larga. Llevábamos agua y algo de comer, por si nos entraba hambre, en una pequeña mochila con nuestros móviles y documentación.

—Hermano, ya podías haber elegido una con menos cuestas, porque parece que me llevas de penitencia, hijo —protestó Atenea, que era la más quejumbrosa.

—No te quejes, no me digas que no merece la pena el esfuerzo por ver estos paisajes —le contestó él.

—Claro que merece la pena, Héctor, lo que ocurre es que tu hermana solo está acostumbrada a pasear por sitios planos, en cuanto ve dos cuestas seguidas, es como si estuviera haciendo el camino de Santiago —le dije, porque mi hija no era capaz de articular palabra.

—Anda, quejica, vamos a sentarnos aquí un rato, antes de darnos la vuelta, o se nos pasará la hora de comer —dijo mi hijo, señalando unas rocas sobre las que sentarnos.

—Quejica dice el tío, cuando llevamos más de dos horas andando y no he abierto la boca hasta ahora.

—Porque no te quedaba aliento por el cansancio, que, si llegas a estar bien, otro gallo cantaría — contestó su hermano, y todos estallamos en una carcajada.

Estuvimos descansando como una media hora, y tocaba volver. Por suerte para mi hija, ahora, todo lo que había sido cuesta arriba era, al contrario, cuesta abajo, por lo que tardamos casi la mitad de tiempo.

—Me voy aligerando yo y pido la comida para llevar, antes de que cierre la cocina —dije, mirando el reloj.

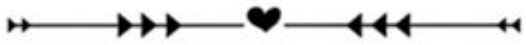
—Venga, nosotros te esperamos en la puerta. Si terminas antes que nosotros, nos esperas tú — contestó mi hija.

Pedí unos escalopines de cerdo con patatas para cada uno, y para la cena, me llevé una ración de ensaladilla rusa, carrillera al vino tinto y una ensalada. Las carrilleras las podría calentar en el microondas cuando llegara la hora.

Íbamos charlando por el camino, cuando mi hijo, estando ya cerca de la cabaña, se frenó en seco.

—¿Se puede saber qué haces tú aquí? —dijo de muy mal humor, y al girar la cabeza, vi que era Max el que estaba sentado en los escalones de la entrada.

Capítulo 23



Max

—Héctor, Atenea, id dentro, por favor e id poniendo la mesa, enseguida entro —les dijo Olimpia a sus hijos, mientras me miraba de una forma que ponía los vellos de punta.

—Mamá, no consientas… —le dijo su hijo.

—Héctor, entra a la cabaña. Yo sé lo que tengo que hacer —le respondió ella, de manera comprensiva.

Giré la cabeza, viendo como los niños entraban en la cabaña, y me puse de pie para llegar a la altura en la que estaba Olimpia, que no retiraba su mirada de mí.

—Olimpia… yo… Será mejor que lo veas —le dije, mostrándole el video en el móvil.

—¿Qué quieres con esto? Te ha dejado y, ahora vienes a buscarme, como si lo viera —me respondió, con rabia.

—No me ha dejado, la he echado yo, pero te prometo que, entre ella y yo, no ha pasado nada, no ahora desde que estoy contigo, al menos —intenté explicarme.

—Me importa una mierda lo que haya pasado entre vosotros.

—Eres muy injusta, Olimpia. Todos tenemos un pasado, y yo no te he reprochado absolutamente nada del tuyo, lo he aceptado, porque te quiero. En cambio, tú, ni siquiera me dejas que te lo explique —le dije, bastante enfadado.

—¿Sabes la diferencia entre tu pasado y el mío? Pues es muy sencillo. Mientras que yo te lo conté absolutamente todo, sin dejarme ni una coma, para que tuvieras la opción de elegir, tú no me has contado más que has estado trabajando por el mundo —me argumentó, y tenía razón.

—Déjame que te lo cuente ahora —le supliqué.

—Mira, si he venido hasta aquí con mis hijos, ha sido para estar tranquila. Así que, haz el favor de marcharte y dejar que continuemos el fin de semana de escapada que teníamos planeado —me dijo, en un tono que me indicaba que me iba a costar media vida que me perdonara.

—Permíteme, por lo menos, que me disculpe con Héctor. Sé que lo he defraudado y me gustaría hablar con él —le dije, pero su hijo no le dio tiempo a que contestara, puesto que salió del interior de la cabaña, para enfrentarme.

—Conmigo no tienes nada que hablar, Max. Y no te preocupes, que no me has defraudado, hace tiempo que aprendí a no esperar nada de nadie —me dijo, cogió a su madre del brazo y se perdieron los dos en el interior.

Esas palabras que había pronunciado el chaval, con quince años, me hicieron más daño que si me hubieran disparado por la espalda. Pensé en marcharme, pero luego lo medité mejor, y no lo iba a hacer. No quería escucharme, pues al menos intentaría que me leyera, porque le iba a escribir una carta de mi puño y letra.

Abrí mi coche y me senté dentro, sacando un cuaderno y un bolígrafo de la guantera. En la vida creí que me iba a costar tanto plasmar mi pasado y mis sentimientos en un papel, pero tenía que hacerlo, me llevara el tiempo que me llevara, y así lo hice.

Mi amada Olimpia:

Ya que no me dejas que te lo cuente cara a cara, he pensado en escribírtelo, ahora está en tus manos si lo quieres leer o no.

Todo comenzó con mi trabajo en Zúrich. Allí, un compañero me enseñó otra manera de disfrutar del sexo, en un club liberal, y siendo sincero, no me pareció mala idea. No tenía pareja, así que era completamente libre de vivir mi sexualidad de la manera en la que me diera la gana.

En Burdeos, en uno de esos locales, conocí a Giselle (la mujer que has visto esta mañana en mi casa) y mantuvimos una especie de relación, en la que ninguno de los dos estaba enamorado del otro, pero veíamos las relaciones sexuales de la misma manera.

Cuando obtuve mi plaza de trabajo aquí, en mi ciudad, le dejé claro que lo que hubiera entre nosotros se había terminado, mucho más en el momento en el que te conocí.

Hace unos días me avisó de que quería verme, que vendría a la ciudad, y esa mañana en la que íbamos a montar los muebles del ático, me envió un mensaje para decirme que estaría en mi casa en un rato.

Mis pensamientos eran echarla de inmediato, pero la cosa se complicó, con una burda mentira, ya que me dijo que estaba muy enferma y le quedaba poco tiempo de vida.

No quiero extenderme más, me gustaría darte los detalles de la historia cara a cara. Pasaré cada mañana por la cafetería hasta que consiga que me escuches, pero no te diré nada. Esperaré a que estés preparada.

No te he engañado nunca, te lo juro por mi vida.

Te quiero, os quiero y os necesito en mi día a día.

Max Expósito.

Arranqué el papel del cuaderno y lo doble, me acerqué hasta la puerta de la cabaña y lo metí por debajo de la puerta. A continuación, me di la vuelta,

me monté en el coche y puse rumbo a mi casa, donde estaba seguro que continuarían todos, a la espera de mi llegada.

—Dime que ha pasado, hijo mío — dijo mi madre, en cuanto que bajé del coche.

—No ha pasado nada, porque no me ha querido escuchar.

—¿Dónde has estado, entonces, tanto tiempo? — preguntó Santi, con un semblante preocupado.

—Tranquilo, que no he bebido ni comido nada, mucho menos teniendo que coger el coche, puedo estar triste, pero no soy un inconsciente. Había salido a hacer senderismo con los niños y llegaron pasada las cuatro de la tarde, estuve en su puerta, sentado en las escaleras esperando a que llegaran.

Mi madre, al escuchar eso, entró en mi casa, directamente a la cocina, donde me preparó un bocadillo de tortilla de patatas, que me supo a paja, pero que no iba a despreciarle por varios motivos.

Mi padre, que me conocía bastante bien, les pidió a todos que se marcharan, porque, en realidad, lo que más me apetecía era estar solo, y así lo hicieron, respetando mis necesidades.

Cuando todos se marcharon, me encerré en mi habitación, con todo oscuro y me metí en la cama. No tenía ganas de nada y así estuve durante todo el fin de semana, hasta que llegó el momento de volver al trabajo.

Me levanté ese martes cuando sonó el despertador, me di una ducha rápida y me puse el traje de chaqueta que tenía que llevar. Cogí mi maletín y, cuando iba a montarme en el coche, los vi, parados frente a mi casa.

—¿Se te acabó el sueño de familia feliz, vecino? —me dijo Pablo, con una sonrisa de lo más sarcástica.

—Vete a la mierda, Pablo —le respondí, sin querer entrar en más historias.

—Esa es mi familia, no la tuya, y no voy a parar hasta veros destruidos a los dos y mis hijos vuelvan a mi casa, que es donde siempre tuvieron que estar.

No me lo pensé, me fui para él y lo cogí de la pechera, con una sola mano. Pablo era un hombre alto y fuerte, pero yo lo era más y, si a eso le sumamos la rabia que actuaba en forma de adrenalina, pues podéis imaginaros hasta donde llegaba mi fuerza.

—Acércate a alguno de ellos y te juro por lo que más quiero que te parto la cara —le dije, con furia.

—¿Lo has grabado, Giselle? —le preguntó, y la otra asintió con la cabeza.

—Sí, a sus jefes les va a encantar ver a la persona que tiene entre sus empleados, violento a más no poder —le contestó, riendo.

—No seréis capaces de enviar esto al trabajo, porque yo también tengo mucho material que enviar y mucho que contar —les advertí, pero Pablo se carcajeó en mi cara.

—¿A quién se lo vas a enviar, a mi jefe? Te recuerdo que él es partícipe en nuestras orgías, amigo. Tienes todo en tu mano, tú decides. Si quieres que todo siga como hasta ahora, que ese vídeo no se envíe, tendrás que pasar un fin de semana con nosotros, en una de las fiestecitas que hace mi amigo en su mansión. Si por el contrario te niegas, no solo tu jefe verá el vídeo, sino que me servirá para denunciarte por agresión —me propuso Pablo, pero no iba a caer en su chantaje.

—Me parece mentira que caigas en su trampa, Giselle. Te pensaba una mujer honrada, pero me he dado cuenta de que eres una sinvergüenza, tanto o más que él —le dije a mi ex.

—No te confundas, amor, yo tan solo quiero lo que es mío, lo que me pertenece por derecho, que eres tú. Siempre me he mostrado una persona sumisa, presta a complacer todos tus deseos, y ahora… vengo hasta aquí invitada por mi amigo Pablo, y me encuentro con esto — contestó, señalando todo alrededor.

—Ni yo soy tuyo, ni nada de lo que ves, no te equivoques.

—Por supuesto que sí, pero me daría igual que lo tuvieras tú o cualquier otro, no estés tan subidito. Quiero estatus, dinero, poder pasearme con los mejores modelos sin tener que dar un palo al agua, y eso tan solo me lo puedes proporcionar tú.

—Idos al infierno, los dos. No voy a caer en vuestro chantaje, así tenga que dejar todo y volver a dar vueltas por el mundo.

Enfadado como estaba, me monté en el coche y arranqué, saliendo de allí como las balas, con toda la intención de perderlos de vista para siempre. No sé como llegué hasta el trabajo, pero cuando me di cuenta, ya estaba subiendo en el ascensor hasta mi despacho.

—Buenos días —le dije a mi secretaría.

—Buenos días, señor Expósito. En su despacho tiene visita, le dije que le esperara allí para que la gente no empezara a hacer conjeturas —me contestó ella, y supe de inmediato que algo malo ocurría.

Al entrar en mi despacho, me encontré al director general sentado frente a mi escritorio, con cara de pocos amigos. Tomé aire profundamente, y me

dispuse a enfrentarlo. Era lo que me faltaba ya para completar el día, porque peor no podía haber empezado.

—Se le ve mal, Expósito. ¿Qué es lo que ha pasado? —me preguntó, suavizando el tono todo lo que pudo.

—¿Con respecto a qué, señor Marcial? —le contesté, porque me habían pasado muchas cosas en los últimos días.

—Con respecto a todo, Max. Si me permites, estaremos más cómodos tuteándonos. El correo electrónico que recibí el otro día me dejó mal sabor de boca, y encima, esta mañana, alguien me envía un video en el que se te ve agrediendo a otro hombre, y no creo que seas así, de ese modo.

A mí me faltaba poco para derrumbarme, y con sus palabras, logró que lo hiciera. Le conté absolutamente todo, desde lo personal a lo profesional, y su respuesta no me dejó indiferente.

—Tómate unos días de vacaciones, Max. Vete de viaje, medita lo que realmente quieres en tu vida. Por los vídeos, no te preocupes, porque no afectaran en nada a tu trabajo. Eres un excelente empleado, y un mejor jefe, los chicos están encantados contigo, y el volumen de trabajo no ha disminuido, más bien todo lo contrario —me indicó, y le iba a hacer caso.

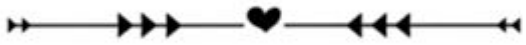
—Gracias, señor Marcial. Lo cierto es que no me esperaba este apoyo por su parte, y, por ende, del banco en sí.

—No somos números, Max, somo personas y, como tal, nos interesamos por los problemas de nuestros empleados. Recoge todo y márchate, dile a tu secretaria que te agende las reuniones de esta semana y de la próxima entre las dos pendientes del mes, y pon tu vida en orden.

Le di las gracias y salimos de mi despacho, listo para hablar con mi secretaria. Le dijimos que tenía que salir de viaje de trabajo urgente, porque

a nadie le importaba mi situación más que a nosotros.

Capítulo 24



Olimpia

—Bien hecho, mamá. Que no se piense el gilipollas ese que puede hacer contigo lo que le dé la gana — dijo Atenea, muy orgullosa de mí.

—Venga, dejemos el tema y vamos a comer, o se nos pondrán los filetes como suelas de zapatos —les dije a los dos, que ya tenían todo preparado.

Lejos de todo lo que podríais pensar, la comida transcurrió entre bromas y risas, porque mi hijo tenía cada ocurrencia que no podía con él.

Una vez hubimos terminado de comer, mi hijo nos dijo de jugar al Pictionary, y fue cuando nos dimos cuenta de que, si tuviéramos que ganarnos la vida dibujando, nos íbamos a morir de hambre, porque no podíamos ser más malos los tres.

—Venga ya, mamá. Eso no es un elefante, es un ornitorrinco — decía Atenea entre risas.

—¿Cómo qué no? Mira la trompa y las patas —las señalaba yo en el dibujo.

—Claro, claro, lo que tú digas. Eso es un elefante y yo soy Juana de Arco — contestó ella.

—Voy a preparar la merienda —nos dijo Héctor, que fue a la cocina —Mamá, en el suelo hay un papel, se te ha tenido que caer al entrar.

—¿Un papel? A mí no se me ha caído nada, entre otras cosas porque no llevaba ninguno, pero ahora mismo voy a ver lo que es —le dije, y me levanté para ver de qué se trataba.

Cuando lo abrí, todo el buen rollo que había tenido hasta ahora se fue al garete, porque se trataba de una carta de Max. No quise leerla allí, con los niños delante, aunque no pensaba ocultárselo, pero lo diría en cuanto la leyera en soledad.

—No es nada, tiene que ser algo que tenía en la chaqueta —les dije, doblando el papel más y guardándolo en el bolsillo de mi pantalón tejano.

—Pues nada, merendemos y seguimos jugando a otra cosa, que lo de dibujar no es lo nuestro —me dijo Héctor.

—Antes de seguir jugando, y como ya no vamos a salir, será mejor que nos demos una ducha, nos pongamos el pijama y lo hagamos delante de la chimenea. Me muero por jugar ahí a las cartas —explicó Atenea.

—Venga, pues entonces, hacemos eso. Pero a las cartas no, que siempre pierdo —le dije a mi hija.

Merendamos una tarta de chocolate que habíamos traído desde casa, que, junto a una leche con cacao calentito, hizo las delicias de los tres. En la cabaña también había una televisión grande, así que decidimos que, en vez de jugar más, veríamos una película con chucherías, ya que la noche nos había caído encima casi sin darnos cuenta.

Entré en mi habitación para coger la ropa antes de ducharme, mientras que lo hacían mis hijos, pero no quise leer la carta aún, la dejé dentro de mi

bolso, lo haría antes de dormir, así mis hijos no sospecharían si me veían salir triste, no era justo para ellos.

—Ya lo tenemos todo listo. Hemos decidido que vamos a ver una película de miedo —me informó Atenea, que sabía que no me gustaban nada.

—¿Por qué no vemos mejor una de Disney? Chicos, me da pavor este tipo de películas, y lo sabéis. Ahora, me tendréis toda la noche sin dormir, pensando en los ruidos del exterior.

—No me seas cagueta, mamá, que ya tienes una edad, y nosotros también, como para ver una película de princesitas —me regañó Héctor.

—Está bien, pero nada del tipo brujas en el campo o asesinatos en serie.

El sofá estaba preparado con una mantita, y en la mesita de café que encontramos en un rincón, había de todo tipo de porquerías, desde gominolas, patatas chips y refrescos hasta gusanitos o palomitas.

Durante todo el tiempo que duró la película, estuve pegando saltos y agarrándome a los brazos de mis hijos, pero sobre todo al de Héctor, que se partía de la risa de verme reaccionar.

—Mamá, no me lo puedo creer, sigues igual que cuando lo hacíamos de pequeños. ¿Lo recuerdas, Atenea? —le dijo mi hijo a su hermana, que puso una cara de nostalgia que no pudo remediar.

—Sí, pero antes no sabíamos que papá no venía porque estuviera trabajando, sino porque estaba de marcha…

—Eh, eh, se acabó. Estamos aquí para recomponernos de todo y de todos, incluido tu padre. Así que, nada de momentos nostálgicos, no es su tiempo, es el nuestro —les dije a los dos, que se me tiraron encima para hacerme cosquillas.

Eso mismo hacían cuando eran pequeños si me notaban tristes, pero ahora ya no podía con ellos, me duplicaban en fuerzas y en tamaño, sobre todo mi hijo, que, con catorce años, me sacaba una cabeza.

—¡Parad, por favor, que me muero! —les decía, muerta de la risa, pero no me hacían caso.

—Dios, como necesitaba un momento así —dijo Atenea, cuando me soltó.

—Y yo, no sabéis cuanta falta me hacíais, os lo prometo —les dije a los dos.

Nos levantamos para preparar la cena, en realidad para calentarla, porque ya la habíamos traído hecha. Preparé un poco de pan tostado, para hacer algunas tostas con el queso caliente y jamón picadito, que les encantaba a los dos y hacía mil años que no las preparaba.

Así fuimos pasando todo el fin de semana, sin acordarme de la carta que me había dejado Max, y que seguía en el fondo de mi bolso. Era la hora de volver a casa, de dejar atrás esos días tan fantásticos que habíamos pasado, pero que no serían los únicos, porque pensaba hacer una escapada con mis hijos cada vez que tuviera la oportunidad.

Al llegar a casa, me puse a lavar ropa, mientras que los niños terminaban de hacer algunos deberes que les quedaban. Eran las ocho de la tarde cuando nos volvimos a reunir, después de darnos una ducha y ponernos el pijama. Esa noche pedimos pizza para cenar y, al sacar la cartera, volví a ver la carta.

Durante la cena estuve demasiado pensativa, y mis hijos se dieron cuenta, alegué que estaba muy cansada, pero que no me ocurría nada. Lo dije con una sonrisa, para que no se preocuparan y, al parecer, surgió efecto, porque no me lo mencionaron más.

Recogimos la mesa de la cocina, y dejamos todo listo para el desayuno del día siguiente, de manera que, al levantarnos, no perdiéramos demasiado tiempo. Lo bueno que tenía el ático es que nos cogía cerca, tanto del instituto como de la cafetería, por lo que se podrían ir solos hasta allí.

Estaba en mi cama, con el papel doblado en la mano, y pensando si la leía o no, pero la curiosidad pudo conmigo, así que la abrí y me puse a leerla. En esas letras había vaciado su corazón y me había contado todo lo de su pasado, pero llegó a destiempo, era demasiado tarde, ya que me lo tendría que haber contado antes.

A pesar de todo, mis lágrimas corrieron por mis mejillas, pero esa espinita la seguía teniendo clavada en mi alma, e iba a ser muy difícil que la sacara de ahí, de todos modos, no me negaría a hablar con él, pero antes se lo diría a mis hijos.

Durante el desayuno, saqué el tema, y sus reacciones fueron dispares después de leer las palabras que escribió Max.

—Es que no lo entiendo, mamá. ¿Por qué tenía que ocultártelo? Eso dice que no es tan franco y transparente como decía ser — dijo Héctor.

—Todo el mundo tiene sus tiempos, Héctor, y mamá no va a perder nada por escucharlo. Están enamorados, y eso se ve a simple vista —contestó Atenea.

—Bueno, mamá, es tu decisión y hagas lo que hagas, te apoyaremos siempre, tanto mi hermana, como yo, pero eso no significa que vaya a confiar en él de buenas a primeras —fue la respuesta que mi hijo me dio.

Salimos de la casa para dirigirnos cada uno a nuestro lugar de ocupación, quedando en que nos veríamos a las tres para comer juntos. Les advertí que, si veían a su padre o a su tío, no se movieran del colegio y me llamaran de inmediato, porque no me fiaba de que alguno de los dos pudiera hacer algo.

Nada más poner un pie en la cafetería, me encontré con Trini, que me miraba desafiante, y arqueé una ceja porque no entendía nada.

—¿Por qué me miras con esa cara? —le dije, plantándome delante de ella.

—¿Cómo quieres que te mire? Todavía no he sacado la cara de los domingos —me respondió, enfadada.

—¿Ha pasado algo que yo no sepa?

—Pues mira, sí. Ha pasado que, por una vez que has encontrado a un hombre que merece la pena, por tu orgullo y cabezonería, lo vas a perder…

—¿Qué sabrás tú cómo es y lo que ha pasado? —le dije, y esta vez la enfadada era yo.

—Pues sí que lo sé, porque yo estuve en la barbacoa del sábado y lo vi. Vi como lloraba, como estaba hundido y como no dudó en marcharse a buscaros en cuanto tuvo la oportunidad.

—Entonces, te habrá contado también que tenía a una mujer en su casa medio desnuda, ¿no? —el tono iba subiendo cada vez más.

—¿Sabes una cosa? Me parece que Max está pagando todo lo que te hizo Pablo. No tuviste los cojones para plantarle cara a tu ex, y ahora, te piensas que él es igual, pero estás muy equivocada.

—Pues, si estoy equivocada, es mi problema. Ahora, si no te importa, me gustaría empezar a trabajar, que no hay suficiente dulce preparado y no me apetece seguir escuchando alabanzas de Max —le contesté, y me metí en la cocina, que era el lugar en el que me encontraba más relajada.

No sé el tiempo que me mantuve en el interior, pero sí que Jessica vino a buscarme porque no daban abasto en la terraza, que estaba hasta la bola. Me quité el delantal que estaba manchado de harina, y me puse uno limpio para salir, cogí la Tablet para los pedidos y me dispuse a salir para atender a los clientes.

—Buenas tardes, ¿qué le apetece tomar? — dije a una chica que estaba sentada de espaldas, y que no me había fijado en quién era.

—Hola, Olimpia. Para empezar, un té estará bien, pero también una conversación —me dijo y, al levantar la cabeza, me di cuenta de que era la misma mujer que estaba en casa de Max.

—Este establecimiento tiene reservado el derecho de admisión y, como su propietaria, te pido que te marches, no te vamos a atender —le dije, con la intención de marcharme, pero me sujetó del brazo, fuertemente.

—En primer lugar, no me pienso marchar, la que deberías de hacerlo eres tú, pero no de aquí, sino de la vida de Max. Eres una persona que jamás le sabrá dar lo que él necesita, mojigata —me increpó, y cuando iba a contestarle, escuché su voz por detrás.

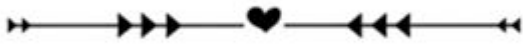
—Suéltala ahora mismo. ¿Cómo no os ha servido vuestro chantaje ahora vienes a por ella? Dile al cobarde de Pablo que venga a darme la cara a mí, que tendré el placer de rompérsela —le dijo, con rabia.

—Ya te lo dije, que no pararía hasta tener lo que es mío. Y, si ella no supo complacer a Pablo, que tiene gustos mucho más sencillos que tú en la cama, a ti mucho menos te complacerá.

—Si me permites, tengo mucho trabajo y este tema no es de mi incumbencia —les dije, entrando de nuevo en la cafetería, pero esta vez para encerrarme en mi despacho.

¿Tan poca cosa era que no sabía complacer a un hombre? O, por el contrario, ¿eran sus gustos tan enrevesados que ni siquiera me los había contado? Me iba a volver loca.

Capítulo 25



Max

—Lárgate de aquí, Giselle. Si sigues por este camino, al final terminaré denunciándote por acoso —le dije, a sabiendas de que no me serviría para nada esas amenazas.

—No me pienso marchar, ni de aquí ni de tu vida. Me parece que todavía no te has enterado de que la que tiene el sartén por el mango soy yo.

—Tú tienes una mierda. ¿Piensas que me voy a acobardar por los videos que tienes? Haz lo que quieras con ellos, como si quieres subirlos a una plataforma para adultos.

—Con eso, no. Pero, si te digo que destruiré todo esto, el sustento de tu chica, a lo mejor te lo piensas. Me bastaría con presentar una denuncia en sanidad de que he comido algo en mal estado en este establecimiento —me dijo, muy pagada de sí misma.

—Para eso, antes tendrías que demostrar que comiste aquí, y eso no pasará, porque ahora mismo le voy a decir a todas las chicas que no te sirvan. Más vale que te vayas y que no hagas más el ridículo, hazte ese favor.

La dejé allí, en medio de la terraza, furiosa por lo que le había dicho, y entré de nuevo en la cafetería, quería hablar con Olimpia, y lo iba a conseguir, que para eso tenía a Trini y a Jessica de aliadas.

—Está en el despacho, lo que no sé es si se ha cerrado por dentro —dijo Trini, guiñándome un ojo.

—Gracias, Trini, voy a intentarlo — contesté, respondiendo a su guiño con una sonrisa de lo más sincera. Esta chica me caía bien.

Me adentré a la zona de los empleados, donde estaban los vestuarios, la cocina y el despacho de Olimpia, y ni siquiera llamé a la puerta, entré directamente.

—Me parece que ya he tenido suficiente por hoy — dijo, sin ni siquiera mirarme.

—Tan solo vengo a decirte una cosa. Me marcho unos días fuera, durante ese tiempo ni te llamaré ni te escribiré ni me pondré en contacto contigo de ninguna forma. Será el tiempo que tengas para decidir qué vas a hacer con lo nuestro. A mi vuelta, vendré a verte y te lo preguntaré de nuevo. Si me dices que sí, no me quedaré con medias tintas, nos iremos a vivir los cuatro juntos. Si, por el contrario, decides que lo nuestro no continúe, me marcharé de la ciudad y pediré traslado a otra de las sucursales —le dije, sin dobleces.

—No puedes dejar caer sobre mí la responsabilidad de tu futuro, Max. Sería muy injusto por tu parte — contestó, como con melancolía.

—No estoy haciendo eso. Simplemente, no podría soportar verte a diario, necesitaría distancia, al igual que voy a hacer ahora, no quiero que nada te influya. Quiero que veas si me echas de menos lo suficiente para quererme en tu vida o si necesitas perderme de vista para siempre.

—Si dijera que sí, no pienso vivir en esa casa justo al lado de mi ex. Así que…

—Esa casa la pienso vender, de hecho, ahora mismo voy a la inmobiliaria a ponerla en venta. Yo tampoco quiero vivir al lado de personas tan dañinas, así que, ese no será un problema. Me marcho ya, tienes una semana para pensarlo —le dije, pero antes de irme, al ver que se había levantado, aproveché y la besé.

Tenía que sentir sus labios antes de irme, llevarme el sabor de su boca en mis papilas gustativas, porque era único. Una mezcla de dulce y picante, de inocencia y pasión que yo había tenido el placer de degustar en muchas ocasiones y del que pensaba seguir disfrutando.

Efectivamente, hice dos visitas al salir de allí, la primera ya la había anunciado, era a la inmobiliaria, donde Melisa me recibió con su encantadora sonrisa habitual.

—Max, ¿qué haces aquí? — preguntó sonriente al verme.

—Vengo por dos cosas, la primera: quiero que pongas mi casa en venta, necesito cambiar de aires. La segunda: que me busques otra de similares características, pero que sea en otra zona. Tengo unos vecinos que son unos indeseables, y los quiero perder de vista —le expliqué.

—Perfecto, necesito un juego de llaves para poder enseñarla, y con respecto a lo otro, tengo la ideal, pero tendríamos que verla ahora y, si te interesa, señalarla cuanto antes, porque es un caramelito — respondió.

—Vamos cuando quieras, si me gusta, haremos la compra–venta hoy mismo, el jueves salgo de viaje y me gustaría hacer el traslado de mis cosas cuanto antes. Eso sí, por mucho que te pregunten los vecinos donde me voy, te rogaría que no les comentaras nada.

—No te preocupes por eso, que de mi boca no saldrá una sola palabra —me respondió, y supe que hablaba en serio.

Salimos en mi coche, porque si me gustaba, volveríamos a la inmobiliaria para hacer el contrato y dejarme las llaves. Por el notario no había problema, ya que, con todas las operaciones que le llevaba con mi banco, me haría un hueco si se lo pedía.

La casa estaba a pie de playa, y era preciosa. Era una de las pocas que quedaban en la zona con esas características, ya que el resto solían ser edificios de pisos, y yo no quería eso.

Contaba con planta baja y primera planta, así como con jardín trasero, porche delantero, trasero y un garaje de dos plazas. El acceso a la playa lo tenía tan solo cruzando una pequeña carretera de un solo sentido. En la planta baja estaba el salón, completamente independiente, una cocina abierta al comedor, cuarto de lavado y un pequeño aseo. Las dimensiones eran bastante buenas, y estaba amueblado con bastante gusto, por lo que le pedí a Melisa que negociara el precio con el mobiliario incluido. Cuando estuviera instalado, ya vería si era necesario cambiar algo.

En la planta de arriba había tres dormitorios, el principal con vestidor y baño en suite, que era una maravilla, todo de mármol blanco, con bañera y ducha de hidromasaje, un lavabo de doble seno y un ventanal enorme, pero que, a la vez, daba una privacidad increíble.

Los otros dos dormitorios eran iguales, separados por un baño que compartían los dos, armarios empotrados y muebles en blanco, uno con los detalles en azul marino y el otro en rojo, que me resultaron de lo más originales. También contaba con dos estancias más, una era un despacho, que no era muy grande, pero sí bien ubicado, y la otra, un pequeño gimnasio, que seguro que hacía las delicias de Héctor.

Salimos al jardín por la puerta de la cocina, y nos encontramos con una piscina con solárium, y donde había varias hamacas y una cama balinesa,

todo bajo un techado de cáñamo que hacía que pareciera un pequeño resort. También tenía una barbacoa de obra y una pequeña cocina en el exterior, completamente equipada y que haría las delicias de las noches de verano.

—Es increíblemente bonita, si los muebles están incluidos, firmo ahora mismo, y si no lo están, dile al propietario que ponga una cifra por ellos —le dije a Melisa, que reía a carcajadas por el tono en el que lo dije.

—Acabo de hablar con él y me dice que, debido a la premura con la que tiene que venderla, si firmas hoy, incluye todo lo que hay dentro, hasta los rollos del papel higiénico que hay en el baño —me dijo, y esta vez el que soltó la carcajada fui yo.

—Hecho, volvamos a preparar todo, yo me ocupo del notario.

Volvimos a mi coche, desde donde llamé a mi notario de confianza, que no dudó en hacernos un hueco esa misma mañana, a última hora, así que Melisa se apresuró a llamar al propietario para darle la noticia.

Con eso solucionado, y mientras que no llegaba la hora de ir al notario, me fui a la agencia de viajes. Quería algo que no estuviera muy lejos, pero que me diera la tranquilidad de poder pasear por la playa sin miedo.

—Te recomiendo Salema, puedo mirar si hay alguna casita apartada que esté disponible, porque si quieres tranquilidad, en esta época del año la vas a tener, todo lo contrario que en verano —me aconsejó la chica, y acepté su propuesta.

Salema era un pequeño pueblo pesquero entre Sagres y Lagos, ubicada al final de un valle y con una playa de más de un kilómetro, que me serviría para descargar adrenalina corriendo y para pensar mientras paseaba.

Finalmente, me encontró una casita en la zona de la playa, que antiguamente era la zona donde vivían los pescadores, me la enseñó en una

foto y me encantó, con sus paredes blancas y su acabado en azul, que era una maravilla.

—Me la quedo, resérvamela para una semana, o sea, desde mañana por la noche hasta la noche del próximo miércoles. Me vendrá ideal para desconectar — dije a la chica.

—O para una escapada romántica, que lo mismo encuentras quién te acompañe —me dijo, tirándome los tejos.

—Para nada, estos días prefiero estar solo, tengo mucho en lo que pensar —le respondí de la manera más educada, y ella asintió un tanto avergonzada.

Lo dejé pagado todo y me fui para la notaría, donde ya me estaban esperando allí todos. Tenía el cheque preparado, pero si quería hacerlo por transferencia, tampoco tenía ningún problema, lo único que quería era hacerlo lo antes posible y poder organizarme entre esa tarde y el día siguiente para el traslado.

Con todo firmado y el cheque entregado, recibí mis llaves, cuando Melisa tuvo una llamada de teléfono sobre mi casa, alguien se ofrecía para alquilarla, ya que se estaba pensando su compra.

—Hazlo, ponle un precio de alquiler razonable, siempre y cuando el inquilino no se llame Giselle Reno o Pablo Salgado, me parecerá bien. A esos dos, que no dudo en que intentarán adquirirla, por favor, no le abras ni la puerta —le dije, y Melisa asintió.

Según me contó, era un chico que acababa de llegar a la ciudad, que estaba acostumbrado a vivir en casa y que no soportaba los pisos, por eso quería alquilarla porque, si le gustaba y le iba bien, entonces la compraría.

—¿Te parece bien que le ofrezca alquiler con opción a compra? —me preguntó Melisa.

—Me parece perfecto, además, del importe de la casa se le descontará el dinero que haya dado en alquiler, siempre que no supere los dos años y el contrato de alquiler sea, mínimo, de un año —le dije, que tampoco era tonto y no iba a malvender mi casa.

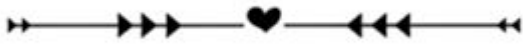
Me paré en el supermercado, y pedí algunas cajas en las que guardar todas mis cosas, ya que el menaje del hogar y los muebles, se quedaban allí. No tenía ninguna pena, a pesar de que, en su día, era la casa de mis sueños, pero la que había comprado ahora me gustaba todavía más.

El simple hecho de salir y toparme con la playa directamente me hizo terminar de decidirme, ya que eso no lo podía decir cualquiera. Entré en mi casa, dejando el coche aparcado en la puerta, porque esa no tenía garaje como la nueva, y fui directo a mi habitación.

Me puse ropa cómoda, y empecé a guardar mis enseres personales, mi ropa y demás en esas cajas. Por otro lado, también saqué la maleta, en la que fui guardando mi ropa más informal, que sería la que me llevaría, así como mis cosas para el afeitado, perfume y ropa interior.

Cuando eso estuvo listo, me dediqué a llenar el resto de las cajas, que parecían muchas, pero que, al final, me iba a quedar corto, así que las llené un poco más, aunque eso supusiera que pesaran mucho más, la verdad, pero no quería dar muchos viajes.

Capítulo 26



Max

Había dado el último viaje a mi casa nueva, y ya estaba listo para partir hacia ese pueblecito del Algarve portugués donde me esperaba la tranquilidad y el sosiego que yo necesitaba.

A todo el mundo le dije lo mismo, que salía durante unos días de viaje por trabajo, así no me darían el coñazo con llamadas y preguntas para conocer como estaba o si necesitaba algo. Tanto mis padres como mis amigos tenían claro que, cuando salía por un asunto laboral, rara vez cogía el teléfono, a no ser que fuera una urgencia, en cuyo caso tenía dicho que me enviaran un WhatsApp.

—Allá vamos, Max, esperemos que tenga suerte —me dije a mí mismo, montándome en el coche.

La tarde anterior, después de hablar con el chico que iba a alquilar mi casa y advertirle de que no tuviera mucha relación con los vecinos de al lado, firmamos el contrato por dos años, tras los cuales tendría que decidir si compraba la casa o, por el contrario, se marchaba, porque ese era el plazo que me había dado para deshacerme de ella de una vez por todas.

El camino fue muy tranquilo y en poco menos de cuatro horas estaba entrando por el pueblo, y su simple vista me enamoró. Si Olimpia decidía

seguir conmigo, los traería aquí de vacaciones, o un puente que tuviéramos, porque sabía que, tanto a los chicos como a ella, les iba a encantar.

Puse el GPS con la dirección que me había dado la chica de la agencia de viajes, para llegar hasta la casa, y me llevé una sorpresa, puesto que estaba estacionado justo delante. Yo y mi manía de no mirar el nombre de las calles. No era la primera vez que me ocurría eso, recuerdo que, durante uno de mis viajes, me negué a pedir ayuda, y después de estar más de una hora, maleta para arriba, maleta para abajo, le pregunté a un chico por el nombre del hotel en el que me alojaba, y estaba justo en la puerta. Ni siquiera puedo contar las veces que me paré en ese sitio, sin darme cuenta de que estaba justo en mi destino.

No tenía llave, se accedía por un código que me habían facilitado la noche anterior, y que cambiaba cada vez que un huésped se marchaba, para que no hubiera aprovechados. Cuando eso sucedía, una señora venía a limpiar la casa a fondo para dejarla preparada para el próximo cliente.

Entré y me encantó, era la típica casa de la playa, con detalles costeros y turísticos. Tenía una puerta trasera desde la que se accedía directamente a la playa, no tenías ni que pisar la calle para llegar a ella, tan solo una pequeña balaustrada que servía para descansar o sacudirte los pies.

Tenía una sola planta, con una cocina en tonos blancos y azules, un salón también decorado en tonos agua y dos dormitorios, uno de ellos con el baño incluido. Los que habitaban el otro, tenían que salir al pasillo, donde también había un baño con placa de ducha.

Solté mis cosas y fui a buscar algún sitio donde comer, encontrándome con una taberna en la que había bastantes lugareños tomando una cerveza o charlando al fresco, porque todavía se notaba el frío y la humedad en el ambiente, pero ellos debían estar acostumbrados.

En total, en el pueblo había ocho restaurantes, alguna que otra cafetería y bar, y algunas tiendas. En el que yo entré, al preguntar que podía comer, me

ofrecieron un plato de cataplana, que es una especie de guiso al vapor de pescado y verduras que estaba de muerte. Como postre, pedí uno de los típicos pasteles de la zona llamado Morgado, hecho con almendras, higos o algarroba y que me dejó un sabor de boca de lo más rico.

—¿Qué hace alguien como tú tan solo por estos lares? —me preguntó la camarera, que se llamaba Moira.

—Pensar y averiguar lo que quiero hacer con mi vida, por ejemplo —le respondí, muy amable.

Se notaba que la gente de la zona era bastante agradable y servicial, por lo que no le contesté de mala manera, sabía que su interés no era romántico o sexual, me estaba ofreciendo su amistad de manera desinteresada.

—Bastante interesante. Si alguna vez te apetece charlar, ya sabes dónde encontrarme —me dijo, después de meditar mis palabras.

—Gracias, lo tendré en cuenta —le dije, sonriendo.

Una vez que hube terminado de cenar, me senté junto a los mayores que allí había, que me estuvieron contando cosas del pueblo, y tuve la curiosidad de preguntarles el porqué de la distribución de las casas.

Los viejos del lugar me contaron que las casas eran de esa manera porque, cuando era un pueblo de pescadores, y estos venían de faenar durante todo el día, dejaban las barcazas en la misma puerta de sus casas, accediendo a ellas por el patio.

Cuando todo el mundo se fue yendo, yo también me fui para mi casa, eran más de las once de la noche, y estaba cansado. Me di una ducha calentita, me puse un pijama y me acosté en la cama, bocarriba, con los brazos bajo mi cabeza, y sin dejar de pensar en ella, en Olimpia.

No podía evitar preguntarme qué estaría haciendo o pensando, si habría tomado ya una decisión o no, pero no iba a incumplir mi promesa, no le escribiría por mucho que lo estuviera deseando.

Cerré los ojos, y poco a poco, me fui quedando dormido. No tenía prisa, así que apagué el teléfono y anulé la alarma, ya lo encendería por la mañana, pero no avisaría a nadie, no me apetecía hablar nada más que con una persona, y lo tenía prohibido, por el momento.

Cuando abrí los ojos, eran ya pasadas las nueve de la mañana. Por extraño que pareciese, había dormido, pero también había descansado, y eso hacía mucho tiempo que no me pasaba.

Me levanté, preparé un café y una tostada con aceite, ya que había traído algunas cosas desde mi casa, antes de que se echaran a perder. Después de desayunar, me puse un chándal y salí a correr, no sin antes coger mis auriculares, no podía hacerlo si no tenía música, era como si me faltara algo.

Le di al botón del móvil para reproducir mi Play list, y con ellos puestos, salí a la playa. No había nadie, estaba de lo más solitaria, si acaso algunas personas haciendo deporte, pero que no me molestaban para nada. Empecé a trotar mientras sonaban canciones de los ochenta y los noventa, que era la música que me gustaba, y salió una en concreto, que era de mis preferidas.

Cuando tú estás conmigo,
Es cuando yo digo
Que valió la pena
Todo, todo lo que yo he sufrido…

No pude evitar acordarme de Olimpia con esta letra de la canción de Marc Anthony, y algo de melancolía llenó mi corazón, pero intenté que no me afectara.

Pasara lo que pasase, tenía que asumirlo, y estaba aquí para eso, para hacerme fuerte y que su negativa no me afectara demasiado. Pensé lo de mudarme de ciudad, tal y como le había dicho, pero no sería justo para mis padres, que llevaban toda la vida viéndome marchar de un sitio a otro, así que, lo único que tendría que hacer sería no frecuentar su cafetería, porque en otro lugar no sería común que nos encontráramos, aunque su mejor amiga y mi mejor amigo estuvieran empezando algo.

Estuve una hora corriendo, hasta que mis piernas empezaron a temblar, así que la vuelta la hice andando. A pesar de que estábamos a mediados de febrero, el sol pegaba fuerte hoy, por lo que no lo dudé, me desnudé, quedándome tan solo con el bóxer, en cuanto estuve frente a mi casa, y me metí en el mar.

Estaba acostumbrado a la temperatura fría del Atlántico, ya que compartía mar con mi ciudad, por eso no me resultó extraño, y me sumergí, durante un buen rato, y a pesar de que ya empezaba a notar mis extremidades entumecidas por el frío. Permanecí en su interior, mirando al horizonte, esperando que el universo me dijera por donde seguir, pero eso no pasó.

Salí del agua y recogí mi ropa, encontrándome a Moira sentada en la arena, mirándome con una sonrisa.

—¿Qué haces aquí? —le dije, sonriendo de la misma forma en la que ella lo hacía.

—Esperar por si necesitabas que fuera a rescatarte, en esta época no hay socorristas —me dijo, y solté una carcajada.

—Gracias, pero como has comprobado, no ha hecho falta. La verdad, no creo que lo hiciera nunca, ya que vivo frente al mismo mar, pero un poquito más al sur de la península —le contesté.

—Bueno, ahora en serio, esa de ahí es mi casa y siempre que tengo un rato libre, me gusta venir aquí a contemplar el mar. Te he visto cuando

estabas cerca de la orilla, no antes —me dijo, mirándome de arriba abajo. Estaba tan cómodo con ella que no me había dado cuenta que estaba en ropa interior.

—Si quieres pasar a tomar algo, entra, pero antes me voy a dar una ducha, que no quiero coger una pulmonía.

—Eres muy valiente metiéndote allí en pleno febrero, a mí me cuesta hacerlo en agosto, imagínate en esta época — dijo, haciendo como si le diera escalofríos.

—Anda entra, no tardo nada.

Se levantó de la arena, donde permanecía sentada, y entramos en mi casa. Se sentó en la mesa de la cocina, mientras yo me duchaba y me cambiaba de ropa. Antes de llegar, la chica de la agencia dejó encargado que llenaran la nevera, así que tenía de todo para una semana, desde cerveza y refrescos, hasta todo tipo de fruta o alimentos para cocinar.

Me vestí cómodo, puesto que no tenía pensado salir más, y bajé a la cocina con el pelo aún mojado por la ducha. Vi a Moira sentada en la mesa, con su cerveza en la mano y una mirada pensativa.

—¿No trabajas hoy? —le pregunté, por iniciar una conversación y que no se sintiera incómoda.

—No, hoy estoy libre, y aburrida, dicho sea de paso.

—Te invito a comer, voy a hacer un arroz tipo paella con mariscos. ¿Te gusta?

—¿Hablas en serio? Es mi plato preferido, el que suelo pedir cuando me escapo a España unos días. Acepto la invitación, encantada —me contestó, con una sonrisa.

—Pues entonces, no hay nada más que hablar, vamos a ir haciendo el sofrito. ¿Me ayudas? —le pregunté, señalándole un mandil que había en el perchero de la cocina, y cogiendo yo otro.

—Claro que sí, me encanta cocinar, me relaja muchísimo.

Su frescura y su manera de ser me recordaban mucho a Olimpia, pero no quería confundirme. Mis sentimientos eran claros, y Moira era tan solo una buena amiga, alguien que estaba ahí para apoyarme y escucharme, nada más.

La cocina se llenó de risas, de miradas y de comentarios que iban con doble intención, pero llegó un momento en el que la cosa se nos fue de las manos, y nos besamos. Fue un instante solo, pero no lo podía permitir, porque no era yo el que la besaba, sino mi necesidad de sentirme amado de verdad por alguien, por eso me separé.

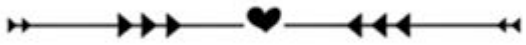
—Lo siento, pensé que yo te gustaba y he dado un paso en falso — dijo, algo avergonzada.

—Si mi situación fuera otra, no dudes que no lo hubiera dejado aquí. Pero, precisamente porque todavía no tengo claro si mi chica va a seguir conmigo o no, no quiero hacer algo de lo que me pueda arrepentir luego.

—O sea, que estáis en una crisis y por eso te has venido hasta aquí, pero no para olvidarla —me dijo, con una mirada triste.

—No, he venido para aprender a vivir sin ella, sin nadie, solo. En caso de que su respuesta sea negativa, sabré salir adelante.

Capítulo 27



Olimpia

Esos días sin ver a Max se me estaban haciendo eternos. Quería escribirle, llamarlo, pero no me atrevía, ya que no sabía si él estaba de viaje por trabajo o por placer, aunque por esto último me extrañaba que lo hiciera.

—¿Tienes ya una respuesta? —me preguntó Trini, en un momento de la mañana.

—Creo que sí, pero antes tengo que hablar con mis hijos —le respondí.

—Olimpia, tus hijos, llegado el momento, saldrán volando, y la que se quedará sola serás tú. Es tu vida, es tu decisión, no dejes que nadie te influya.

—Se nota que no tienes hijos. Para mí, y supongo que, para todas las madres igual, el bienestar de un hijo es lo primero, y Max me ha dicho que, si volvemos, quiere que vivamos juntos. No pienso obligar a ninguno de los dos a estar en un lugar donde no quieran estar.

—¿Piensas dejar a Max por eso? —Su cara era de absoluto asombro, y tenía claro que no había entendido nada.

—No estoy diciendo eso, tan solo que tendremos que buscar un equilibrio. Te recuerdo que ha sido él quien ha quebrado la confianza que mis hijos, en especial Héctor, había depositado en él —respondí, intentando que me entendiera.

La terraza se llenó de nuevo, por lo que tuvimos que dejar la charla ahí. Yo me iba normalmente a las tres, pero como mis hijos estaban de excursión y no llegaban hasta las siete de la tarde, decidí que me quedaría en la cafetería para cocinar y preparar las tartas que nos habían encargado esa misma mañana y que recogerían al día siguiente por la tarde.

Trini había empezado algo con Santi, el amigo de Max, y cada día que pasaba veía a Jessica más interesada en Miriam, lo que no sabía era si esos sentimientos eran recíprocos. Me puse a pensar en él mientras comía algo antes de empezar con las tartas, pensando en qué estaría haciendo. Ojalá no tardara mucho en volver, porque ya habían pasado cinco días desde que se marchó y me habían parecido cinco meses.

Me sumergí en la cocina, y perdí la noción del tiempo, cuando quise darme cuenta, ya estaban mis hijos en la cafetería, y venían con una sonrisa de las que me gustaban a mí, de las de verdad.

—Pero bueno, si ya están aquí los tesoros de mi casa —les dije, lanzándome a comérmelos a besos.

—Se ve que alguien nos ha echado de menos, hermanita —dijo Héctor, pasándome el brazo por los hombros.

—No sabéis cuanto, la verdad. ¿Qué os parece si esta noche pedimos hamburguesas para cenar? Llevo desde las tres en la cocina y si tengo que preparar también la cena, me tiro de los pelos —les dije, riendo.

—Una idea estupenda, porque la comida de la excursión brillaba por su ausencia —dijo mi hijo.

—Héctor, por favor, si te has comido hasta parte de mi plato, no puedo entender cómo tienes ese saque —le dijo Atenea, sonriendo.

Cerré la cafetería, Trini y Jessica se acababan de marchar, y mis hijos y yo pusimos rumbo a mi casa. Sería esa noche, delante de las hamburguesas, cuando hablara con ellos sobre la propuesta que me había hecho Max.

Justo al doblar la esquina, nos dimos de frente con Manuela y Carlos, que venían de una merienda con los amigos, y mi hijo se puso como loco de contento, al igual que ellos.

—Pero bueno, si está aquí mi nieto favorito —le dijo Carlos a mi hijo, dándole un abrazo.

—Eso era antes, abuelo, ahora que tu hijo no está en nuestras vidas…

—De eso quería yo hablar con vosotros. ¿Podemos ir a un sitio más tranquilo? —propuso Carlos, y los invité a subir a casa.

Llegamos en nada de tiempo al ático, del que había salido por la mañana y todavía no había vuelto. Mientras que los niños se duchaban y se ponían el pijama, yo les puse a los padres de Max un refresco y algo de picar, porque ya no eran horas de tomar café.

El primero en llegar fue Héctor, que se sentó junto a Carlos. Era el que más miedo me daba al rechazo de Max, porque era el que más afectado estaba por su manera de proceder, pero también esperaba que entrara en razón.

—Héctor, mi hijo no es como piensas. Es cierto que ha cometido errores en su vida, como dejar entrar en ella a Giselle, pero eso ya no se puede remediar —le dijo Carlos a mi hijo.

—Ese no es el problema, abuelo. Lo es que le mintiera a mi madre, que no tuviera la suficiente confianza para hablar las cosas con ella. Cuando lo ha hecho, ya para mí, es demasiado tarde —le dijo, con una madurez que no era propia de los quince años que tenía.

—¿No piensas perdonarlo por cometer ese error? —le preguntó Carlos, para saber por dónde seguir, y se lo agradecí infinito.

—No he dicho eso. Si mi madre decide darle otra oportunidad, como seguro que hace, no me quedará más remedio que hacerlo, pero siempre desde la precaución. No pienso caer en su red de mentiras de nuevo, me ha demostrado que no es la persona que dice ser —le contestó.

—Max me ha dicho que, si decido que lo nuestro siga adelante, quiere que nos vayamos a vivir juntos —dije, armándome de valor.

—Su única misión es hacerle entender a tus hijos, y a ti misma, que no es la persona que pensáis que es. Olimpia, mi hijo se ha llevado cuatro días metido en la cama, sin salir para nada, sin comer y casi sin ducharse, hasta que su madre y yo lo obligamos a hacerlo —nos contaba Carlos, y mi hijo lo miró asombrado.

—Entonces… ¿de verdad está enamorado de mi madre? —preguntó Atenea, verbalizando los pensamientos de su hermano.

—Hasta la médula, te lo aseguro. Si ella decide darle otra oportunidad, ten por seguro que no la defraudará de nuevo, ni a ella, ni a vosotros —respondió Manuela, tomando de la mano a mi hija.

—Si hasta ha alquilado su casa y ha comprado una nueva para que no tengáis que coincidir con vuestro padre y su séquito —nos informó Carlos, algo que a mí me había dicho que haría, pero no pensé que fuera tan rápido.

Al final, cenamos todos juntos, y su padre hizo una foto que le envió a Max por mensaje, diciéndole que tan solo faltaba él. Yo salía mirando a su padre, que estaba a mi lado, con una mirada de admiración, porque mi padre jamás había hecho algo así por mí.

Justo cuando nos íbamos a la cama, mi hijo me frenó en mitad del pasillo. Estaba como indeciso, sin saber si hablarme eso que le inquietaba o no, así que lo animé.

—¿Qué me quieres decir, Héctor? Soy toda oídos —le dije, y entonces me di cuenta de que las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Mamá, no te puedes hacer una idea el dolor que sentí cuando vi a Max con esa mujer. Por primera vez en mi vida sentí que tenía una familia, aunque no fuera de mi sangre, y ahora tengo miedo —me dijo, y no pude más que abrazarlo y llorar con él, porque lo entendía a la perfección.

—¿De qué tienes miedo, mi amor? —le pregunté, queriendo llegar al fondo del asunto.

—De que todo sea un espejismo. De que nos vayamos a vivir con él y, con el tiempo, me dé cuenta de que es igual que papá, que nos abandone cuando ya le hayamos entregado nuestro corazón —habló con el corazón en la mano.

—Mira, Héctor, yo no puedo hablar por boca de nadie, no te puedo decir que eso no va a pasar, porque ni yo misma lo sé. Lo único que puedo hacer es decirte que yo tengo los mismos miedos que tú, la misma inquietud, pero también que no puedo vivir sin él a mi lado. Quiero que me demuestre que todo lo que ha dicho y hecho es cierto, dure el tiempo que dure —le dije, y mi hijo asintió con la cabeza —. Si tienes alguna duda, lo mejor será que hables con él antes de irnos. Si sus palabras y gestos no te convencen, te prometo que no nos iremos todavía, hasta que tú estés preparado.

Esa noche mi hijo me pidió dormir conmigo, y le dije que sí. Mientras yo me duchaba y me ponía el pijama, él me esperaba en la cama, como cuando era pequeño, y una sonrisa me salió sola, al ver que, cuando salí del baño, ya estaba profundamente dormido.

Me metí en la cama con él, y en cuanto notó mi presencia, se volvió para mi lado, apoyando su cabeza en mi hombro y abrazando mi cintura con la otra mano.

—No sabes lo que te quiero, a ti y a tu hermana, daría mi vida por vosotros —le dije, aun teniendo constancia de que no me oía, pero no me lo podía callar.

Esa noche apenas dormí, pensando en que le diría a Max cuando volviera. Nos debíamos una conversación, no era tan solo una respuesta, y por eso, pese a que me dijo que no me llamaría ni escribiría, lo hice yo, lo necesitaba.

Olimpia: *Necesito verte, olerte y tenerte cerca. Estos días han sido como meses, espero que no tardes mucho en volver.*

No lo había leído, ni esperé ninguna respuesta, por lo que me levanté a preparar el desayuno de mis hijos, así como el bocadillo y el zumo que se llevarían para el instituto. Ya me había vestido, de manera cómoda, para ir a la cafetería, y me estaba tomando un café cuando ellos llegaron.

Héctor, que a mitad de la noche decidió irse a su habitación para dejarme descansar, apareció con una sonrisa triste, producto de la conversación que habíamos tenido el día anterior, mientras que Atenea parecía nerviosa.

—¿Qué te pasa, Atenea? Estás como nerviosa —le pregunté.

—No lo sé, mamá. Me he levantado con la impresión de que hoy va a suceder algo, pero no sé el qué, y eso me pone así de nerviosa —me

respondió. Desde niña había sido muy intuitiva, y supe que ocurriría.

—Pues relájate, lo que tenga que pasar, pasará —le dije, sonriente.

Nos despedimos en la puerta, ellos cogieron el camino del instituto y yo el de la cafetería, donde ya estaría Jessica, que era la que abría durante esa semana, entonces lo vi, Pablo estaba allí, incordiando de nuevo, lo tenía claro.

—A ti venía a verte yo. Mira lo que hace tu queridísimo Max cuando no está contigo —me dijo, mostrándome un video de la casa en la que salían dos rubias ligeritas de ropa, y decidí seguirle el juego.

—Claro, yo estaba dentro ya. He conocido ese mundillo y, oye, que pena no haberlo conocido antes, con lo bien que me lo pasé —le dije, en tono de burla, pero no se dio ni cuenta de que me estaba cachondeando de él.

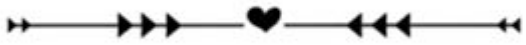
—Joder, Olimpia, ya lo podías haber descubierto antes, porque era lo único que te faltaba para ser perfecta. Anulemos el divorcio, volvamos a ser una familia, yo puedo enseñarte mucho más que él —me dijo, y vi a Max detrás de Pablo, que me miraba muy serio.

—Eres gilipollas desde que tu padre iba en los huevos de tu abuelo. Vete a la mierda y déjame en paz —le dije, dándome la vuelta para entrar en la cafetería, donde esperaba que Max me siguiera.

—Siempre has sido una perdedora, que te conformas con cualquiera —me respondió, con odio.

—Por eso se conformó contigo. La señorita te ha dicho que te vayas y la dejes en paz, así que ya estás tardando —le dijo Max, que me tomó de la mano para entrar en mi despacho, dejando a Pablo fuera con cara de pocos amigos.

Capítulo 28



Max

Recibí el mensaje de Olimpia cuando iba por el camino, así que no lo quise leer hasta que no llegara a mi ciudad, de ese modo, si me decía algo que no quisiera leer, no me afectaría en la conducción. A pesar de ello, la curiosidad me estaba matando, por lo que, en cuanto que paré en la gasolinera para llenar el depósito, no me pude contener.

Saqué el móvil de la mochila que llevaba, y lo leí. Me sentí de una manera que no os puedo describir, era alegría, pero también sabía que me tendría que emplear a fondo, porque eso no significaba que me hubiera dado otra oportunidad. La foto del día anterior donde aparecían todos juntos, hizo que adelantara mi regreso un día.

Con Moira la cosa no pasó a mayores, pero tampoco volvimos a tener la misma relación de antes, más bien ya no teníamos ninguna. Ella quería una cosa que yo no podía darle, y no lo entendió, ya que lo intentó de nuevo a la noche siguiente, cuando nos emborrachamos en la playa.

—Nadie me había rechazado tantas veces seguidas, será mejor que dejemos de vernos —me dijo, cuando la aparté y evité que me besara de nuevo.

—He sido claro contigo, Moira. Tan solo puedo ofrecerte mi amistad, nada más —le indiqué.

—Pero es que yo no quiero eso, Max. Tampoco te estoy pidiendo amor eterno, tan solo un polvo, nada más, no creo que eso sea tan difícil de entender —me reclamó, como si yo le hubiera dado esperanzas de algo.

—Ni siquiera eso te puedo dar. Para mí, sería como traicionar a Olimpia, y no pienso añadir más traiciones a nuestra relación —le dije.

Ella me miró, se levantó y se fue. Ya no volví a verla. Me dolía que no entendiera la amistad entre un hombre y una mujer, como también lo hacía que no lo hiciera con mis sentimientos hacia Olimpia, más cuando le había contado toda mi historia, de principio a fin.

No fui ni a mi casa, me dirigí directamente a la cafetería, donde sabía que la encontraría. Cuando vi como Pablo le enseñaba un video con dos rubias ligeritas de ropa saliendo de la que él consideraba mi casa, pensé que no me creería, pero lo peor fue cuando le dijo que volviera con él, algo me estrujó el pecho.

Su contestación fue el empujón que necesité para cogerla de la mano y llevarla dentro. Como los dos sabíamos, teníamos una conversación pendiente. Era hora punta en la cafetería, así que no sabía si me podría atender o no, pero esperaría el tiempo que hiciera falta.

—Max…

—Olimpia…

No hizo falta nada más, ni palabras ni gestos, esos los dejaríamos para después, ahora tan solo necesitábamos sentirnos, y por eso, nos lanzamos el uno al otro.

Nos besamos con urgencia, con hambre, como si hiciera siglos que no lo hacíamos, y eso me encendió como no estaba acostumbrado. Estábamos todavía en la puerta, así que, cerré el pestillo, de manera que nadie podría entrar si nosotros no le dábamos la vuelta desde dentro.

Mis manos fueron a parar a sus glúteos, desde donde la levanté y, apoyándola en la puerta, la obligué a que me rodeara la cintura con sus piernas. Llevé mi mano a la cinturilla de su pantalón, que afortunadamente no tenía botones, y la dirigí en dirección a su sexo.

—Hazme tuya, Max. Aquí y ahora, te necesito —me dijo, entre jadeos.

—Tus deseos son órdenes, mi reina —le contesté, abriendo como pude mi pantalón para sacar mi miembro.

La puse en el suelo, le bajé los pantalones y la coloqué de cara a la puerta. Cuando comprobé que estaba a punto, la penetré, de manera precipitada, fuerte, como ambos necesitábamos, escuchando sus gemidos y jadeos.

Giré su rostro, vi sus ojos velados de deseo, y eso me terminó de derribar. Bombeé más rápido, más fuerte, mientras me comía su boca, porque eso no era besarla, era devorarla, hasta que los dos alcanzamos el clímax al unísono.

Estuvimos unos minutos en la misma postura, recomponiéndonos de lo que habíamos hecho, de lo que habíamos sentido, sin querer romper la magia del momento, pero no tuvimos más remedio que hacerlo, puesto que Olimpia tenía que volver al trabajo.

—¿Tienes que trabajar? —me preguntó, entrando en el baño de su despacho para asearse un poco.

—No, tengo una semana más de vacaciones —le respondí, intentando averiguar por donde iban los tiros.

—¿Me esperas a qué afloje un poco la cosa y hablamos?

—Te espero toda la vida si hace falta, Olimpia. Te amo, y quiero que salgas de aquí sabiéndolo, teniéndolo claro —le dije, dándole un breve beso en los labios que me supo a poco.

—Yo también te amo. Leí tu carta, hablé con tus padres, pero nos quedan muchas cosas por aclarar.

—No era yo el que estaba en esa casa cuando salieron esas mujeres. Yo… —me puso el dedo índice en la boca, para que me callara, y eso fue suficiente.

Primero salí yo, que me senté en la terraza y pedí un café y un croissant de pistacho. Trini, que recién llegaba, me lanzó una mirada pícara, mientras que Jessica no se calló.

—¿Tú lo has visto? Eso se llama llegar, y besar el santo —le dijo a Trini, que soltó una carcajada.

—No, amiga, eso se llama llegar, y follarse a la santa, porque, otra cosa no, pero santa es Olimpia un rato —dijo, y esta vez el que soltó una carcajada fui yo.

—Mírala, la carita de bien follada que me trae —le dijo Jessica a su jefa, cuanto pasó por su lado.

—Para que eso ocurra, tendré que hacerlo unas diez veces más, por lo menos —le respondió Olimpia, con todo el descaro del mundo.

—A mí, nada más que me tienes que silbar, y acudo rápidamente —le dije, levantando la mano para ofrecerme voluntario, provocando la risa en las tres.

Tuve que esperar más de una hora hasta que la cafetería le dio un respiro, pero me daba igual estar ahí todo el día. El simple hecho de poder verla, de recibir una sonrisa, me mereció la pena cada segundo de espera.

—Por fin puedo sentarme un rato —me dijo, en cuanto que llegó a mi mesa, con un refresco de cola para cada uno, porque ya no era hora de tomar café.

—Olimpia, antes de que empecemos a hablar, quiero contarte una cosa —le dije, dispuesto a contarle el episodio de Moira, no quería ocultarle nada más.

—Miedo me da lo que me tengas que decir —me dijo ella, con una sonrisa temerosa.

—Estos días he estado en un pueblecito de Portugal, precioso, por cierto. Allí, el primer día conocí a una chica —empecé a contarle, y vi como su rostro se entristeció de repente. Cuando terminé de explicarle lo que había sucedido, noté como su semblante se relajó.

—Joder, pensé que me ibas a decir que te habías acostado con ella. Cosa que tampoco podría reprocharte, por mucho que me doliera, porque no estábamos juntos.

—No quiero estar con nadie que no seas tú, tenlo claro. Dicho esto, necesito saber cuál es la respuesta a la pregunta que te hice antes de irme —le dije, y esta vez el que tuvo miedo fui yo.

—Sí, quiero que estemos juntos, pero con algunos matices —me dijo, y arqueé una ceja, porque no entendía a que se refería.

—Soy todo oídos. Explícame esos matices, por favor.

Me estuvo contando la conversación que había tenido con Héctor, lo que su hijo le había dicho, y supe que tenía que sentarme con su hijo para aclararle todas sus dudas, y así se lo hice saber.

—¿Te importa que hable con él cuando salga del instituto? Pero me refiero a los dos a solas —le pregunté, y vi como una sonrisa se dibujaba en su cara.

—Por supuesto que no me importa, es más, te lo agradezco de una manera inusitada, de verdad. Es lo que él necesita, y lo que yo espero para dar el paso definitivo —me dijo, y la besé.

—Me voy a recogerlo al instituto, pero antes tengo que pasar por mi casa a dejar la maleta. Él va a ser el primero de todos vosotros en verla, quiero que la sienta suya, que me diga que necesita para que volvamos a ser una familia.

Me levanté de allí, dispuesto a hacer lo que le había dicho, pero no sin antes dejarme llevar de nuevo por mis sentimientos. Llegué a mi casa con una sonrisa, dejé la maleta en el cuarto de lavado, porque durante mi estancia en Portugal no lavé ni una prenda. Separé la ropa y puse un lavado de ropa oscura, que era la que llevaba.

Cogí las llaves del coche y puse rumbo al instituto, donde esperaría a que saliera Héctor para llevarlo conmigo, y que me expresara a mí todo lo que sentía. Esa conversación era más que necesaria para los dos, para poder formar esa familia que queríamos.

—Max, ¿qué haces aquí? —me dijo Atenea, que fue la primera en salir.

—Esperando a tu hermano. Mira, por ahí viene —le dije, señalando la escalera.

—Lo aviso. Me alegro de volver a verte y, de corazón, espero que nos veamos más a menudo. Mi madre no ha vuelto a ser la misma desde que te fuiste —me dijo, con una mirada triste.

—Todo depende de la conversación que tengo pendiente con tu hermano.

Se despidió de mí con un beso en la mejilla, mientras que le decía a su hermano que lo estaba esperando. Héctor se acercó, y ninguno de los dos sabíamos cómo actuar con respecto al otro, así que me tocó a mí actuar.

—Ven aquí, dame un abrazo —le dije, abriendo mis brazos, a pesar de que no las tenía todas conmigo.

—Max, te he echado de menos —me dijo, correspondiendo a mi abrazo.

—Y yo, campeón. No sabes cuanto —le respondí, abriendo la puerta del copiloto.

—¿Te parece si vamos a mi nueva casa y así la ves? —le dije, y él asintió con la cabeza.

Por el camino, y ya que no había tenido tiempo de cocinar nada para el almuerzo, paramos en una pizzería que me encantaba, y resultó que era su preferida. Nos llevamos una familiar de nuestro sabor favorito, porque en eso también coincidimos, y nos pusimos de nuevo camino a mi casa.

—Es aquí. ¿Qué te parece? —le dije, en cuanto dejé el coche en mi garaje.

—Es una pasada. Si la otra me gustaba, esta, todavía lo hace más. ¿Por qué te marchaste de la antigua? —me preguntó, con sinceridad.

—Siendo sincero, no soportaba que tu padre estuviera en el mismo radio de acción que yo. No lo aguanto, todo el tiempo provocando a tu madre…

No podía permitir que no os sintierais cómodos cuando viviéramos todos juntos —le dije, hablando con franqueza.

—Eso dice mucho de ti, pero tengo muchas dudas, que supongo que mi madre te habrá contado ya, porque, si no fuera así, no estaríamos aquí —me dijo, entrando en la cocina, donde comeríamos ese día.

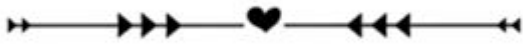
—Tu madre lo único que me ha dicho es que tenías cosas que no te cuadraban, que tenías sentimientos encontrados y algunos miedos, pero quiero que seas tú el que me los cuente, y así contestarte con el corazón en la mano — dije, y me sonrió.

Pusimos la mesa y nos sentamos a comer, entre miradas de complicidad y sonrisas. Le conté donde había estado, y que me gustaría volver con ellos, con los tres, mientras que él me contaba anécdotas del instituto, sobre todo de la excursión que habían hecho el día anterior.

Una vez nos hubimos tomado el postre, me explicó cuáles eran sus miedos, y lo escuché pacientemente, intentando entenderlo para saber cómo responderle de la mejor manera posible.

—Héctor, no te puedo prometer que voy a estar con tu madre para siempre, pero sí que lo voy a intentar, al igual que, pase lo pase, siempre estaré aquí para vosotros, para todo lo que necesitéis —le dije, y me dio un abrazo de agradecimiento.

Capítulo 29



Olimpia

Mi hija me recogió en la cafetería, y la vi sonriendo de una manera que me gustó mucho, y sabía cuál era el motivo, la visita de Max a su hermano.

—He dejado a mi hermano con Max, y se les veía muy bien, a los dos, aunque al principio los noté algo cortados, la verdad — dijo mi hija, sonriente.

—Lo sé, ha venido antes a verme —le dije.

—Espero que hayáis limado asperezas, por decirlo de un modo fino —me contestó, irónicamente, y solté una carcajada.

Al final, las dos nos fuimos al centro comercial, donde comeríamos y elegiríamos el regalo de cumpleaños de su hermano. Siempre lo hacíamos así, me llevaba a uno de ellos a comprar el regalo del otro y viceversa. Cumplían dieciséis años el próximo sábado, y todavía no había preparado nada, lo haría en los siguientes días.

Elegimos unas zapatillas que Héctor llevaba pidiendo mucho tiempo, y que eran de edición limitada. Sabíamos que le haría una ilusión enorme. Después de eso, nos fuimos a comer, pero antes, le envié un mensaje a Max, para saber cómo iba todo.

Olimpia: *Atenea y yo estamos en el centro comercial. Espero que con Héctor todo vaya bien. Te quiero.*

No pasó ni un minuto cuando ya obtuve respuesta.

Max: *Todo genial, hemos limado asperezas. No iros de ahí, que os damos el encuentro. Yo no te quiero, yo te amo.*

Me entró una sonrisilla tonta en la cara, que no me quité durante toda la tarde. Mi hija me miraba con guasa, decía que me parecía a su amiga Clara cuando recibía un mensaje del chico que le gustaba, y me sacó una carcajada.

Estábamos con el postre, cuando los vimos llegar riendo. Menos mal que le dijimos a la chica de la tienda que nos lo envolviera para regalo, y no cogimos la bolsa del establecimiento, sino que compramos una de papel sin logotipo ninguno, así no podría adivinar lo que le habíamos comprado.

—Veo que ya habéis comprado mi regalo de cumpleaños, espero que hayáis acertado. Supongo que ahora me tocará a mí ir contigo a comprar el de mi hermana — dijo, sonriendo.

—¿Vuestro cumpleaños? ¿Cuándo es? —preguntó Max a mis hijos.

—Es el sábado, cumplimos dieciséis —le dijo Atenea.

—Lo celebraremos en mi casa, en el jardín. Podéis invitar a quién os dé la gana —les dijo, pero yo los frené.

—No, no, que estos dos son capaces de llenarte la casa de gente…

—No pienso ceder a que se celebre en otro lado que no sea en casa, porque también será la vuestra, ¿verdad Héctor? Ahora nos iremos a

comprar lo que me has sugerido, tanto para tu habitación como para la de tu hermana —dijo Max, mirando a mis hijos, y supe que habían hablado de todo, tranquilizándome a más no poder.

—Está bien, lo celebraremos allí, pero nada de invitar a quien quieran. Sus amigos de siempre, su pandilla, tu familia y nuestros amigos, nadie más —les advertí.

—Era la gente que teníamos pensado, mamá. Otra cosa es que, después, por la noche, nos dejes un ratito más tarde y lo celebremos con todos en el parque o en la playa — dijo Héctor, queriendo darme coba.

—Bueno, eso ya lo veremos más adelante. ¿Os vais a casa mientras que terminamos de comprar las cosas? —les preguntó Max.

—¿A cuál de las dos casas? Porque yo ya me estoy liando — contestó Héctor.

—A mí me da lo mismo, pero será mejor que, mientras que no hagamos la mudanza, nos quedemos todos en la de tu madre — respondió él, mirándome sonriente. Estaba claro que no pensaba separarse más de nuestro lado, y eso me reconfortó.

—Vale, pero antes, déjame que le diga a mi madre el regalo de mi hermana —dijo Héctor dirigiéndose a Max. Se acercó a mi lado y me dijo que su hermana quería unas botas de una firma que llevaban casi todas las chicas, y asentí.

Mis hijos se fueron, dejándonos a Max y a mí en el centro comercial. Yo no había conocido su casa, por eso me dijo que, cuando hiciéramos las compras, las llevaríamos hasta allí, así dejaría su coche y volveríamos en el mío. También cogería ropa para los días que estuviera en mi casa.

Le compramos a Atenea las botas, que me costaron aproximadamente lo mismo que lo de su hermano, pero Max no se quedó conforme. Decía que ese era mi regalo, no el suyo, así que nos fuimos a mirar algo que les pudiera gustar a los dos.

Al final, les compró un chaquetón de firma a cada uno, de los que les gustaban a los chicos de hoy en día, y que le costó un pico. También compramos las colchas y estores que Héctor le había dicho que les gustaría para sus habitaciones, y una manta extragrande para el sofá, para taparnos los cuatro cuando nos sentáramos a ver una película.

Además de eso, a Héctor le compró un perfume que sabía que le iba a gustar, y a Atenea, un maletín de maquillaje espectacular.

—Ese se lo pienso ratear a mi hija en cuanto me haga falta —le dije en broma, pero se volvió y le dijo a la dependienta que trajera dos, por mucho que intenté evitarlo.

Nos montamos cada uno en nuestro coche, él iba delante y yo lo seguía, porque no tenía ni idea de la zona en la que vivía. Cuando lo vi abrir la puerta de un garaje, me quedé con la boca abierta, porque, desde fuera, era preciosa.

Si por fuera era bonita, no os podéis imaginar como me quedé cuando la vi por dentro. Era de cuento, y ese jardín no tenía un rincón feo.

—Ya me veo en esa cama balinesa tomando el sol —le dije, a media voz, mientras me abrazaba por detrás.

—Yo te veo en esa cama balinesa, pero haciendo otra cosa mejor que tomar el sol —me dijo, dándome la vuelta para besarme.

Una cosa nos llevó a la otra, y al final, terminamos desnudos en el salón, donde habíamos entrado como última estancia. Me tumbó en el sofá,

posicionándose encima de mí, y excitándome con el simple roce de su miembro con mi sexo.

Me besó en la boca, pero también en el cuello, en el pecho, hasta llegar a mi zona más sensible, donde se sumergió a pleno pulmón. Sentir el roce de su lengua en mi clítoris me estremeció, y solté un gemido que lo hizo sonreír. Se empleó a fondo, hasta conseguir que me corriera en su boca.

Cuando lo consiguió, hizo el camino inverso, hasta llegar de nuevo a mi boca, donde me saboreé en sus labios. Rodeé su cintura con mis piernas, haciendo que su pene se rozara con mi vulva, haciendo que se volviera loco y que no pudiera evitar penetrarme con fuerza.

Todavía en mi interior, se arrodilló en el sofá, llevándome con él, dejándome a horcajadas sobre él, y me volví una fiera. Cabalgué cual hábil amazona sobre su miembro hasta que ya no pude más, y me dejé ir, consiguiendo que él lo hiciera conmigo.

—El sexo contigo tiene otro sentido —me dijo, volviendo a devorar mi boca.

—Jamás he sentido lo que siento contigo en mi interior, Max. No solo es placer, es algo imposible de describir —le contesté, haciendo que me mirara con amor.

Nos metimos en la ducha de su habitación, donde dejamos que la pasión nos arrasara de nuevo. Sentirlo en mi interior, notar como su pene se endurecía de deseo por mí, me hacía sentir poderosa, y así se lo demostré.

Me arrodillé delante de él, tomé su miembro con una de mis manos, mientras que la otra la llevaba a mi sexo, para darme placer a la vez que se la proporcionaba a él, y eso lo endureció todavía más.

—Dios, Olimpia, me estás matando. No pares por favor —me dijo, apoyado en la pared de la ducha, preso del placer.

Pasé mi lengua por todo su glande, a la vez que me la metía en la boca hasta llegar a mi garganta. Max cogió mi cabello, enrollándolo en su mano, y me impuso el ritmo que le gustaba, haciendo que me excitara cada vez más. Llegó un punto en el que ya no aguantó más, e intensifiqué los movimientos de mis dedos sobre mi clítoris, para correrme a la vez que él lo hacía en el interior de mi boca.

—Contigo, no necesito nada ni nadie más —me dijo, cogiéndome del brazo para levantarme y sin dejar de mirarme a los ojos.

—Eso espero, porque a mí el sexo compartido no me gusta. Si es eso lo que necesitas alguna vez, házmelo saber, porque…

—Porque nada, Olimpia. En nuestra pareja solo estaremos tú y yo. Como mucho, y solo si tú quieres, podemos introducir algún juguetito, siempre en pro de tu satisfacción y placer —me dijo, y le sonreí, porque sabía que lo decía en serio.

Nos secamos y nos vestimos de nuevo. Por suerte para mí, Max se había llevado toda la ropa que su madre me había comprado para dejarla en su casa, y así pude cambiarme, porque la mía estaba tirada en el suelo, y no sería nada higiénico que me la volviera a poner, así que la dejé allí para lavarla.

Max preparó una mochila con varias prendas, ya que no pensaba venirse a su casa hasta que no lo hiciéramos todos a la vez. Me gustaba que hubiera vuelto el mismo Max que al principio, y esperaba que nada nos lo estropeara de nuevo.

Al llegar a casa, mis hijos se habían ocupado de la cena, preparando una tortilla de patatas y una ensalada. Ya tenían puesta la mesa y estaban esperándonos.

—¿Es tan tarde? —pregunté en cuanto que entramos en el ático.

—Mamá, son más de las nueve de la noche, y te fuiste con Max a las cinco y media. Veo que, cuando estáis juntos, las horas se os pasan volando — dijo mi hija Atenea, con mucha ironía.

—Ni que lo digas, Atenea. Cuando estamos juntos, ni siquiera lo miramos, la verdad —le respondió el otro, guiñándole un ojo.

—Lo bueno, que ya venís duchaditos, así que, a ponerse el pijama y a cenar. No quiero saber lo que habéis estado haciendo para tener que pasar por el baño — dijo Héctor, tapándose los oídos.

—¿Te imaginas que a estas alturas tuviéramos un hermanito, Héctor? —le dijo Atenea mientras mi hijo ponía cara de horror.

—Pues a su casa vendría. ¿Tú no lo ibas a cuidar, hermano mayor? — preguntó Max, con mucha guasa y sacándonos una carcajada a todos.

—Venga, que tengo hambre. Poneros el pijama mientras sacamos las bebidas y el postre —dijo mi hijo, cambiando de tema.

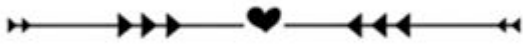
Cenamos en familia. Héctor, todavía se notaba un poco receloso, pero estaba segura de que, con el tiempo, volvería a confiar en Max como lo había hecho desde que lo conoció, como lo habíamos hecho todos los demás.

Esa noche, entre las sábanas de mi cama, nos volvimos a dejar envolver por el amor y el deseo que sentíamos el uno por el otro. Como diría mi amiga Trini: “estábamos recuperando el tiempo perdido y el que nos podríamos encontrar, porque no parábamos”.

Nos quedamos dormidos abrazados, con mi cara reposando en su pecho y su brazo por mi espalda, acariciándome el brazo de manera distraída mientras que hablábamos de todo y de nada.

Max me dijo que, mientras que los niños estaban en el instituto y yo en la cafetería, iría guardando todas las cosas en cajas. Quería que el domingo ya tuviéramos todo en la casa de la playa, para que así pudiera poner en alquiler el ático, de manera que se pagara la hipoteca sola.

Capítulo 30



Olimpia

Los días fueron pasando, y esa noche ya, por fin, dormiríamos todos en la casa de la playa, como así la habían bautizado mis hijos. Tal y como nos dijo mi chico, mientras que nosotros estábamos con nuestros quehaceres, él fue recogiendo y llevando todo a nuestro nuevo hogar, y venía de dar el último viaje.

Mi hija le hizo algunas modificaciones a su nueva habitación, con el estor y la colcha que había sugerido su hermano, pero también se llevó su corcho y su silla de escritorio, así como una estantería de libros que le había regalado una amiga y que combinaba bastante bien con los muebles.

En cuanto le dije a las chicas que ponía el ático en alquiler, Jessica me dijo que ella se lo quedaba por el importe de la hipoteca. Mi compañera vivía en un cuchitril, en una zona mucho peor y por el que pagaba casi el doble de lo que yo pedía. Además, se quedaba con todos los muebles, porque no pensaba llevarme nada, incluida la barbacoa y los muebles de la terraza, esos que ni siquiera habíamos estrenado.

—No te puedes imaginar la ilusión que me hace, Olimpia. Por fin una casa en condiciones, en la que podré vivir sin pensar si una cucaracha me visitará durante la noche —me dijo, cuando le puse las llaves en la mano.

—No me des mes por adelantado ni nada parecido. Estos quince días son cortesía de la casa, por todos los favores que me has hecho. A primeros de mes, cuando te ingrese la nómina, ya me haces la transferencia del mes, y listo —le dije, mostrándole una sonrisa.

—Que cierto es que todas las hijas de… pueblo tienen suerte, y tú, por ser de la capital, tienes más —le dijo Trini, en tono de burla.

—Y lo dice la que tiene un maromo que quita las penas del sentido y que bebe los vientos por ella, la muy capulla —le contestó Jessica, riendo.

—Pero continuamos, él en su casa y yo en la mía —respondió, guiñando un ojo.

—Pues, ni tú estás en tu casa ni él tampoco, porque están ahí sentado los tres. Lo extraño es que Max no haya entrado a saludar antes de sentarse… —dijo Jessica, y tenía razón, porque era lo primero que hacía, así que fui a ver qué era lo que estaba sucediendo.

—Ahora vuelvo —les dije a las dos, y salí a la terraza.

—Buenos días… ¿Y esa cara? ¿Qué ha pasado? —le dije, porque Max venía como descompuesto.

—Giselle, ha venido con la policía a mi casa, me acusa de malos tratos durante nuestra relación, y ha aportado, como muestra de que soy violento, el vídeo en el que cojo a Pablo por la pechera. Por suerte, he podido presentar los testimonios de mi jefe y de mis compañeros, así como el de Santi y Miriam, de que nunca he tenido trifulca alguna —me dijo, y se veía descompuesto.

—Eso es bueno, ¿no? Has tirado por tierra su argumento. ¿Es qué hay algo más? —pregunté, completamente ignorante del motivo por el que estaba así.

—Sí, hay algo más. Ella tiene en su poder vídeos en los que… Joder, ¡qué difícil es todo desde que he vuelto! —exclamó dando un golpe en la mesa.

—Vamos a mi despacho, por favor —le dije, y se levantó para seguirme. Le hice un gesto a las chicas para que se ocuparan de atender a los clientes mientras que yo no salía.

—Lo siento, Olimpia, no debí ponerme así, tú no tienes la culpa, pero estoy desbordado —me dijo, tomándome de las manos.

—Yo solo te puedo decir que, si quieres volver a marcharte, estás en todo tu derecho. Yo me quedaré en la casa de la playa y te pagaré un alquiler, no lo hagas por mí —le expliqué, con un dolor que me atravesaba el corazón, pero entendía su postura si quisiera hacerlo.

—¿Estás loca? Ya te dije que no pienso ceder a sus chantajes ni, mucho menos, volver a marcharme. No sería justo para ninguno de nosotros.

—Entonces, ¿qué es eso que te tiene tan asustado? Explícamelo, déjame que lo entienda y no me culpe a mí misma de todo lo que está pasando —le supliqué.

—En Burdeos, Giselle y yo acudíamos a locales de sexo liberal. En una de nuestras visitas, me pidió probar el sexo bondage, y yo accedí. Tiene un vídeo en el que se me ve golpeándola con un látigo. Era parte del trato, a mí nunca me gustó ese tipo de sexo, pero a ella sí que le encantaba. Me ha dicho que, o vuelvo con ella o presentará ese vídeo a la policía y dirá que lo hacía en contra de su voluntad.

—¿Qué piensas hacer? —pregunté, sin juzgar, al fin y al cabo, cuando eso sucedió, ni nos habíamos visto.

—Tengo que ir allí, a Burdeos, al club. Mi jefe, con eso de la mudanza, me ha dado una semana más libre. El testimonio de las que fueron mis compañeras durante ese tiempo es primordial para que la causa quede anulada.

El cielo se me cayó encima. Confiaba en él, por supuesto que lo hacía, pero la inseguridad que sentía en mi interior, el simple hecho de sentirme inferior a las mujeres que habían compartido con él todo eso, me hacía frágil y temerosa, como si todo lo que habíamos formado se nos estuviera demoliendo piedrecita a piedrecita.

—Ven conmigo —me dijo, y los ojos se me abrieron como platos.

—Yo… los niños… —No encontraba una respuesta, su invitación me había cogido por sorpresa completamente.

—Los niños se quedarán con mis padres, ya están informados. Tan solo serán un par de días. Nos marcharíamos el domingo por la mañana y volveríamos el lunes por la tarde —me explicó y no pude ni quise dejarlo solo.

—Está bien, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Quiero conocer ese local por dentro, vivirlo como tu pareja y que te dejes llevar, que hagas lo que te salga del corazón —le dije, y esta vez el sorprendido fue él.

—No quiero hacer nada allí dentro, por lo menos nada que…

—Nunca digas nunca jamás, Max. Dejemos que el momento sea el que nos indique lo que deseamos en cada instante, solo te pido eso.

—Está bien, lo haremos —me dijo, dejándome un beso en los labios antes de salir.

No le pensaba contar nada a nadie, eso acordamos los cuatro, ni a Trini ni a Jessica. Mi argumento era que lo habían llamado por un tema laboral en Burdeos y que, aprovechando el festivo del lunes, que era el día del patrón de la ciudad, nos íbamos a pegar una escapada de dos días.

El cumpleaños de los mellizos fue un momento de tranquilidad y esparcimiento, donde todos pasamos una jornada encantadora. Atrás quedaron las sombras que nos acechaban a diario, las dejamos fuera, para que mis hijos disfrutaran de un cumpleaños en condiciones.

Sus amigos alucinaron con la casa, pero sobre todo con el jardín, en el que se celebró la fiesta desde el mediodía. Primero hicimos una barbacoa, pero tampoco faltaron los canapés y los aperitivos que había preparado Max junto a Manuela, porque Carlos era un negado para la cocina.

—Chicos, que queréis que os diga. Yo pongo un chorizo en la parrilla e invento una modalidad nueva, está el chorizo criollo, pues yo sacaría el sahariano, porque lo quemaba seguro —nos decía, con todo el arte del mundo, mientras que todos estallábamos en carcajadas.

—Abuelo, lo podríamos patentar y hacernos de oro —le dijo mi hijo Héctor, entre risas.

—¿Quién coño iba a comerse eso? El valiente que comprara el primero y demostrara que se lo había comido, le regalaría un piso —contestó Carlos.

—Carlos, si eso es cierto, me como yo una docena, que no veas la mierda de piso en el que vivo y el dineral que pago —le dijo Miriam, siguiendo la broma, pero Jessica aprovechó la oportunidad.

—Yo tengo alquilado un ático precioso por nada y menos. Tengo una habitación libre, vente a vivir conmigo, como compañeras de piso, y dividimos los gastos —le dijo, como quién no quiere la cosa.

—¿Me lo dices en serio? —preguntó Miriam, incrédula.

—Por supuesto. Además, la propietaria está aquí y no ha puesto impedimento. ¿Verdad, Olimpia? — dijo Jessica con una mirada de cordero degollado.

—Por mí, no hay ningún problema —respondí, sonriente.

—Pues entonces, mañana mismo me mudo. Total, con lo que me tiene que devolver de la fianza puedo pagar el primer mes…

—Olimpia no me ha cobrado fianza alguna. Tan solo, cuando llegue mi nómina, tengo que pagar la mensualidad. Cuando llegue ese momento, me das la mitad y listo. No creo que haga falta un contrato, ya que estamos en familia —le contaba Jessica, y ella me miraba maravillada.

—Claro que no, por favor. Se trata de mi cuñada, porque quiero a Max como si fuera mi hermano. Gracias, chicas, de verdad, esto no me lo esperaba.

Llegó el momento de la tarta y los regalos, porque los chicos se marchaban a celebrarlo en la playa con algunos amigos más, eso sí, hasta las once y media, que era la hora en la que tendrían que estar de vuelta en casa.

Si alucinaron con los regalos de todos, mucho más con el de Carlos y Manuela, que no nos lo esperábamos ninguno. Mi futuro suegro fue hasta el garaje, acompañado de su mujer, y vinieron con dos ciclomotores con un lacito puesto, uno para cada uno.

—¿Esto qué es? —pregunté, completamente asombrada.

—Hija, para que así tengan un poco más de autonomía para moverse por la ciudad. Eso sí, no podrán cogerlas hasta que no hagan el curso de la autoescuela y se saquen el carné de motos, que me da mucho miedo — dijo Manuela, mientras que ellos dos se miraban entre sí sin saber cómo reaccionar.

—Olimpia, la ciudad es muy tranquila, apenas hay tráfico, no tienes por qué tener miedo. Además, así te pueden dejar en la cafetería los días que yo no pueda antes de ir al instituto — dijo Max, intentando convencerme.

—Nunca he sido amante de las motos, pero, aunque parezca una contradicción por todo lo que le he dicho siempre a los dos, permitiré que las usen. Ahora sí que los veo con la madurez necesaria, antes eran dos niños malcriados —les dije a todos, y entonces fue cuando mis hijos reaccionaron.

—Gracias, abuelos, no sé qué decir ni qué hacer, la verdad —le dijo Atenea, mientras que Héctor los tenía a los dos abrazados, pero, sobre todo, a Carlos, con el que tenía una conexión increíble.

—La primera vuelta te la pienso dar a ti, que lo sepas —le dijo Héctor al que consideraba su abuelo.

—Quita, quita, a mí la décima, por lo menos, que tenga la seguridad de que no me voy a tener que gastar los cuartos en una dentadura postiza —le respondió, como siempre, en tono de broma, mientras que todos reíamos.

—Por cierto, niños, esta noche se quedan los abuelos a dormir aquí, porque tu madre y yo salimos bien temprano de viaje, tengo un asunto que resolver en Burdeos y ella me va a acompañar. Será un viaje relámpago, porque el mismo lunes por la tarde estaremos de vuelta —les explicó Max, y ellos asintieron felices.

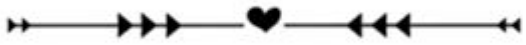
—Sin problema, así yo puedo hacer galletas con la abuela en la cocina, que me dijo que me iba a enseñar —dijo Atenea dando saltitos.

—Y nosotros, abuelo, una partida a la consola, que tenemos que entrenar para ganarles a estos dos —indicó mi hijo a Carlos, que se frotaba las manos.

—Contigo sí que puedo, seguro que te gano en la primera ronda.

—Ah, no, eso ni que te lo pienses, porque no te pienso dejar ganar, que luego eres como mi hermana, que no veas las que me dais los dos.

Capítulo 31



Max

Acabábamos de aterrizar en Burdeos, y habíamos tomado un taxi hasta el hotel que había reservado para pasar la noche. La tarde anterior había llamado a Marie y a Carla para quedar con ellas, sin decirle aún nada de lo que me había llevado hasta allí, y acordamos vernos en una cervecería a media mañana, ya que no sabía si el avión iría con retraso o no.

—¿Estás nervioso? —me preguntó Olimpia.

—Mucho. Parece como si nunca las hubiera visto. Este es un tema muy delicado, y la mayoría de las personas que acuden a estos clubes prefieren el anonimato. Si me dicen que no estarían dispuestas a declarar, a pesar de que me vería acorralado, las entendería —le contesté, porque era cierto, mientras que ella me apretaba la mano.

Llegamos al hotel, dejamos las maletas y nos fuimos a encontrarnos con ellas, ya que, a causa del tráfico, íbamos con el tiempo justo. Me hubiera gustado tener un momento a solas con mi chica, darnos una ducha tranquilamente, pero tendría que ser más tarde, cuando volviéramos.

—Bon jour, Max —me dijo Marie, sonriente.

—En español, por favor, que mi chica no entiende muy bien el francés —le dije, sabiendo que ambas dominaban mi idioma natal.

—Buenos días, entonces. Tu chica, eso sí qué no me lo esperaba. Pensaba que nos habías llamado para rememorar viejos tiempos, antes de que la bruja de Giselle te acaparara para ella sola —dijo Carla, que era italiana.

—De la bruja de Giselle, precisamente, es de quién quiero hablaros —les dije, sin saber por dónde empezar.

—Imaginamos lo que le ocurre, de aquí se marchó porque tuvo movidas con Jean Paul, el otro chico que compartía juegos con vosotros —nos contó Marie.

—Ahora hablamos, pero primero dejadme que os presente a mi pareja, y no en el sentido que vosotros pensáis, que vivimos juntos. Se llama Olimpia —les dije, y me miraron sonrientes.

—Encantada, Olimpia, yo soy Carla y ella es Marie, mi chica —dijeron, y las miré con cariño.

—Gracias chicas, para mí también es un placer conoceros, aunque hubiera preferido que fuera en otras circunstancias, la verdad —les dijo Olimpia, y ellas asintieron.

—¿Qué le pasó a Jean Paul con Giselle? —pregunté, curioso.

—Pues que, unió a la pareja a un español y su mujer, un tal Pablo, y ella, una estirada de mucho cuidado. Querían hacer unas prácticas con las que él no estaba de acuerdo. Lo amenazó diciendo que, si no lo hacía, expondría a la prensa los vídeos sexuales que tenía con él, y ya sabes lo celoso que es de su intimidad. Terminaron expulsándola de todos los clubes, y el Pablo ese le dijo que se fuera a España, donde él la llevaría a los mejores.

—¿Y su trabajo? —preguntó Olimpia, algo descuadrada.

—Ella es analista, puede hacer su trabajo desde donde quiera, con un ordenador y conexión a Internet —le respondí.

—Pues, al parecer, es una práctica habitual en ella hacer videos sin el consentimiento del compañero, porque no es al único al que ha chantajeado de ese modo —les contestó Olimpia, algo más tranquila.

—¿A ti también? —me preguntó Carla.

—Sí, y como yo no he cedido, ahora me ha denunciado por malos tratos en la relación, aportando el vídeo en el que practicamos bondage. Mi única salvación para que la causa se archive sois vosotras, y ahora que sabéis todo esto, mucho más.

—Cuenta con nosotras, Max. Sabes que, ante todo, somos amigos —me dijo Marie, sujetando mi mano por encima de la mesa.

—Sé que lo que os voy a pedir es demasiado, y si me decís que no, lo entenderé.

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó Carla.

—Necesito una declaración jurada de ambas, ante notario, en la que expongáis todo esto que me habéis contado, además de vuestra experiencia conmigo, si en algún momento os habéis sentido intimidadas o maltratadas por mí —les pedí, y ambas se miraron.

—Sin ningún problema, Max. Mañana mismo, a primera hora, podemos ir al notario de mi sucursal bancaria y que sea él quien de fe de nuestra declaración —me dijeron, ya que las dos estaban de acuerdo.

—Si no os importa, yo había quedado después de comer en el despacho en el que firmaba mis operaciones, y así dejarlo listo cuanto antes. Nos marchamos mañana por la tarde, y no me gustaría tener inconvenientes antes —les dije, esperando su comprensión.

—Por supuesto, eso sí, nos invitáis a comer, que yo no pienso ir a mi casa para volver —nos dijo Carla, que era más descarada que Marie.

—Eso no tienes ni que dudarlo. Elige el restaurante y hacemos la reserva ahora mismo en la aplicación —le dije, y supe cuál era el que iban a elegir.

Hicimos la reserva y, después de comer, pusimos rumbo a la notaría. Por el camino le fuimos enseñando a Olimpia algo de la ciudad, ya que íbamos con tiempo suficiente. Paró frente a una joyería, donde vio una pulsera para su hija que le gustó, y que la había también en versión masculina, por lo que no dudó en entrar a comprarlas, solo que no la dejé, y pagué yo.

En la notaría, el ambiente era de lo más relajado. Olimpia parecía que las conocía de toda la vida, y las risas entre ellas eran de lo más común. Ellas prestaron declaración, que fue transcrita por una chica y traducida al español, para después entregarnos todo perfectamente firmado y sellado, para que nos sirviera como prueba.

—Millones de gracias, chicas, de verdad. Me habéis salvado la vida —les dije, dándoles un abrazo a cada una.

—¿Vas a llevar a tu chica al club esta noche? —me preguntó Marie, con picardía.

—No porque la idea me haga ninguna gracia, pero se ha empeñado en que quiere vivir la experiencia una vez en su vida — contesté, poniendo mala cara.

—Chica, no te digo que lo vayas a convertir en tu manera habitual de disfrutar del sexo, pero sí que, si vas con tu pareja, lo vas a disfrutar muchísimo, y es una buena forma de que lo vuestro no se apague —le dijo Marie a Olimpia.

—Es por tener la experiencia, la verdad. Ni siquiera sé si tendré valor de entrar en alguna de sus salas o de compartir la cama con alguien más. Llámame mojigata, pero nunca lo he practicado y la curiosidad me puede — contestó ella, encogiendo los hombros.

—Nos vemos esta noche, entonces. Porque no me pienso perder su debut —dijo Carla, riendo.

Nos despedimos de ellas, quedando en vernos por la noche en el club, muy a mi pesar, pero si ella tenía curiosidad por ver cómo era aquello, no iba a permitir que lo descubriera de manos de otra persona que no fuera yo.

Llegamos al hotel sobre las seis de la tarde, así que, mientras que nos duchábamos, pedimos la cena, ya que cenaríamos antes de salir. Pedimos algo ligerito, un pescado al horno y una ensalada para compartir, así como una botella de vino blanco.

La ducha fue ligerita, pero no faltaron los besos ni los momentos de pasión, esos a los que estábamos tan acostumbrados. Si os digo la verdad, me daba miedo que Olimpia encontrara en el club algo más que una distracción puntual, pero no se lo diría.

—No te pongas ropa interior esta noche, es una de las normas no escritas del club —le dije, mientras ponía sobre la cama un pantalón y una camisa negra, que sería mi atuendo de esa noche.

—Uh, la cosa se pone interesante —me contestó, sonriente, pero también nerviosa.

—No vamos a hacer nada de lo que no estés completamente segura, tenlo claro.

—Si estoy a tu lado, estaré segura de todo. Quiero que, durante esta noche, pueda ser capaz de dejarme llevar. Siempre he vivido el sexo de una manera, digamos que algo reprimida, hasta que llegaste tú. No es que lo vayamos a hacer de manera habitual, pero como dijo Carla, sí que podemos hacerlo como algo puntual —me respondió, mientras dejaba caer sobre su cuerpo un vestido que me quitó la respiración.

Se trataba de uno negro, de seda, con el escote en V, bastante pronunciado, pero sin parecer vulgar, con unos tirantes muy finos que se cruzaban en la espalda, cuyo escote llegaba hasta la parte baja de la espalda. Lo combinó con unos altísimos tacones de aguja en plateados, al igual que los complementos. Encima, y para evitar el frío, se había puesto una chaqueta de pelo sintético en gris plata que le llegaba hasta la cintura. El vestido era largo, pero tenía una abertura en la pierna izquierda que, al andar, la dejaba al descubierto casi por completo, mostrando la liga de la media cuando se sentaba.

—Dios, me va a costar un mundo apartar a los hombres de ti esta noche —le dije, mientras cogía su cara y la besaba con pasión.

—Tampoco creo que sea para tanto. Además, recuerda una cosa, mi corazón solo te pertenece a ti. Que compartamos hoy nuestros cuerpos, no significa que lo hagamos también con nuestro amor —me dijo, y supe que iba dispuesta a todo.

Un coche nos recogió en la puerta, fue cortesía del club, a cuyo propietario habían avisado las chicas sobre mi regreso, y quiso tener ese detalle con nosotros.

Llegamos y dejamos los abrigos en el guardarropa. Olimpia decidió no llevar bolso, porque decía que, llevando yo el teléfono y la tarjeta del hotel, como no pensaba separarse de mí, le daba igual dejar todo en la habitación.

Al entrar, todas las miradas se dirigieron hacia nosotros, las de ellas con un poco de envidia, y las de ellos de deseo, porque Olimpia se mostraba esta noche de un sexy que, de solo ver la manera en la que la miraban, me estaba poniendo muy duro.

Nos sentamos en uno de los sofás que quedaban libres, y pedimos una copa. Justo en el de enfrente, había dos chicas besándose con un hombre, que se mostraba la mar de feliz de recibir sus atenciones.

—¿Prefieres chico o chica? —me preguntó, dispuesta a hacer un trío.

—A mí me da lo mismo, con lo que más cómoda te sientas tú. Pero antes que nada quiero que sepas algo, no lo hagas ni por mí, ni por nadie, porque contigo tengo más que suficiente, no lo necesito para nada —le aclaré, porque no quería que luego se arrepintiera.

—Lo hago por mí, Max. Me apetece experimentar algo así. Lo mismo y, cuando vea a otro hombre a mi lado, no soy capaz de seguir, espero que nadie se lo tome a mal.

—No haremos nada de lo que no estés completamente segura —le repetí.

Para que viera como iba aquello, la besé, e introduje mi mano entre sus piernas, a través de la abertura de su vestido, y empecé a tocarla. Sus gemidos me volvieron loco, y no iba a parar hasta que se corriera, allí, delante de todo el mundo. Si era capaz de superar eso, que todo el mundo la viera, daríamos un pasito más. Si, por el contrario, no era capaz, saldríamos de allí en ese mismo momento.

—Max, quiero sentir tu lengua —me dijo, completamente excitada.

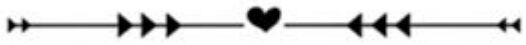
—¿Estás segura de que no te importa que todos te vean? —le pregunté, por si acaso no se había dado cuenta donde estábamos.

—Eso es lo que más caliente me pone, que todo el mundo esté pendiente de nosotros —me dijo, y no lo dudé.

La levanté para poner su sexo a la altura de mi boca, que estaba recostado en el sofá. Lamí y mordisqueé su sexo, la escuché gritar de placer, ahí no tenía por qué reprimirse, y me bebí su orgasmo hasta la última gota.

Una vez que conseguí que se hubiera corrido, abrí mi pantalón, mostrándole mi pene, e indicándole con la cabeza lo que quería. No se lo pensó, se lanzó a él, lamiéndolo de arriba abajo.

Capítulo 32



Olimpia

En mi vida había sentido una excitación como esa, sentir la mirada de todos los presentes, puesta en nosotros, en la manera en la que estábamos practicando sexo, me había puesto como una moto.

No dudé ni por un instante en practicarle una felación a Max allí mismo, como tampoco titubeé cuando le dije que me hiciera sexo oral, y la forma en la que me estaba mirando, me encendía más aún.

Se corrió a gritos, dentro de mi boca, y eso me hizo sentir empoderada, no sé si me explico. Yo tenía el poder de hacerlo, mientras que otros lo deseaban, y eso no lo había sentido en los treinta y cinco años que tenía.

—Ahí hay un hombre que no para de mirarnos — dijo Max, señalándome con la cabeza.

—¿Lo conoces? ¿Lo has incluido alguna vez en tus juegos? —le pregunté, porque no iba a dejar entrar a cualquiera, me fiaba de su criterio.

—¿Quieres alguien en quién yo confíe? ¿Estás segura de querer incluir a otro más? —me dijo, mirándome fijamente a los ojos.

—¿Tú quieres?

—No te voy a negar que pensar en compartirte con otra persona no me ponga de lo más celoso, pero, por otro lado, saber que seré el primero en enseñarte a jugar con nosotros, me pone mucho. Tan solo prométeme una cosa, que no haremos esto muy a menudo, quiero que seas mi mujer, solo mía —me dijo Max, haciéndome partícipe de sus miedos.

—No quiero convertir esto en habitual, te lo prometo, pero me muero por probarlo, siempre y cuando tú estés de acuerdo. Esto es una cosa de dos, algo que podemos hacer puntualmente, como un acontecimiento puntual. Y con determinadas reglas, por supuesto.

—Cuáles son esas reglas, porque debemos contársela a quien desee unirse a nosotros, para que decida si es lo que quiere o no —me dijo Max, y lo vi razonable.

—Para empezar, con la única persona que no utilizaré protección será contigo.

—Es lógico, continúa.

—Si le hago una felación a un hombre, no permitiré que termine en mi boca, eso solo lo haré contigo. Y, por último, tú serás el que lleves la voz cantante, quién decidas que sí y que no —le expliqué, y aceptó con la cabeza.

—Yo tengo una más. En la boca solo te besaré yo. ¿Estás de acuerdo?

—Completamente.

—Bien, pues ahora, entre los que yo te voy a señalar, elige al que más te guste, e iremos a hablar con él —me dijo Max, al que veía de lo más excitado, al igual que yo.

Me fue señalando con el dedo a varios hombres que tenían su plena confianza, y el que más me gustó resultó ser un moreno que quitaba el hipo. Madre mía de mi alma, ¿cuándo me había visto yo en una de estas?

—Ese de ahí, el de la chaqueta azul que sostiene un vaso de whisky —le dije, indicando al hombre en cuestión.

—No tienes mal gusto, la verdad —me dijo él bromeando.

—Por algo estoy contigo, chaval —le seguí el juego, riendo.

Nos levantamos y fuimos hasta donde estaba el hombre, que según me dijo, se llamaba Françoise, y nos situamos a su lado.

—Buenas noches, Françoise, ¿qué tal va todo? —le preguntó Max, dándole un golpe en la espalda.

—Buenas noches, Max, y compañía —contestó, comiéndome con la mirada y, lejos de incomodarme, me puso más cachonda.

—Ella es Olimpia, mi pareja. Es su primera vez en esto, ¿te unes? —le dijo, mientras él no me quitaba la vista de encima.

—Guapa, sensual y neófita, por supuesto que me uno. Chico, me vas a tener que contar tu secreto, porque cada vez te veo mejor acompañado —le dijo y, aunque me vino la imagen de Max aquí con Giselle, me quité esa idea de la cabeza, rápido. Yo había venido a disfrutar.

—Tenemos unas reglas… —Max empezó a contarle lo que no íbamos a permitir, y él las aceptó de buen grado.

Cada uno me sujetó de una mano, y me llevaron por un pasillo donde estaban las habitaciones. Al entrar en la Françoise, porque Max dejó la suya al volver a España, me quedé un tanto alucinada.

El techo estaba cubierto de espejos, para ver “la faena” desde cualquier ángulo, y de solo pensarlo, me humedecí más. Se pusieron rodeándome, Max por delante, besándome con pasión, y Françoise por detrás lamiendo mi cuello mientras deslizaba los tirantes de mi vestido, dejándome tan solo con las medias de liga y los zapatos de tacón.

—¡Mon Dieu! —exclamó Françoise cuando me vio desnuda, ante la cara de satisfacción de Max.

Se arrodillaron los dos, en la misma disposición en la que estaban, levantaron una de mis piernas, dejándola sobre una especie de banco forrado que había a los pies de la cama, y se lanzaron a mi sexo. Mientras que uno lamía, el otro me penetraba con la lengua. Grité de placer hasta quedarme sin voz, sobre todo en el momento en el que me corrí.

Max me giró, poniéndome de cara a Françoise, inclinando mi cuerpo hacia delante, y supe lo que quería. Cogí su miembro en mi mano, lo acaricié de arriba abajo, y lo lamí, de la base a la punta y viceversa, hasta que lo introduje en mi boca. Mi chico, a la vez que yo hacía eso, me penetraba por detrás, y estimulaba mi trasero, puesto que iba a probar la doble penetración, pero con la confianza de que sería él quien se encargara de eso.

Introdujo un plug anal en mi cavidad, ese que se fue hinchando para dilatarlo, y que, de ese modo, cuando su lugar lo ocupara su pene no me resultara incómodo. La sensación era increíble, os lo juro. Cuando Françoise estuvo a punto de correrse, sacó su miembro de mi boca, y se puso de pie.

Max sacó el artefacto de mi interior, y lo sustituyó por su pene, mientras que el otro me penetraba por delante. Saltaba y cabalgaba sobre los dos como no lo había hecho nunca, pero es que me estaba volviendo loca de placer, al igual que ellos, que se veía que estaban disfrutando tanto o más que yo.

Por supuesto, nuestro acompañante respetó en todo momento nuestras reglas, y antes de penetrarme se colocó un preservativo. No os puedo decir las veces que cambiamos de postura o las que se intercambiaron entre ellos, pero lo que sí puedo asegurar es que me lo estaba pasando pipa.

En un determinado momento, Max se levantó y abrió uno de los armarios que allí había en el que ni me había fijado, la verdad. Sacó una caja y fue echando algunos juguetes sexuales dentro, y volvió a la cama, donde estábamos Françoise y yo.

Sacó un consolador que tenía una parte que se quedaba como enganchada al clítoris, y que hacía de succionador. Era de tamaño considerable, pero viendo el que tenía los miembros que me habían estado penetrando toda la noche, entraba seguro.

—Mientras que nos recuperamos, vamos a hacer que grites un poquito más, que te retuerzas de placer de nuevo —me dijo Max, que ardía con solo mirarme.

Me abrió las piernas, así como los labios vaginales, y lo colocó. Tan solo con su roce y con sentir como me penetraba con él, ya pegué un salto, de lo sensible que lo tenía. Hacerme gritar, decía… eso se quedó demasiado corto para lo que hice. Grité, gemí, jadeé, y hasta me retorcí, agarrando las sábanas de la cama como pude, no había sentido un placer tan grande nunca.

Me fijé en que Françoise miraba a Max de la misma manera en la que me miraba a mí, y mi chico le hizo un gesto. Él se levantó de donde estaba y, mientras que no dejaba de mirarme, introdujo su pene en la boca de nuestro acompañante, que disfrutaba como un niño de un helado.

Podéis pensar que eso me incomodó, pero, todo lo contrario, me excitó todavía más de lo que estaba, por lo que le pedí a Max que me quitara el aparato, y lo hizo. Senté a Françoise en la cama, y me subí a horcajadas,

penetrándome con su miembro, no sin antes ponerle la protección, pero no con las manos, sino con la boca.

Cabalgar sobre su miembro mientras que miraba como le hacía la felación a mi chico me gustó sobremanera, por lo que no tardé en correrme, llevándomelo conmigo, al igual que él hizo con Max, al intensificar su succión.

Cuatro horas estuvimos encerrados en ese cuarto, haciéndolo de todas las maneras habidas y por haber, y disfrutando de una noche de sexo salvaje, que nada tenía que ver con lo que haría con Max cuando volviéramos al hotel.

Nos dimos una ducha y nos vestimos, entre miradas y sonrisas cómplices, pero ya había llegado la hora de marcharse y dejar todo eso atrás.

—Ha sido un placer, Olimpia. Si algún día queréis volver a contar conmigo para algo así, no dudéis en llamarme — dijo Françoise, dándome un beso en la mejilla.

—El placer ha sido nuestro, y nunca mejor dicho. No sé si lo volveremos a hacer, pero en caso de que así sea, no dudes que contaremos contigo —le dije, respondiendo a su beso con otro igual.

—Gracias, Françoise, por ser tan delicado con mi chica —le contestó Max, dándole la mano.

Salimos de esa habitación con una sonrisa de satisfacción, pero también con las piernas temblando, casi no me sostenía en pie de todo lo que habíamos practicado ahí dentro.

—¿Quieres tomar algo antes de irnos o prefieres que nos marchemos ya? — dijo Max, mirándome sonriente.

—Preferiría que nos lo tomáramos en el hotel, los dos solos —le dije, y me cogió de la mano para recoger nuestros abrigos.

El mismo coche que nos llevó hasta allí nos recogió de nuevo en la puerta, dejándonos en el hotel en pocos minutos. Ni me había fijado que el trayecto fuera tan corto.

En cuanto que entramos en la habitación, me despojé de todo lo que llevaba puesto, tomé a Max de la mano, que también se había desnudado, y nos metimos en la ducha. No fue igual que la que nos habíamos dado en el club, esta era íntima, cómplice, y así se lo hice saber.

Eché jabón en mis manos, y las froté para que hiciera espuma. Con ellas, lo enjaboné lentamente, a modo de caricia, y él se dejó hacer. Cuando terminé, él hizo lo mismo, empezando por la cabeza, donde me dio un masaje que me encantó. A continuación, y siguiendo la misma secuencia que yo, le tocó el turno a mi cuerpo, haciendo especial hincapié en mi sexo, penetrándome incluso con los dedos, y poniéndome a tono sin dejar me corriera.

No hubo palabras, no la necesitábamos. Salimos de la ducha y nos secamos el uno al otro con el mismo mimo, para, a continuación, meternos en la cama.

—Hazme el amor —le dije, con una mirada de deseo.

—No hace falta que me lo digas dos veces —me respondió, con la misma mirada.

Nos lanzamos el uno a la boca del otro, pero, a pesar de que se notaba la necesidad que teníamos de hacerlo, predominó la dulzura en esos besos, sin perder la pasión, por supuesto.

Se situó entre mis piernas y me penetró, sin dejar de mirarme a los ojos, de una manera que me estaba haciendo saber todo lo que sentía por mí, al igual que yo hacía con él. En el club habíamos follado, en esa cama estábamos haciendo el amor, que era lo mismo, pero implicando al corazón, con lo cual era todavía mucho más satisfactorio.

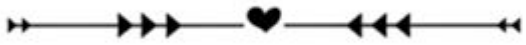
Cuando terminamos, me abrazó contra su pecho, mientras me acariciaba el brazo, y no me pude callar.

—Gracias —le dije, y me miró extrañado.

—¿Por qué me das las gracias? — preguntó.

—Por hacerme feliz — contesté y nos besamos de nuevo.

Capítulo 33



Max

La noche en el club con Olimpia fue de traca, jamás lo había pasado tan bien, pero entendía que no era eso lo que quería con ella, y por eso, a la mañana siguiente, y durante el desayuno, no dudé en decírselo.

—Olimpia, me gustaría comentarte algo…

—Si es por lo de anoche. No negaré que estuvo muy bien, pero no es eso ni lo que quiero ni lo que necesito, Max. Si lo que quieres es proponerme que lo hagamos más veces, mi respuesta es un no, rotundo —me contestó, y me la comí a besos.

—Todo lo contrario. Como tú bien has dicho, fue algo glorioso, pero que no quiero repetir. No te digo que, en algún momento de nuestras vidas, y siempre que nos apetezca a los dos, te lo vuelva a proponer, o tú a mí, pero no por regla general —le dije, y me miró sonriente.

Era hora de volver a casa, pues, aunque os parezca increíble, echaba de menos a los chicos, sus risas, sus piques entre ellos o conmigo en la consola, el ayudarlos cuando no entendían algo con los deberes. Mi familia, porque así los consideraba ya.

El vuelo fue tranquilo, tan solo que estábamos cansados del día anterior. Llevábamos regalitos para todos, incluidas las chicas de la cafetería. Todo fue aterrizar y, al encender el teléfono, Olimpia recibió una llamada de su hermano.

—¿Qué quieres? —le dijo, en un tono nada amigable.

—Papá se está muriendo, y pregunta por ti —le dijo, sin paños calientes, y vi como Olimpia se quedaba bloqueada.

—No debería ni de haberte contestado a la llamada, pero es mi padre y, por mucho daño que me haya hecho, no pienso permitir que se vaya de este mundo con la pena de no haber hablado conmigo, no me lo perdonaría. Tan solo espero que esto no sea una encerrona, porque no pienso ir sola.

—¿Vas a venir con ese tipo? No tienes vergüenza, Olimpia…

—Te voy a decir una cosa, cuando vaya, procura no estar presente, no me gustaría cruzarme contigo. Si alguien en esta familia está exento de vergüenza, ese eres tú, así que haz el favor y no me calientes —le contestó, para colgar la llamada luego.

—Venga, vamos. Avisaré a mis padres y saldremos hacia el pueblo en este mismo instante —le dije, marcando el número de mi madre.

Ella nos dijo que no nos preocupáramos por los chicos, que estaban bien. Acababan de merendar y estaban haciendo los deberes, también que ella se ocuparía de avisar a las chicas de la cafetería, por si teníamos que quedarnos en el pueblo a pasar la noche.

Cogimos el coche, que habíamos dejado en el aparcamiento del aeropuerto, y pusimos rumbo a la casa de los padres de Olimpia. Sabíamos que tendríamos un recibimiento hostil, pero no hasta el punto de lo que nos encontramos.

—No pienso dejar que este hombre, que no es tu marido, entre en mi casa —nos dijo la madre, parándose en la puerta.

—Es mi padre el que me ha hecho llamar y, aunque Max y yo no tengamos un papel que lo indique, es mi marido a todos los efectos, así que, quítate de en medio y déjanos pasar —le dijo a su madre.

—Tú solo has tenido y vas a tener a un marido a los ojos de Dios, el único con el que te casaste por la iglesia.

—Si es por eso, no te preocupes, que ya tengo los papeles de la nulidad en marcha. O nos dejas pasar, o quedará sobre tu conciencia que no cumpliste la última voluntad de mi padre. Por cierto, a la zorra que vive con Pablo sí que la dejaste pasar en navidades, ¿no?

—Esa mujer no es ninguna zorra. Tú fuiste la culpable de arrojar a Pablo en sus brazos, por no cuidarte, ni cuidarlo a él en todos los sentidos —le reprochó. Fui a intervenir, pero mi chica me indicó que no lo hiciera con un gesto de cabeza.

—¿Se puede saber cómo alguien puede cuidarse si tiene dos mellizos casi recién nacidos y su padre no le ha cambiado ni un pañal? Tenía dinero suficiente para haberme buscado ayuda, pero se lo gastaba en borracheras y en putas. Ahora, o te quitas de en medio o te quito yo, elige —le dijo, firme, como no la había visto nunca, y me sentí de lo más orgulloso.

—Sigue siendo mi casa, y esas son mis condiciones.

—Olimpia, será mejor que te espere en el bar. No quiero estar donde no soy bienvenido, y tú tienes todo el derecho a despedirte de tu padre —le dije, pero negó con la cabeza.

—No lo pienso consentir. No nos deja pasar, pues lo siento por él, pero si tú no entras, yo tampoco —dijo mi chica, sin bajarse del burro, cuando vimos como su padre salía hasta la puerta.

—En mi casa mi hija y su pareja siempre serán bienvenidos. No es tu casa, Martina, es la mía, yo la pagué y está a mi nombre, así que, ahora mismo, la única que sobra eres tú —le dijo su padre, ante la atónita mirada de su mujer, que no dudó en hacerlo.

—Papá…

—Pasad, por favor, no me encuentro bien de pie y necesito mi oxígeno —le dijo él, andando lentamente hacia el salón.

Entramos en silencio, sin saber qué decir, puesto que la realidad había superado a la ficción, en todos sus aspectos. En menos de un minuto, su hermano y los padres de su ex ya estaban en la casa.

—¿Pensabas que me iba a cargar a papá? —le preguntó Olimpia con ironía.

—De ti, me espero cualquier cosa —le contestó, con desprecio.

—Alberto, quiero hablar a solas con tu hermana y con su pareja. Vete de aquí, hasta que ellos no se marchen, no te quiero cerca —le dijo Antonio a su hijo.

—Papá, no hagas una locura. Deja que me quede aquí, aunque sea en la cocina…

—He dicho que no, y aunque me quede nada y menos de vida, todavía tengo mi cabeza en su sitio para echarte de aquí.

—Está bien, estaré en la puerta —le dijo, mirando a su hermana con odio.

—Papá, no es necesario. Deja que se quede en la cocina, no me apetece tener más problemas con ninguno de los dos —le dijo Olimpia, cogiéndole de la mano.

—Él, al igual que yo, tendríamos que haberte protegido, ayudado y cuidado, cuando viniste a decir que te habías quedado embarazada, y no lo hicimos. Más bien, todo lo contrario, porque te arrojamos a los leones haciendo que te casaras…

—Eso ya pasó, papá. Ahora, tenemos que mirar al futuro —le dijo su hija, aguantando las lágrimas.

—Precisamente por eso, porque yo ya no tengo futuro, me doy cuenta de todo lo que fallé en el pasado. Necesito que me perdones, Olimpia, pero de corazón. Sé que no me he portado bien, que he consentido demasiadas cosas que no debí de haber consentido, como que te echaran de tu propia casa, con mis nietos.

—Ahora vivimos mejor. Gracias a eso, compré un ático precioso, que tengo alquilado, porque vivimos con Max, en una casa frente a la playa. Es preciosa, y los niños están felices —le contó Olimpia, con una sonrisa.

—A ti, muchacho, quiero darte las gracias por cuidarla y defenderla como ninguno de nosotros fue capaz. Tengo entendido que mis nietos te adoran, y eso le repatea a su padre, pero se lo tiene merecido, por no ocuparse nunca de ellos.

—A mí no tiene nada que agradecerme, señor Antonio, es mi obligación por ser parte de la vida de la mujer de la que estoy enamorado, aparte de que lo hago muy gustosamente, nos llevamos de maravilla los cuatro —le intenté explicar, porque para mí no suponía ningún esfuerzo, era cierto.

—Me muero, pero con la conciencia tranquila porque ha vuelto a ser ella. Está feliz y enamorada, y eso se ve con tan solo mirarla a la cara. Me

gustaría ver a mis nietos antes de partir, pero no sé si podré hacerlo.

—¿Quieres ver a los niños, papá? —le preguntó Olimpia, y él afirmó con la cabeza. Mi chica me miró, y supe lo que quería.

—En una hora los tiene aquí, señor Antonio. Voy a recogerlos con el coche a casa —le dije, y me acerqué a Olimpia para que me acompañara a la puerta.

—Ten mucho cuidado, Max, no me fio de ninguno de ellos —me dijo, dándome un abrazo.

—Lo mismo te digo, ante cualquier cosa, me llamas que enseguida estaré aquí —le contesté, dándole un beso como los que nos dábamos a menudo, y ante la cara de asco de su madre y su exsuegra, a la que le faltó tiempo para llamar a su hijo.

Me monté en el coche y arranqué el motor, saliendo de allí lo más rápido que pude, porque cuanto antes llegara, antes estaría de vuelta. No me quitaba del pensamiento lo que había dicho ese hombre, el padre de Olimpia. Se decía que más vale tarde que nunca, pero tenía la impresión de que, aunque se veía arrepentido, lo hacía para acallar su conciencia y partir en paz.

—Chicos, tenéis que venir conmigo —les dije, pues estaban en el salón, con el pijama puesto.

—¿Le ha pasado algo a mi madre? —fue lo primero que preguntó Héctor, preocupado.

—Tu madre está perfectamente. Es vuestro abuelo Antonio, está bastante enfermo, a punto de morir, y quiere veros. Vuestra madre está allí, esperando a que vayáis, siempre y cuando estéis de acuerdo en ir, por

supuesto, nadie os va a obligar a hacer algo que no queráis —les dije, y su reacción fue muy diferente.

Mientras que Atenea reaccionó con rabia, Héctor lo hizo con calma, pero en el fondo, los dos argumentaron lo mismo.

—Está bien, pero que conste que lo hago por mi madre, porque ninguno de ellos se merece ni que lo miremos —dijo Atenea, levantándose para cambiarse de ropa.

—No voy a quedar de malo, cuando siempre han sido ellos los que se han portado mal. En cinco minutos bajamos, Max —fue lo que argumentó Héctor, que era bastante más calmado que su hermana.

Hablé con mis padres y les conté como había sido el recibimiento por parte de su madre y su hermano, y como se habían quedado todos en la puerta, en plan cancerberos. Estaba terminando de contarles todo, cuando bajaron los niños, perfectamente vestidos y peinados.

Nos montamos en el coche y pusimos rumbo al pueblo, que estaba a menos de veinte minutos de nuestra ciudad. Íbamos en silencio, pero fue Atenea la que lo rompió.

—Max, ¿cómo han tratado a mi madre a su llegada? —me preguntó, y no le iba a mentir.

—Tu abuelo muy bien, la verdad. Gracias a él, que le ha plantado cara a tu abuela y a tu tío, que pretendían incordiar y molestar a tu madre, ha sido capaz de entrar y hablar con él. En cuanto yo me fui, permanecieron junto a tus otros abuelos, en la puerta de la casa —les conté, sin entrar en detalles.

—¡Me cago en sus miserables vidas! —exclamó Héctor, y eso sí que me sorprendió.

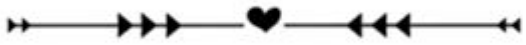
—Tranquilo, Héctor, tu madre se ha sabido defender muy bien —intenté tranquilizarlo.

—No lo dudo, Max, pero no tienen ningún derecho a tratarla así. Cada vez que recuerdo las veces que la despreciamos y humillamos por culpa de sus comentarios, me quiero morir. Es una guerrera, no como ellas, que por su comodidad han consentido todo lo que a sus maridos les ha dado la gana —me dijo el chico, visiblemente afectado.

—Tú lo has dicho, es una guerrera y, todo eso, le ha servido para convertirse en la mujer que es ahora —le argumenté, y los vi sonreír.

—Si piensan que me voy a quedar callada cuando me digan algo de mi madre, lo llevan claro —dijo Atenea, con una sonrisa que dejaba en evidencia que iba a por todas.

Capítulo 34



Olimpia

Cuando me quedé con mi padre, a solas, en ese salón que tan bien conocía, un silencio algo incómodo se instaló entre nosotros. De momento, nos convertimos en dos extraños, en dos personas que, aunque compartiendo la misma sangre, no teníamos nada más en común.

—Olimpia — dijo mi padre, pasado un buen rato.

—Dime, papá —le respondí, sin saber como seguir la conversación, pero fue él quien se encargó de hacerlo.

—Quiero que sepas que estoy muy arrepentido por todo, y que, tras mi muerte, intentaré compensarte. En tus manos dejaré la decisión, tan solo espero que lo hagas desde la cabeza, no desde el corazón —me dijo, y no lo entendí, la verdad.

—Papá, no sé a qué te refieres. ¿Puedes especificar más, por favor? —le pedí, pero en ese momento entró mi madre con mi hermano.

—Quiero que salgas de aquí. Cuando lleguen tus hijos, los dejaré pasar junto a un adulto, pero enseguida os largareis. Tu padre tiene que descansar y no lo está consiguiendo por tu culpa — dijo mi madre, hablándome con desprecio.

—Te recuerdo que ha sido él quien me ha llamado, así que, hasta que él no me lo pida, no me marcharé. Estaré aquí cuando lleguen mis hijos, le guste a quien le guste — respondí, cuando escuchamos jaleo en la calle.

Salimos a ver qué era lo que estaba pasando. Como no, mi ex y su familia increpando a Max, y mis hijos sacando la cara por él, como no podía ser de otro modo.

—Me parece vergonzoso que dejes a los niños con un tipo que no conoces de nada —me dijo Pablo, en cuanto me vio aparecer por la puerta.

—Lo que parece vergonzoso es que sea él quien esté pendiente de nosotros, el que nos cuide, el que nos celebre el cumpleaños, cuando tú ni siquiera te habías acordado —le respondió Héctor, con mucho coraje.

—Vuestro cumpleaños no es hasta el mes que viene, no creas que voy a caer en la trampa. No le ha dado tiempo a celebrar ninguno con ustedes — dijo su padre, muy seguro de sí mismo.

—Nuestro cumpleaños fue el sábado, pero, tranquilo, que estuvimos rodeados de la gente que de verdad nos quiere, no nos hizo falta nadie más. Ahora, si no te importa, voy a despedirme de mi abuelo, que tampoco se lo merece, pero no vamos a quedar nosotros como los malos, cuando todo el mundo sabe de qué pie cojeáis cada uno de vosotros —le dijo mi hija Atenea, dejándolo a cuadros.

—Eso es mentira. Yo siempre he estado pendiente de ustedes, os paso mil euros cada mes para vuestra manutención —contestó Pablo, como si el dinero pudiera sustituir todo lo que él no le había dado.

—Por mí, te puedes meter el dinero donde te quepa. No sabes nada de nosotros, ni el nombre de nuestros profesores, pero que no sepas el día en el que nacimos, eso ya tiene delito. ¿Sabes qué? Ya tengo edad suficiente para decidir, así que, no quiero volver a saber nada de ninguno. Vamos Atenea,

digámosle adiós al abuelo —respondió Héctor, tratando a todos con indiferencia.

—La culpa de todo esto la tienes tú, por meter en su vida a un hombre como este, pero no se quedará así la cosa. Voy a demostrar que eres una mala madre, te los quitaré y lo enviaré a un internado en el extranjero…

—Atrévete siquiera a intentarlo, y entonces verás lo que es una madre cabreada, te lo aseguro. Te faltará calle para correr, y tu nombre se verá arrastrado por todo el fango, hasta el punto de que tendrás que huir de aquí. Así que, tú decides —le respondí, dejándolo ahí con dos pares de narices.

Entré con mis hijos en el salón, donde estaba mi padre junto a mi hermano Alberto, que nos miraba con desprecio, como si no fuéramos merecedores de estar sentados ahí. Para él, mi familia era la escoria de la familia.

—Déjame a solas con los niños, Olimpia, por favor —me pidió mi padre, al que cada vez le costaba más respirar.

—Está bien, pero no te esfuerces demasiado —le dije, tomando su mano.

Cuando mis hijos vieron la forma en la que le hablaba a mi padre, cambiaron de actitud, tornándose a una más relajada y cariñosa.

Salí de la casa, y me fui fuera, donde Max estaba apoyado en el coche. Me miraba con amor, y no dudó en agarrarme de la mano para apoyarme en él, abrazándome por la cintura, ante la mirada inquisidora de mi madre y mi exsuegra.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó, con sinceridad.

—Si te digo la verdad, no lo sé. Por un lado, y como es lógico porque es mi padre, me siento triste, pero por otro, estoy demasiado tranquila. Es

como si el tiempo hubiera querido poner todo en su sitio, como si me diera la razón. Es complicado expresar lo que siento —le contesté, sin saber cómo explicarle lo que mi corazón sentía.

—Te entiendo perfectamente. Tu ex ha venido a reprocharme, pero lo he escuchado como quien escucha llover. Me ha dicho tales barbaridades, que son imposibles de reproducir, acusándome de lo más grande, la verdad. No entiendo como una persona puede albergar tanto rencor y tanta maldad, cuando el que te haya perdido tan solo ha sido culpa suya —me contó Max.

Iba a contestarle, cuando vi salir a mis dos hijos corriendo, con lágrimas en los ojos, buscándonos con la mirada.

—Mamá, al abuelo le pasa algo. Estaba hablando con nosotros y, de repente, se ha puesto a toser, como si le costara respirar —me dijo Héctor, porque Atenea, con todo lo arrojada que parecía, era más aprensiva que su hermano.

Todos, incluido Max, salimos corriendo hacia el interior de la casa, donde nos encontramos a mi padre agonizando. Me miró y me hizo un gesto para que me acercara, tomó mi mano, me dio un beso en ella y dejó de respirar.

Una congoja se apoderó de mí, pero no era solo por el hecho de que hubiera muerto, sino también porque, a pesar de todo lo que me había hecho, había sido capaz de perdonarlo, y esa tranquilidad la llevaba por dentro.

Max me pasó el brazo por los hombros, sacándome de allí, al igual que a los mellizos, a los que llevaba en el otro brazo, como si fuera la mamá gallina protegiendo a sus pollitos, y es que sabía lo que venía ahora, que no era otra cosa que más reproches por parte de mi madre y de mi hermano.

—Por tu culpa no nos hemos podido despedir de él. Te dije que tenía que descansar y tú, al igual que estos dos desagradecidos, os lo habéis pasado por el forro —me gritaba mi madre, en la puerta de la casa.

—A mí me dices lo que quieras, que me da exactamente igual, pero a mis hijos ni te atrevas a nombrarlos, porque no respondo —le dije, muy seriamente.

—Tus hijos, que también tienen un padre, son iguales que tú. Ya podrían aprender un poco de él, les iría mejor en la vida —me dijo mi exsuegra, y ahí sí que no me callé.

—Tiene gracia que digas eso, cuando lo único que les podría enseñar es a tener maldad. Por suerte, mis hijos no salen a él, y mi trabajo me ha costado. Ahora, iros a la mierda los cuatro, que yo vuelvo a mi casa —les dije, refiriéndome a mi suegra, mi madre, mi hermano y el cabrón de mi exmarido.

No quise quedarme, porque tenía clarísimo que no me lo permitirían. Cuando ya estuviera enterrado, vendría a dejarle flores y a explicarle el motivo por el que me había marchado, no quería más conflictos cuando yo tenía mi vida construida en otro lugar y era feliz.

Habían pasado tres días desde que sucedió lo de mi padre, y todavía no había vuelto al pueblo, no me sentía ni con ganas ni con fuerzas para hacerlo, pero ese día recibí una llamada que lo cambió todo…

—Buenos días, con la señorita Olimpia Gil, por favor —me dijo una voz que no conocía de nada.

—Buenos días. Sí, está hablando con ella. ¿Quién es usted? —contesté, ávida de saber de quien se trataba.

—Mi nombre es Manuel Camacho, de la notaría, Hermanos Camacho, de Sevilla. Tenemos constancia de que usted está incluida en el testamento del señor Antonio Gil y la llamo para citarla para la apertura de este. ¿Le vendría bien esta tarde a las cinco? —me dijo, y me quedé a cuadros.

—Sí, claro, pero me tendría que enviar la ubicación, soy de otra provincia y no tengo ni idea de por qué mi padre ha hecho testamento tan lejos de casa.

—Son muchas personas las que lo hacen, sobre todo cuando no quieren que haya filtraciones o posible manipulación —me contestó, y entonces entendí lo que mi padre me había querido decir.

—¿Hay alguien más citado? —pregunté, porque me imaginaba que mi madre también estaría, eso como mínimo.

—Sí, están citados también la esposa del fallecido y su otro hijo, además de su socio, el señor Salgado —me respondió, y supe que volveríamos a tener jaleo.

—Muchas gracias, en cuanto pueda, me envía la ubicación, si es usted tan amable —dije, antes de colgar.

—¿Quién era? — preguntó Max, que acababa de salir de la ducha.

—No te lo vas a creer cuando te lo cuente.

—Inténtalo, así no me dejas con la duda —me contestó, con guasa.

—Era un notario de Sevilla. Me llamaba para citarme hoy a las cinco en su despacho, para la lectura del testamento de mi padre —le dije, y me miró sonriente.

—No sé por qué, pero tengo la leve intuición de que tu padre la va a liar después de muerto, y que tú vas a ser la gran beneficiada —dijo, sin que la sonrisa se borrara de su boca.

—Algo me dijo antes de morir, cuando me quedé a solas con él. Pero lo que más recuerdo es que me dijo que actuara con la cabeza, no con el corazón.

—Sabio consejo, si señor. Vamos a hacer una cosa, yo tengo pendiente la visita a un cliente en Sevilla, llamaré al banco y le diré a mi secretaria que la voy a realizar hoy. No me llevará más de diez minutos, porque tan solo es una firma lo que tenemos que liquidar. De ese modo, estaremos allí tranquilos para la hora de la cita —me dijo, y lo acepté.

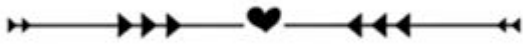
—Yo llamaré a las chicas, les diré lo que ocurre. Por Atenea y Héctor no hay problemas, porque hoy comían en el colegio, tienen extraescolares y no les resultaba cómodo ir a comer y luego tener que volver. Hasta las siete no salen, los avisaré de que, si no estamos en casa todavía, se preparen algo y no se muevan de casa —le dije, y él asintió.

Eso hicimos, después de darme una ducha y vestirme, avisé a Trini y a Jessica, que no pusieron ningún impedimento, y hablé con los niños, que todavía no se habían marchado al instituto.

Nos montamos en el coche, ya que los íbamos a dejar en el instituto antes de emprender el camino hacia Sevilla. El notario no había tardado ni cinco minutos en enviarme la ubicación y, curiosamente, estaba muy cerca de donde Max había quedado con su cliente.

Estaba situada en el centro, en la zona conocida como, “la seta”, que no era otra que la plaza de la Encarnación, y mi chico tenía que ver a su cliente en la plaza del Salvador, que estaba a menos de diez minutos andando. Por ello, aparcamos en coche en el aparcamiento público de la seta, y así no tendríamos que preocuparnos de él. Mientras que Max veía al cliente, yo me fui de tiendas por la zona, él me llamaría para saber dónde estaba cuando terminara.

Capítulo 35



Olimpia

Había llegado la hora de la cita en la notaría, y nos dispusimos a subir al despacho, porque Max me acompañaba, aunque se tuviera que quedar fuera. Le insistí en que me esperara en la cafetería, pero alegó que no lo haría, que no me dejaría sola con esos leones.

—Buenas tardes, tenía cita con el señor Manuel Camacho, soy Olimpia Gil —le dije a la chica que estaba en la recepción.

—Sí, estamos esperando a que venga el resto de las personas citadas. Pueden esperar en esa sala —nos indicó, y cuando íbamos a entrar, escuchamos a mi madre que había llegado.

—¿Se puede saber qué haces tú aquí? Seguro que fue idea tuya que tu padre hiciera el testamento a tantos kilómetros de distancia —me dijo, metiendo la pata, como siempre.

—Claro, como yo hablaba con él todos los días. Desde luego, lo que hay que escuchar en esta vida… —dije, con un tono de dramatismo.

—No sé para qué has venido, ni que papá te hubiera dejado algo a ti, la escoria de la familia, la que ha arrastrado el apellido Gil por el barro —dijo mi hermano, con mucha superioridad.

—Mira chico, yo no sé si me ha dejado algo o no. Lo que sí te puedo asegurar es que el notario me ha llamado esta mañana, y aquí estoy —le dije, con chulería, que era el único idioma que mi hermano conocía.

Cuando iba a contestarme, apareció el notario, que nos dijo a qué sala teníamos que pasar, indicándole también a Max que, al no ser citado, tendría que esperar en la sala en la que nos dijo la chica de recepción anteriormente, y asintió con la cabeza.

—No te dejes morder por esos perros, y haz caso a tu padre, actúa con la cabeza —me dijo, antes de darme un beso en los labios.

—Lo haré, no lo dudes —contesté, sonriente, que era lo que más le jodía a todos los que estaban ahí, verme feliz.

Entramos al despacho, donde se procedió a la lectura del testamento, y no os podéis imaginar lo que se formó allí dentro. De manera resumida: como mis padres tenían separación de bienes, todo lo que estaba a nombre de mi padre, que era todo lo que había, pasó a mis manos como heredera universal. Sí, la legítima se la había dejado a mi hermano, pero en forma de acciones de la empresa que tenía con mi exsuegro, en la que se gestionaban las tierras, unas tierras que ahora eran de mi propiedad, así como la casa y el dinero de la cuenta personal, que no era poco. A mi madre tan solo le había quedado la pensión de viudedad, que no era pequeña tampoco, y la casa en la que yo viví durante mi matrimonio, que estaba puesta a su nombre, ya que mi padre les compró la parte a mis exsuegros.

—No te vas a quedar con mi casa, antes la quemo —me amenazó mi madre, delante del notario.

—Usted está de testigo de sus amenazas, si a la casa le pasa algo…

—Si a la casa le pasa algo, se le atribuirá directamente el hecho a esta señora, porque pienso dejar constancia en un documento ahora mismo —me

contestó el notario, mientras que mi madre me miraba desesperada.

—Quiero que, antes de marcharnos, quede claro todo. Como comprenderás, no pienso echarte, tengo más corazón que tú, pero tampoco te vas a adueñar de mis bienes. Para empezar, te haré un contrato de alquiler, que, ya que estamos aquí, que sea el mismo notario quien lo haga, por el que me pagarás, cuatrocientos euros por vivir en ella, el resto de los gastos de la casa corren por tu cuenta también.

—No tienes corazón, a mí, que soy tu madre —se puso en plan dramática, pero me daba igual.

—A mí, que soy tu hija, no te importó dejarme en la calle con tus dos nietos, así que, me da igual. Si no te conviene, siempre puedes irte a vivir a otro sitio, o con tu hijo y tu nuera que tan buenos son. Con respecto a las tierras, no las quiero para nada, así que las pienso vender.

—No puedes hacer eso, de esas tierras comemos todos —dijo mi hermano, con rabia.

—¿La empresa las quiere comprar? No tengo ningún inconveniente en vendéroslas. Buscaremos una tasación, si estáis dispuestos a pagar lo que vale, perfecto, si no, buscaré otro comprador —les dije a mi exsuegro y a mi hermano.

—Señorita Gil, de eso se encargó su padre. Aquí está la tasación de hace menos de seis meses, por lo que todavía es válida. En ella se indica que el valor de esas tierras está en dos millones de euros, y hay una lista de posibles compradores —me informó el notario, a quien les había caído mi familia tan mal como a mí.

—Nosotros no podemos pagar eso. La empresa da beneficios porque no teníamos que pagar nada por su cultivo y explotación —dijo mi exsuegro, y me encogí de hombros.

—Algo no me cuadra. Alberto, si yo fuera tú, pediría una auditoría, porque el dinero se está yendo por algún lado —le dije a mi hermano, sabiendo que quién estaba robando era él.

—Yo las compraré, pero necesitaré tiempo, tengo que hablar con el banco para pedir una hipoteca sobre el resto que me falta — dijo mi hermano, un tanto nervioso.

—Mira, vas a tener suerte. Mi chico es el que lleva todas esas cuentas, así que, será mejor que vayas a buscarlo y que él te indique si es viable la operación o no, porque no quiero perder el tiempo. Mientras que para ustedes es beneficioso, para mí es pérdida de dinero —le dije, sonriente.

Lo vi salir del despacho, mientras el notario tomaba nota de todo para dejarlo cerrado en el mismo día, si era posible. Tardaron como veinte minutos en entrar, suponía que Max estaba analizando los pros y los contras de la operación. Por suerte, siempre llevaba su portátil, y más hoy, que venía de ver a un cliente.

—La operación es viable. Si quiere, señor notario, hago que me envíen ahora mismo el expediente y lo dejamos firmado ya —le dijo Max, y al notario se le dibujó el signo del dinero en los ojos, como los dibujitos animados.

—Genial, cuanto antes dejemos todo listo, mejor para todos —le contestó, y vimos como Max salía de allí para llamar a sus compañeros y que le enviaran la documentación por correo electrónico.

Salimos de allí casi a las ocho de la noche, eso sí, con todo listo y mi dinero en el bolsillo. El propio Max fue el encargado de traspasar el dinero de la cuenta de mi padre a la mía, que se vio engrosada considerablemente. El importe de la venta de las tierras aparecería en mi cuenta a lo largo del día siguiente, que era lo que tardaba en llegar la transferencia que me habían hecho.

—No te quiero volver a ver en mi vida, eres lo peor que me dio el destino —me dijo mi madre, mirándome con odio.

—Lo mismo digo, señora. No olvide ingresar todos los días cuatro el dinero de mi alquiler, o me veré obligada a desahuciarla, y no me temblará el pulso en hacerlo. Que la vida os dé tan solo lo que os merecéis, como ha hecho conmigo y con mis hijos —les contesté, tanto a ella, como a mi hermano, porque mi exsuegro no había abierto la boca.

En cuanto nos dimos la vuelta, tanto Max como yo estallamos en una carcajada. La que había liado mi padre con el testamento había sido chica, sobre todo con mi madre. Ella, que había aguantado lo indecible para quedarse con todo, y se había quedado con una mano delante y otra detrás. Si el beneficiario de todo hubiese sido mi hermano, lo habría manipulado para que le cediera gran parte, con la promesa de que, cuando ella faltara, sería el único en heredar. Le salió el tiro por la culata.

—No veas el señor Antonio la que ha liado —me dijo Max, entre risas.

—Ni que lo digas. Te has perdido la cara de mi madre cuando se ha enterado de que me lo había dejado todo a mí. Si por ella hubiera sido, me habría sacado de allí por los pelos —le respondí.

—Menos mal que el notario los ha calado del tirón, y te ha hecho el favor de dejarlo todo listo, porque te podrían haber complicado mucho la cosa.

—No lo iba a permitir, lo tenía claro. Si no me pagaban, mi madre iba a la calle y las tierras a otro propietario. De mí, no se iban a cachondear, ni mucho menos.

—Así me gusta. Ahora, señorita, la pregunta es, ¿qué piensa hacer usted con tanto dinero? — preguntó, riendo.

—De primero: pienso contratar a otra persona en la cafetería, y yo me dedicaré tan solo a la cocina, más relajada. De segundo: nos vamos a ir los cuatro de viaje en Semana Santa, así que, ve eligiendo destino —le conté mis planes.

—Al final, te vas a tener que hacer inversora, ya verás.

—No, no, cada uno a lo suyo, yo seguiré con mis magdalenas y tartas, que es lo que me gusta, aunque de una manera más tranquila. También les voy a subir el sueldo a las chicas, que se lo merecen y no he podido hacerlo hasta ahora.

—Lo que hagas, bien hecho estará. Eso sí, te aconsejo que le abras a los niños una cuenta a cada uno, con algo del dinero, y que apartes la cantidad que tendrás que pagar de impuestos…

—Mira, tú eres el experto, así que, en tus manos lo dejo. Confío en ti plenamente —le dije, porque parecía que me estaba hablando en chino.

Pusimos rumbo a nuestra ciudad de nuevo, y tras una hora y media aproximadamente, estábamos aparcando el coche en el garaje.

—Mamá, ¿qué ha pasado? —me preguntó Atenea, Héctor no se había dado cuenta, porque después de los deberes se había puesto a jugar con su abuelo Carlos, que se habían ido allí para que no se quedaran solos.

—Todo perfecto, hija. Por primera vez, tu abuelo ha dejado a los demás sin palabras, actuando como tenía que hacerlo —le dije, echándole el brazo por encima del hombro.

—¿Y eso se traduce…? —dijo Héctor, que había dejado la consola a un lado.

—Pues que le ha dejado todo a tu madre, menos la empresa, que es de tu tío. Ahora, ha sido ella la que tenía el sartén por el mango, y ha dejado a todos pelados —le contó Max, sonriente.

—Esa es mi madre, si señora —dijo mi hijo, con mucho orgullo.

Al ser viernes, como al día siguiente ni los niños tenían colegio ni Max tenía que trabajar, les dijimos que se cambiaran de ropa, y nos fuimos a cenar todos juntos, incluidos Manuela y Carlos. Fimos a una marisquería muy famosa que estaba cerca de casa, y lo hicimos dando un paseo en familia.

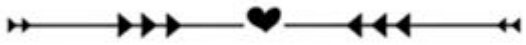
Max me llevaba de la mano, con nuestros dedos entrelazados, a mi derecha iba Atenea, hablando con Manuela, a la que veía como una abuela, y al lado de Max, lo hacían Carlos y Héctor, enredados en estrategias para ganarle a los amigos de mi hijo.

—He pensado regalarle una consola a tu padre, ¿qué te parece? —le pregunté a Max, que soltó una carcajada.

—Me parece que lo harás el hombre más feliz del mundo. Mira que se la puede comprar fácilmente, pero nunca ha querido. Desde que está con Héctor, es su pasatiempo favorito —me contestó, y no lo dudé.

En cuanto entramos en la marisquería y nos asignaron una mesa, entré en la aplicación de compras y se la compré, la recibiría al día siguiente en su casa, pero no le diría nada, que se llevara la sorpresa.

Capítulo 36



Max

Olimpia hizo lo que había dicho, empezando por contratar a una chica nueva, que fue la sobrina de Trini, de diecinueve años, y que trabajaba siempre en horario de mañana, ya que por la tarde estaba estudiando un módulo superior de Economía, tema que le fascinaba.

Por otra parte, les subió el sueldo a sus compañeras, en trescientos euros, que les hizo muchísima ilusión, porque les venía muy bien para poder ahorrar un poco.

Había llegado el momento de irnos de viaje, a uno que elegimos todos por consenso. Nuestra primera opción fueron Las Malvinas, pero decidimos dejarlo para el verano, ya que así podríamos coger uno de diez o quince días. Luego pensamos en París, pero a los chicos no les hacía demasiada ilusión, decían que eran muchos días para estar en una sola ciudad. Al final, nos decidimos por hacer un crucero por el Mediterráneo, y estábamos a punto de embarcar en el puerto de Barcelona.

Íbamos todos muy felices, en especial Héctor y yo, ya que era el único conocedor de mi secreto, ese que se escondía en un bolsillo de mi chaqueta y que le daría a su madre cuando llegáramos a Roma, delante de la Fontana de Trevi.

Elegimos dos camarotes contiguos, que se comunicaban entre sí, pero que tenía la seguridad de que los chicos no abrirían sin permiso ni sin una excusa importante, por lo que podríamos disfrutar de nuestra querida intimidad.

—Venga, vamos a la cubierta a decirle adiós a la gente —nos dijo Atenea, algo nerviosa.

—Eso, que sea como en las películas —dijo su madre, y salimos todos de los camarotes.

Subimos a la cubierta, y realmente, era como había dicho Héctor, mucha gente abajo que la mayoría de los que íbamos en el barco no conocíamos de nada, diciendo adiós. Cuando salimos del puerto, fuimos a uno de los restaurantes que había en esa cubierta, y nos sentamos a tomarnos un refresco y un aperitivo. En la mesa de al lado había una familia con dos hijos de la edad de los chicos, que no dudaron en entablar conversación.

—Mamá, ¿podemos ir a dar un paseo con Jacobo y Javier? —le preguntó Atenea a su madre.

—Por supuesto, nos vemos a la hora de la comida en este mismo restaurante — contestó ella, dándoles un poquito de cuerda a los chicos.

—Me parece increíble que, con dieciséis años, aún sigan preguntando esas cosas. Otros, simplemente te hubieran informado, o ni siquiera eso. Los has educado muy bien —le dije, porque era cierto. Había tenido mucha suerte con ellos, a pesar de sus reticencias iniciales.

—Y a ti, ¿te tengo educado? —me preguntó, en tono meloso, y supe a lo que se estaba refiriendo.

—¿Quieres verlo? —le dije, levantándola de la silla y llevándomela en el hombro hasta el camarote.

Todo el mundo nos miraba, y se reían, pero a mí me daba igual. Teníamos unas horas por delante hasta que los chicos volvieran, así que las pensaba aprovechar.

Abrí la puerta del camarote como pude, y la cerré con el pie. La tiré en la cama, me situé entre sus piernas, y la besé, con deseo, con hambre de ella, con pasión. Metí una de mis manos entre nuestros cuerpos, aprovechando que llevaba un vestido, y llegué hasta su sexo. Sabía como encenderla más de lo que estaba, y por eso no dudé en apartar su braguita a un lado, y hacer círculos con mis dedos sobre su clítoris.

—Dios, Max, no pares —me suplicó, con la mirada velada de deseo.

—No pienso hacerlo, así me lo supliques —le respondí, y me lancé de nuevo a su boca.

Conseguí que se corriera en mi mano, me encantaba la sensación de sus fluidos cayendo por mis dedos, y no dudé en llevármelos a la boca para saborearlo. Casi sin darnos cuenta, ya estábamos los dos desnudos, pero no la quise tomar ahí, así que la levanté y la llevé hasta la terraza, quería hacerlo mirando al mar.

Ya estábamos bastante alejados de la costa, así que no nos podía ver nadie. La estructura de las terrazas de los camarotes estaba pensada para que solo se pudiera ver su interior desde el puerto, ni los camarotes laterales ni los superiores podían ver nada.

La puse mirando al mar, sujetándose en la barandilla, levanté sus caderas y la penetré, fuerte y ligero, como sabía que a ella le gustaba. Antes de llegar allí, cogí a nuestro amigo Manolo, que era como había bautizado al consolador que usábamos algunas veces para jugar.

Cuando me cansé de penetrarla vaginalmente, saqué mi pene de su interior, y lo sustituí por Manolo, mientras que mi miembro hacía una

bonita incursión en su trasero. La doble penetración la volvía loca, y yo lo sabía, por eso no dudaba en ayudarme con el consolador para contentarla. Desde ese día que estuvimos en el club, no habíamos vuelto a incluir nadie en nuestra cama, no lo necesitábamos ninguno de los dos.

Nos corrimos a la vez, de una manera tan intensa que nos costaba hasta regular nuestra respiración. Una vez que lo conseguimos, nos miramos a los ojos y nos reímos.

—Cada vez me lo pasó mejor contigo en la intimidad —le dije, susurrando en su oído.

—Pues no sabes lo que yo lo disfruto. Bueno, en realidad sí que lo sabes, no es que yo sea una persona discreta, la verdad —me contestó, y estallamos en una carcajada.

Nos fuimos a la ducha, puesto que no íbamos a ir a comer con todos nuestros fluidos por ahí. Nos vestimos de manera cómoda, y subimos de nuevo al restaurante, donde ya estaban los chicos con sus nuevos amigos, que, al vernos llegar, sonrieron.

—Creo que no es necesario que vuestros padres os digan de dónde vienen —dijo uno de ellos, que no sabía si era Jacobo o Javier, porque eran como dos gotas de agua.

—Ni que lo digas, lo único es que, por la cara que trae mi madre, se lo han pasado pipa —dijo Héctor, sin desmentir que yo no era su padre, y eso me hizo sentir muy bien.

—No seas impertinente, Héctor, haz el favor —le dijo su madre, entre risas.

Al final, nos sentamos todos en la misma mesa, tanto sus padres como nosotros, con los cuatro chicos. Eran arquitectos y vivían en Valencia, pero,

como hacía mucho que no salían de vacaciones juntos los cuatro, por temas laborales, habían decidido cogerse esos días para hacerlo.

El día siguiente navegaríamos, y no llegaríamos a Túnez hasta dos días después. Atenea se volvió loca con tanta ropa típica de allí, y no dudó en comprarse varias chilabas para ir a la playa. A Héctor, por el contrario, le fascinó todo el tema de la arqueología, y se hizo con un libro del museo, en el que aparecían todas las piezas catalogadas. Volvimos al barco muertos de cansancio, pero con la satisfacción de haber disfrutado de un día en familia.

Nuestra siguiente parada era Nápoles, y ahí sí que las chicas se volvieron locas de contentas, sobre todo en su galería comercial, donde adquirieron varios pares de pendientes de cristal de Murano, así como una pulsera cada una, que le cogieron otra similar a mi madre, que estaría encantada, porque todo eso le encantaba, la verdad.

Esa escala tenía también una visita a Pompeya, y nos quedamos alucinados. Habíamos visto en multitud de documentales las momias y todo lo que encontraron allí tras la erupción del volcán, pero no era lo mismo que tenerlo in situ delante de tus ojos.

—Esto me estremece, me hace ver el sufrimiento que tuvieron que pasar estas personas para terminar así —dijo Héctor, que era muy sensible.

—Amigo, ¿te has fijado en los relieves del suelo? —le preguntó uno de los dos gemelos.

—Joder, ¿para qué habrán puesto eso? —contestó Héctor, y un guía que estaba cerca, se lo explicó.

—Pensad que, cuando Pompeya estaba en su pleno esplendor, era una ciudad que tenía muchos visitantes, de muchos países distintos y que hablaban otros idiomas. La cultura del sexo era muy diferente a como la vemos hoy en día, y eso, amigo mío, eran para que todos pudieran llegar al lupanar sin tener que preguntar a nadie. Venid, sigámoslas —le dijo el guía,

y la curiosidad nos pudo a nosotros también, así que allá que nos fuimos todos.

Os parecerá increíble, pero si las seguías, y tal y como había dicho el guía, te llevaban directamente a lo que hoy en día se conocería como un burdel. Pero lo más sorprendente de todo eso era que, al entrar en ese edificio, que era uno de los pocos que quedaba de pie, arriba de las que se suponían que eran las habitaciones, había un fresco con la postura que practicaba la chica que prestaba sus servicios dentro.

Las noches eran nuestras, y de los chicos. Al no poder salir del barco, y sabiendo que estaban bien acompañados, su madre los dejaba que fueran a la discoteca después de la cena. Alguno de los días los habíamos acompañado nosotros, pero sin pasarnos en la hora, que preferíamos pasarlo de otra manera.

Y por fin llegó el día que nos tocaba visitar Roma. Les pedí a los chicos que se mantuvieran con nosotros, porque quería que fueran testigos de ese momento tan importante que esperaba que fuera para bien.

Primero fuimos a visitar el Vaticano, que nos gustó muchísimo, y de donde nos llevamos regalitos para todos, como rosarios y varias cosas típicas más. De vuelta en Roma, hicimos un recorrido por el Coliseo, donde Héctor se hizo una foto en el graderío, y alucinó con toda su historia.

Ahora nos tocaba el momento más especial, la Fontana de Trevi. Héctor me miraba con una mezcla de ilusión y nervios, las mismas que sentía yo, mientras que Olimpia permanecía ajena a todo.

—Mamá, ponte ahí delante de la fuente, que te quiero hacer una foto, como de perfil, haciendo que la miras —le dijo Atenea, tras la sugerencia velada de su hermano.

Ella le hizo caso, y salió una foto preciosa, pero, cuando se volvió, ahí estaba yo, arrodillado en el suelo y con la cajita en la mano, a la vez que su

hija lo dejaba todo inmortalizado en un vídeo grabado con su móvil.

—Olimpia, sé que tu primera experiencia no te salió demasiado bien, pero de ella nacieron los dos tesoros que nos acompañan. Aquí, delante de todos, quiero prometerte que te amaré durante toda la vida, que te cuidaré hasta que mi último aliento, pero para eso, tienes que permanecer junto a mí, y no veo mejor manera de hacerlo que siendo mi esposa. ¿Me harías el honor de casarte conmigo? —le dije, soltando todo del tirón, casi sin respirar.

—Sí, Max, quiero casarme contigo —me contestó.

Me levanté del suelo, le puse el anillo en su dedo y nos besamos, con los aplausos de todos los que estaban a nuestro alrededor como banda sonora. Cuando nos separamos, vimos como Héctor estaba visiblemente emocionado, y Atenea lloraba a moco tendido.

Nos miraron y se vinieron a nosotros, dándonos un abrazo en grupo, que indicaba la familia que habíamos formado, porque así nos sentíamos. Pablo, desde el día en el que su hijo le dijo esas palabras en el pueblo, no había vuelto a llamarlos o a intentar verlos. Eso sí, retiró su manutención de inmediato, cosa que a ninguno nos importó, y ahora, con la herencia que había recibido su madre, mucho menos.

Volvimos al barco, donde le había dicho al personal que nos tuviera una cena especial preparada para todos, a modo de celebración, y a la que invitamos también a los padres de Jacobo y Javier, así como a los gemelos.

Brindamos con champán, y después de eso, nos fuimos a seguir la fiesta en la intimidad, esta vez los dos solos, sin más espectadores que la luna y el mar.

Capítulo 37



Olimpia

Todos se volvieron como locos cuando se enteraron de la boda, ya que mi hija, en cuanto que llegamos al barco, se lo envió tanto a los padres de Max, como al grupo de las chicas, que no dudaron en enviarnos sus felicitaciones.

Y había llegado el momento de nuestra boda, la celebraríamos en la playa, en esa que teníamos justo en frente de nuestra casa, donde la organizadora nos había montado un arco precioso de flores.

Me había decidido por un vestido de corte romántico, pero que resaltaba mi figura, ya que era de cuerpo de sirena. Era sensual, delicado y muy elegante, con el cuerpo de encaje y escote en V que resaltaba mi pecho de una manera espectacular. La espalda quedaba al descubierto, con dos finos tirantes que se cruzaban a la mitad. Iba descalza, ya que estaríamos en la arena, así que no me pondría los zapatos hasta que no fuéramos al lugar de celebración.

Mi pelo estaba recogido en un moño informal, con algunos mechones sueltos, y sujetos con un pasador de plata vieja, a conjunto con los pendientes largos y la pulsera que llevaba.

Max estaba esperando junto a mi hija bajo el arco, mientras yo iba cogida del brazo de Héctor. Fue una cosa que hablamos con sus padres, y que les

pareció una idea preciosa, haciéndolos partícipes de un momento tan importante y especial para nosotros.

Cuando Max me vio, las lágrimas se le saltaron, ya que no me esperaba que llegara de esa manera. Durante toda la organización de la boda, le dije que yo no quería ir vestida como una novia al uso, que probablemente me pondría un traje de chaqueta blanco o un vestido tipo ibicenco, por eso de que nos casaríamos en la playa.

Él se enfadaba conmigo, me decía que, en mi primera boda no llevé vestido de novia por lo precipitado que se dio todo, y ahora, que por fin lo íbamos a hacer bien, tampoco quería usarlo. Mi intención era que se sorprendiera al verme, puesto que ya lo había elegido cuando todavía seguía diciendo lo mismo.

—Estás preciosa. Eres la novia más bonita del mundo —me dijo, en cuanto que llegué a su lado.

—Tú también estás muy guapo, muy elegante —le dije, sin perder mi sonrisa.

—Hermana, tú y yo estamos de adorno, nadie nos dice una sola palabra de lo elegante que vamos —dijo mi hijo a su hermana, causando mi risa.

—Eh, habla por ti, porque a mí, lo primero que me ha dicho Max, en cuanto me ha visto es que me va a tener que quitar a los moscones de encima a cañonazos —le contestó ella, con una sonrisa de orgullo, con el mismo con el que la miraba mi futuro marido.

La ceremonia fue de lo más emotiva, con momentos que siempre quedarán en nuestra retina, como ese en el que mis hijos nos dedicaron unas palabras.

—Mamá, ¿qué decir de ti que no sepa ya todo el mundo? Aunque al principio te veíamos como la mala, como la bruja que tan solo nos quería amargar la existencia, pronto nos dimos cuenta de que nada de eso era cierto. Tan solo eras una leona, una madre intentando proteger a sus hijos, sacrificándose para que ellos no sufrieran la ausencia de un padre que todo lo sustituía con el dinero —dijo Atenea, y continuó su hermano.

—Hoy, mi hermana y yo, queremos darte las gracias por querernos de manera incondicional, por hacernos entender que el amor era otra cosa a lo que nos habían explicado y, sobre todo, por demostrárnoslo a diario. Eso no significa que la vida sea un camino de rosas, porque siempre habrá espinas con las que pincharse, pero cuando tienes a tu lado a una persona que te quiere y te cuida como lo hace Max, nada pesa demasiado —terminó mi hijo.

—Y a ti, Max, gracias por ser como eres, por aceptarnos en tu vida y querernos como si fueras nuestro padre. Nos haces entender cuando algo está mal hecho, pero no con gritos, sino de manera cariñosa, sin perder la paciencia y acompañándonos en nuestro camino —se dirigió Atenea a mi marido.

—Ahora es mi turno. Yo, sobre todo, te quiero agradecer el darme un abuelo con todas las de la ley. Carlos, no llevo tu sangre, pero te considero el hombre más importante de mi vida, el que me da los mejores consejos y con el que me encanta pasar mi tiempo libre. Desde que entraste en nuestras vidas, y a pesar de los malos momentos, siempre nos he considerado una familia, pero hoy lo somos de pleno derecho. No cambies nunca, porque te queremos con el alma —dijo Héctor.

A estas alturas, tanto Max como yo, llorábamos a mares, porque esas palabras nos emocionaron a no poder más. Pero si nosotros estábamos así, no os quiero contar como estaba Carlos, que se levantó de la silla para ir a abrazar a mi hijo. Lo que sentían el uno por el otro era mucho más que adoración, y para darse cuenta tan solo había que estar unos minutos junto a ellos en la misma habitación.

Nos hicimos las fotos de rigor, con nuestros invitados, que no eran muchos. Por mi parte, tan solo las chicas de la cafetería y mis hijos, nadie más. Por la parte de Max, habían venido sus padres, sus dos mejores amigos y sus compañeros de departamento. Habíamos invitado a Jacobo, Javier y sus padres, pero no pudieron asistir por motivos laborales. Con ellos no habíamos perdido el contacto, y quedamos en ir a visitarlos a Valencia en Fallas del próximo año.

El banquete se celebraba en un restaurante a pie de playa a pocos metros de donde nos habíamos casado. Lo tuvimos claro desde el principio, y hablamos con los propietarios para cerrarlo tan solo para nosotros. Nos casamos a las doce de la mañana, pero teníamos pensado estar hasta bien entrada la madrugada, por lo que contratamos tres tipos de cubiertos, además de la barra libre. Se serviría primero un almuerzo, que iría detrás de los aperitivos que tomaríamos en la arena, y que los camareros fueron sirviendo mientras nos hacíamos las fotos. Después de eso, partiríamos la tarta y la servirían con café y algún que otro dulce más, para, a continuación, seguir con la barra libre. A eso de las nueve de la noche, pasaríamos de nuevo al salón, y degustaríamos de un bufet de platos fríos como cena, y sobre la media noche, una recena.

—Te ha sentado muy bien la boda, señora de Expósito —me dijo Max, abrazándome por la espalda en la terraza del restaurante, desde donde estábamos viendo el espectáculo de luz y color con el que nos estaba obsequiando la naturaleza.

—Me siento bien, muy bien, he de decir. Te amo, Max —le dije, girándome para darle un beso.

—Ha quedado preciosa. Esta foto la quiero en el salón —nos dijo Atenea, que había inmortalizado el momento en una foto, en la que se nos veía un primer plano nuestro con el atardecer de fondo.

—Yo la pienso poner en mi despacho, en la pared que hay detrás de mi escritorio —le contestó Max, para quien Atenea era la niña de sus ojos.

—¿Un baile con el novio? —le preguntó, y a Max le faltó tiempo para salir a la pista con ella.

Ahora nos tocaba marcharnos rumbo a nuestra luna de miel. Tuvimos el tiempo justo de cruzar la calle para entrar en casa, cambiarnos de ropa y salir rumbo al aeropuerto. El destino era un secreto, lo único que me había dicho era que metiera ropa de verano, y mucha de baño, y así lo hice, aunque también metí algún que otro vestido más elegante, por si acaso.

No me lo podía creer. Max me llevaba a las Maldivas, a uno de esos resorts con cabañas en medio del mar y toda la intimidad del mundo. Estaríamos quince días, de los cuales, siete los pasaríamos a solas, y luego se incorporarían los niños a las vacaciones, pero en otro resort algo más familiar.

Habíamos hablado de repetir el momento pasión de Burdeos durante nuestra luna de miel, una sola noche, pero tenía que ser con alguien que nos convenciera a los dos, nos daba igual que fuera hombre que mujer. Con Max había aprendido a tener la mente abierta, a dejar atrás a la Olimpia que, si la sacabas de lo convencional en el sexo, todo lo veía mal y depravado.

Estábamos una noche cenando en uno de los restaurantes del resort, cuando escuchamos una voz de lo más familiar para nosotros, Françoise.

—Esto sí que no me lo esperaba —dijo al vernos, acercándose a nuestra mesa.

—¿Qué haces tú aquí? —le dijo Max, con una sonrisa.

—Viaje de negocios, y he aprovechado para quedarme unos días más, me marcho mañana —nos contó, nos miramos y, sin hablar, sabíamos lo que

queríamos.

—El destino ha querido que coincidamos, así que, ¿contamos contigo? —le preguntó Max, y su amigo lo entendió a la primera.

—Por supuesto que sí, tan solo decidme una hora, un número de habitación, y allí estaré —contestó con una mirada lobuna y la voz más ronca por la excitación.

—No estamos en una habitación, Françoise, estamos en una cabaña sobre el mar, la número setenta y uno —le dije, y no hizo falta más.

—Esperadme a las nueve, pedimos la cena y la tomamos en la terraza —le dijo a Max.

—¿A la cena o a mí? —le dije, provocándolos a los dos.

—También puede ser a la cena sobre ti, no descartes nada —me contestó mi marido, poniéndome los vellos de punta por el tono que había empleado.

—Me parece que no vamos a esperar a la cena. Terminamos de comer y nos vemos allí —dijo Max, y supe que me lo iba a pasar muy bien.

Dicho y hecho, no esperamos ni el postre, encargamos que nos llevaran una botella de champán, fresas y chocolate caliente a la cabaña, y nos pusimos rumbo al placer.

Me había comprado un conjunto lencero de lo más sexy y seductor, y lo iba a estrenar con ellos. Entré en el baño, me di una ducha ligera y me lo puse, pero no salí hasta que no escuché que Françoise había llegado. Cuando se percataron de mi presencia, con ese conjunto casi transparente, vi como ambos salivaban.

Mi marido fue el primero en acercarse, besándome con pasión, desde la espalda, a la vez que su amigo se arrodillaba delante de mí, apartaba el tanga a un lado y lamía mi sexo. Cuando consiguió que me corriera, se puso en pie y me penetró, mi marido me estaba estimulando el clítoris mientras me penetraba el trasero. La doble penetración era algo que me encantaba, y él lo sabía, por eso no dudó ni un momento en hacerlo.

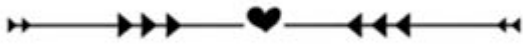
Decir que dormí esa noche era mentir como una bellaca, pero no me importó, en absoluto, porque la disfruté de una manera espectacular. Me quedé dormida con los primeros rayos de sol, justo cuando Françoise se despedía, pues su vuelo salía en unas horas.

—Max, no la pierdas, porque tienes un diamante en tu cama —le dijo su amigo antes de despedirse.

—No pienso hacerlo, porque no solo es un diamante en mi cama, también lo es en mi vida —le respondió, y eso me hizo sentir de lo más orgullosa.

Mi marido se metió en la cama, desnudo, después de que hubiéramos tomado una ducha para quitarnos la sal del cuerpo, ya que no solo lo hicimos en el interior de la cabaña, sino que el mar también fue testigo de uno de los momentos más gloriosos de la noche. Ahora empezaba nuestra luna de miel, la de verdad, y en la que decidimos que se acabaron este tipo de encuentros, con dos había tenido bastante.

Epílogo



Cinco años después

Olimpia

—Mamá, este vestido me tira de atrás, debe tener algo, porque cuando me lo compré no lo hacía —me dijo Atenea.

—Toma, sujeta a tu hermana —le dije a Héctor, dándole a mi hija pequeña mientras le miraba el vestido a mi hija mayor.

—Ya. Gracias, mamá. Ven, pequeña, vamos a dejar que mamá termine de arreglarse —le dijo a su hermana, cogiéndola de los brazos de Héctor.

Hoy nos íbamos de boda, la de Jessica con Miriam, sí habéis leído bien. Lo que empezó como una relación de compañeras de piso, había derivado en una de las historias de amor más bonitas que había tenido el placer de vivir desde el principio.

El día de nuestra boda, Jessica se armó de valor y besó a Miriam al llegar a casa. Se sinceraron la una con la otra, y ambas estaban enamoradas de la otra, pero ninguna de las dos se atrevía a dar el paso. Habían sido madres del pequeño Max, del que mi marido y yo éramos sus padrinos, y que llevaba ese nombre en su honor.

Y ese día, el del bautizo de nuestro ahijado, que ya tenía cuatro años, fue el que me quedé embarazada de nuestra pequeña, Medea. Mi marido, siguiendo la estela de nuestros nombres, que todos eran mitológicos, eligió ese para ella, y la verdad es que nos gustó tanto, que no pensamos en otro.

Fue un embarazo algo complicado, puesto que ya tenía casi cuarenta años cuando di a luz, pero nada que no pudiéramos superar con mucha paciencia.

De Pablo, lo único que supimos fue una petición al juzgado para quitarle el apellido a sus hijos, alegando que no tenían contacto ni vínculo afectivo con él, y Max aprovechó para ponerle el suyo, quedando así registrados como sus hijos legítimos. Nos enteramos por ahí que Mayte se había quedado embarazada, pero Pablo no lo aceptó, con lo cual la echó de su casa, quedándose allí con Giselle, que era otra igual que él, y que encima no podía tener hijos, que era lo que él estaba buscando.

Gracias a la declaración de Marie y de Carla, la denuncia que Giselle le puso a Max quedó en aguas de borraja, y se lo agradecimos eternamente. Ellas no pudieron asistir a la boda porque la madre de Carla estaba bastante enferma, y ambas se tuvieron que trasladar urgentemente a Italia, donde residían actualmente.

Lo de Trini y Santi no llegó a buen puerto, eran muy diferentes y, al final, eso les pasó factura. Mi amiga era demasiado casera, mientras que él era todo lo contrario, parecía que el techo se le iba a caer encima, y se apuntaba a toda fiesta a la que lo invitasen. Después de muchas discusiones, decidieron poner punto final a su relación. En la actualidad, Trini vivía con un cliente de la cafetería, que se quedó prendado de ella desde que la vio. Le costó convencerla de que aceptara tener una cita con él, no voy a decir lo contrario, pero al final lo consiguió. Desde ese día, no se habían vuelto a separar.

Santi, por el contrario, no tenía pareja fija. Hoy iba con una y mañana con otra. Vivía en un eterno síndrome de Peter Pan, más de una vez, mi hijo Héctor se lo había encontrado de fiesta cuando salía con sus amigos, e

intentaba ligar con las chicas de la pandilla, como si todavía tuviera veinte años.

Héctor y Atenea seguían siendo dos jóvenes de lo más responsables. Mi hijo se ocupaba de su abuelo, con el que jugaba en muchas ocasiones a la consola, esa que le llegó de sorpresa a Carlos y que fue el mejor de los regalos para él. Manuela nos había dejado hacía un año, un cáncer se la llevó en apenas quince días y de lo que nos costó mucho recuperarnos. La pequeña Medea nos había ayudado mucho a todos, en especial a su padre y a su hermana, que fueron los que peor lo pasaron.

Mi madre seguía viva y dando por culo. Como decía mi hija, que injusta era la vida, personas como Manuela nos habían dejado y otras como mi madre seguían respirando. Que gran verdad esa de que bicho malo nunca muere.

Creo que no me dejo a nadie por ahí, si es así, perdonadme, pero una ya tiene una edad, y si le sumamos a una pequeña de dos años correteando de un lado a otro, da como resultado el agotamiento extremo.

Por suerte, con Medea no había sucedido como con Héctor y Atenea, pues su padre se había implicado desde el minuto uno, tanto cambiando pañales como levantándose para darle el biberón en plena noche, y eso me hizo estar algo más relajada.

—Qué familia tan bonita hemos formado, Olimpia —dijo mi marido, al llegar a mi lado, viendo como nuestros hijos mayores estaban sentados en el sofá, intentando distraer a la pequeña, que estaba sentada en su carrito.

—Quien nos iba a decir que, por culpa de un café íbamos a terminar de esta manera —le contesté, riendo.

—No fue solo el café, esa fue la excusa que nos puso el destino para hacer que nos encontráramos. Estábamos destinados a estar juntos, porque, aunque la vida no nos lo ha puesto demasiado fácil, hemos saltado todos los

obstáculos, llegando hasta aquí — dijo mi marido, y supe cómo ponerle el toque de humor al asunto.

—En realidad viniste llamado por el olor de las magdalenas y los dulces que yo hacía, di la verdad —le dije, sacándole una carcajada.

—Ese día me di cuenta de una cosa, aunque me costó entenderla. ¿Sabes cuál? —me preguntó, y negué con la cabeza.

—Sorpréndeme, por favor.

—Me di cuenta de cuál era mi desayuno favorito, el café con magdalenas de amor —me dijo, y solté una carcajada que hasta mis hijos se asustaron.

—Pues espero poder ponértelo durante todos los días de mi vida —le contesté, dándole un beso en los labios.

Puedes encontrarme en:

Facebook: Martina Leiva
Instagram: @martina.leiva.escritora